

General ANTONIO PAREDES



ARAD  
**COMO LLEGO**

**CIPRIANO CASTRO**

**AL PODER**

Caracas-Ediciones Garrido-1954

---

La "Tipografía Garrido", siguiendo el propósito de servir a la cultura venezolana editando obras de interés nacional, se complace en lanzar ahora a la publicidad un libro llamado a despertar gran sensación, tanto por su contenido como por la calidad de su autor, hombre de pensamiento y de acción, que después de una vida paladinesca, refrendó con su sangre toda su gloriosa trayectoria de luchador: se trata de la obra "Cómo llegó Cipriano Castro al Poder", escrita por el General Antonio Paredes, también celebrado autor del "Diario de mi Prisión en San Carlos", que esta Empresa se propone reeditar. Aunque no es posible pedir serenidad e imparcialidad a un autor de pasiones violentas que se erige en juez y parte, los lectores sabrán apreciar los méritos de este trabajo hasta ahora desconocido de las actuales generaciones.

---

BS. 14

E

987.02.

P. 227

GENERAL ANTONIO PAREDES

COMO LLEGO

**CIPRIANO CASTRO**

**AL PODER**

Memorias contemporáneas o bosquejo histórico donde se vé cómo llegó Cípriano Castro al poder en Venezuela y cómo se ha sostenido en él.

1906

---

SEGUNDA EDICION

---

CARACAS - EDICIONES GARRIDO - 1954





*General Antonio Paredes*

*Asesinado por orden de Cipriano Castro en la madrugada del 15/16 de febrero de 1907, frente al Apostadero de Barrancas, a bordo del vapor "Socorro" de la Armada Nacional, en aguas del río Orinoco.*



## *Advertencia sobre la presente Edición*

Nos es placentero poder ofrecer hoy al gran público lector venezolano, en nítida impresión, lo que hace honor a la acreditada empresa editorial C. A. Tipografía Garrido de Caracas, el presente volumen — una de las dos notables obras póstumas de nuestro deudo, el general Antonio Paredes — titulada: **“Como llegó Cipriano Castro al Poder”** (“Memorias contemporáneas o bosquejo histórico donde se ve cómo llegó Cipriano Castro al Poder en Venezuela y cómo se ha sostenido en él”), cuya primera edición fuera hecha en Berlín, Alemania, por el señor Héctor Luis Paredes, en el año de 1909, ha tiempo agotada.

Este libro del general Paredes bien conocido de otras generaciones de venezolanos del pasado, sale hoy nuevamente a luz por considerarlo nosotros de gran interés histórico ya

que se trata del fiel relato de un testigo ocular y actor a la vez de los sucesos en él narrados, de uno de los hechos más asombrosos de nuestra historia militar contemporánea, donde el autor nos describe paso a paso, por decirlo así, la manera como escaló el Poder en Venezuela el general Cipriano Castro, gestor y conductor de un afortunado movimiento armado, de los tantos que asolaron a la República en las postrimerías del siglo pasado, y primeros años del actual, cuyo cabal conocimiento es completamente desconocido de la generación actual.

Nos valemos de la ocasión para dar las más expresivas gracias al excelente periodista y hombre de letras, señor Dr. Ramón J. Velásquez, quien ha engalanado estas páginas de Paredes con un hermoso prólogo titulado: "Antonio Paredes y su Tiempo".

También agradecemos de manera sincera a nuestro caro amigo y galano escritor, doctor Mariano Picón Salas, sus valiosos juicios sobre la personalidad militar, política y literaria del general Antonio Paredes, en su estupenda obra: "En los días de Cipriano Castro" (Premio Nacional de Literatura 1953), calificándolo con expresiones que tienen tantas de honrosas como él de ilustrado y respetable; y, asimismo, por habernos puesto en contacto directo con nuestro prenombrado prologuista.

Igualmente somos deudores de gratitud a los señores doctor Carlos Felice Cardot y Rafael Paredes Urdaneta, respectivamente, ambos individuos

de la Academia Nacional de la Historia, por habernos indicado el primero de ellos interesantes fuentes de estudios; y el segundo, por el aporte de valiosos datos y amables sugerencias para el mejoramiento de la publicación, todo lo cual aparece en el Apéndice del libro que va hoy a manos de nuestros compatriotas. Gracias al gran entusiasmo y noble interés desplegado en todo momento por el señor Paredes Urdaneta, es que sale nuevamente a luz esta segunda edición mejorada del admirable libro de nuestro referido deudo.

Finalmente, la corrección de pruebas de la obra quedó a cargo del señor don Enrique Chaumer Loynaz, culto caballero capitalino y mejor amigo nuestro, quien gustosamente puso su mejor empeño para que la presente edición de: **“Como llegó Cipriano Castro al Poder”** no desmereciese de las anteriores publicaciones de la C. A. Tipografía Garrido. Es, pues, una garantía para el público la oportuna intervención de **“Don Enrique”** en esta enojosa labor, e igualmente le expresamos nuestro imperecedero agradecimiento por su eficaz cooperación en este sentido.

Toca ahora al lector sereno aplaudir o censurar, de manera imparcial, la obra póstuma de Paredes puesta en sus manos.

**Manuel Certad Paredes**

Caracas, 19 de abril de 1954.



# Antonio Paredes y su Tiempo

## I

### "LOS DIAS DE CIPRIANO CASTRO"

*La aparición del libro "LOS DIAS DE CIPRIANO CASTRO" de Mariano Picón-Salas constituyó un acontecimiento nacional. En menos de una quincena se agotó la primera edición de la obra. Los lectores tomaron beligerante posición frente a las afirmaciones y a las pinturas que con su inimitable estilo y extraordinario talento había realizado el gran escritor. A muchos disgustó el tono de sutil ironía que empleó al retratar figuras y episodios de la turbulenta Venezuela de comienzos del siglo. Se llegó a discutir acerca de los méritos literarios del libro y se examinaron con lupa y telescopio las intenciones y las entrelineas. Gentes hubo que quisieron ver en las páginas dedicadas a relatar la marcha de Castro hacia el Capitolio y en la crónica de los días del bloqueo, una nueva y hábil exaltación del caudillismo. Y también quienes, utilizando las mismas páginas y los mismos párrafos, descubrieron en el escritor andino, una marcada tendencia antiandina, un disolvente propósito de burla. Algunos reclamaron a Picón Salas el no haber destacado con mejores trazos las firmes actitudes nacionalistas de Don Cipriano, al propio tiempo que concedía demasiada extensión al cuento de sus andanzas donjuanescas y de sus salidas de mal gusto. Pero la mayoría estuvo de acuerdo en que la apasionante narración de*

*Picón Salas era el fiel reflejo de cuanto para bien y para mal de Venezuela, ocurrió en aquellos lejanos días. Y que las culpas no eran del historiador, sino de los héroes.*

*En esta oportunidad, se puso una vez más en evidencia que en Venezuela lo grave no es realizar los hechos, sino contarlos. Y volvió a verse lo difícil y peligroso que resulta en nuestro país escribir historia, cuando quien la escribe se toma la libertad de abandonar el tono del epinicio, para hablar con sus personajes en el corriente lenguaje de la calle. Con un curioso criterio dogmático se alaba o se condena sin términos medios. No se quiere ver la realidad en sus auténticos contornos. Pocos aceptan el hecho de que en cada hombre y en cada situación, la mezcla de lo bueno y de lo malo, de lo grandioso y de lo ridículo forman el clima natural de la historia. Todavía no quiere admitirse por muchas personas el hecho simple de que la vida de los caudillos y de los políticos por la misma razón de serlo, dejan de pertenecer a su familia, a su tribu, a su aldea para entregar el examen de sus actos e intenciones al público innumerable.*

*Picón Salas ha logrado actualizar el tema de Cipriano Castro y del castrismo. Una vez más se han relatado en reuniones y periódicos, escenas en las cuales interviene la debilidad de Andrade, la audacia de Castro y la traición incalificable de los generales del gobierno andradista. Se han repetido graves cargos contra la camarilla valenciana. Actores de tan extraordinaria importancia en el drama restaurador como el general Francisco Linares Alcántara, han declarado públicamente que el gran cuadro histórico de Picón Salas está ajustado a la verdad. Y familiares de interesantes personajes de la época, como Ignacio Andrade y Manuel Antonio Matos, se disponen a publicar las memorias políticas de sus deudos.*

*La discusión sobre Cipriano Castro trae naturalmente al plano del recuerdo el nombre y la vida de Antonio Paredes. Como lo observara el mismo Picón Salas, Cipriano Castro y Antonio Paredes "fueron las dos voluntades más fuertes, más trágicamente desasosegadas de la Venezuela de comienzos del siglo".*

*Distintos por su origen, distintos por su formación e inclinaciones, diferentes por la manera de entender y sentir a Venezuela, tienen sin embargo ciertas innegables semejanzas de carácter que explican en parte el tremendo antagonismo, el mortal odio que en vida los separó y que más allá de la muerte los coloca al uno frente al otro. Muestran la misma fé en el destino, el mismo arrojo, la misma voluntad de no deberle nada a nadie y el mismo terco propósito de construirse a golpes de audacia un trono en la vida. La misma voluntad imperiosa. El Castro de La Victoria recuerda al Paredes de Puerto Cabello. Y en el desembarco de Pedernales, cuando Paredes desarmado y solitario va en busca de las armas que tiene el gobierno y de las tropas que defienden a Castro para que lo acompañen en su marcha hacia la muerte, cree uno ver la repetición desafortunada de la loca empresa del 23 de mayo, cuando Castro se lanza con su gente, sin pesar razones de estrategia, ni medir relaciones de fuerzas y recursos, en una marcha que "más parece una huida hacia el Capitolio", en busca del camino de Caracas.*

*Antonio Paredes combatió a Cipriano Castro sin tregua, ni desmayo. Desde el mes de octubre de 1899 hasta la madrugada del 15 de febrero de 1907, este es el objeto de su vida, la razón de sus acciones. Paredes estaba extraordinariamente dotado para la lucha. Tenía de la vida un concepto quijotesco. Era el caballero andante de la revolución. No conocía el miedo ni el cansancio. Vivía en vigilia, confundiendo sueño y realidades. Escribía, hablaba, iba y venía, hechizando voluntades, convenciendo incrédulos y ofreciendo a los creyentes en su estrella y como pago del dolor y el sacrificio, el paisaje de una Venezuela prometida, justa y feliz, pintada por los colores de su fantasía. En la hora final de Andrade, cuando todos los generales del gobierno rivalizaban en el ejercicio de la deslealtad, Paredes se queda solo, combatiendo, sin esperanza, obsesionado por la idea de que su nombre no se confunda con el de los tráfugas que están cambiando la traición por un Ministerio. Primero en la cárcel y luego en el destierro vive con la angustia de ver como los días pasan sin que los viejos*

*jefes militares y políticos del liberalismo y del nacionalismo ahora en el exilio, acometan ninguna acción eficaz contra Castro. El los conoce desde los días de Crespo y no tiene confianza en sus capacidades. Le disgustan estos interminables conciliábulos de los caudillos en el ostracismo, en los cuales se relatan arregladas proezas y se exhiben entre silencios y medias palabras, el recelo y la suspicacia que tienen los unos por los otros. El no cree, y así lo dice, que el país gane mucho cambiando a Cipriano Castro por Luciano Mendoza o a Juan Vicente Gómez por Ramón Guerra. Y trata de crear las condiciones para que los nuevos hombres, mejor dotados intelectual y moralmente, sustituyan en las directivas de la oposición anticastrista a la vieja y desgastada camarilla que viene haciendo y deshaciendo gobiernos y revoluciones desde el 70.*

*Como Paredes es un excelente escritor redacta panfletos que hace circular por el país. El libro que hoy se reedita fué un episodio más en su lucha contra Castro. Magnífico documento, apasionado y brillante logra pintar el mejor cuadro hasta ahora hecho sobre la caída de Andrade y el desastre liberal. Aun cuando el libro está dedicado a analizar algunos aspectos de la actuación militar de Castro, es al referirse a la derrota del gobierno de Andrade cuando la obra adquiere las verdaderas dimensiones de documento perdurable. El negocio de la compra-venta de traiciones establecido entre Valencia y Caracas, las vacilaciones de un Presidente que no quiere cumplir con su deber de sostenerse, la situación de los generales del ejército gubernamental convertidos en señores feudales que negocian la entrega de la nación y del poder, están contados con un extraordinario dominio del tema.*

*Muestra Antonio Paredes sus excepcionales condiciones de escritor, a quien la pasión no hace perder los méritos de prosista elegante, pulcro, sencillo.*

## II

### CUENTOS DE LA INFANCIA

*La personalidad y el destino de Antonio Paredes podría explicarse como un caso de "herencia recargada".*

## X

*Nació en Valencia, capital del Estado Carabobo, en la madrugada del 17 de mayo de 1869 y, era hijo del general Manuel Antonio Paredes y de doña Amelia Domínguez. Sus primeros juguetes fueron las espadas y las viejas pistolas y uniformes del abuelo, del padre y de las tías que estaban guardados en el desván. A diferencia de otros niños, los personajes de los cuentos que escucha son gentes de su sangre, gallardos caballeros que han forjado una leyenda y conquistado el derecho al recuerdo a golpes de valor y con gestos de arrogancia.*

*Un día oye relatar al padre, la historia de un guerrero de gran corpulencia, un verdadero gigante español, valiente y forzado como un toro. Le cuenta que de muchacho detenía con sus puños a una rueda de molino girando a toda velocidad y que otras veces cogía las riendas a un caballo que iba al galope y lo paraba en seco. Y que este hombre que se llamó García de Paredes, empezó a guerrear muy pronto y el Rey Católico lo armó caballero. Le referían también que estando una vez en Italia, "no sabían los venecianos cómo tomar una plaza fuerte que tenían los turcos. Paredes pidió que le ataran un garfio a la cintura y lo izacen a las murallas del enemigo. Así lo hicieron y apenas cayó del otro lado empezó a matar turcos como si fueran conejos; pero claro los enemigos eran tantos, que al fin pudieron dominarle; lo llenaron de cadenas y lo metieron en un calabozo. García de Paredes no se arredró: hizo un esfuerzo brutal, rompió las cadenas, echó abajo las puertas del calabozo y huyó. "Otro día le contaba el padre una historia reveladora del temple del alma y la fidelidad de García de Paredes. Este había seguido al Gran Capitán en todas sus campañas de Italia y sentía por él grande admiración. "En una época díjose que el Gran Capitán había caído en desgracia de don Fernando V el Católico. Y estando éste con varios caballeros en Valladolid, entró Paredes en la habitación en que se encontraban, y hasta oyó algunos de los comentarios que los caballeros hacían. Paredes alzó la voz y exclamó: Quien diga que el Gran Capitán no es el mejor vasallo del Rey y quien mejor le ha servido, que tome este guante. Y quitán-*

dose el de la mano derecha, lo arrojó sobre la mesa. Los caballeros quedaron mudos y cohibidos, y entonces el Rey Católico tomó el guante y se lo devolvió a Paredes, diciéndole sonriente: *Teneis razón*".

Otra historia que oyó muchas veces el niño mientras el ei sueño llegaba, fué la del diabólico revolvedor Lope de Aguirre. Le contaban de sus andanzas por selvas, ríos y océanos. Estaba embrujado, le decían. Quienes salían a combatirlo morían sin ser heridos. Tenía pacto con el demonio. A su paso los ranchos ardían y los árboles se secaban. Era malo y lo llamaban El Tirano. Cuando la atención del infante era más grande y en su imaginación se dibujaba la figura del hechizado andariego, la voz seguía: *este diablo de Lope de Aguirre se iba acercando a El Tocuyo y todo era espanto y confusión. El Gobernador Collados se acordó de que en Mérida vivía tu abuelo Diego García de Paredes, de igual nombre y familiar del de Pavía y hombre de grandes y celebradas hazañas. Lo hizo venir, le pidió perdón por antiguos disgustos y le rogó que encabezara las tropas del Rey que iban a marchar contra El Tirano. Paredes aceptó la empresa y en Barquisimeto, jefe y tropas apagaron esa llama errante que era Aguirre, devolviendo la paz a la provincia. Es el mismo Paredes, agregaba el cuentista, que anduvo con Pizarro y Almagro por tierras del Perú en son de conquistas. El mismo que estuvo una vez buscando El Dorado y que terminó sus días en una encrucijada que le prepararon los indios.*

Pero las historias son muchas. Cada día es distinto el protagonista del cuento. Esta noche le hablan de los Comuneros. Del gran incendio del pueblo colonial que amenazó la paz del Rey, en las altas provincias andinas. Galán, el caudillo crédulo y el Arzobispo traidor son el bueno y el malo del cuento. En las calles de Mérida, un héroe adolescente se bate por la causa de los rebeldes. Ese hombre, le dicen, se llamaba Juan Antonio Paredes, tu tío abuelo que en el año de 1810 volvió a estar otra vez en las calles, a la cabeza del pueblo, proclamando la adhesión de Mérida a la causa de la Independencia. El año 12 está pagando en un calabozo del Cas-

tillo del Morro de San Juan de Puerto Rico, el precio de su fé republicana. Ya sentenciado a la pena de muerte, se fuga para regresar al frente de la lucha. Iba a continuar una vida sin tregua que llevó al Libertador a calificarlo como "el primer jefe militar de los Andes". A difícil circunstancia se enfrenta cuando le toca presidir la junta de militares venezolanos que en Trinidad de Arichuna, el año 16, desconocen a Francisco de Paula Santander para proclamar la jefatura de José Antonio Páez. Está en Yagual, Mata de la Miel y Achaguas, hombro a hombro con Páez en la lucha contra la resistencia realista. Está en Cartagena, en Barinas, en el Bajo Orinoco, en La Grita. Acompaña al Libertador y a Páez en las campañas de los años 16, 17, 18, 19 y 20. Asiste indistintamente y con la misma gallardía a las batallas que a los congresos. Iba a la guerra acompañado de seis de sus hijos y pierde tres de ellos en el campo de batalla. Era General de la Gran Colombia.

En la casa hay una inmensa espada de empuñadura de acero y hoja toledana en la cual están grabadas las palabras "HONOR Y FIDELIDAD". La espada es más alta que el niño y muy pesada. El la mira y la vuelve a ver. Una y otra vez pregunta qué gigante pudo llevar arma tan inmensa. Fué tu abuelo, el general José de la Cruz Paredes, le responden. A los catorce años corrió a alistarse en las filas de los ejércitos patriotas y de grado en grado, asistiendo a todas las batallas llegó al generalato. Era un gigante blanco, de paso majestuoso y "cuyos hombros tenían casi un metro de ancho". Combate en todas partes, triunfa en Araure obedeciendo otra vez en Valencia, y luego en la primera batalla de Carabobo; cae prisionero en los tiempos de la guerra a muerte, se salva y se incorpora a la División de Apure. obedece al general Páez, y vuelve a las luchas sangrientas de Barinas, San Fernando, Puerto Cabello y Maracaibo; se arroja a las aguas del Apure en el paso del Diamante, para ayudar a la toma peligrosa de las lanchas cañoneras; pelea en Calabozo contra Morillo y en la tarde gloriosa del 3 de abril de 1819 es de los ciento cincuenta guerreros que se consagran en la acción de las Queseras del Medio; se halla en la segunda batalla de Carabobo, y marcha luego a Pasto y al Ecuador ascendido ya a Te-

niente Coronel y hecho jefe del escuadrón de "Lanceros de la Guardia", para enfrentarse a las temibles partidas realistas del Patía y Pasto. Combate a las órdenes de Sucre en Gáuitara y Jacuanquer y marcha al Perú en donde el 9 de diciembre de 1824, en el campo de Ayacucho obtiene por su bizzarria militar el título de Coronel y el nombramiento de Jefe del Estado Mayor auxiliar del Perú. En 1830 se encuentra en Santa Marta, en el grupo reducido de hombres que siguen fieles al Libertador abandonado. En la hora de la agonía está a la cabecera del grande hombre. Y este recuerdo será su mayor orgullo. Establecida definitivamente la República de Venezuela lo declara Benemérito y lo asciende a General. "Yo llevaré su espada cuando vaya a la guerra", dice el niño que ha oído silencioso y atento la historia del abuelo.

En ocasiones la conversación familiar recae sobre los hechos del doctor Eloy Paredes. Es hombre de universidad y de congresos. Ha sido varias veces gobernador de su provincia y como representante de Mérida a la Convención de Valencia, presidió algunas de las sesiones en su carácter de Vice-Presidente. Se recuerda mucho una anécdota: en una de las oportunidades en que el doctor Paredes ejercía la gobernación de Mérida, supo que en un cuartel de la ciudad se estaban celebrando reuniones en las cuales se planeaba su caída. Se informó de la hora y del sitio. Y cuando los conspiradores menos lo esperaban, se presentó solo y desarmado al cuartel. Avanzó hasta el grupo y sin más preámbulos les dijo: "Sé que ustedes están planeando mi caída. Conozco los planes. Pero quiero que me digan una cosa: cuál de ustedes tiene méritos o capacidades suficientes para que yo le entregue el bastón de mando?".

Y su padre, el general Manuel Antonio Paredes cuenta su propia historia. En los días de la dictadura de Páez servía en las filas del ejército gubernamental. Era segundo jefe de la división que comandaba el general Rubín. Rubín era hombre terrible. Para atemorizar a la revoltosa oficialidad, utilizaba como expediente diario y corriente el fusilamiento. En las filas de la tropa el descontento era cada

día mayor y el odio hacia Rubín cada vez más fuerte. Paredes decidió aprovechar la primera oportunidad para destituirlo. Y un día en que se preparaba para continuar aterrorizando a la tropa y se disponía a fusilar a un infeliz, ya en formación el ejército para asistir al bárbaro espectáculo, Paredes lanzó su caballo hacia Rubín y espada en mano le dijo: "General, usted está preso". "¿De veras, chico?", fué la única repuesta del tremendo Rubín quien desarmado por la audacia del otro le entregó su espada. Pedro José Rojas, Secretario y Sustituto de Páez quiso restituir a Rubín en su cargo y hacer fusilar al joven insubordinado, teniendo Paredes que huir para salvar la vida.

*Este ambiente familiar poblado de fantasmas heroicos, de recuerdos marciales, de gestos arrogantes, de relatos en los cuales la historia familiar se confunde con la historia de la patria, determinó el rumbo de la vida de Antonio Paredes. El se creía responsable de una gran herencia. Representante de un linaje vinculado por cuatrocientos años de historia a Venezuela. Sentía el abolengo como fuerza viva, como mandato, freno y deber.*

*Cuando el adolescente abandone la casa paterna será para ir a la guerra.*

### III

#### LA PRIMERA SALIDA

*ANDUECISMO Y CRESPISMO.—En el año de 1891, en la casa caraqueña del general Manuel Antonio Paredes, hay largas reuniones y misteriosos conciliábulos. Todas las visitas hablan sobre la difícil situación política que atraviesa el país. El Presidente Andueza Palacio ha decidido quedarse en el poder, tomando como pretexto una reforma constitucional y el general Joaquín Crespo y su clientela están dispuestos a no permitirlo. Desde el año 86, espera el caudillo llanero la oportunidad del retorno que ahora se la quieren burlar, desde los cómodos sillones de un club caraqueño, entre copas de brandy y amables recuerdos femeninos, Andueza Palacio, Se-*

Sebastián Casañas y Francisco Batalla, convertidos en el triunvirato todopoderoso del país. Casañas y Amengual han tentado la ambición de Andueza y lo han engañado acerca de las posibilidades de mantenerse por la fuerza en el poder. Le han ofrecido el respaldo de veinte mil liberales aragüesños dispuestos a ir hasta la muerte tras sus frases sonoras. Orador en los congresos y en las fiestas nacionales, tribuno en un país de guerrilleros, está creyendo que puede dominar todos los apetitos con su famosa "cajita de los reales" de la Casa Amarilla. Casañas le ha inventado un nombre al anduecismo y en los documentos oficiales se habla de la Revolución Rehabilitadora.

La reforma constitucional es una bandera de todas las facciones. La tremola Andueza. La levanta Crespo. A todos interesa acabar con el embeleco de Constitución Suiza que inventó Guzmán Blanco para aplacar el hambre presidencial de sus tenientes. La Constitución suiza de la bárbara y tropical Venezuela se reduce a establecer turnos de dos años para la Presidencia de la República, tiempo suficientemente corto como para que cada uno de los generales aspirantes a la banda y al trono, se disponga a esperar su oportunidad sin pensar, ni embarcarse en riesgosas aventuras revolucionarias. Otro original organismo creado por la Constitución suiza es el Consejo Federal, verdadera asamblea de señores feudales, encargada de designar el Presidente de turno.

Andueza, que es un sibarita, quiere simplemente gozar de las delicias del poder, sin preocuparse de imponer mano dura, sin hacer nada. El alega que bajo su gobierno no se ha perseguido a ningún partido político, que ningún hogar ha sufrido por su culpa, que no se ha quitado un solo pelo a las dehesas del Llano y que el crédito nacional ha holgado hasta obtener una rata nunca vista en los mercados extranjeros, al propio tiempo que por vez primera "el audaz usurpador inglés ha sentido sobre su pecho la mano de la policía".

Pero ya para fines de 1891, este panorama de libertades y garantías se va borrando. El hombre fuerte del gobierno es el doctor Sebastián Casañas, a quien sus aduladores co-

mienzan a llamar "El Canciller de Hierro". Casañas empieza a apretar. En el Congreso figura como Diputado por el Estado Los Andes, el colombiano Diógenes Arrieta, liberal de gran figuración en su país y quien vive desterrado, en Venezuela. Andueza sabe que es su enemigo y se dispone a gestionar su desafuero. También se empeña en impedir que el doctor Eusebio Baptista, senador por el mismo Estado, ocupe su banca en el Congreso, pues conoce los compromisos de los trujillanos con Crespo.

El plan del continuismo sigue su marcha. La reforma que modifica el sistema de elección presidencial y aumenta el término del período ha sido aprobada por Municipalidades y Legislaturas de los Estados. Andueza sostiene que debe ser sancionada y puesta en vigencia por el Congreso en sus sesiones de 1892. Los anduecistas, interpretando los deseos del Presidente, afirman que al sancionar la reforma, el Congreso debe proceder a la reelección de Andueza. El general Crespo, desde su hato del Guárico, proclamándose representante del sentimiento legalista dice que la inmediata vigencia de la reforma y la nueva elección de Andueza, son actos atentatorios contra las instituciones y que la reforma debe entrar en vigencia en el año de 1894. Ya están alistados los ejércitos para la batalla por el poder. Todavía siguen algunas escaramuzas.

Desde fines del 91, Crespo ha venido celebrando reuniones con sus tenientes, en su hato de "El Totumo" y trazado el plan general de la campaña, cuyo acto inicial estará a cargo del general Ramón Ayala y se llamará "operación de Maracay". Por el momento se viven días confusos y agitados en Caracas. Los jóvenes leen un libro que acaba de ser editado en Madrid y del cual es autor el doctor Rafael Fernando Seijas, se titula "El Presidente", es una acertada crítica y un agudo examen de la situación venezolana.

Llega el 20 de febrero del 92. Crespo desde "El Totumo", se dirige a la nación para decir que si los propósitos reeleccionistas de Andueza siguen adelante, los sucesos lo encontrarán cumpliendo sus "deberes de ciudadano, de liberal y de solda-

do de la República. A pesar de estar todos los parlamentarios en Caracas, el Congreso no puede reunirse, pues el Gobierno ha descubierto que no tiene mayoría y se opone al funcionamiento de las Cámaras. Cuarenta y seis senadores y diputados lanzan un manifiesto denunciando al mundo la maniobra de Andueza Palacio y declarándolo apóstata del partido liberal. El Presidente les propone un acuerdo basado en el reconocimiento de la reforma por parte del Congreso y el nombramiento de un nuevo Presidente de la República de una terna presentada por Andueza. Los parlamentarios no aceptan.

El 14 de marzo del 92, Andueza juega su última carta. Lanza un manifiesto a la nación en el cual le dice que aun cuando su período constitucional se ha vencido, permanece en el poder para hacer frente a la conjuración "fusionista", que un grupo de tráfugas del partido liberal en unión de antiguos oligarcas, traman contra la estabilidad y el poderío del liberalismo. Desconoce el poder del Congreso. El Ministro Casañas anuncia la convocatoria de una Asamblea Nacional que conocerá "los anhelos populares de reforma". Es el golpe de estado de Andueza. "Nuevo Balmaceda" llama Crespo al Presidente al comentar su determinación. La Corte de Casación presidida por Eusebio Baptista y Nicomedes Zuloaga y la Corte Federal encabezada por Carlos Urrutia y Crispín Yepes declaran suspendidas las labores de los altos tribunales y ellos separados de sus cargos, "mientras no sea restablecido el orden constitucional".

Pocos días después, Crespo le escribe a Ramón Ayala: "Persuádase, mi general y amigo, que no se alcanzará ninguna solución parlamentaria satisfactoria. La usurpación no cederá sino a la fuerza. Proceda a la "operación de Maracay", que yo tengo listas las fuerzas del Guárico para marchar sobre el Centro". Es la guerra.

UN MOCITO PELIGROSO.—El joven Antonio Paredes había cumplido veintidós años de edad, para los días de estas vísperas sangrientas. Tenía conocimiento de los preparativos que el general Crespo adelantaba en toda la República, pues

su padre, el general Manuel Antonio, había sido escogido como jefe del levantamiento legalista en Carabobo. A su casa iban los prohombres del crespismo y de sus labios oía las informaciones más completas. Sabía que Venezuela era un pajonal reseco. Y encerrado en su cuarto, a la luz de la lámpara, escribía sin descanso. Un día, en enero de 1892, sin avisar a nadie su partida, abandonó a Caracas. Iba a Valencia a proponer al Presidente del Estado, el general José Pinto, viejo guerrillero curtido en mil encuentros, que se alzarán los dos contra el Presidente Andueza y que le reconociera a él como Jefe Supremo de la Guerra. Para convencer al experimentado e intuitivo militar le mostraba un cartapacio. Eran los papeles que en el silencio de su alcoba había escrito apresurado, temeroso de que el General Crespo se le fuera a adelantar. El guerrillero Presidente lo oyó sonriente. "Ambicioso el mocito" pensó. "Para comenzar su tragín, sin haber disparado un tiro, sin haber concurrido a una escaramuza anda reclamando la jefatura nacional de una revolución y propone planes como Bolívar". "Peligroso el muchacho en estos días de locura" volvió a pensar el general Pinto. Pero como el mozo era el hijo de Manuel Antonio, su compañero de campamentos y trances difíciles, simplemente le aconsejó que se volviera a Caracas.

Y de esta manera el joven estratega tuvo que renunciar por primera vez a sus sueños y acatar la jefatura del moreno león guariqueño. Ahora Antonio Paredes era una hoja más que arrastraba la tormenta legalista.

"SERE EL PRIMER MARTIR DE LA REVOLUCION".—  
Llega abril del 92. Ya Crespo ha lanzado su proclama de "El Totumo" y Sebastián Casañas, el hombre fuerte del anduecismo ha salido a la cabeza de un ejército de cuatro mil hombres a combatir al rebelde. Las guerrillas empiezan a brotar como paja verde en la sabana. En Camatagua, en El Sombrero, en Guardatinajas, en Camaguán, en Parapara. Son bandas de diez, de veinte, de cien hombres que van en busca del "taita" Crespo para marchar detrás de su corcel. Las cañoneras hacen resonar como tambores el cuero duro de las

subanas. Las humaredas y los fogonazos vuelven a iluminar con su alegría bárbara la vida de los llaneros que añoraban guerra. Las banderas blancas y el clamor de las trompetas flotando en el viento, de la tarde, anuncian a Venezuela que llegó la cosecha de la muerte.

El joven Paredes se ha ido a sus posesiones de Carabobo, en donde su padre desde los últimos días de marzo, está preparando el levantamiento. Ellos creen contar con la adhesión del general Julián Sangrona, quien ofrece como cuota para la bélica empresa sus quinientos macheteros. Sangrona ha estado en un principio esquivo, curiosamente receloso, pero luego les ha dicho que acepta los compromisos con Crespo y que al día siguiente marchará junto con el general Paredes y su gente para atacar la plaza de Valencia. Pero a la medianoche de ese mismo día, Sangrona y Manuel Silva, como agentes del gobierno, rodean la casa de los Paredes y hacen prisionero al general Manuel Antonio.

El joven Antonio se salva y a la misma hora se dirige a un escondite en "Las Trincheras", internándose en una hacienda en el centro de las grandes montañas que forman las cabeceras del río de aquel valle. Iba a continuar sus planes revolucionarios. Y ya había logrado reunir armas y comprometer soldados, cuando una madrugada, rodean su escondite tropas del gobierno. Lo obligan a bajar a "Las Trincheras". De allí no quiere seguir. Se resiste a entrar preso en Valencia. Y le envía al general Pinto, su frustrado compañero de aventuras y todavía Presidente del Estado, este telegrama: "Las Trincheras: General José I. Pinto. Valencia. En la mañana de hoy fui sorprendido solo y en actitud pacífica. Se trata de prenderme y estoy resuelto a perder la vida antes de entrar preso a esa ciudad. Mande orden para que se me fusile porque no acepto transacción. Si puede venga y hablaremos. Antonio Paredes". Y en el mismo mesón de la jefatura de "Las Trincheras", rodeado por los soldados que lo tienen prisionero, escribe a su madre y a sus hermanas, participándoles que se encuentra dispuesto a no seguir en calidad de prisionero hacia Valencia y que si se le hace violencia "luchará hasta morir,

*después que me disparen el primer tiro, para probar que sé soportar todo sin renegar de mi causa". "Este será un ejemplo saludable para los compañeros que la defienden y lo ofrendo con gusto". "Seré su primer mártir; pero muero contento, si mi muerte puede avivar el patriotismo y encender el odio de los venezolanos, mis hermanos contra el traidor Andueza Palacio a quien maldigo con todas las fuerzas de mi alma". El general Pinto no atendió la invitación, pero desde Valencia dió ordenes al jefe de la comisión que tenía detenido a Paredes para que ofreciera al joven rebelde toda suerte de garantías. Y le propone una fórmula: entraría libre a Valencia, no iría a presidio y tendría la ciudad por cárcel. Sólo que debería dejar en "Las Trincheras" el arma que le habían permitido traer desde su refugio. Más sereno, Paredes comprendió que el sacrificio de su vida en esas circunstancias era inútil y que llegando a Valencia podría evadirse fácilmente y aceptó la proposición. Pero al llegar a la ciudad, Pinto violó la promesa y lo hizo preso. En la cárcel estuvo hasta el día en que después de la derrota legalista de Bejuma, el general Alejandro Ibarra, jefe militar del gobierno en Carabobo, decidió poner en libertad gran cantidad de presos políticos. Entre ellos iba Antonio Paredes, quien abandonó el mismo día a Valencia, para marchar a pie por las montañas de El Silencio, en busca de una de las partidas del ejército legalista destruido en Bejuma y que se encontraba en Urama.*

*LA BATALLA DEL ALBA.—El caserío de Urama, rodeado por la agobiante vegetación de la selva del Yaracuy, aislado y sin recursos, era el sitio menos adecuado para emprender los trabajos del reagrupamiento de las dispersas fuerzas revolucionarias. El pensamiento de Paredes y el de los generales Inés Aguilera y Luis María Díaz que comandaban la partida de caballería allí refugiada, era encontrar cuanto antes una salida segura y unirse a la revolución.*

*Un día, el espionaje informó que las tropas del gobierno habían desocupado el pueblo de Montalbán y Paredes determinó irse, aun cuando pensó que el abandono de la población pudiera ser una falsa maniobra del gobierno con el fin de pre-*

*pararles una trampa. Al principio sólo seis hombres se decidieron a acompañarlo en la marcha, pero a última hora lo siguieron todos.*

*Montado en una mala yegua se puso a la cabeza del improvisado escuadrón, teniendo que dejar su caballo que estaba completamente despeado. Iba armado de winchester y sable, seguido inmediatamente de sus ayudantes Sandoval, Aurecochea y Olaizola. Venían después los generales Aguilera y Diaz con el resto de los de a caballo. Eran las siete de la noche, cuando se pusieron en marcha; la noche estaba oscura y lluviosa, y el camino que conduce a Montalbán, que forzosamente tenían que tomar, estaba tan resbaladizo y era tan escarpado que a cada paso se caían las bestias.*

*A la una de la madrugada bajaron a la llanura de Aguirre y siguieron por los estrechos callejones de una hacienda que llaman "La Guamita". Como el sitio le pareciese a propósito para una emboscada, Paredes previno a sus compañeros alistar las armas y les preguntó si estaban dispuestos a seguirlo en el caso de que quisiesen oponérseles las fuerzas del gobierno, que suponía los estaban esperando en alguna de aquellas estrechuras. Le contestaron afirmativamente y siguieron en el más completo silencio, formando una larga fila de uno en fondo, porque el camino era muy estrecho.*

*Era el 13 de mayo, la una y media marcaba el reloj cuando pasaron por un trapiche en que les salieron muchos perros haciendo un gran ruido. Habían caminado cuatro o cinco cuadras y ya llegaban a una quebrada sin monte que Paredes no vaciló en bajar; cuando él que iba el primero llegó al fondo, fué alertado por el centinela de las tropas del Gobierno que estaban en la barranca opuesta. Alto! ¡quién vive! y Paredes contestó: "Crespo". E inmediatamente dispararon los del gobierno. Paredes respondió disparando a su turno y gritando: "Que cargue la caballería" y avanzó a galope, armando de nuevo su winchester.*

*Ochenta hombres de las tropas de Andueza, alertados por los perros que habían ladrado, estaban a pie firme en el camino que tenía empalizadas de alambre por ambos lados.*

*Cuando Paredes llegó donde estaban los soldados que le habían disparado, una descarga iluminó la profunda oscuridad y éste pudo ver que de todos sus compañeros sólo le seguían dos, a distancia prudencial y que el resto de la caballería había huído por el mismo camino que traían. No se desanimó sin embargo, disparando nuevamente. Un cuerpo cayó. De un tercer tiro hizo caer a otro, cuando ya la gente del gobierno había dado la espalda y se declaraba en derrota, creyendo seguramente que eran atacados por un cuerpo considerable de caballería, pues Paredes en medio de la noche no cesaba de dar grandes voces: ¡Que cargue la caballería! ¡A la lanza! ¡A la lanza! ¡Viva Crespo!, para evitar que se dieran cuenta de que no eran sino tres hombres. Cuando Paredes disparó el tercer tiro se atracó el winchester y no habiendo tiempo que perder, lo agarró por el cañón y empezó a dar culatazos a diestra y siniestra. Como la gente del gobierno dió la espalda y no pensó sino en escaparse corriendo en el mismo sentido del camino que Paredes llevaba, por estar como se ha dicho cercado de alambres por ambos lados, la yegua de Paredes y las bestias de sus compañeros que se le habían pasado adelante, hacían caer a los soldados con el pecho, sin que éstos trataran de levantarse sino para seguir huyendo, soltando las armas. Pedro Sandoval y Pedro Bello son los nombres de los que acompañaron a Paredes.*

*Cuando hubo cesado el peligro y alcanzó a sus dos compañeros supo que a ninguno le había pasado nada. Entonces los armó Coroneles, grados con que siguieron sirviendo, y ofreció al primero hacerlo Jefe de la Caballería que pudiera organizar.*

*A las tres de la madrugada desensillaron en una sabana de las inmediaciones de Bejuma, extendieron las cobijas y durmieron hasta el amanecer, cuando continuaron viaje en busca del ejército legalista.*

*JOBO MACHO.—Mientras Antonio Paredes pasea su juvenil arrogancia por los caminos de Carabobo en esta su primera aventura de las armas, en el fondo de la llanura guariqueña están ocurriendo acontecimientos que van a determi-*

nar importantes cambios en la política oficial. El doctor y general Casañas ha ocupado a Calabozo. El general Crespo le ha escrito proponiéndole que para evitar mayores dolores y desastres a la patria, elijan un día y un lugar en las llanuras del Guárico, lejos de las indefensas poblaciones, para que los dos ejércitos en un solo choque resuelvan la cuestión pendiente.

Casañas se niega a concurrir al singular duelo. Al mismo tiempo elude el encuentro con las fuerzas de Crespo y protegiéndose en bosques y matorrales toma el camino de San Fernando de Apure. Crespo que conoce como nadie aquellos lugares, juega y se divierte con Casañas. Colocando sus tropas en líneas paralelas a las del gobierno, pasando a la derecha, volviendo a la izquierda, escalonando fuerzas adelante, preparando emboscadas, lo vuelve loco y lo lleva al fin hasta la Mata del Herradero, de donde puede escapar milagrosamente amparado en las sombras.

El 10 de abril ha iniciado Crespo el seguimiento del ejército enemigo y el 15 en la mañana, Viernes Santo, da cuenta de él en el choque de "Jobo Macho", en donde las cargas fueron tan violentas que en pocos momentos había desbaratado el orden en las filas de Casañas y sembrado el pánico entre jefes y oficiales en forma tan completa, que sólo pensaron en iniciar la retirada hacia Calabozo. La llegada a Caracas de un Casañas vencido, significa el fin de la aventura dictatorial del doctor Andueza Palacio.

Consolidado el dominio legalista en las llanuras del Guárico, Portuguesa y Apure, Crespo se dispuso a fines de mayo, marchar hacia el Centro y avanza hacia Carabobo. Adelante iba Ramón Guerra, a quien los boletineros del ejército llaman "el Murat venezolano",

Antonio Paredes, después de su singular batalla en las tinieblas, ha decidido establecer su campamento en Barrera, con el fin de dedicarse a organizar un cuerpo de ejército. Pero sobran hombres y faltan pertrechos. Había reclutado en cinco días ochenta soldados, pero en el mismo tiempo sólo consiguió diez tercerolas, diez winchesters y cuarenta machetes. Entonces decide ir en busca de Crespo, quien ya se encontraba

en El Pao, para pedirle armas. En el extremo sur de la sabana de Carabobo, tropieza con Ramón Guerra y éste le dice que no siga adelante, porque Crespo tampoco tiene parque y que en sus tropas muchos soldados vienen armados de garrote. Paredes le propone marchar los dos sobre Valencia, ahora desguarnecida, y que lo ponga con su gente mal armada, a la vanguardia. "Con la leyenda de su nombre infundimos espanto al enemigo" le dice, pero Guerra tampoco se deja dominar por las tentaciones de gloria que le ofrece el joven oficial. El esperaba al jefe supremo que ya está llegando a la sabana de Carabobo.

Unidos Crespo y Guerra, avanzan hasta las vecindades de Valencia en donde disponen el ejército en plan de combate. Pasan los días sin que el enemigo venga a atacarlos, ni ellos se atrevan a entrar en la ciudad. Una mañana, sorpresivamente, desentendiéndose de Valencia, Crespo dispone emprender la marcha hacia Caracas por la vía del Tuy, a través de lodazales interminables y de parajes sin recursos. A la cabeza de un cuerpo de caballería, va en el ejército de Crespo que se dirige a la toma de Caracas, Antonio Paredes.

UN NUEVO TRIUNVIRATO.—Mientras las fuerzas legalistas se acercan al centro, en Caracas los generales del gobierno descubren que la razón de la guerra estriba exclusivamente en la permanencia de Andueza Palacio en la Casa Amarilla. "Si Andueza se va, la guerra se acaba", afirma el general Domingo Monagas, cuyos dos mil leales barceloneses son la mejor evidencia de la justicia de su lógica. Lo mismo creen los negros barloventeños que acompañan al general Luciano Mendoza. Y coincide con ellos, el general Julio Sarria. Andueza es la causa de todos los males y debe irse. El Presidente está en Palacio como inquilino moroso. El argumento de una victoria militar se le ha ido de las manos, desde la misma hora en que derrotado y triste, regresó Casañas de su campaña llanera. Y la clara lógica política de los generales decide el viaje del Presidente. Domingo Monagas es muy cuidadoso de las formas protocolares y le anuncia al doctor Andueza que será despedido en los muelles de La Guaira con todos los ho-

nores debidos a su condición de Presidente, a lo cual responde Andueza, malhumorado: "Me rinden honores los mismos que me echan". Monagas sigue insistiendo en la necesidad de no violar ni las formas, ni las fórmulas. Y hace reunir al asustado Consejo Federal para que, de acuerdo con las disposiciones de la ley escrita, designen a la persona que debe ejercer la Presidencia. Para felicidad de todos, Consejo y generales piensan en el mismo candidato y así vuelve a la Presidencia el anciano jurista Guillermo Tell Villegas. La Presidencia la desempeña Villegas y el poder lo tienen Mendoza, Sarria y Monagas, un nuevo triunvirato que ha sustituido al de los desafortunados Andueza, Casañas y Batalla.

Cuando Crespo amanece en "La Cortada del Guayabo" y los simpatizantes de su causa esperan por minutos su entrada a Caracas, empieza entre revolución y gobierno un ir y venir de propuestas y notas, de comisiones y papelitos. Devaneos que terminan cuando las cargas sorpresivas de Monagas y Mendoza obligan a Crespo a desandar el camino que trajo y a dividir el ejército en dos cuerpos, confiando el uno a Ramón Guerra para que abra la campaña de los valles de Aragua y dirigiéndose con el otro a San Juan de los Morros.

Antonio Paredes marcha en el cuerpo que comanda Crespo. Llegando a Maracay, tiene que hacer frente a la primera insubordinación que va a conocer en su vida militar. Los soldados se quejan de la exagerada disciplina que Paredes quiere imponer en sus filas. A diferencia de otros jefes que no se dan por notificados y en muchas oportunidades acompañan a los reclutas en el desvalijamiento de pulperías y en la matanza de ganado ajeno, este joven quiere hacerlos proceder como si fueran seminaristas. Y mientras las relaciones entre superiores y subordinados, en la mayoría de los cuerpos, es una extraña mezcla de compadrerías y emulación en el valor, Paredes se ha propuesto hacer sentir a su gente que en la vida de campaña hay un jefe, normas y disciplina. Decididamente es un personaje que resulta antipático para quienes, veteranos en arte de la violencia armada, están conformados mental y espiritualmente de otra manera. Los insubordi-

*nados le envían un memorial al general Crespo exigiendo la destitución de Paredes, "para evitar males mayores". El jefe toma nota del pedimento y lo entrega al acusado. Este copia la lista de los disgustados y de seguida ordena formación. "A quien nombre, debe dar un paso adelante", dice. Y va nombrando a los peticionarios. Cuando ya está completo el número les dice: "Ustedes están despedidos". Uno intenta desconocerlo y Paredes lo castiga con su sable. La protesta se desvanece. Sin embargo, el malestar sigue. Y Crespo decide confiarle una misión en la costa del Yaracuy, en unión del general José Félix Mora, mientras dispone la disolución del cuerpo de caballería que comandaba Paredes.*

*LA BALA Y EL AMULETO.—Los meses que siguen desde junio hasta octubre del 92, cuando Crespo entra a Caracas se podrían definir como el equilibrio de dos debilidades: un gobierno que no puede acabar con una revolución y una revolución incapaz de derribar al gobierno. Velutini, los Ducharne, Vallenilla Fleitas, Ortega y Bianchi han ganado todo el oriente para la causa legalista. José Manuel Hernández es el vencedor en Guayana. El llano es de Crespo. Mientras tanto los generales del gobierno continúan encerrados en Caracas, rivales en sus ansias de dominio y los náufragos del Congreso se entretienen en dividirse en revolucionarios y evolucionistas. El desorden gubernamental va a hacerse más grave cuando en son de conquista aparezca en La Guaira, el zuiano Eleazar Urdaneta, proclamándose General de una "Liga de Occidente" y reclamando para sí la Presidencia.*

*A mediados de agosto, parece que va a llegar el fin de esta etapa de anarquía. Crespo ha obtenido un significativo triunfo en Villa de Cura y ordena al general José Félix Mora que se disponga a tomar a Valencia. Mora va al asedio de la ciudad en compañía de Antonio Paredes. La lucha dura varios días y la suerte se decide por los revolucionarios, quienes están poniendo en derrota a las tropas enemigas, en los mismos instantes en que Crespo y su ejército hacen la entrada a la ciudad, el 17 de agosto.*

Crespo espera recursos del exterior y necesita el control del litoral carabobeño. Dos días después de la conquista de Valencia, fuerzas al mando de los generales Mora y Quintana marchan sobre Puerto Cabello, yendo también Crespo a dirigir el ataque. Quintana pasa a la retaguardia, mientras que Mora y Paredes avanzan. Dispuesto el plan de combate, a Paredes lo hacen responsable de la suerte del centro de la primera línea. Lo acompañan los generales Barráez y Norberto Martínez y comanda cuatrocientos hombres. La lucha empieza en la mañana y cuando las primeras trincheras caen en manos de los atacantes, los defensores empiezan a replegarse hacia el interior de la ciudad, disputándose el terreno con alardes de un valor magnífico. En la tarde, el enemigo ha quedado reducido al edificio de La Aduana. La guarnición de la Fortaleza se sostiene durante todo el día siguiente. Abandonado que fué el Castillo por sus defensores, Crespo ordenó a Paredes ocuparlo y lo nombró su jefe. Una rara mezcla de satisfacción y descontento domina su ánimo en aquellas horas: había tomado parte decisiva en importantes acciones; Crespo le había dicho que era "más general" que su padre; ya no eran sueños las batallas, pero no podía dejar de pensar en que se había roto su amuleto, cuando una bala perdida en la acción de Puerto Cabello, quebró la hoja de la espada que llevó en toda la campaña y que no era otra que el sable de su abuelo José de la Cruz Paredes.

#### IV

#### UN CAÑON DE PAVIA

*LA REVOLUCION YA ES GOBIERNO.*—El 7 de octubre de 1892, hizo su entrada a Caracas el general Joaquín Crespo, vencedor y aclamado. Como enseña de la revolución, los batallones legalistas hacen flamear sus banderas blancas, pues como a los campamentos rebeldes concurrieron godos y liberales, no quiso Crespo ofender la dignidad de los recelosos conservadores haciéndolos marchar tras los pabellones amarillos.

Son días muy animados en Caracas estos del comienzo del segundo gobierno de Crespo. Todos los males nacionales se le cargan en su cuenta al fugitivo Doctor Andueza. El gobierno publica un libro en el cual se reproducen los documentos del archivo de Andueza, una de cuyas secciones la forma una colección de curiosos y picantes papelitos escritos desde los veladores de los clubs por los amigos del Presidente, quienes con evidente falta de respeto le piden reales de "la cajita" para continuar la fiesta. De Andueza no cuentan los periódicos del nuevo gobierno, horrores, sino anécdotas de subido color. Un periodista de mal gusto lo llama "Sardanápalo". Un decreto del Jefe Supremo del Gobierno ordena el embargo y secuestro de los bienes de todos los anduecistas. Otra disposición anuncia el nombramiento de una Asamblea Constituyente. La reforma constitucional que Andueza dejó expuesta, encuentra ahora padre amoroso en el general Crespo. Simón Barceló desde las columnas de su periódico, proclama a Crespo jefe de un partido que nadie ha fundado, el Partido Nacional y dice que liberalismo y conservatismo son denominaciones unacrónicas en la nueva hora nacional. Pero ya Vicente Amengual, autor intelectual de la maniobra continuista y consejero político de Andueza anda ensayando frases y sonrisas para llegar hasta "Santa Inés" y decirle a Crespo resentido: "Por mi volvió usted al poder, porque si yo no hubiera alumbrado a Andueza la idea continuista, usted no hubiera tenido bandera para su revolución". De allí a pintar al gobierno de amarillo no hay sino un paso, y lo da Amengual cuando en complicidad con el Canónigo Matute y proclamando la fórmula de "compactación liberal en torno a Crespo", hace que el Arzobispo bendiga banderas amarillas que una tarde han de pasear por la ciudad las tropas del Ejército.

**LA TEMPESTAD.**—En Puerto Cabello, Antonio Paredes está eufórico, activo. La responsabilidad que le confiaron es pequeña para su ambición. El hubiera preferido acompañar a Crespo en la última etapa de su campaña y entrar a Caracas entre los gritos de la multitud, al frente de un batallón de caballería. Pero tiene que conformarse con la jefatura de una

fortaleza. Y para que el tiempo le pese menos, se dedica a hacer reformas en el Castillo. No hay muebles, tampoco existen fondos para adquirirlos. Todo es ruina, abandono, incuria. Y cuando reclama al gobierno auxilios para acometer las reformas que tiene planeadas, le contestan que en el país hay necesidades más importantes. Entonces designa a Guillermo Prince para que vaya a Curacao y ofrezca a los comerciantes de la isla, uno de los viejos cañones de la fortaleza. Prince logra interesar a un señor Pietersz, quien tiene numerosas relaciones en Holanda. Paredes se dirige al general Crespo pidiéndole permiso para vender el cañón, como hierro viejo e invertir el dinero que produzca la venta, en la compra de mobiliario para la Sala de la Comandancia. La autorización no viene. Paredes envía al Jefe de la Artillería del Castillo a Caracas, en solicitud del permiso, pero este trae por toda repuesta una razón verbal: "Dice el general Crespo que venda el cañón". Y embarcan la culebrina para Curacao, de donde la envían a Amsterdam, para ser fundida. En el momento del pago de la pieza, ya Paredes no es el Jefe del Castillo pues ha sido sustituido por el general Mariano Izquierdo. Pero ya la tempestad estaba formada sobre su cabeza.

Desde su primer encuentro con Antonio Paredes, el general José Félix Mora sintió aversión por el mozo desbordante de ambiciones. "No me gusta este gallo en mi corral" debió pensar con su mentalidad rural el general Mora, cuando recibió la primera visita del comisionado de Crespo. Mora había disfrutado desde lustros, de un indiscutido prestigio en ciertos sectores de los litorales yaracuyano y carabobeño. Era un hombre de color, guerrillero lleno de argucias, supersticiones y valor, que había empezado su carrera en un día ya muy lejano, cuando siendo niño jugaba en la playa de Palma Sola, en unión de otro negrito hablador y despierto, Felipe Herrera y vieron aparecer entre las olas del mar, la goleta que traía a Juan Crisóstomo Falcón. Tras la mula rucia del Mariscal marchó y la guerra, fué maestra, querida y hermana. Analfabeto, inteligente, ambicioso, fué haciéndose el jefe natu-

ral de las gentes que en la húmeda selva de la costa, en Al-pargatón, en Urama, en Morón, habían plantado su tienda. Gustaba de la pulcritud y cuando ya era hombre importante, se mostraba siempre vestido de manera impecable. De Valencia iba a su hacienda, de paltó levita y pantalón de fantasía. Mora era el odio de los temidos oligarcas valencianos. Cuando en el 92, aparece en el levantisco escenario de Carabobo, la figura de Antonio Paredes invitando las gentes a la guerra, es natural que entre él y Mora nazca una poderosa corriente de antipatía. Crespo conoce y estima más a José Félix Mora que a Paredes. Sin hablar se entienden. Y en la administración regional de Carabobo bajo el gobierno legalista, Mora es altísimo personaje y Paredes, jefe del Castillo de Puerto Cabello.

En julio de 1893, el día en que desmontan de la muralla del castillo, el viejo cañón y lo embarcan para Curacao, empiezan a decir en Puerto Cabello, que se ha cometido un sacrilegio, pues se ha vendido como hierro viejo, un cañón de Pavía, uno de los cañones que arrebataron los españoles a los franceses en el campo de Pavía, en el año de 1525. Y precisamente era Paredes quien lo había vendido.

Mora no sabe si Pavía es nombre de árbol, de mujer o de pueblo. Pero su secretario si conoce la historia del cañón y también está seguro de las consecuencias que un escándalo puede traer para Antonio Paredes. Y ya está Mora escribiendo a su compadre Ramón Guerra, quien ahora es ministro de las armas nacionales y a quien tampoco gustó el tono autoritario y suficiente con que Paredes le habló, la primera vez que se encontraron en la sabana de Carabobo. "Ya lo tengo pensado", le dice Mora a Guerra. Y le participa: "Por correo va la denuncia que de la venta del histórico cañón hace el Jefe Civil y Militar de Puerto Cabello ante el Gran Consejo Militar". El Gran Consejo está presidido por el General Venancio Pulgar, el viejo tigre zuliano. Uno de sus vocales es el general Martín Vegas. Los jueces admiten la denuncia y entran a examinar los hechos. Aquí hay dos cosas, dice el general Vegas: "Por una parte, la responsabilidad que puede caber al

*general Paredes en la venta del cañón de que trata la denuncia, y por otra la histórica, que de confirmarse y ser efectivamente la pieza vendida el cañón de Pavía, aquella responsabilidad se agravaría en alto grado, hasta considerarse, ya no como una falta, sino como un delito militar.*

*DESFILE DE TESTIGOS.—Como Pulgar, Vegas, Ibarra, Herrera y Díaz Grafe, comisionados por el Gran Consejo para estudiar el expediente y proponer dictamen, no están interesados en hacer el juego a Mora, ni perjudicar a Paredes, se dedican a realizar un serio y minucioso examen de los hechos antes de formular el informe encomendado.*

*Empezaron por averiguar si a Venezuela fué traído en alguna ocasión, uno de los famosos cañones de Pavía. Prácticaron investigaciones en los archivos de la Real Audiencia, de la Capitanía General, en la Biblioteca Nacional y en las Memorias del Ministerio de Guerra; se dirigieron a los jefes de los Castillos y Fortalezas, pidiéndoles razón circunstanciada de las piezas de artillería de cualesquiera clase, naturaleza u origen que existieran en los Fuertes a su mando, y de todos obtuvieron contestaciones que en el final sólo daban como piezas históricas, o al menos piezas francesas, tres: la culebrina que existía en el Patio del Palacio de la Exposición (\*) de Caracas, que tenía por nombre Le Maréchal de Humicres. En el centro se encontraba en un sol radiante la divisa de Luis XIV: Nec pluribus impera y en seguida las tres flores de lis con la diadema real y luego la fecha: 1685. Otra culebrina en el cuartel San Carlos de Caracas que llevaba por nombre Le Dauphin. Tenía la corona francesa con la flor de lis y la siguiente inscripción: Par Dupont Commissair Ontes. A. Rocheforts, 1767 y otra, en la fortaleza de La Guaira marcada con la flor de lis, sin otro distintivo, fecha ni inscripción, por haber desaparecido con el tiempo y además otras piezas en otras fortalezas, que por lo deterioradas no presentaban datos o marcas ostensibles.*

*Pero los comisionados no se conforman con estas informaciones y estimaron útil pedir colaboración a personas nota-*

---

(\*) Actual Palacio de la Corte Federal

bles por su competencia en historia patria. Como testigos en el proceso, desfilaron entonces: Anibal Dominici, F. A. Segrestá de Puerto Cabello; Julian Viso, Vicente Amengual, Manuel Landaeta Rosales y Aristides Rojas.

Sagrestá les responde que no cree haya existido en Venezuela cañón alguno de los que los españoles tomaron a los franceses en la batalla de Pavía y que los que existen en Puerto Cabello y que él conoce desde hace muchos años, son de fabricación relativamente moderna. Y agrega: "Ya en 1851, circuló en Venezuela la especie de que el general José Tadeo Monagas había vendido el cañón o lo había dado en pago de unos centavos negros que hizo venir de Estados Unidos".

El doctor Julián Viso, quien ha clasificado todos los papeles pertenecientes al archivo de la Intendencia de Venezuela, hace la historia de los diversos inventarios de armas en fortalezas y cuarteles venezolanos practicados en la Colonia y en los primeros años de la República, para concluir que en ninguna lista o informe, figura la culebrina de Pavía.

El doctor Vicente Amengual presenta una magnífica síntesis de estas historias. Empieza diciendo que, las gentes al hablar de la batalla del 24 de febrero de 1525, en el campo de Pavía, sostenida por Francisco I de Francia contra los españoles, dicen: "los cañones de Pavía", pensando en decenas de bocas de fuego. Pero, agrega, los historiadores del combate están de acuerdo en que los sitiados sólo contaron en aquella memorable jornada, con cuatro malas piezas de bronce y dos bombardillas de hierro, y que los sitiadores apenas tuvieron disponible, vieja y escasa artillería. Recuerda Amengual que en 1849, comenzó en Venezuela la leyenda del "Cañón de Pavía" cuando en la fortaleza de San Antonio se descubrió una vieja culebrina, y que a poco las gentes decían: "Los cañones de bronce tomados por Carlos V a Francisco I y regalados a Venezuela". Dice luego don Vicente que en el año de 1869, visitó la fortaleza de Puerto Cabello y examinó los cañones que aseguraban haber sido tomados en Pavía y que encontró que por las fechas de fundición y otros detalles, habían sido forjados cien años después de la batalla.

*El general Manuel Landaeta Rosales escribió una minuciosa relación. El estuvo en el Castillo el año de 1869, cuando el general Ruperto Monagas iba para la expedición del Zulia, con una escuadra de las más respetables que han surcado los mares de Venezuela y un ejército de 5.000 hombres. En Puerto Cabello se detuvieron, pues Monagas dispuso blindar el primer barco de aquella armada, el BOLIVAR. Y Landaeta Rosales, que era miembro de uno de los cuerpos expedicionarios, se dedicó a examinar las piezas de artillería que había en el Castillo. Tomó nota de la existencia de dos culebrinas reputadas como las más finas por su metal y construcción y muy admiradas por su antigüedad. Monagas hizo disparar repetidas veces una de ellas, para probar el blindado del vapor. Por ninguna parte encontró Landaeta, "el cañón de Pavía". El agrega en su informe que sobre el cañón y su venta por parte del general José Tadeo Monagas, había oído hablar mucho, pero que nadie comprobó el hecho que "ha podido ser invención calumniosa para ofender al gobierno de entonces, como ha sucedido y sucede constantemente con los partidos políticos para desacreditar a sus contrarios".*

*La respuesta de Rojas a las preguntas del Gran Consejo, sabia y sonriente, refleja el piadoso perdón con que don Aristides mira a quienes se muerden, adornando sus odios con banderas y muestra su inmenso amor por Venezuela. "Yo escribí en 1873 sobre este tema". "Hice la crónica de los cañones que se conservan en Puerto Cabello". Y luego relata: "Por los años de 1852 a 1853 a consecuencia de haber vendido el Gobierno de Venezuela algunos cañones viejos, de los muchos que existían en aquella época, el pueblo de Caracas censuró fuertemente el hecho, y aun se dijo por la prensa, que entre los cañones vendidos figuraba el de Pavía. A poco de andar todo quedó en calma y nadie volvió a hablar, ni de Pavía, ni del cañón. Mas cuando hablamos sobre esta materia y describimos los dos cañones que figuran hoy en el Palacio de las Academias, llegamos a saber por informes de hombres muy respetables, que lo que llamaban cañón de Pavía, era la culebrina francesa de bronce, del tiempo de Luis XIV, que existía en Puerto Cabello,*

*desde fines del último siglo". "En esta opinión reposábamos, sin acordarnos del dicho de 1853 cuando de repente, sin que nadie lo previera, resucita el dicho de que en Puerto Cabello se acaba de vender el cañón de Pavía". "De manera que en el espacio de cuarenta años, una misma causa ha engendrado iguales efectos". Sin entrar en pormenores, se nos ocurre preguntar: ¿en cuál de las dos fechas debe figurar la venta del histórico cañón?". Basados en estos hechos, en consideraciones históricas y datos locales que reservamos para más tarde, creemos que todo esto es un mito". "El mito nace por los años del 52 a 53, aparece de nuevo a los cuarenta, con nuevas variantes, y así seguirá con creces, que es de la humanidad el divertirse con estas mentiras y exornarlas con las galas de la imaginación retonzona. Con los datos que tenemos, hoy podríamos escribir una leyenda para el folklore venezolano, intitulada: "El Cañón de Pavía".*

*La Comisión del Gran Consejo no se contenta con estas opiniones. Quiere darle a su información histórica, carácter oficial y en tal sentido se dirige a la Academia Nacional de la Historia, corporación oficial y técnica, a fin de que con el carácter que la acredita, ilustre el punto y emita opinión en lo que se relaciona con la parte histórica de la culebrina famosa. La Academia celebra junta extraordinaria, nombra comisiones para que investiguen y redacten un informe y el 20 de septiembre del 93, aprueban una conclusión que en resumen, dice: "No se conoce ningún dato histórico por el cual conste que haya existido en Venezuela una pieza de artillería de bronce proveniente de la batalla de Pavía".*

*La comisión del Gran Consejo, hace suya la opinión de la Academia: "no está comprobado el punto histórico de que Venezuela haya sido poseedora en ningún tiempo de la culebrina de Pavía". Y expresa su criterio en cuanto a la situación del acusado general Antonio Paredes: "Queda así salvado el honor nacional y atenuada la responsabilidad en la que como delito militar quedaría incurso el general Paredes, pues que la ignorancia que éste adujo en el particular no tendría fuerza jurídica ninguna". Y con respecto al hecho de la venta del cañón*

como bronce inútil, apreciado como extracción del parque nacional, considera la Comisión "que el General Antonio Paredes, no procedió de manera oculta, pero siempre obró imprevisivamente al aceptar como autorización para la venta, la verbal que le comunicó el Jefe de Artillería del Castillo, prescindiendo de lo dispuesto en el Código Militar". El Gran Consejo en pleno oye la lectura del largo informe y de las conclusiones de la comisión que preside Venancio Pulgar, y al final lo aprueba como suyo.

El 4 de octubre, Ramón Guerra lo presenta a la consideración del Gabinete. Después de su lectura no hay discusión. Se resuelve entonces dictar con la misma fecha, una Resolución por órgano del Ministro de Guerra y Marina declarando "que se ha comprobado que no ha existido en el Castillo Libertador el cañón de Pavía a que se refirió el proceso, que tampoco hubo delito ni falta punible en el proceder del General Antonio Paredes y que el hecho ocurrido en nada afecta su honra como militar, ni arroja responsabilidades que las leyes penales hagan efectiva". Se ordena la publicación del acuerdo ministerial y la transmisión de una copia del mismo al General Paredes, "para su satisfacción".

El honor de Paredes sale incólume de esta escaramuza. Pero en esta Pavía carabobeña, toca al joven militar la triste suerte de la derrota, es Francisco Primero. Y como un Gran Capitán, moreno y tropical luce el general Mora. Dentro de pocos días, Paredes va a iniciar una nueva, interesante experiencia en su vida de político venezolano: la del destierro.

ANTES DE LA PARTIDA.—Paredes comprende que todo el escándalo de la venta del cañón y la extraordinaria preocupación demostrada por los generales Mora y Guerra, acerca del destino de una pieza histórica, no eran sino avisos de la decisión del alto comando de generales legalistas para borrarlo del panorama de Carabobo.

Pero Antonio Paredes, no es de los que se corren con las amenazas. El 30 de septiembre, dicta el Ministerio de Guerra la resolución acordada declarándolo libre de culpa y el 7 de octubre está en Valencia. Estos meses del final del año 93

son muy agitados en toda la República, pues han sido convocadas elecciones, a fin de que los pueblos elijan sus autoridades. En cada Estado, se mueven las camarillas de los caciques locales, buscando ganar la simpatía del gran Jefe que desde "Santa Inés", va a decidir cuál General es el más querido y popular en cada una de las provincias. Para la Presidencia de Carabobo, Crespo escogió al general José Félix Mora. Y en este punto no cede. Además de la garantía que Mora significa como cabecilla reconocido de extensas zonas rurales, tiene el general Crespo especial empeño en imponerlo en aquella Presidencia por una razón de tipo personal, pudiéramos decir sentimental. Crespo, uno de los caudillos más humanos y generosos que conoce la historia venezolana, tenía en su vida una debilidad y un culto: su esposa, la inteligente y habladora doña Jacinta, mujer de ninguna cultura, pero de finísima sensibilidad para la política. Se cuenta que en una oportunidad, Crespo y su esposa viajaron a Valencia, mucho antes de la revolución del 92 y la señora fué objeto de un desaire por parte de la muy exigente sociedad de Valencia. Crespo guardó el recuerdo desagradable y quería que Mora, mal visto por la aristocracia local, fuera en Valencia la primera figura oficial de la ciudad y del Estado. Y lo fué durante tres años.

Estamos en vísperas electorales. Mora ha dicho que cuenta con el apoyo del Gobierno Nacional y que su candidatura a la Presidencia del Estado triunfará. Hay otra candidatura liberal, la del general Berrío. Paredes es berríoísta. Y el 7, horas después de haber llegado a la ciudad, lanza una hoja en donde desmiente las afirmaciones de Mora, según las cuales Crespo lo impondría en Valencia contra viento y marea. Es un abuso, dice Paredes. Y agrega: "la revolución legalista se hizo para devolver al pueblo el derecho de elegir a sus mandatarios y el guardián de la revolución es el general Crespo". "El no tiene candidatos, él respetará la decisión soberana de los ciudadanos". Concluye invitando a quienes se sientan con aspiraciones de ir a la lucha electoral vecina a "lanzar sus nominaciones, seguros de que serán rodeados de toda clase de garantías". El 9, circula otra hoja. Se trata de una invitación

que hace "la juventud digna de Valencia", para una serenata que en la noche el pueblo obsequiará "al altivo republicano General Antonio Paredes", y fija como sitio de reunión la Plaza Bolívar. A las ocho de la noche, trescientos valencianos invaden el "Hotel del Comercio", residencia del General Paredes. A la cabeza de esta manifestación político-musical, marcha Ignacio Figueredo Boggio, quien pronuncia las palabras de ofrecimiento. Figueredo le dice que el homenaje se lo rinde Valencia porque al desmentir a Mora, se ha hecho intérprete del sentir de la mayoría. Paredes responde haciendo un exaltado elogio del general Crespo, a quien vuelve a considerar como ajeno a las maniobras del morismo. "Crespo no puede apoyar una candidatura desacreditada", "Crespo no puede ponerse frente a un pueblo", afirma. Califica a Mora de calumniador. "Dos veces me ha calumniado inicualemente". Y luego agrega: "no me ocuparía de él y de sus calumnias, si no hubiera tenido la osadía de venir a proclamar su condición de favorito de Crespo para la Presidencia del Estado". "Lanzad un candidato que os satisfaga y apto para secundar la política del General Crespo y no tendréis oposición", aconseja. Termina brindando por el General Crespo, "campeón de la libertad eleccionaria". Apenas termina el acto y cuando ruidosos grupos empiezan a desfilar hacia la Plaza Bolívar, gritando vivas al General Crespo, al General Berrío y al General Paredes, se oye música de cuatros y furrucos, son los moristas que vienen de una reunión. A los vivas del grupo berriísta, responden con mueras y abajos. Ya los palos comienzan a caer sobre las cabezas y espaldas de los desprevenidos berriístas y el tumulto se generaliza. De pronto se escuchan unos disparos. Los moristas están armados. Cae herido de muerte, un obrero de nombre Jesús María Landaeta, quien había concurrido a la serenata y momentos antes de caer abaleado había abrazado a Paredes para decirle que contara con él. El Presidente del Estado, doctor Montenegro se encuentra cerca del sitio en donde mientras se desarrollan estos sucesos, se halla Paredes. Este se acerca a Montenegro, saca su revólver y le dice: "Fíjese, doctor, que la carga está completa, no falta ninguna cápsula, porque mañana van a decir que yo fui quien hizo los disparos".

*Al día siguiente, la agitación en Valencia hace temer graves acontecimientos. Al entierro de Landaeta concurren centenares de personas. Presiden el duelo los directores del partido local Crespo-Berrio, los redactores del periódico "20 de Febrero", el general Antonio Paredes, el doctor Juliac, Francisco Michelena Rojas y Héctor Cabrera. A la cabeza del cortejo marcha un artesano, llevando una bandera blanca con crespón negro. "El 20 de febrero", "Agencia Izaguirre", "El Pabellón Nacional", "El Día" y "El Ciclón" publican editoriales en los cuales señalan a Mora como autor de los sucesos. "El Ciclón", concluye su nota del 11 de octubre, con estas palabras: "O no surgen al General Mora a la Presidencia del Estado o Valencia se cubrirá de cadáveres". "Con Berrio defendemos nuestra libertad". "Se trata de hacernos aparecer como un pueblo esqueleto". "No consintais semejante insulto o si no te lanzamos nuestro desprecio". "Viva la libertad". "Viva Berrio". Los papeles que circulan el 12, tienen un tono de mayor violencia. Paredes llama a Mora, "el más pérfido de mis enemigos". Para el desenlace de esta pugna nadie ve un camino distinto al de la violencia.*

*Pero el 12 de octubre, recibe Paredes, quien todavía es militar en servicio, un telegrama de su superior jerárquico, Ramón Guerra: "Inmediatamente que reciba usted este telegrama se pondrá en marcha para esta ciudad, de orden del Jefe del Poder Ejecutivo de la República". El 13, está Paredes en Caracas. Crespo lo recibe y le critica sus recientes actuaciones en Valencia. Termina ofreciéndole como fórmula para zanjar las dificultades y continuar contando con su colaboración, el cargo de Jefe de la Comandancia de Armas del Estado Sucre. Paredes rechaza el ofrecimiento y le hace presente que con esa actitud de intervención en los asuntos locales del Estado Carabobo y con su apoyo a Mora, está negando la esencia misma de la Revolución Legalista. Crespo por toda respuesta ratifica su voluntad de imponer a Mora. No logra Paredes alcanzar el objetivo que se había propuesto: atacar a Mora, pero conservar la amistad de Crespo. Para Crespo no hay duda sobre la escogencia, Mora no es un hombre que vaya a crear problemas*

y sirve para sus propósitos de sonriente cobro a los oligarcas valencianos.

*Paredes es un enemigo peligroso, un hombre sin miedo. Ya anda diciendo por allí, porque no sabe ocultar sus intenciones, que va a ir a Carabobo, a hacer la revolución contra Mora. Tal vez no sea contra Mora únicamente, piensa Crespo cuando le llevan la noticia. Y como empieza a haber cierto descontento en las filas de los generales del gobierno, porque éste lleva un año de existencia, Crespo da la orden de hacer preso a Paredes. Este lo sabe y logra burlar a la policía. Hay órdenes terminantes de buscarlo y llevarlo a La Rotunda. Como no lo consiguen, detienen al padre, el general Manuel Antonio Paredes, quien hasta hace poco era Inspector General del Ejército y lo llevan a La Rotunda en donde permanece tres meses, acusado de esconder al hijo. Pero éste se encuentra en Curacao.*

*"MONSIEUR PAREDES". — Cuenta Pedro César Dominici en su libro de Memorias que en el año de 1894, iniciaba sus estudios de Química y Arquitectura en París, cuando una noche, Madame Titón, su hospedera de la Rue Le Goff del Barrio Latino, "al soslayo" del Panteón, le dijo que un señor venezolano "Monsieur Paredés", habitaba en el piso de arriba.*

*"Nos encontramos en la escalera —recuerda Dominici— y nos presentamos mutuamente. Lo llevé al café Vachette en el Boulevard Saint Michel, lugar que solíamos frecuentar los sudamericanos. Era alto, de aspecto serio, de pocas palabras, fino y distinguido; había venido a París a estudiar en las Escuelas militares de Saint Cyr y la Politécnica; y sus días transcurrían en la Biblioteca Nacional hojeando infolios sobre la materia de su predilección, pues admiraba la historia militar de Francia. No volvió por el Vachette. Algún tiempo después me anunció la huésped que mi compatriota quería visitarme. Como para excusarse de su apartamento —legítimo concepto del vocablo— habló de haber estado ausente de la ciudad. Pero yo creí ver en su rostro algo diferente, como de manifiesta alegría contenida, que muy pronto logré explicarme al obsequiarme el ejemplar de un libro que titulaba "Táctica militar".*

*Era tan pequeño, que al hojearlo, apenas se veía en las manos. El autor exponía las maneras de atacar y defender posiciones; los diferentes períodos de una batalla; el empleo de la caballería, de la artillería y el predominio de la infantería; movimientos de tropas de refuerzo, ataques por sorpresa; retiradas por prudencia o por derrota, o retirada fingida. Fué en nuestra corta amistad el único momento que le sorprendí hablador y lleno de entusiasmo; yo seguía sus explicaciones haciéndole creer que me interesaba el tema, cuando en realidad trataba de comprenderle a él. A una interrupción mía: "Pero General Paredes, si su adversario ha leído su "Táctica" lo derrotará a usted". "No —respondióme casi a grito, porque yo tengo la contra". Yo no sabía qué pensar de todo aquello. Luego habló de la Patria, de la Libertad, del Libertador, de Sucre, de Miranda, sincero, elocuente, apasionado. Luego entró en sí mismo: regresó a su actitud silenciosa y grave aunque cierta suave sonrisa vagaba en sus ojos. Le pedí unos ejemplares para algunos escritores amigos. "No deseo que por ahora se conozca mi "Táctica". No me conviene. Se admirará usted si le confieso que casi la he escrito para mí mismo..." Me dejó tres ejemplares, que yo guardé en el escritorio con cierto afecto. Algo extraño fluía de este hombre largo, cortés y silencioso. Al día siguiente la vieja Titón me dijo que Monsieur Paredés me enviaba sus saludos de despedida, que esperaba regresar pronto a París... Pero el Destino le había marcado un ritmo trágico..."*

## V

### EL GUARDIAN DEL TRONO

1897.—Antonio Paredes lleva tres años en el destierro, viviendo la mayor parte del tiempo en París. Ha visitado Potsdam, estado en Londres y recorrido en peregrinación casi religiosa todos los sitios de la parábola napoleónica. Como un estudiante más, anduvo por bibliotecas y museos. Realizó sus sueños de oír explicaciones sobre el arte militar en la Es-

*cuela de Saint Cyr, perfeccionó el dominio del inglés, del francés y del alemán. Y tuvo tiempo para seguir con exigentes maestros, cursos de música y canto. Cuando escribe a sus amigos de Venezuela, acerca de la influencia que esta larga y obligatoria permanencia en Europa, ha tenido sobre la definitiva orientación de su personalidad, les dice que ahora mira con misericordiosa sonrisa muchos de sus planes del pasado, pues comprende que no eran sino el fruto de su "inexperiencia y de la suficiencia que da la ignorancia". Ahora se siente mejor dotado para ir a la batalla. Y como quiere estar más cerca de su patria, viaja a New York a comienzos de 1897.*

*En Venezuela se aproximan grandes acontecimientos. Va a finalizar el período presidencial del general Joaquín Crespo. Han sido cuatro años de mala administración y buena política. Alejado para siempre Guzmán Blanco, gozando el país de relativa tranquilidad fiscal, sin partidos doctrinarios, sin seria oposición caudillista, estancadas todas las empresas que pudieran determinar cambios fundamentales en la vida económica y política del país, Crespo representaba a la perfección el papel de barbudo patriarca. Las cárceles casi siempre estaban vacías y los periódicos gozaban de libertad para denunciar las irregularidades, pero el caudillo miraba con sonriente desdén los reparos que se hacían a su caprichosa administración. "De la oposición lo malo son los versitos", afirmaba. Y la oposición decía en prosa, que por las aduanas, el Presidente y su camarilla introducían, contrabando; que los soldados del Ejército trabajaban en las fincas y construían casas para Crespo; que se había dictado la "Ley de Venta de Edificios Públicos", para que éstos pasasen por el diez por ciento de su valor al caudillo; que se había autorizado la creación del Banco Anglo-Venezolano, porque sus fundadores le habían ofrecido a Crespo un cuantioso crédito; que el monopolio concedido a una compañía inglesa para navegar por el Orinoco era a cambio de conducir gratuitamente los ganados del Presidente, para la exportación. El Presidente dejaba decir todas estas cosas sin cobrar a los autores del denuncia, su infamia o su atrevimiento, en giros a la vista sobre La Rotunda.*

*Crespo era liberal por temperamento más que por doctrina. En todo instante, hizo de la convivencia y del acuerdo su método de atracción y de dominio. Liquidó la revolución que el año 95, andaban planeando Manuel Antonio Matos y sus amigos, llamándolos para enterarlos de que conocía todos los detalles de la conspiración y proponiéndoles al final de la entrevista, cambiar los riesgos de la guerra por los de la colaboración en el gobierno. Tenía un gran sentido del humor para reírse de sus propias debilidades y sabía perdonar agravios con señorío.*

*La tarde del 7 de octubre de 1892, en los momentos en que Joaquín Crespo y su ejército victorioso hacían su entrada a Caracas, se desató sobre la ciudad el más tremendo aguacero que recuerdan las crónicas de aquellos tiempos. En los años que siguieron, cada vez que sus amigos o la oposición reclamaban al Presidente Crespo el olvido o la traición a los postulados que proclamara como jefe de la revolución, él respondía con sus salidas de llanero zamarro: "Fué que el día de la entrada el aguacero borró todas las consignas".*

*Pero había una que se salvó, amparada por el paraguas de la Constitución. La relativa a la no reelección. Los congresistas del 93, en la euforia del triunfo habían aprobado un artículo que impedía a Crespo continuar en el poder al término de su periodo. Cinco líneas, que los letrados en su afán de poner nombre a las cosas se empeñaban en llamar artículo constitucional. Los días avanzaban y ahora Crespo tenía que pensar en reformar la ley, o en elegir con tino a un teniente de la causa, para que fuera durante cuatro años, el guardián del trono. Y entre volver a reunir a cien sabios legisladores o escoger un encargado de la administración, se decidió por lo segundo.*

*Ramón Guerra esperaba ser el elegido. Pero Crespo no podía olvidar que muchos años atrás, él había formado parte del Consejo militar que condenó a Guerra por traición, y lo hizo sufrir muchos años de cárcel. Crespo miraba y no veía al hombre que buscaba. A Juan Francisco Castillo, lo califica de "chivo chiquito". Cuando Tosta García asoma sus barbas al*

concurso, lo descalifica con una frase: "Tosta sabe mucho de política". Doña Jacinta que en un comienzo mostró sus simpatías por Claudio Bruzual Serra, elegante caballero que se había hecho personaje de confianza en las alcobas de "Santa Inés", termina volcando su voto y partidario por Custodio Milano, amigo de la casa desde los lejanos tiempos de Parapara.

Para aumentar la confusión ha venido ahora el general Guzmán Blanco a querer opinar en el asunto. Desde su casa N° 25 de la Rue La Perouse, Guzmán Blanco viejo y ausente, sigue paso a paso los vaivenes de la política de su país, es el hombre mejor informado de cuanto ocurre en el alto mundo oficial de Caracas y no quiere renunciar a su papel de gran conductor, no obstante el distanciamiento que entre Crespo y él existe desde hace muchos años. Y ahora Guzmán está escribiendo a Carlos Benito Figueredo una carta, para que éste la enseñe a Crespo, en la cual recomienda como única posible, la candidatura del general Luis Crespo Torres, hermano del Presidente. Con su experiencia en estos menesteres, con su habilidad para conocer a los hombres y explotar sus debilidades, Guzmán Blanco redacta un memorial que en el primer momento va a confundir, a impresionar a Crespo. "Lo que sí es muy grave, le dice G.B. a Figueredo, es la noticia de que el próximo presidente sea Ignacio Andrade. Si tal sucede, ya verás que los oligarcas vuelven al poder, que los liberales vuelven a ser perseguidos, y que Crespo vuelve a emigrar y a tener que tomar las armas para reivindicar sus propiedades, que los godos le embargarán". Y le va enumerando las condiciones que según su experiencia de medio siglo, debe tener el candidato presidencial. "Para este puesto es preciso que se elija siempre un liberal de pura sangre, como primera condición; y como segunda, que garantice al saliente que no tendría que emigrar huyendo a la persecución, como me sucedió a mí y luego a Rojas Paúl, y luego a Andueza, y como le ha sucedido en Venezuela a todo el que ha sido Presidente, excepto al General Tadeo Monagas, porque lo sustituyó su hermano José Gregorio, bajo cuya autoridad pudo vivir tranquilo en su casa, cuidando sus hatos, aunque tenía el odio inextinguible de

los oligarcas, por el 24 de enero y la caída de Páez". Y amparada por estos tremendos argumentos, Guzmán Blanco llega a la conclusión que se propone: presentar la candidatura del general Crespo Torres. "Con estos antecedentes, yo creo que a Crespo lo que le conviene es influir para que lo sustituya su hermano el general Crespo Torres. Para esto basta un retoque de la Constitución, que puede hacerse en este Congreso y que comience desde ahora la propaganda por la prensa, uniforme, activa, inteligente, proclamando el candidato y la imprescindible reforma". Crespo ha oído silencioso la lectura de la carta. Figueredo espera el comentario. Crespo sigue mudo y de pronto dice: "Muy bueno todo, pero será de buena fe?". Su recelo contra Guzmán Blanco, el temor a caer en un lazo que le extienda su rival, le hacen mirar aquellas consideraciones como tentaciones peligrosas. Figueredo insiste. Le recuerda el propio caso de Guzmán Blanco, la traición de Andueza a Rojas Paúl. Crespo le responde para dar fin a la entrevista: "Sí, pero yo no tengo derecho a desconfiar de mis amigos".

Ya el hombre está escogido, es el general Ignacio Andrade, de larga figuración en la vida pública del país. El caudillo lo conocía como persona valiente, leal y sin ambiciones cesáreas. Sus enemigos habían inventado una frase para ponerla en boca de Crespo, como definición de la candidatura: "Andrade está viejo para aprender a mandar". Pero cuando la consagración de su nombre es definitiva, empieza a circular por los corredores de "Santa Inés", otra versión según la cual en el año 1888, siendo Rojas Paúl Presidente, al caer prisionero el general Crespo y ser conducido a La Rotunda, después del fracaso de una aventura guerrera, Andrade quien era figura notable del gobierno sirvió de intermediario entre el Presidente Rojas y el cautivo. Las atenciones de Andrade para Crespo fueron de tal naturaleza, apuntan los enterados, que éste le dijo: "Si algún día vuelvo a la Presidencia, usted será mi sucesor".

Y bien sea por la deuda de gratitud empeñada en los lejanos días de 1888, o por su creencia en que el hombre no podría

governar sin su apoyo, es lo cierto que en marzo del 97, comenzaron las actividades en favor de la candidatura presidencial de Andrade. El crespismo se llama Gran Partido Liberal y reclama como suyas las glorias federales. En casa del general Lutowsky se congregan mil liberales y se bautizan con el nombre de "Gran Consejo Eleccionario". La presidencia de la organización andradista la ponen en manos del doctor Laureano Villanueva, a quien rodean como dirigentes de campaña Rafael Villavicencio, Víctor Rodríguez, Alberto Smith, Diego Casañas, Emilio Horacio Velutini, José Loreto Arismendi y Diego Bautista Urbaneja. La prensa caraqueña al dar la noticia de la instalación del comité, dice que ha de tener éxito en sus labores pues está compuesto en su totalidad de "veteranos del Gran Partido Liberal, hombres encanecidos en el servicio de la patria y siempre presentes en los días magnos de la Causa". El 12 de abril, Laureano Villanueva en su condición de jefe de la campaña electoral, libra una orden a toda la nación. Es una orden brevisima, casi militar, de tres líneas: "La divisa es amarilla". "El Jefe es Crespo". "El candidato es Andrade". Andrade dice desde Cagua: "No tengo frases para agradecer tan inmenso honor". "Esta es la más alta recompensa a que aspirar pueda un hombre público que ama a Venezuela y trabaja por la felicidad de todos". Y concluye: "Ratifico desde el fondo de mi corazón la fe hacia la causa y el respeto y lealtad al Benemérito Jefe, General Joaquín Crespo". Villanueva hace el análisis de la situación electoral: "En el Zulia a ningún hombre serio se le ha ocurrido pensar en nombre distinto al del general Andrade". "En los Andes, pasa igual cosa, pues Andrade es andino y lo conocen desde niño". Hay alegría en el hogar crespista.

COMO EN TIEMPOS DE ANTONIO LEOCADIO. — Pero a todas estas, los hombres a quienes las gentes del gobierno llaman "godos" porque no figuran en las filas del crespismo, han logrado forjar un gran partido. Es el nacionalismo. Los pueblos que están cansados de mirar las mismas caras desde el 64, quieren ver cómo les va con un cambio. Pero como hay en Venezuela una prevención general contra el calificativo de

“conservador”, el nuevo partido opositor del liberalismo crespista, se empeña en calificarse de “liberal nacionalista”. En mayo del 97, Alejandro Urbaneja, Jorge Nevett, David Lobo, Miguel Páez Pumar, Cristóbal Soublette y Pedro Manuel Ruiz proponen en nombre del liberalismo nacionalista al General José Manuel Hernández que lance su candidatura a la Presidencia de la República. La popularidad de Hernández es inmensa e inexplicable. No ha sido militar afortunado, no ha dirigido grandes batallas, sus hazañas guerreras tuvieron por escenario la remota Guayana. Tampoco es coleador de toros, ni orador, ni periodista. De su vida juvenil en su nativo barrio de San Juan, sólo se recuerda la audacia y fortuna con que burló a un grupo de policías que iban en su búsqueda. Fué carpintero en Caracas, minero en el Yuruary y preso político en numerosas ocasiones, por su participación en conspiraciones descubiertas. Alto, delgado, con un rostro de dulces facciones y ojos soñadores, aquel hombre simple había logrado alcanzar el mayor prestigio popular habido en Venezuela desde los tiempos de Antonio Leocadio Guzmán. Tal vez el venezolano veía en su sencillez, en su pobreza orgullosa, en su vida errante y llena de simples episodios, el más fiel reflejo de su propia desventura. Y como mirándose en un espejo, lo seguía. Perdiendo su propio nombre, recibió el de El Mocho. Su nombre y su destino se fundían con el del pueblo. Era El Mocho, como mocho era el destino del pueblo venezolano.

Hernández acepta la candidatura y en la carta de respuesta a sus amigos, les advierte que es hombre de extracción humilde, hijo de un artesano, creyente en las ideas liberales y fervoroso federalista. Y a renglón seguido les expone su programa. Toda aquella enumeración de necesidades nacionales y de soluciones que en ocasiones semejantes, redactan los secretarios para que las reciten los candidatos. Entre el programa que lanza Andrade y el que propone Hernández no hay sino una diferencia de estilos literarios, el uno lo redactó Laureano Villanueva y el otro, Alejandro Urbaneja. Hernández recorre todo el país, de pueblo en pueblo, realizando una

campana electoral como la que habia visto durante su permanencia en los Estados Unidos. "Después de cincuenta años de marasmo se vuelve a movilizar el pueblo", apunta un periódico hernandista recordando la campana presidencial de Antonio Leocadio. Y Zoilo Bello Rodríguez, que escribe en los periódicos de la candidatura de Andrade, comenta: "A decir verdad, no se vió en Caracas ni en los días memorables de las elecciones de 1846, mayor entusiasmo". Cuando el Mocho regresa a Caracas el 7 de junio, una inmensa multitud lo recibe y lo aclama en la Estación de Caño Amarillo. Lo llevan en andas, como santo en procesión. Desfila frente a "Santa Inés" y va hasta su casita de la Plaza de La Misericordia. Bandas de música, pólvora, discursos. "El General Hernández venta envuelto en el manto del iris", dice uno de los periódicos.

Cuando se acercaba el fin del debate, los candidatos de la oposición Hernández y Rojas Paúl solicitaron permiso para celebrar una gran asamblea popular en la Plaza de La Misericordia. El Gobierno dividió la ciudad en dos zonas y les permitió la reunión, prohibiéndoles el paso hacia el Oeste, sector en el cual quedaban los edificios del Gobierno y las residencias de las personalidades oficiales. El general Crespo encomendó a sus ministros la tarea de acercarse a la plaza y apreciar la importancia de la manifestación. De regreso, cada uno fué diciéndole lo mismo: "Cuatro gatos, General"; "Unos locos", "Puro escándalo". Crespo oía. De pronto replicó: "No es verdad". "Yo también fui". "Allí estaba todo Caracas y no por amor a ellos, sino por odio a mí".

CUANDO QUEIPA.—Llega el 1º de agosto de 1897. La lucha habia sido intensa. 195 periódicos fundó el gobierno para defender la candidatura de Andrade, la oposición nacionalista, 42 y los amigos de Rojas Paúl, 26. Pero la campana termina en simple simulacro, pues el gobierno ocupa en la madrugada del 1º de agosto, todas las mesas electorales y los representantes de la oposición no tienen oportunidad de hacerse presentes en ninguna de las Juntas Inspectoras de las Inscripciones y del Registro. En la misma mañana empie-

zan a llegar a "Santa Inés" mensajes que cantan victoria, semejantes a partes de guerra. Andrade que está en Maracay le dice a Crespo: "Las noticias que tengo del Centro son de orden y triunfo. Las plazas de Valencia ocupadas sin que aparezca contendor. "El general Ferrer me encarga lo saludé". Desde Guarenas, el general Castillo participa a Andrade: "Liberales victoriosos. Los adversarios desalojaron el campo en presencia poderoso empuje andradista". "El glorioso pabellón amarillo flamea espléndido". Ignacio Lira, de La Guaira no puede contener el gozo: "Triunfo completo". "Ganadas todas las plazas". El recuento de los votos fué elocuente: Andrade: 406.610 votos; Hernández: 2.203 votos. Rojas Paúl: 203 votos; Guzmán Blanco: 152 votos; Nicolás Rolando: 31 votos. "Llega Andrade rodeado de un inmenso prestigio", escribe entonces Bello Rodríguez. "Espectáculos como el de la elección de Andrade solo se ven de siglo en siglo", dice España Nuñez. El hernandismo pensaba de otra manera y muy pronto iría a cobrar la burla en los campos de la guerra. Los cuatro años del período presidencial se iban a reducir a veinte meses de contratiempos y sobresaltos.

Ahora Crespo es el usurpador y José Manuel Hernández, el ángel vengador de la libertad ultrajada. Todo el país está con el Mocho, como en el 92 estuvo con Crespo. Abundan recursos, sobran los hombres. En una mata de la llanura cojedeña, un soldado nacionalista derriba la muralla que defiende la debilidad del gobierno de Andrade, cuando dispara sobre una partida enemiga y la bala da cuenta de la vida del general Crespo. Es el 16 de abril de 1898. Todo el mundo piensa que ahora Hernández marchará sobre la capital y que a su paso no encontrará sino muy débil resistencia. Pero Hernández huye de su objetivo que es Caracas, para vagar como un sonámbulo por las tierras de Lara. Crespo muere, pero el gobierno se recobra y Ramón Guerra asume la jefatura del ejército. La lucha continúa. Son cien días de combate. Es la llamada revolución de Queipa.

El 13 de abril de 1898 tres días antes de la muerte del General Crespo, regresa Antonio Paredes a Caracas. La pri-

*mera visita del viajero es para Andrade. Le ofrece su colaboración sin condiciones y le pide un sitio en el ejército que ha salido a combatir a Hernández. Andrade acepta la oferta sin demora pues son viejos amigos. Han sido compañeros en los campamentos. Paredes ha de confesar años más tarde, que desde el nombramiento de Andrade para la Presidencia, siempre pensó que este necesitaría a su lado hombres distintos a los generales de Crespo, si quería llegar a gobernar por su propia cuenta.*

*Paredes recibe el encargo de comandar una división en el ejército de Ramón Guerra. Y marcha a Valencia a ponerse a sus órdenes. Las relaciones entre estos dos hombres no pueden ser cordiales, "el cañon de Pavía" interpone su silueta entre ellos. Hernández está en Bejuma y Guerra en Valencia, pero ninguno avanza contra el otro. Hernández se retira hacia Nirgua y Guerra envía una división muy bien armada en su persecución, pero de pronto el jefe expedicionario se siente débil y emprende el regreso hacia Valencia a la vista del Mocho, quien no se decide a capturar el cuantioso parque que la gente del gobierno lleva. Así pasan los días. Paredes está inquieto, propone planes, hace críticas, la situación es incómoda. La vieja antipatía de Guerra reverdece. Y el 3 de mayo, a los quince días de haberse incorporado a su ejército, Paredes pide la baja. Días más tarde recibe un nuevo nombramiento, es Jefe expedicionario en el Occidente de Carabobo. Por esos lados hay tropas mochistas. Paredes persigue a Pedro Conde y dispersa a Aparicio. No hay lugar para grandes botallas. Son guerrillas innumerables y de una extraordinaria habilidad para moverse en aquel escenario de entrellanos y quebradas. Recibe la orden de unirse a las fuerzas que comanda el general Raimundo Fonseca, quien planea una operación sobre Cojedes; esto es a comienzos del mes de junio y pocos días después el Mocho cae prisionero de las tropas de Antonio Fernández, en Churuguara. Es el fin de la guerra.*

*Hernández es el derrotado, pero su regreso es de general victorioso. En los caminos y pueblos, las multitudes esperan*

*el paso del cortejo que lo conduce, para aclamar al idolo encadenado. La prisión de Hernández va a ser muy corta. Andrade necesita un contrapeso para frenar las conspiraciones que en el seno del gobierno están floreciendo. Y el prestigio del Mocho, la amenaza de su popularidad inmensa, obligará a los liberales a unirse en torno al Presidente. Asi lo cree Andrade y ordena su libertad. Para todos los venezolanos la llegada del nacionalismo al poder, es cuestión de días. Nadie da un centavo por el futuro del gobierno de Andrade.*

*“UN PRESTIGIO QUE SE VA”.—Pero Antonio Paredes está dispuesto a enfrentarse al prestigio del Mocho, analizar su capacidad militar, escudriñar la verdad de su leyenda, demostrar a todo el mundo que José Manuel Hernández es inferior a su buena estrella, incapaz de acaudillar el poderoso movimiento que lo aclama jefe.*

*Paredes militar se transforma en Paredes polemista. Utiliza todas las gamas del ataque. Un día califica a José Manuel Hernández de Francico Delpino y Lamas de la política venezolana y lo decora con la pintura del sarcasmo. Aparece un Hernández absurdo, sin rumbo, sin doctrina, juguete de los sabios oligarcas caraqueños. A la mañana siguiente, desde las columnas del mismo diario, analiza las capacidades militares del General Hernández, sus aciertos y fracasos en la revolución de Queipa y concluye su largo ensayo crítico diciendo: “La relación anterior prueba que el General Hernández no sabe nada de táctica (lo vimos en la “Mata Carmelera”); que tampoco sabe nada de estrategia (lo hemos seguido en sus marchas); y si no temieramos cansar la atención de los lectores, demostraríamos que ignora igualmente las prácticas más triviales de la guerra, y que si alguna vez ha tenido éxito en los negocios militares, lo ha debido, más a los desaciertos de sus contrarios o a la ciega fortuna, que a sus dotes militares”.*

*Los periódicos de la oposición que han alcanzado un enorme tiraje en Caracas, responden a los ataques de Paredes en forma violenta y lo acusan de haber sido derrotado en la última campaña por el General Pedro Conde. Paredes los desmiente y publica cartas y declaraciones de sus ayudantes so-*

bre los sucesos ocurridos durante la persecución de este general. Paredes vuelve al ataque. Quiere demostrar que la de Hernández es una fama pasajera y todos los artículos que escriba tendrán un título general: "Un prestigio que se va!" El 25 de julio, publica el primero. Comienza afirmando que todo hombre que aspire a una jefatura nacional no debe eludir el examen crítico de la opinión. Y luego agrega: "Si tiene méritos reales, con ese examen gana en popularidad". "Pero cuando el hombre es un aventurero o su personalidad es la simple invención de un grupo de aventureros entonces ese prestigio es pasajero, surgido al calor de circunstancias excepcionales y se derrumba al llegar la normalidad, porque entonces las deficiencias del hombre aparecen desnudas". "Este es el caso de José Manuel Hernández". "A favor de los desaciertos de la administración de Crespo se hizo centro de la oposición y cuando Crespo entregó el poder a Andrade se lanzó a la guerra". "Después del fracaso de la guerra, y de cortos meses de prisión, le fué devuelta la libertad y volvió a ponerse al frente de los que seguían pensando en él como centro de oposición". "Empezó a notarse entonces en muchos de estos un desencanto, próximo al desaliento". Dice que los partidarios del Mocho afirman que el Gobierno "les hizo un gran daño al ponerlo en libertad, pues la manera de mantener la leyenda es logrando que esté en la cárcel o en el destierro". Entonces denuncia al alto comando del hernandismo como una camarilla que juega con el mito del Mocho y que sabiéndolo incapaz para ejercer el Poder, sin embargo está empeñada en lograrlos, seguros de que harán de Hernández un muñeco en la Presidencia de la República. Concluye: "Hernández no irá al destierro, ni a la cárcel, el Gobierno no le hará este favor". "El Gobierno sabe que su prestigio es de circunstancias y que a medida que se conozca se borrará su leyenda. "El Gobierno sabe que es un prestigio que se va!".

El 30, vuelve a la carga: explica el auge de Hernández como expresión del repudio a Crespo. "El descontento nacional por la burla del 97 y el cansancio que el país demostraba por los procedimientos del gobierno legalista, son las únicas

razones de la popularidad de Hernández". "Pero ambas circunstancias han pasado y además Andrade es un hombre de bien". "Estos hechos determinarán el descenso del prestigio del jefe nacionalista". "Es un prestigio que se va!", vuelve a repetir.

El 1º de agosto hace un examen del estado económico y financiero del país al subir Ignacio Andrade al poder: "estaba la Tesorería Nacional exhausta; las rentas disminuídas a la mitad debido a la exigüidad de la última cosecha de café y a la baja en el precio del fruto, lo cual afectó directamente todas las industrias". "En estos momentos estalla la revolución de Hernández". "Andrade la domina, para enfrentarse inmediatamente a la de Cipriano Castro". Reseña luego la actitud adoptada por el Presidente en sus meses de gobierno: "no ha contraído empréstito, no ha hecho contratos onerosos, ha pagado religiosamente el presupuesto a pesar de los gastos de la guerra y de lo escaso de las rentas fiscales". "Además ha dado libertad a Hernández y a cuantos le acompañaron en la revolución". "Cuando el país anhela paz y seguridad para recuperarse de tantos males, vuelve Hernández a querer encender la tea de la guerra, pero nada alcanzará porque es "un prestigio que se va".

El 3, afirma que la popularidad del Mocho fué fruto del malestar económico del país. "Cuando los países se enfrentan a accidentes como la repentina disminución de los productos que constituyen su principal fuente de riquezas y la baja del precio de estos, al punto de no pagar los gastos que ocasionan para ser producidos; las clases menos cultas, incapaces de apreciar las causas que provocan el malestar que sobreviene como resultado natural de aquellos accidentes, culpan a los gobiernos de esas crisis y casi siempre creen de buena fé, que con solo colocar a otros hombres al frente de la administración, pueden hacer cesar los males y conseguir el bienestar que echan de menos". Dice Paredes que en esos momentos siempre surgen tres clases de agitadores "agentes del descontento": "los directores de la oposición política que ofrecen a las masas como remedio el cambio de gobierno; los especula-

dores, que para hacer mayores y más impunes sus ferias de ganancias le asignan al gobierno las causas del encarecimiento de los artículos o la carencia de dinero y las amas de casas que ingenuamente también culpan a los gobernantes de cuantos males sufren los hogares". "Estas tres clases de agentes son las que han creado el prestigio político de Hernández, pero a medida que el país se recupere y la situación económica cobre fortaleza, su popularidad se irá acabando". "Porque este es un prestigio que se va".

El 6, de agosto publica su último artículo: "Hernández es la primera víctima de los especuladores políticos que comercian con su nombre". "Hernández ha sido escogido por ellos, no en razón de sus condiciones positivas, sino de las negativas". "No por sus capacidades políticas, sino por su notoria incapacidad". "Todos ellos están convencidos de su fracaso si llegara a alcanzar el poder". "Por eso el de Hernández es un prestigio que se va!".

No alcanzó Paredes ninguno de los objetivos que se proponía con esta campaña de prensa contra el jefe nacionalista. Así lo confiesa años más tarde: "ni uno solo de los partidarios del General José Manuel Hernández fué convencido por mis prédicas y no logré tampoco imprimir vigor, ni popularidad al gobierno". A todos sorprendía el empeño de Paredes en defender al régimen de Andrade, en los instantes mismos en que sus figuras más importantes trabajaban por su caída y toda la nación veía en el nacionalismo, el único partido llamado a gobernar en un futuro inmediato.

La situación se complica por momentos. La revolución que en el Táchira encabezara el General Cipriano Castro, está avanzando sobre el centro, dejando atrás los ejércitos que el gobierno ha enviado para detener su marcha. En la capital se habla de la inminencia de un golpe nacionalista. Andrade dispone el 14 de agosto, reducir a prisión a Hernández y sus principales partidarios. El problema, la amenaza es Castro. Paredes cesa en sus ataques contra el Mocho. Ahora el personaje que atrae su atención y a quien se dispone a combatir es a Cipriano Castro.

## VI VIEJOS Y NUEVOS HOMBRES

*UNA REVOLUCION APLAZADA.*—Una nueva reforma constitucional inventada por el Presidente Andrade y aprobada por la mayoría parlamentaria en las sesiones de 1899, serviría al General Cipriano Castro, de bandera y pretexto para justificar el movimiento insurreccional del 23 de mayo. Era esta una revolución aplazada durante varios años y que pareció por un momento, tener su caudillo en la figura arrogante de José Rojas Fernández, cuya vida de vencedor detuvo una bala asesina en las soledades del Tamá. Luego se creyó que las ambiciones políticas del Táchira, iban a encontrar su representante en la figura del Doctor y General Carlos Rangel Garbiras, en cuyas filas empezó la figuración de Cipriano Castro.

En 1892, Castro ocupa por vez primera sitio de importancia en la crónica política nacional. Es diputado al Congreso por el Gran Estado Los Andes y forma en las filas de la minoría partidaria del Presidente. La guerra legalista cobra singular violencia en la región andina. El Presidente del Estado, Victorino Márquez Bustillos, desconoce la autoridad de Andueza y convoca los pueblos a la guerra. "Abandonemos el campo de la pacífica labor; renunciemos a la dulce paz del hogar; dejemos solas nuestras madres, en angustia nuestras esposas, y sin amparo nuestros hijos y volemós a los campamentos, para pedir reparación por los ultrajes inferidos a la majestad de la República", dice Márquez Bustillos. Luego agrega: "El gobierno del Estado tiene noticias ciertas de que la camarilla usurpadora ha despachado fuerzas, con instrucción de someternos a sangre y fuego". "Que vivaqueen sobre ruinas y cadáveres, y que la Patria los maldiga", concluye apocalíptico. Uno de los expedicionarios a quien tan tremenda amenaza de tierra arrasada hace del joven Doctor Márquez Bustillos, es al General Cipriano Castro a quien Andueza Palacio ha entregado abundante parque, para que vaya a enfrentarse con las fuerzas de la revolución en los Andes. Los Baptista, los Araujos, José Manuel Gabaldón y Márquez Bus-

tillos son figuras de primera importancia en la nueva empresa militar y política de Crespo.

*El General Eliseo Araujo domina la Sección Táchira del Estado andino. Al llegar Castro se enfrenta con las fuerzas de Araujo en Colón y cobra la victoria. Días más tarde vence a los Generales Morales y Chalbaud Cardona, haciendo al último prisionero. Marcha sobre la Sección Mérida y entra triunfante a la capital regional. Hasta allí llega. Es un triunfo inútil pues se le ordena regresar al Táchira. Andueza no es capaz de sostener su ambición y Castro tiene que abandonar el país.*

*Pocos meses más tarde regresa. Lo invita a Caracas, uno de los secretarios del General Crespo, el colombiano Alirio Díaz Guerra, quien está interesado en vincular al General tachirenses con el gobierno legalista, a cambio de que Castro le facilite a los liberales colombianos, unas armas que tiene escondidas en la frontera. Castro viene a Caracas, frecuenta a "Santa Inés" y cuando logra hablar con el Presidente, le expone sus ideas sobre la organización nacional. El caudillo llanero oye sin agregar comentarios. Castro de regreso a su provincia, escribe a Díaz Guerra desde Maracaibo: Se refiere a Rafael Núñez, el dictador colombiano a quien llama "fatídico cuanto afortunado tráfuga de la causa liberal" y "refinado tirano", ratifica la promesa de dar sus armas como ayuda a la causa de la revolución colombiana, y agrega: "Pero que cosa tan rara, amigo Alirio, en medio de este clima ardiente en que esto escribo, arrebatado así por ese sentimiento de libertad ultrajada, dejando correr la pluma en estas contemplaciones, parece que el cielo traducía, a la vez mis impresiones y se ha complacido en transportarse más al natural con una gran tempestad que en este momento estalla sobre la ciudad de las palmas; una gran lluvia torrencial surtida de truenos y relámpagos iluminando estas líneas, es, el mejor presagio que corrobora mi dicho". "Oh que porvenir entreveo allí (Colombia) en la causa liberal, la causa de la humanidad: un partido organizado y disciplinado, con ejecutorias tan limpias, y lo que es más todavía, aleccionado con la escuela del dolor y de la experiencia, a las puertas del Poder; y con él, el engran-*

*decimiento de la Patria". "Yo no puedo ser indiferente a la suerte de nuestra Hermana, concurre, desde ahora, a ese banquete de la felicidad con el pensamiento". "Y. . . . no sé que me será dado hacer en el porvenir". Concluye dándole las gracias por sus atenciones en Caracas y le dice: "Permítame que le confiese francamente, mi querido Doctor, que estoy abrumado: los hombres a quienes Dios ha dado corazón sufrimos más que los demás, aun cuando también es cierto que, existiendo la sapientísima ley de las compensaciones, tenemos grandes goces". Castro ha sido detenido durante varios días en una Sala del Palacio de Gobierno del Zulia, pues el Presidente del Estado que estaba en cuenta de sus actitudes anteriores, no sabía nada de la invitación de Díaz Guerra. Cuando recibe noticias de "Santa Inés", sobre el detenido, lo pone en libertad. Libertad que Castro aprovecha para llegar a la frontera y no volver a Venezuela hasta el año de 1898, una vez encargado el General Ignacio Andrade, de la Presidencia.*

*Estos cinco años de exilio no son perdidos. Correos expresos llevan y traen entre San Cristobal, Rubio, Capacho, Colón y Cúcuta, razones y papeles. Viajes misteriosos realizan coroneles y doctores de la capital del Estado hasta la hacienda donde vive Castro. Se deja visitar y frecuenta la amistad de los Jefes de Frontera y Administradores de la Aduana de San Antonio, para estar siempre informado de cuanto sucede en los altos círculos políticos de Caracas. "Lagartijos" y langostas" se unen y se entienden dentro de la alianza castrista. Siempre está hablando del Capitolio y su palabra prende la ambición en gentes hasta entonces conformes con su suerte de modestos campesinos. Frente a los doctores Baldó o ante el doctor Briceño, opina con seguridad y desenfado, sobre temas que no conoce. A Caracas vuelve en los primeros meses del 98 y el Presidente Andrade lo hace esperar largas horas en la antesala, grave ofensa para naturaleza tan quisquillosa.*

*Cuando se lanza a la revolución no tiene armas. A combatirlo manda Andrade un ejército de seis mil hombres, con*

*Antonio Fernández a la cabeza. Antonio Paredes conoce la noticia del nombramiento del jefe expedicionario y reclama al Presidente su predilección por semejante personaje. Paredes aspiraba comandar esas divisiones, pero Andrade no tiene fe sino en sus viejos compañeros. A las recriminaciones de Paredes, Andrade responde haciendo el elogio de la capacidad militar de Fernández y Paredes replica: "Cuando todos los viejos hayan fracasado, tendrá que echar mano de nosotros los muchachos". Fernández resulta con su enorme ejército, ineficaz frente al general tachirensé. Las tropas nacionales se mueven con la torpeza de un mastodonte entre aquellos quebrados panoramas andinos. Y pronto quedan atrás mientras la revolución llega y vence en Tovar y entra a Mérida sin disparar un tiro y marcha sobre Trujillo. Leopoldo Baptista que ha ofrecido dar cuenta del invasor deja que avance hasta Barquisimeto. Parapara y Nirgua serán los próximos puntos de referencia en esta asombrosa expedición. No tenía Castro aliados en el resto del país, los Estados por donde iba pasando quedaban en manos de Andrade y el gobierno contaba con la lealtad de su ejército, con las arcas del Tesoro y con la fuerza que otorga el hecho de ser gobierno. El gobierno tenía todo, menos la voluntad de combatir y la decisión de mantenerse.*

**LAS TERMOPILAS O EL DIALOGO DE LAS NEGACIONES.**—*El Presidente Andrade ya no puede sonreír ante las noticias de la revolución de Castro. Los partes de triunfo que le envían sus jefes expedicionarios, no coinciden con los datos que traen otros telegramas. Antonio Fernández participó la derrota de Castro en el Táchira y pronto las noticias dan cuenta de la presencia del invasor en Mérida. Leopoldo Baptista dijo al Presidente que en Trujillo sería el fin de la aventura, cuando ya Castro se encontraba en tierras de Lara, amenazando la tranquilidad del General Torres Aular.*

*La situación es caótica. Conspiran los liberales, los nacionalistas, los generales, los civiles, los Ministros. Ramón Guerra ha vuelto a las andadas, dando la espalda a la confianza y a los compromisos con Andrade. Dedicado a defen-*

derse de las intrigas de su propia gente, preocupado por los manejos del Mocho y sus partidarios, el Presidente concede escasa importancia a la invasión occidental. Como hace veinte años conoció en Táriba al joven militar Cipriano Castro, sigue pensando que todavía es un muchacho sin importancia, incapaz de resistir una carga de Luciano Mendoza o a cualquiera de los otros viejos y consagrados señores de la guerra.

En los primeros días de septiembre, se presenta Antonio Paredes en la Casa Amarilla. El Restaurador ha llegado al Yaracuy, burlando o venciendo al enemigo. "Voy a Carabobo a estudiar un sitio en la zona por donde atravesará Castro para presentarle batalla", le dice Paredes al Presidente. Tres días más tarde regresa. Estudió el terreno, dispuso la batalla y bautizó la operación con el nombre evocador de "Las Termópilas". Esta vez tiene mejor suerte con sus planos que en 1892, pues a diferencia del General Pinto, Andrade sí los abre, los mira con detenimiento, oye las explicaciones de Paredes y sentencia: "Perfecto. La derrota sería indefectible, pero no tengo tropas". Y viene el diálogo de las negaciones. Paredes: "Déme dos batallones de Fernández, uno de Ferrer y la tropa de Caracas". Andrade: "No puedo". Paredes: "Entonces nómbrame Jefe del Estado Mayor de Fernández". Andrade: "No puedo". Paredes: "Entonces nómbrame Segundo". Andrade: "No puedo; se disgustaría Fernández". Cuando Paredes va saliendo con el ánimo en derrota y el cartapacio de "Las Termópilas" debajo del brazo, se acerca la esposa del Presidente y le dice: "No lo culpe Paredes, Ignacio está atado".

*TOCUYITO.*—Tocuyito representa el término de la débil resistencia andradista. El gobierno es un gigante abúlico, no hay voluntad de lucha, ni sentido de unidad. Igual que en los incendios, cada uno de los habitantes de la casa anda buscando la puerta de escape.

Castro llega a Tocuyito, el 12 de septiembre. Andrade anuncia su determinación de ir a dirigir la batalla y ofrece a Paredes el comando de una división, pero no abandona Caracas hasta el 14. Ese mismo día, en la mañana, salen de Valencia a combatir a Castro, Diego Bautista Ferrer y Antonio Fer-

nández, encabezando un ejército de 4.600 hombres. El desastre más completo para las fuerzas del gobierno es el saldo de este choque. Andrade había dado jefatura igual a Fernández y a Ferrer, viejos rivales. Van al campo de batalla sin haber discutido ningún plan, confiados en su buena estrella y ante sus miradas atónitas se inicia la desbandada de sus ejércitos. Unos huyen por el camino de Nirgua, otros desandan la ruta de Valencia. En la confusión, las tropas del gobierno se atacan entre sí. Paredes que ha llegado a Valencia en la mañana del 14, se encarga de conducir un parque que nadie quiere llevar a Tocuyito. En el camino tropieza con las fuerzas que van en derrota y dispersas. A caballo, rodeado de sus fieles, muestra su estampa de color Antonio Fernández. "Adiós tocayo" le dice a Paredes cuando se encuentran, y sin darle explicaciones de ninguna naturaleza sigue hacia la capital de Carabobo. Fernández salvó su cuerpo y perdió al gobierno.

En Valencia, todos quieren huir hacia La Victoria, Los Teques o Caracas. Lo fundamental es estar lejos del temible guerrillero andino. "Se hablaba hasta de ejércitos de Amazonas en la expedición castrista, para justificar el gobierno sus derrotas", comenta Arévalo González en un editorial de "El Pregonero". Paredes quiere organizar la resistencia en Valencia, pero no encuentra a nadie dispuesto a luchar. Fernández culpa a Ferrer del desastre. Ferrer culpa a Fernández de la derrota. Fernández, Ferrer, García, Alcántara se disponen a evacuar la ciudad. Domingo Monagas que ha recibido órdenes de marchar sobre Valencia, las desobedece, llega a Guacara y forma en el número de los que quieren a toda costa ponerse a salvo en La Victoria.

Andrade que alcanzó a llegar a Guacara, logra instalar un congresillo de generales y la opinión unánime es la de regresar a La Victoria. Va a surgir como gran figura, Luciano Mendoza y al igual que en 1892, determinará la caída del Presidente. A pesar del desastre de Tocuyito, el gobierno controla la República a excepción de Motatán en Trujillo, que los Paredes Pimentel han sumado a Castro y de Valencia, ocupada por el Ejército Restaurador. Las guarniciones del país en su

*totalidad continúan fieles a Andrade. Los jefes liberales de la provincia y los Presidentes de Estado mantienen sus compromisos. Nicolás Rolando desde Oriente y Gregorio Segundo Riera desde Coro ofrecen concentrar sus fuerzas en su sitio cercano a Caracas, para presentar nueva batalla al enemigo. Pronto tendrá Luciano Mendoza en la Victoria un ejército de 4.000 hombres para utilizarlo en su provecho. El 15 de septiembre le dice Andrade a Paredes: "Salve la plaza de Puerto Cabello".*

*PUERTO CABELLO.—El 17, amanece Paredes en aguas carabobeñas. Ha viajado desde La Guaira, a bordo del vapor "Augusto". Por primera vez tiene una gran responsabilidad y no ha de rendir cuentas, ni someter sus planes a la aprobación de otros jefes. Como es el momento final de un gobierno débil, nadie le disputa honores, ni jefaturas. La guarnición no llega a doscientos hombres, y doscientos le ha entregado Andrade en el momento de embarcarse. El parque es viejo y escaso. El Presidente ha nombrado al mismo tiempo, Jefe Civil de Puerto Cabello al general Luis María Andueza y la primera dificultad con que tropieza Paredes, es con el desconocimiento de sus órdenes por parte del gobernador civil. Una orden del Jefe Militar destituye de sus funciones al General Andueza y sin consultar al Presidente, designa nuevas autoridades civiles. Paredes se dedica a levantar trincheras, dictar bandos, organizar cuerpos suplementarios e inventar recursos.*

*En la playa de Tucacas, acaba de desembarcar Ramón Guerra quien viene de Curacao, para juntarse con Castro. Guerra intima la rendición del escaso grupo de soldados que defienden la plaza al mando del Coronel Rivero Urbina. Paredes le escribe: "Un traidor como usted, no tiene derecho a vivir entre los hombres y si fuere menos cobarde se habría levantado la tapa de los sesos". "Ataque cuando le plazca y se convencerá de que sus esfuerzos se estrellarán contra la bravura de mis soldados". En la noche, al grito "Aquí traemos la repuesta del General Guerra", atacan sus tropas, pero después de un momento de desconcierto, Rivero se rehace y pone en fuga a las gentes de la revolución. Como presente de vic-*

*toria el jefe militar de Tucacas le envía a Paredes, presos a los oficiales Peña y Ramones responsables de la retaguardia "por no haber sabido cumplir con su deber" y los oficiales revolucionarios Esteban Sánchez y Benedicto Perón. Paredes en respuesta al parte de Rivero Urbina, agiganta la diminuta victoria. No es una escaramuza, es una batalla. Quiere así levantar el ánimo de los copartidarios. Le comunica a Rivero que ha mandado poner grillos a Peña y Ramones después de degradarlos en presencia de la tropa, por cobardes; que ha pedido al Presidente su ascenso a General y le remite una compañía, diez mil cápsulas, cincuenta tiros de cañón, raciones para tres días y unas botellas de champaña para que brinde por el triunfo. En su papel de Jefe, Paredes no olvida ningún detalle.*

*Los días que siguen son agitados y llenos de incertidumbre. Andrade no responde a ninguno de los reclamos que desde Puerto Cabello le hacen, pidiendo armas y tropas. Castro está en Valencia rodeado, cuidado y festejado por sus nuevos amigos: Tello Mendoza, Torres Cárdenas, Corao, Eduardo Celis. A los cuales muy pronto se agregará el doctor José Rafael Revenga. En la calma de los días que pasan sin batallas, le van dictando un cursillo de capacitación política. "El Congreso es usted, el Gabinete es usted, la Corte es usted", le dice entre serio y sonriente el doctor Celis. Y El Restaurador responde con una frase que es toda una teoría de derecho divino: "Si el Gabinete soy yo, si la Corte soy yo, si el Congreso soy yo, entonces todo lo resuelvo yo". Paredes le escribe invitándolo a venir a Puerto Cabello para medir sus fuerzas. "No voy porque mis tropas son diez veces inferiores en número a las que usted comanda". Torres Cárdenas y Arias Sandoval, nuevos castristas, atacan a Paredes desde el periódico valenciano "Las Noticias" y el Jefe de Puerto Cabello, les responde: "Ustedes son desertores de las filas del gobierno y se ostentan hoy como voceros de una revolución que hasta ayer combatieron". "Si creen que el General Castro puede obtener éxito contra mis tropas, háganlo venir... y muy bueno que aquel General al resolverse a atacarme co-*

locara a la vanguardia a ustedes, a Pimentel Coronel y a todos los periodistas infidentes para que me tocara a mí la gloria de librar al país y al mundo de seres tan abyectos". Y concluye: "Si Castro saliera derrotado entonces ustedes me prodigarían los mismos elogios que prodigan hoy a Castro y a éste tratarían de cubrirlo de ignominia".

Mientras Paredes se agita y desespera en Puerto Cabello pidiendo refuerzos, proponiendo nuevos planes, denunciando en hojas y boletines como traidores a cuantos se van separando de Andrade para unirse a la cabalgata de la Restauración, se establece entre Caracas, La Victoria y Valencia el más inoble comercio de traiciones. Todos engañan al Presidente, comenzando por sus propios familiares. El Vice-Presidente Víctor Rodríguez está organizando una asonada para quedarse con el poder y esta nueva calamidad obliga a Andrade a regresar precipitadamente a Caracas. Pero en La Victoria deja una conspiración mayor: la que encabeza Luciano Mendoza. Por su lado, el General Matos y el Doctor Revenga que han venido a Valencia como representantes de Andrade, regresan a Caracas como delegados de Castro. Celestino Peraza y Bello Rodríguez asumen en nombre del Presidente, funciones de negociadores con el enemigo y proponen un tratado cuyas cláusulas no conoce Andrade. Mendoza exige imperiosamente las destituciones de Fernández de la Presidencia de Aragua y de Ferrer del Ministerio de Guerra y propone el nombramiento de Agustín Carrillo como Gobernador de Caracas y de Isidoro Widerman como Jefe Militar de la ciudad, "para poder garantizar la estabilidad del Gobierno". La etapa de las batallas ha terminado. Castro, informado de la situación del enemigo, grita cada vez que a su lecho se acercan con una proposición de Andrade: "Que se entregue, que se entregue sin condiciones..." Todos están dispuestos a negociar un acuerdo, empezando por el Presidente.

LA NOCHE DEL 19 Y LA TARDE DEL 22 DE OCTUBRE.  
—El General José Manuel Hernández, preso en La Rotunda, es una figura muy importante en ésta crisis. Castro quiere ser su liberador, pues así sumaría a sus escasos efectivos, las

fuerzas del nacionalismo. Combinación posible si se piensa en la raíz conservadora de Castro y en el hecho de que fué segundo jefe del rangelismo, nombre del nacionalismo tachirenses. Andrade también aspira a convertir a El Mocho en pieza de su ajedrez, pues cree que con su sorpresiva libertad se determinará un violento cambio político, pero sus vacilaciones lo pierden. El 19 de septiembre, es aciago para Andrade. Durante el día, rumores y mensajes confusos. Al comienzo de la noche se le acerca su ayudante Orihuela y le dice: "General, todo está perdido". Entonces decide poner en práctica su plan y se dirige a La Rotunda a ordenar la libertad de Hernández, pero nadie responde a su llamada. El Cuartel de El Hoyo sólo recibe órdenes del General Ferrer. La policía y su jefe Hipólito Acosta también están unidos al Ministro de Guerra, en su actitud de desobediencia a Andrade. Todos miran al Presidente como a un fantasma. Cerca del amanecer, toma el camino de La Guaira, rumbo al destierro.

El final del cuento lo relata Matos en sus Memorias: "Le avisé a Castro la partida de Andrade y puse a su disposición wagones del ferrocarril para que viniera a Caracas. Lo esperé en Los Teques, de donde sentado a su lado seguí con él a Caracas; en el asiento frente al que ocupaba Castro venía Mendoza, la pretensión de la pretensión y completa nulidad". La multitud caraqueña aglomerada en la Estación de Caño Amarillo vió descender del wagón especial a un hombre pequeño, apoyado en unas muletas. Era el nuevo dictador venezolano. El reloj de Catedral daba las cinco de la tarde. Como era domingo, noche de retreta en la Plaza Bolívar, el gentío se aglomeró entre las esquinas de Principal y Monjas, interesados en conocer al vencedor. "La retreta se prolongó hasta las doce, dando a Caracas un aspecto parecido al de noche de Año Nuevo", cuenta en sus Memorias el Capitán Teodosio Blanco. "Y al rayar el alba del 23 de octubre, la bandera nacional y la bandera amarilla se enarbolaron en la ciudad. En la mañana, en el Salón Elíptico del Capitolio Federal, el General Víctor Rodríguez, Encargado del Poder Ejecutivo hizo entrega del poder, con firma de protocolo y aplau-

sos y abrazos de militares, civiles y clérigos. Castro subió renqueando al estrado, para anunciar su programa: "Nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos". Entre los nuevos hombres figuran personajes que venían sirviendo a todos los gobiernos desde 1870 y la única figura sin antecedentes es don Ramón Tello Mendoza, hecho Ministro. Cuando el viejo caudillo liberal y federalista Ignacio Pulido, lee la lista del primer Gabinete designado por Castro, en el cual figura como Ministro de Guerra y Marina, le dice al Presidente: "Cipriano: y dónde están nombrados Ministros tus compañeros de campaña?". "Ellos deben ser tus principales colaboradores como lo fueron en la guerra, Cipriano". Y El Restaurador: "Ellos son patriotas, General Pulido y no protestarán". "Es una injusticia, Cipriano. Mal hecho, Cipriano", le responde con su lenguaje sin trabas el viejo llanero.

Esa mañana del 23, comenta "EL TIEMPO", "el pueblo en masa, viviente y palpitante, desde la Casa Amarilla hasta La Rotunda, llenaba las calles y daba a los aires la manifestación de júbilo de su regocijo, al saludar al Mártir del Honor, el encarcelado General José Manuel Hernández, cuya ergástula abrió el General Castro en la primera medida que tomaba, nombrando al distinguido ex-preso miembro del Poder Ejecutivo Nacional". Y concluye "El Tiempo" en su lenguaje florido al reseñar este primer día de Castro Presidente: "La ciudad entusiasta vistió sus mejores galas, como virgen en día de bodas, acudiendo a la ovación al caballero de la restauración, salvándose del oprobio y del dolor". El grueso de los contingentes andinos que formaban el Ejército Liberal Restaurador entraría a Caracas el 2 de noviembre, bajo el comando del General Juan Vicente Gómez, quien se había quedado en Valencia mientras Castro marchaba a Caracas y ahora venía ocupando metódicamente con las tropas revolucionarias los alojamientos que dejaba el Ejército de Mendoza. Las tropas del gobierno de Andrade, de acuerdo con el convenio celebrado entre Mendoza y Castro, serían diseminadas en las diferentes guarniciones del interior, mientras que el ejército castrista ocuparía a Caracas y las principales plazas del país.

*EL DOCTOR RUIZ O EL GENERAL BOLIVAR. — Cuando el General Víctor Rodríguez comunica a Paredes los acontecimientos ocurridos en Caracas, invitándolo a aceptar los hechos cumplidos, éste le responde: “Usted es un traidor”. “Venga para recibirlo en la punta de las bayonetas de mis soldados”. Y suponiendo que Andrade ha tomado el rumbo de Trinidad, le telegrafía a la isla: “Apóyeme y venceremos Castro y traidores”. Andrade responde a los pocos días, desde Barbados, con una orden general de entrega para Antonio Paredes, Juan Pablo Peñaloza, Gregorio Segundo Riera y Nicolás Rolando, que aun permanecen fieles al Presidente y cuentan con efectivos suficientes para intentar la reconquista de la capital. Unos jefes liberales optan por abandonar el país, otros entran en negociaciones con el nuevo gobierno.*

*El 26 de octubre en la noche, abandona el General José Manuel Hernández a Caracas en unión de Samuel Acosta y de los contingentes nacionalistas que existían en la capital y se declara en rebelión contra el Gobierno de Castro, en cuyo Ministerio había aceptado figurar. El Restaurador escribe a Paredes: “El general Hernández traicionando la confianza del gobierno liberal de que soy jefe, se salió anoche”. . . . “Con la misma entereza con que nos hemos combatido, yo lo invito a confundir en el seno de la Causa toda diferencia”. Y Paredes responde: “Si reconoce al General Andrade como Presidente de la República, me será grato que nos acordemos para pacificar el país”.*

*Atendiendo a las insinuaciones de Andrade, Paredes ha dispuesto entrar en arreglos con el Gobierno, para hacer la entrega de la plaza. Las condiciones que establece son fáciles de aceptar: recompensa pecuniaria para la tropa y libertad para los oficiales. Pero la cordialidad entre los dos bandos se ve bruscamente interrumpida cuando uno de los delegados del gobierno, Ortega Martínez, revela a Paredes que el jefe de los representantes de Castro se llama Benjamín Ruiz y es colombiano y no Rafael Bolívar y venezolano como se ha presentado. Paredes se siente burlado, considera los pactos celebrados sin ninguna validez y toda relación rota. Bolívar pasa*

*al Castillo en calidad de rehén y sobre su vida pende la amenaza del fusilamiento. El tono de los telegramas de Paredes a Castro es violento, insultante. Le reclama el engaño y dice que se ha dirigido al Presidente de Colombia inquiriendo datos acerca del equivoco personaje. No se puede evitar la lucha.*

*El General Castro comisiona a los Generales Ramón Guerra y Julio Sarria para que dirijan el asedio de la ciudad y fortaleza. Paredes ha hecho otros cálculos y piensa que estando Hernández alzado, el gobierno no arriesgará sus efectivos en el ataque a Puerto Cabello, pero Castro piensa de otra manera y en la mañana del 11 de noviembre, las tropas de Guerra y Sarria están atacando la ciudad, mientras buques de la escuadra bombardean el puerto. La lucha dura todo el día 11 y al final de la tarde los atacantes no han avanzado, pero a los sitiados se les han agotado las municiones, sin esperanza de refuerzos. No hay manera de organizar una resistencia, mucho menos de tomar la iniciativa. En la noche ordena Paredes la dispersión de las tropas que defendían la ciudad y se encierra en el Castillo, en donde tampoco hay proyectiles. El 12, van y vienen comisionados, Paredes se niega en un comienzo a entregar la Fortaleza, hasta que al medio día llega una delegación presidida por el señor Stürup, del alto comercio local y Paredes acepta su condición de vencido, siendo trasladado a la casa de Stürup. Guerra viola los términos del acuerdo pactado para hacer la entrega del Castillo y el 13 de noviembre, cargado de grillos, Antonio Paredes es llevado a los muelles y trasladado a La Rotunda de Caracas. El Jefe de la Fortaleza es ahora otro Paredes, el General Ignacio Paredes Pimentel, trujillano que se unió a la revolución en Valera y quien ya en 1892 había propuesto la jefatura de Castro para el liberalismo andino.*

VII  
ESTAMPAS DE VENEZUELA

*EL CONFLICTO DE LOS BANQUEROS.* — Los primeros días de la administración del General Cipriano Castro fueron de graves conflictos. A la confusión política, se unía una situación general de pobreza y una carencia absoluta de recursos por parte del Estado para atender a sus obligaciones. En diciembre, Manuel Antonio Matos logró conseguir con el Banco de Venezuela, un empréstito de un millón de bolívares para el Gobierno, pero en los primeros días de enero de 1900, agotado el dinero, Castro gestionó un nuevo avance. El General Matos es el vocero de Castro ante los banqueros y el representante de los banqueros frente al Gobierno y en esta oportunidad opina que la nueva suma "debe reunirse mediante una suscripción de 500 a 600 mil bolívares, sin primas ni interés, entre los amigos y aun los adversarios que estén interesados en la estabilidad del orden, a razón de cinco mil bolívares cada uno". Mantiene el criterio de que esta es la única forma de lograr otra ayuda, compatible con "la estrecha situación económica del país". Y pinta en su carta al Presidente, un interesante cuadro del momento económico venezolano: "Seis años de desorden fiscal, dos más de guerra incesante, el café depreciado en los mercados de consumo; muchas haciendas abandonadas en consecuencia; la industria cañera quebrantada por la baja del valor de sus productos, el trabajo interrumpido en toda la República por falta de paz, confianza y elementos monetarios; los intereses de las deudas públicas insolutos, lo cual después de producir grave desconcierto en el país, ha hundido el crédito de la Nación en el extranjero; y, las consecuencias desastrosas de todos estos antecedentes, han hecho que todo el comercio, los capitalistas y los particulares que viven de las profesiones u otras industrias se hallen reducidos a penuria tal, que no permite esperar de ellos otra ayuda que la compatible con su estrecha situación económica".

*El Gabinete conoce las opiniones de Matos y los Ministros Juan Francisco Castillo y Raimundo Andueza Palacio sostiene*

*nen que dinero existe y que si no se consigue por las buenas, hay que sacarlo por la fuerza, culpan a Matos del conflicto, y proponen mandarlo a la cárcel. La medida no se discute dos veces y el 5 de enero, están en La Rotunda, no sólo Matos, sino también los directores de los Bancos Venezuela y Caracas. Delegados van y vienen, pero los banqueros no quieren ceder.*

*Una mañana, hacen formar fila a los presos. Allí están Manuel Antonio Matos, J. B. Egaña, Carlos V. Echeverría, H. Valarino y Eduardo Montauban. Han incluido en el grupo, al Doctor Alejandro Urbaneja, al General Antonio Paredes y al Presbítero Francisco J. Delgado, de Maracaibo. Y entre dos filas de soldados, a pie, por las calles céntricas de la capital los hacen marchar. Los guardias les dicen que van a la Estación de Caño Amarillo y que allí los embarcarán con destino al Castillo de San Carlos. La gente va siguiendo al curioso cortejo. Frente al Teatro "Municipal" se detienen, hay confusión, gritos. La esposa de uno de los prisioneros, bañada en lágrimas, se lanza en brazos de su marido. La fila sigue su marcha. En Caño Amarillo, la gente aplaude a los prisioneros. Un anciano grita en francés: "Valor, señores", "Valor, señores". La locomotora está prendida, los wagones listos. Los banqueros se reúnen, hay un rápido cambio de impresiones, avisan al jefe de la guardia que están dispuestos a entregar el dinero y son puestos en libertad. Paredes, Urbaneja y el padre Delgado, son devueltos a La Rotunda y dos días después siguen para San Carlos.*

*"DIARIO DE MI PRISION EN SAN CARLOS". — Tres años ha de permanecer el General Antonio Paredes, en el Castillo de San Carlos. Allí tendrá noticias del estallido de la Revolución Libertadora y del comienzo del conflicto internacional; encontrará preso al General José Manuel Hernández y verá llegar cargado de grillos al General Ramón Guerra. Como estos días son anárquicos, a la Fortaleza van llegando filas interminables de presos políticos, de todo el país. Entre los muros de la chata construcción se halla reunida una verdadera asamblea nacional con representantes de todas las re-*

giones, de todos los partidos, de todas las categorías sociales. Gentes del Zulia, orientales, tachirenses, corianos, guayanese, no hay un solo rincón de Venezuela adonde no haya llegado la mano dura de la Restauración. El General Pedro Julián Acosta, de Oriente; los Generales Camilo Merchán e Ismael Arellano, el Presbítero Gabriel Gómez y el Doctor Abdón Vivas, del Táchira; los doctores Finol, los Presbíteros Delgado y Zuleta, de Maracaibo; el General Carabaño Izarra, de Guayana; los Generales Pilar Medina y Diego Colina, de Coro, entre centenares. Cada uno va contando su historia. Historias de aventura, dolor y conformidad, historias simples, historias venezolanas. Todos quieren a Venezuela, ninguno maldice de su tierra, ni de su suerte. Han jugado y han perdido, otra vez vendrá la de ganar, o no vendrá. Cada quien habla de su provincia, con amor, con nostalgia. Para el guayanés lo más bello es Guayana; para el coriano, los hombres más valientes están en la Sierra; para el llanero, no hay en el mundo mejor lancero que el nacido en las sabanas del Guárico o del Apure; para el andino, la tierra más bonita del mundo es la suya. Paredes dialoga con tantas gentes distintas que hasta hoy no había conocido; descubre una Venezuela pujante, sana y optimista. La patria se agita y sueña bajo el sol terrible del Lago y en los fosos de la infecta prisión.

Y Antonio Paredes va tomando minuciosa nota de personajes, recuerdos y gestos.

Así forma el material para su libro "DIARIO DE MI PRISION EN SAN CARLOS" que ha de terminar en su destierro de Trinidad, en el año de 1906. Es un libro escrito por un hombre que no hace literatura. Su crónica quizá está cargada de detalles, pero el estilo de la narración es claro, directo y de una estupenda fuerza gráfica. Venezuela vive, sufre y goza en sus relatos. Están el país y sus hombres con sus males y sus bondades. No es una sostenida crónica de horror. Paredes sabe contar la vida de una prisión, con sus momentos dramáticos, su tiempo muerto y sus minutos de alegría. Y logra pequeños cuadros maestros como aquellos en los cuales relata las deducciones de los presos frente a las vagas y con-

*tradictorias noticias que a los fosos llegaban, sobre la marcha de la Revolución Libertadora. Después de recibir una noticia, el rumor de la brisa, el grito lejano, el gesto del soldado en la garita, la pesadilla del compañero, todo tenía un valor de signo, contenido de mensaje.*

*Hay relatos logrados como el del espía Cristico. Así llamaban en el penal, a un teniente pálido y delgado que hacía de jefe de la guardia. Cristico empieza a saludar a Paredes, frecuenta su calabozo más de lo debido, busca la confianza del General, le sonríe. A pocos días se le ofrece como mensajero. "La guarnición está descontenta con el General Jorge Bello, Jefe de la Fortaleza y del presidio y se podría intentar una sublevación", le dice. "Sobre todo si en Maracaibo hubiera revolucionarios que entraran en combinación con los presos". Y agrega: "Todos han pensado en usted, General Paredes como jefe de la insurrección". El próximo día, Cristico le anuncia que va en comisión a Maracaibo. Paredes debe preparar la carta para sus desconocidos amigos. El preso promete que lo utilizará de mensajero y que a la mañana siguiente tendrá listo el papel. Cuando Cristico llega, simulando temor, Paredes le entrega una hoja doblada. El hombre sale feliz. Lleva la prueba necesaria, la evidencia de la conspiración de Paredes. El papel decía: "Señor General Jorge Bello. Siendo usted Jefe de esta Fortaleza, es usted quien maneja este asunto o al menos ha autorizado algún subalterno para que lo realice. . . . ¡Qué decepción para Ud., cuando al romper la cubierta no encuentre lo que espera".*

*Hay magníficas pinturas de personajes. Cuatro rasgos y surge perfecto el retrato físico y psicológico de un hombre. He aquí algunos: El Padre Zuleta: "mezcla de militar y sacerdote que en ocasiones usa un sable sobre la sotana, y que según cuentan está suspenso y no puede decir misa a causa de su extraña predilección por las armas. Refieren los presos de Maracaibo que en la última revolución, iba un día por las calles de la ciudad, conduciendo un cañón, para apuntarlo contra un edificio donde el enemigo se sostenía, y al pasar por la casa del Obispo, éste se asomó a una ventana y en actitud*

consternada le dijo: "Cómo es posible, padre Zuleta?" . . . y antes de que terminara la frase, Zuleta contestó: "No se asuste Su Señoría, que en ésta lo vamos a hacer Papa, y siguió. . .". El Coronel Daniel Guerrero: "Del mismo pueblo que el actual Jefe del país, indio claro como éste, de cuerpo alto, enjuto, inquieto; al ver su movilidad se diría que está azogado: tiene reputación de valiente, su carácter es suave y su trato agradable". Carabaño Izarra: "Carabaño es hijo del General del mismo nombre. Tiene el pelo de color castaño oscuro, el bigote azafranado y la cara roja. Tiene reputación de valiente. Su educación se conoce que fué muy descuidada. Desde que salió del Colegio ha vivido en los llanos y ha tomado las maneras de los llaneros: es indolente y perezoso. Hable despacio y expresa sus ideas con facilidad". Suiny: "Suiny tiene alrededor de cuarenta años y según dice es ingeniero. Es hombre muy leído. Tiene gran memoria y cuenta cosas increíbles. Es muy enamorado y el número de palizas que ha recibido a causa de esto hubiera desanimado a otro, pero él está más fogoso que nunca. Yo jugando lo llamo Ño Bolaño, lo cual no toma a mal. Este era un viejecito llanero que contaba con la mayor seriedad episodios maravillosos que le habían ocurrido. . . ." Benedetti: "Benedetti, es hijo de un corso y una andina del pueblo de El Cobre. Al verlo tan rechoncho y rubicundo se diría que es inglés o francés sin mezcla. Aunque su padre lo mandó oportunamente al Colegio que fundó y regenta en La Grita el honorable e ilustrado Monseñor Jáuregui, aprovechó poco. Cuando pasaron por La Fría en el año de 1899 las tropas del General Antonio Fernández, en persecución de Castro, lo saquearon y lo redujeron a la indigencia. Desde entonces no ha vuelto a levantar cabeza". El General Pedro Julián Acosta: "Sentado en una caja, perfilado contra un muro, aprovechando la última luz de la tarde, veo desde aquí al General Pedro Julián Acosta, que remienda por milésima vez su único pantalón. Acosta es de Carúpano. Es pobre como el héroe de Leutra y ha tenido ocasiones de haberse enriquecido. Tiene la cara medio desfigurada por un balazo que recibió en la guerra federal, y aunque pasa de los

*sesenta y cinco años y su cabeza y su barba están completamente blancas, es bastante vigoroso todavía. Su aspecto es marcial, aunque de pequeña estatura. No habla ni ríe casi nunca, y gusta de estar solo entregado a sus sufrimientos. Sufre todos los males de la prisión con entereza admirable; no lo he oído quejarse una sola vez”.*

*La mayor parte de su tiempo de prisionero, lo utiliza Paredes en leer, estudiar y escribir. Ha logrado que le dejen entrar una selecta biblioteca de autores franceses e ingleses. De esta manera logra al mismo tiempo que aumentar el número de sus conocimientos, ejercitarse en el empleo de los idiomas que conoce, no olvidarlos. Ha concluido la traducción de los “Apotegmas de Lord Bacón” y para descansar un poco de Spencer, Thiers y Renán, sus compañeros de todos los días, lee en alta voz y traduce las escenas de “L’Aiglon”, de Edmund Rostand. Su lectura tiene público. Los más asiduos son Carabaño Izarra y Suiny. Lo que más atrajo la atención de Carabaño en el libro, dice Paredes, “fué la escena que pinta Rostand, cuando al tiempo de morir El Aguilucho mandó al General Hartmann a que leyera la descripción de su bautizo en la Iglesia de Nuestra Señora de París. Es realmente conmovedor ese cuadro final. Y era de verse cómo, extendido en mi butaca, medio desnudo y en el abandono más lastimoso, se quedaba Carabaño oyendo atentamente la triste narración.... ¡Se habría dicho que estaba pensando en su propia muerte!....”*

*Muchas otras páginas del Diario de Paredes, tienen un gran valor. Hay algunas que son reflejo del estado de ánimo que provoca la prisión. Paredes relata la muerte de un señor Prieto, de Maracaibo. Estaba enfermo, en un calabozo vecino. “Esta mañana hicieron salir al Padre Gómez a confesarlo”. “Hace poco oímos que una persona vino por la azotea que está sobre el techo de los calabozos y dijo algo que no pudimos entender, inmediatamente oímos al hermano del enfermo que decía en voz alta: “Ya murió!”, prorrumpiendo en un lamento desgarrador e invocando el nombre de la madre varias veces”. “Qué cosa tan horrible es oír a un hombre llo-*

rando!" "Y si a ello se agrega la hora del crepúsculo, triste por sí misma, y mucho más dentro de una prisión, y que el motivo del llanto era de los más justificados, podrá comprenderse lo que nosotros sentiríamos".

Un día decide el General Bello cambiar los grillos de los presos. Ahora van a estrenar los setentones. Hay consternación en el penal. Paredes le dice a sus compañeros de calabozo que deben hablar, reírse, cantar, hacer ruido, para que los carceleros no crean que han logrado nada con el nuevo castigo. "Y en seguida me he puesto de pie en el centro del calabozo con mis nuevos grillos y he cantado el Dio possente de "Fausto": "¡Dios potente, Dios de amor!" como nunca lo había hecho. Creo que ningún artista de la Opera de Paris lo ha hecho mejor". "Después me he tendido en la cama y me he puesto a recitar de seguido poemas de Núñez de Arce y de Espronceda, y todo lo que se me ha venido a la memoria: la cuestión era hablar, hacer ruido, estar contento". "No me daba cuenta de que por lo mismo que de ordinario hablo poco, con aquel hablar sin descanso y con aquella alegría fingida y fuera de ocasión, tal vez estaba demostrando lo contrario de lo que me proponía"....

"SEA USTED, FALCON Y YO SERE ZAMORA". — El 12 de diciembre de 1902, fué notificado el General Paredes, de la orden de su libertad. Excarcelados quedan también los Generales José Manuel Hernández, Diego Colina y Leoncio Quintana. La libertad de El Mocho significaba el quebrantamiento del frente de la guerra. Ahora se retirarían de los campamentos, los nacionalistas y la revolución perdería contingentes y oportunidades. El General Matos se encontraba en Curacao, a donde llegó Paredes procedente de Maracaibo. Planeaba Matos una nueva campaña, después del fracaso de "La Victoria".

La entrevista entre Matos y Paredes se celebró en presencia de un valiente y apuesto militar, el General Emilio Fernández, ahora enemigo de Castro y figura importante en las filas de la revolución. Matos ofreció a Paredes el mando de un ejército de colombianos, que el General González Valencia había puesto a órdenes de los enemigos de Castro, para que inva-

diesen por la frontera del Táchira. El argumento fundamental en favor de esta invasión era la de que abriendo un frente importante en Los Andes, Castro no tendría de dónde sacar tropas, una vez que la guerra se extendiera por el centro y oriente del país. Paredes se negó a aceptar esa misión y en cambio le propuso a Matos que lo nombrará Comandante en Jefe del Ejército de la Revolución. "Se hará como en la guerra federal, dice Paredes, usted será Presidente en campaña como Falcón y yo dirigiré las operaciones militares como Zamora". Matos se disgusta y rechaza la proposición. "Paredes lo que piensa, dice Matos, no es en la Jefatura del Ejército, sino en la Jefatura de la revolución misma".

Y como no se pueden entender, Paredes sigue viaje rumbo a Trinidad, última escala de su nuevo exilio. Una y otra vez intenta llegar hasta los campamentos que en Guayana tiene establecidos el General Nicolás Rolando, quien le ha ofrecido la Jefatura del Estado Mayor de su ejército, pero la suerte no lo acompaña y retorna a la isla inglesa.

CUANDO SE ACERCABA EL FINAL. — La Revolución Libertadora representó el esfuerzo final de la oposición anti-castrista. Esfuerzo agotador cuyo fracaso borraba por mucho tiempo la posibilidad de nuevas empresas guerreras. Ahora no quedaba en Venezuela, como factor de cambio sino la pugna entre las fracciones o camarillas del castrismo.

Antonio Paredes dedica entonces su tiempo a escribir, mientras vuelve la hora de la acción. Toda su producción podría definirse como variaciones sobre un mismo tema: Cipriano Castro.

Libros, artículos, panfletos, cartas, cada vez que escribe es para referirse a la situación de Venezuela, para denunciar los errores o las faltas de la dictadura. Para él, la vida es pelea, lucha sin tregua contra quienes maltratan a la patria y no ve sino pecados en el enemigo.

Podría aplicársele a Paredes el retrato que Agramonte hace del moralista o idealista puro, al hablar de Montalvo, pues según el sociólogo "estos hombres se caracterizan por la tenacidad, la probidad, y la sobriedad; por la severidad esparta-

na, la fuerza estoica de resistencia ante las fatigas y la lógica consecuencia entre el pensamiento y la acción (unidad de la vida); por la tibieza frente a los destinos puramente individuales, de una parte, y por la abundancia de sentimientos morales refinados, de otra. Son seres que se abrasan en el fuego de un fanatismo incorruptible por la justicia; que tiene la oreja sensitiva para oír los lamentos de los oprimidos; de piedad hiperestésica, sufren con la corrupción de las costumbres, con la explotación del pueblo y el mandarinato de las clases opresoras. Se destacan entre los demás hombres por la coherencia de su estilo personal de vida, no obstante sus contradicciones. Como idealistas convencidos, repudian lo que está incompleto o disociado. Piden siempre más libertad, más nobleza, más elevación. Consideran a Heracles la apoteosis de la personalidad ética. Para ellos sólo el ideal y la voluntad existen".

En 1906 se dispone a escribir su *Bosquejo Histórico o Memorias Contemporáneas* que hoy se edita bajo el título de "COMO LLEGO CIPRIANO CASTRO AL PODER". Son páginas alumbradas por las llamaradas de su violenta pasión. No concede nada a su enemigo. Le niega sus condiciones de militar y su personalidad de caudillo para pintar un loco afortunado y terrible. Actitud explicable y lógica en quien nunca dijo palabra en contrario, ni tuvo gestos de transigencia y perdió con la llegada de Castro al poder, patria, familia, fortuna y vida. Pero en este mismo libro, al lado de esas páginas, escribió Antonio Paredes la crónica más interesante y movida de ese drama de engaño y corrupción que fué la política liberal venezolana de fines del siglo. Esa parte de la obra de Paredes tiene un gran valor y es contribución notable para el estudio de ese grupo de señores de la guerra, Mendoza, Guerra, Fernández, Montilla, etc., producto natural de la organización feudal de nuestra economía, que enarbolando banderas amarillas, rojas, azules o blancas iban y venían sosteniendo o derrocando gobiernos, sin compromisos distintos a los que creaba su propia conveniencia material. El libro de Paredes será obra de consulta para cuantos deseen hacer un estudio consciente y profundo de los comienzos del siglo XX en Venezuela.

A ninguno de los grandes sucesos del castrismo dejó de referirse Paredes en folletos, en hojas sueltas o desde las columnas de la prensa. Junto con César Zumeta, Jacinto López y Pedro César Dominici, mantuvo viva la oposición desde el destierro.

Pero Antonio Paredes no era "cantor del pasado, sino poeta de la Acción", dice Pedro César Dominici, y agrega: "azotado por el calor tórrido de la isla benévola, a pocas millas de su tierra natal, la Imaginación —la loca de la casa— forjó de nuevo el propósito de libertar a la Patria de la ignominiosa tiranía. Por las tardes solía pasearse vestido de uniforme, entre adolescentes entusiastas, contemplando la maravilla de púrpura, violeta y oro, de los crepúsculos insulares; y de tanto acariciar su ensueño veíale transformarse en cosa turgente y triunfal".

## VIII

### "ATACARE LA FORTALEZA CON MI PICA"

*DELIRIO, ALUCINACION, PRESENTIMIENTO.*—A fines de 1904, publica Antonio Paredes, en Puerto España, un nuevo panfleto contra el dictador. Ahora denuncia las maniobras reeleccionistas en que anda empeñado Castro. El Restaurador quiere presidir las fiestas del Centenario de la Independencia. La dirección de los trabajos electorales ha sido encomendada en Caracas a una junta que componen los doctores Jesús Muñoz Tébar, J. M. Herrera Irigoyen, Alejandro Urbaneja y Eduardo Montauban. Paredes increpa a Muñoz Tébar por hacer acto de presencia en esta clase de alianzas. Recuerda a Urbaneja y a Montauban, la forma afrentosa como los trató Castro cuando los hizo marchar amarrados y en fila, a pie por las calles de Caracas, amenazándolos con enviarlos al Castillo de San Carlos. Y cuando habla de Herrera Irigoyen rememora el desagradabilísimo incidente ocurrido años atrás, el día que se celebraba un concierto benéfico organizado por la alta sociedad de Caracas. Castro que presidía la concurrencia dijo de pronto y en voz alta que estaba aburrido de cantos

*y que quería música para bailar, poniendo a danzar a toda la distinguida concurrencia al son de valeses y joropos.*

*Pero el mérito de esta larga página de Paredes no lo constituye la violencia de la diatriba, ni el atrevimiento de las denuncias. Ella vale por su inestimable mérito autobiográfico. Pocos escritos debidos a la pluma de políticos y generales venezolanos, tienen la calidad de éste como aporte para el conocimiento íntimo de la personalidad del autor. Parece concebido y redactado en una hora de trance. Alucinación, delirio, presentimiento traducen esas frases. Es el fiel reflejo de una vida en perpetua agonía. Paredes se siente empujado a la acción por mil fuerzas; el mandato de la sangre, el sueño de la gloria, el deber ciudadano, el odio al adversario. Y mira que la juventud se le va, que se esfuman los mejores años de su existencia, que los días pasan sin que se le brinde la oportunidad de comando para la acción que a otros, mediocres afortunados, la vida les dá sin que sepan aprovecharla.*

*La página se titula "El continuismo de Cipriano Castro o Diálogo de ultratumba con dos generales". Un poderoso hábito romántico flota sobre aquellas líneas. En la madrugada tibia de Puerto España, mientras los hombres duermen llegan hasta su pobre cuarto de desterrado, las dos sombras evocadas, sombras ilustres. Son José de la Cruz Paredes, el soldado de la independencia, su abuelo y Manuel Antonio Paredes, el soldado de la guerra federal, su padre. Paredes les relata su aventura. Parece una rendición de cuentas. Les va diciendo cómo Venezuela ha caído en manos de un tremendo capitán cuya ambición no conoce freno, ni medida. Cinco años lleva Castro en el poder. Cinco años lleva Paredes en la oposición. Oposición que ha significado para él, guerra, cárcel y destierro. Durante un lustro Paredes no ha descansado en su empeño combatiente, pero la suerte está enamorada del vehemente serrano. De pronto Paredes deja de contar su historia y se interroga: "¿Estaré yo loco?. ¿Todas mis campañas son inútiles?. ¿Continuará Cipriano Castro en el poder?". "Y entonces voy a quedar en el ridículo? ¿Las gentes serías dirán que yo he debido haberme quedado callado y dejado que Castro hi-*

*ciera su voluntad, y se reirán de mí?" "Voy a quedar expuesto a las burlas?" "Creeis padre que estoy solo en mis propósitos de combate o que me acompaña el pueblo? ¿Creeis que llegaré a ser objeto de burla de los muchachos?". El padre ha debido responderle, pues Paredes replica: "Es verdad, padre: los hombres como yo nunca quedan en ridiculo, pues en todo caso me quedaría el recurso de la muerte".*

*Pero muy pronto Paredes recobra fe en su estrella. La duda, el desaliento han sido pasajeros. Ahora les dice cómo adelanta sus planes revolucionarios. Se multiplica escribiendo cartas, artículos, folletos. Ata compromisos, se aviene a tratar con gentes a quienes no estima pero que pueden ser útiles, se dirige a quienes no conoce y aun busca amistad con los amigos de Castro que mañana pueden prestarle alguna ayuda. El odio y la energía han convertido aquel hombre en un verdadero partido. Como flotando en una nube, miran la cercana Venezuela y Antonio les va enseñando regiones y personajes que según él viven pendientes de su estrella. Un sacerdote camina por una apartada calle. Lo señala y dice que escondida en la sotana lleva su última publicación, para repartirla desde el confesionario. Se asoma a un ható y les descubre una asamblea en donde se confunden peones y mayordomos. "Están leyendo mi hoja" les dice. Los hace llegar hasta el fondo de una vieja casa caraqueña para mostrarle la anciana y el nieto que miran con igual interés el mismo papel. "Están leyendo mis escritos" comenta. Y así la escena se repite cuando les señala al empleado de comercio, al guerrillero de la costa o al maestro de escuela. En el claroscuro de la madrugada que se va, adivina legiones en espera de su voz de marcha, listas para ir al asalto de las fortalezas castristas, él a la cabeza. Y ya está viendo a Castro acorralado y Antonio Paredes, vencedor y magnánimo. Lo va a perdonar. "Para que vea la diferencia", le dice a su padre, lo promete a su abuelo.*

*Párrafos más adelante abandona este extraordinario tono de alucinación gloriosa para caer en la zona de los presentimientos. Cuenta hechos imaginarios, anticipa escenas que*

*en mucho se acercan a las que habrían de ocurrir dos años más tarde, en febrero de 1907. Ahora pinta a Cipriano Castro en su dormitorio. "En este momento entran al cuarto de Castro dos hombres de aspecto trágico: el uno es venezolano, nacido en una elevada cumbre de occidente; el otro es extranjero... Castro les ha dicho algo que no he podido oír, pero lo deduzco de sus contestaciones: el andino dice que no acepta la comisión... ¡Bravo Andino!... El extranjero ha respondido que a un hombre tan prevenido como yo, no se le sorprende fácilmente..."*

*Y al concluir, cuando va llegando la luz del día y se despiden las sombras gloriosas, hace promesas de lealtad a su empeño y pinta un cuadro bien parecido al de su desembarco suicida en Pedernales. "Yo correré a Venezuela armado con una espada, con un fusil, con una lanza. No tengo con qué comprarlos, pero me los regalarán; y si no hay quien me regale nada iré armado con una pica de madera que fabricaré yo mismo con la madera de los bosques de Dios; y si no hay buque que me lleve de balde, me iré a nado con la pica en la boca; cruzaré el mar a nado para estar con mis compatriotas en ese día de la grandeza y de la dignidad venezolana... Al llegar asaltaré la fortaleza con mi pica". De nuevo alucinado, agnioso, mira los soldados de Castro como en el retorno napoleónico aclamándolo caudillo de la nueva cruzada y haciendo de sus armas, camino y silla en su marcha hacia el Capitolio.*

*LOS HECHIZADOS.—A fines de 1906 empezaba a cuartearse la dictadura castrista. Al tiempo heroico y turbulento de los primeros años, habían sucedido estos interminables días de intrigas y festines. La salud del dictador no inspiraba confianza a nadie.*

*En estas circunstancias, dos movimientos paralelos se organizaban con el mismo fin: sustituir a Castro. El uno, encabezado por Juan Vicente Gómez y cuyos principales comprometidos y animadores eran los generales y coroneles andinos disgustados con Castro y enemigos de la camarilla valencia-*

na. Era esta una conspiración hecha a base de apretones de manos, de compromisos tácitos, de pactos sin firma. Muda conspiración de gestos silenciosos. Una conspiración de "tempo" lentísimo y que Gómez en su lenguaje parabólico y sibilino definía diciéndole a Félix Galavis: "Esta la ganamos de para atrás". Conspiración que años más tarde Ezequiel Vivas calificó de "simple evolución dentro de la misma Causa".

El otro movimiento era organizado desde el destierro por la mayoría de los derrotados en la Libertadora. Se disponían a lanzarse nuevamente a la aventura de la guerra. Contaban con la complicidad de cierto número de jefes militares en el interior del país y tomaban muy en cuenta el hecho de que en los confusos días de la Conjura, se había exhibido ante el país la división interna y definitiva del castrismo. Uno de los comprometidos en esta nueva revolución era el General Antonio Paredes. Iba a ser de sus principales dirigentes. Tal vez, como lo había reclamado en 1903, en reunión de exilados en la isla de Curacao, ahora ocuparía la Jefatura Suprema del Ejército. Con él ataban sus compromisos los jefes locales de las costas de Oriente y de los pueblos de Guayana que se estaban sumando al movimiento.

Trinidad era el centro más importante de aquella agitación. Para enero de 1907, los planes revolucionarios habían avanzado mucho. Pero el gobierno de Castro velaba. Los informes de los cónsules de Barranquilla, Trinidad, La Habana y New York indicaban que ahora sí iba en serio el vaivén conspirativo. Había que actuar con rapidez y energía. Gómez conspirador era el primer interesado en destruir el elaborado plan de sus rivales. Quería y necesitaba la alianza con estos caudillos regionales del centro y del oriente de Venezuela, para aumentar sus posibilidades de poder frente a su tremendo paisano y temido jefe. Pero no deseaba alianzas con potencias rivales. Los necesitaba, a su hora y para sus propósitos, uno a uno, aislados y rivales entre sí, como aliados temporales de su causa. Y no obstante las pésimas relaciones que Castro sostiene con la mayoría de los gobiernos extranjeros, obtiene del de Inglaterra la orden de que Pa-

*redes y los demás revolucionarios abandonen a Trinidad. El gobernador notifica al desterrado la noticia perentoria. La organización ha sido descubierta mucho antes de que estuviera definitivamente lista. Hay acuerdos, ofertas de armas y dinero, pero es solo ahora cuando empezaba a tomar forma definida, a hacerse realidad estas promesas. Una vez más se aleja de Antonio Paredes, la ocasión de la prueba. ¿Ir a New York, a La Habana, a Puerto Rico a seguir hablando, a celebrar nuevas, interminables juntas? ¿Volver a levantar el castillo de naipes que son casi siempre los planes de invasión desde el destierro?.*

*La duda no fué larga. Entre los mil caminos del mar tomó el de Venezuela. Venía casi a nado como lo había dicho; venía casi desarmado como lo ofreció. Lo seguían dieciséis hombres, más que soldados, "creyentes hechizados por la magia de su audacia". A bordo de un tres puños margariteño se embarcaron en la madrugada del 4 de febrero de 1907 rumbo a Pedernales. Entre la neblina del amanecer no se sabía si era la gloria o la muerte, quien viajaba a bordo de la navecilla.*

*En Venezuela nadie lo esperaba. A medida que el día iba aclarando y que la barca se acercaba a las playas orientales, las fantasías y los compromisos se iban desvaneciendo. Ahora estaba solo con su audacia. La sorpresa del ataque desarma a los representantes del gobierno en el pueblecillo de Pedernales. El 6, nervioso y desvelado arriba a Güiría el coronel López Chávez, cabo del Resguardo de Pedernales e informu a las autoridades de los acontecimientos. El relato que de los sucesos les hace, lo trasmiten inmediatamente a Macuto en donde el Presidente Castro se encuentra gravemente enfermo. El general Paredes ha desembarcado en Pedernales el 4 de febrero a las tres de la tarde. Después de un tiroteo, hizo preso al Jefe Civil y al Comandante del Resguardo y se apoderó de las viejas tercerolas y winchesters que constituían el armamento gubernamental. Se llevó los presos y tomó la vía de Uracoa, tal vez con el propósito de invadir a Maturín, le dicen a Castro. El 7 de febrero, el general Clodomiro Sánchez, jefe militar de Ciudad Bolívar le participa al*

*Presidente que Paredes ha invadido a Uracoa y que en su persecución ha salido el coronel Jesús García con armas y tropas. El mismo día, el general Luis Varela, Presidente del Estado Bolívar le participa al general Castro: "el vapor "Socorro" salió desde Ciudad Bolívar conduciendo tropas que irán a combatir a Paredes". "Llevan buen jefe y oficiales escogidos" agrega en su mensaje. Años más tarde, relató García en memorial que publicó la prensa que el 7 de febrero, lo llamó Varela a su casa y que al encomendarle la campaña contra Paredes le dijo delante de Sebastián Alegritti: "No traiga presos. De oficial para arriba fusílelos. Son órdenes terminantes del General Castro".*

*EL FIN COMIENZA EN MORICHAL LARGO.—La expedición invasora de Paredes, entre el paisaje húmedo y recargado de las riberas orinoquenses era una banda de alucinados. En las desoladas inmensidades del oriente no habían encontrado nada distinto al temor y el hambre. En la noche del 10 de febrero, Paredes llegó al Paso del Rosario. Tuvo que enfrentarse con las fuerzas del Gobierno que venían de Maturín por Morichal Largo y fué dispersado. En la mañana del 11, llegó García con sus fuerzas y la caballería comandada por los generales Belmont y Pimentel. El 12, Belmont mostrándole a García unos cerros lejanos le dijo: "En aquella fila de monte está Paredes. Quédese aquí y yo voy a registrar". Belmont siguió la persecución y capturó a Paredes. García se disponía a contramarchar cuando llegó Belmont y le gritó: "Pare la marcha", haciéndole entrega de Paredes. "El terror se apoderó de mí, pues comprendí la inmensa responsabilidad que tenía" contó García tiempo después.*

*EL SOLDADO ELOY SILVA.—El soldado Eloy Silva iba en las tropas que mandaba Jesús García. Silva era carabobeño y había sido criado en la hacienda que en Chirgua tenían los Paredes. Acompañó a Antonio Paredes en el año 99, en la persecución del general Pedro Conde, en los días del levantamiento nacionalista. Ahora andaba por Guayana y su suerte aventurera lo llevaba a ser espectador*

inerte del fin de su antiguo jefe. Silva escribió un relato simple y muy rico en detalles sobre aquel triste acontecimiento. Belmont hizo prisionero a Paredes a las seis de la mañana del 12 de febrero. Amarrado con mecates se lo entregó a García. Cuando se enfrentaron Paredes y García, el prisionero le gritó: "Máteme, no me vaya a vejar". A lo cual García le respondió: "Aquí tiene mi bestia y mi paltó para que se lo ponga". El teniente Miguel Martínez lo desamarró. Paredes vestía en aquel momento sombrero pelo de guama negro, camisa azul de lana, sin paltó, pantalones azules y altas botas negras. Le ofrecieron casabe y carne. Paredes aceptó el ofrecimiento y botó unas guayabas que llevaba en el bolsillo. Y emprendieron la marcha. Después de acampar en "El Temblador" y en "Tabasca" se embarcaron en Boca de Uraoa en el vapor "Socorro" para Ciudad Bolívar. Esa noche Paredes, García y la oficialidad comieron en la misma mesa.

*EL BISTURI DE REVENGA.*—Una de las causas del fracaso de Antonio Paredes, una de las razones de la tremenda soledad que lo acompañó en su marcha, radica en la actitud de expectativa que frente al problema político del país habían adoptado amigos y enemigos del dictador. Desde agosto de 1906 se esperaba su muerte por horas. Y en estos días de febrero, escogidos por Paredes para acometer su empresa, la gravedad de Castro era mayor. Sus enemigos deseaban que la muerte ganara a bajo precio, la batalla que ellos habían perdido en más de una ocasión. Todos los compromisos de los revolucionarios anticastristas de aquella hora se ataban con una cláusula condicional: "Iremos a la guerra si Castro no muere y quiere continuar en el poder". Y esperando el desenlace fatal pasaban los días, mientras circulaban por todo el país las noticias más absurdas fabricadas por la imaginación y el deseo. Y así como lustros más tarde, lo mismo en 1921 que en 1935, Venezuela vivió pendiente de la próstata del general Juan Vicente Gómez, en febrero de 1907, la nación y su destino estuvieron atados al riñón enfermo de Cipriano Castro.

*El sábado 9 de febrero es día de angustias en la mansión presidencial de Macuto. La fiebre consume al dictador, enflaquecido, agotado. Apenas se conserva de su antigua energía el fulgor de sus ojos y su tono autoritario. Han sido seis años de tremendos excesos. Ha gozado y abusado de todos los placeres. Es a Castro y no a Gómez a quien cabe el calificativo de "gozón" que al segundo aplicara Fernando González. Una junta médica presidida por José Rafael Revenga, alta figura del castrismo y afamado cirujano y compuesta por los doctores Eduardo Celis, Pablo Acosta Ortiz, David Lobo, José Antonio Baldó, Adolfo Bueno y Arturo Clemente ha estado a la cabecera del enfermo en estos días de crisis y recibido de éste la orden de operar. "Se iba a decidir en la mesa operatoria la vida de un pueblo y la garantía de una sociedad", dice "El Constitucional" al comenzar el minucioso y emocionado relato de la proeza médica. El periodista fué siguiendo minuto a minuto el desarrollo del acto: "A las ocho de la mañana, dice, Castro ocupó la mesa operatoria". "No puede lengua humana, pluma alguna narrar la tranquilidad pasmosa con que el General Castro fué a la mesa". "A las ocho y quince el doctor Lino Clemente comenzó la cloroformización. Duró un cuarto de hora. A las ocho y treinta empezó la operación. El doctor Revenga tomó el bisturí. "Al doctor Eduardo Celis, nuestro Ministro de las Finanzas tocóle el honor de llevar el pulso". La operación terminó a las diez. El despertar duró quince minutos. "A las once el enfermo estaba de nuevo en su lecho". "Todos los participantes en el grandioso acto operatorio pertenecen a nuestra Escuela de Medicina". Gumersindo Rivas se ha trasladado a Macuto y desde allá, haciendo de Corresponsal especial, trasmite para su periódico noticias y reflexiones acerca del acontecimiento médico y político ocurrido aquel día. "Llegó la hora de la prueba, dice Rivas, y vino el instante en que la cuchilla del cirujano iba a decidir del destino de la patria". "Pero está escrito que el Dios de las Naciones vela por Venezuela. La providencia en consorcio con la ciencia puso su acción bienhechora en los instantes precisos y del momento solemne ha*

surgido, garantizada para el porvenir, la vida del General Cipriano Castro". En telegrama especial, con el mismo estilo de detalles y reflexiones cuenta Gumersindo Rivas, la inquietud con que se siguió desde los corredores de la mansión, el proceso de la primera cura de la herida. Desde Charallave, Arturo Santana participa dos días más tarde que al tenerse noticia del resultado de la operación practicada al general Castro, "la ciudadanía se lanzó a la calle dando vivas a Castro, a Revenga y a la Patria". Y Pacheco Miranda desde El Sombrero, dice: "Llor al cirujano ilustre". "El Constitucional" va publicando los telegramas de felicitación que por el mismo motivo llegan desde todos los rincones del país, bajo el título general de "ALBORADA".

*DECADACTILO, UTERINO, DATA.*—El 13 de febrero, llega a Macuto un telegrama del General Luis Varela en el cual participa al Presidente Castro que en "El Rosario", cerca del Morichal Largo, fueron capturados Antonio Paredes y sus oficiales. El Secretario Revenga lleva hasta el cuarto del enfermo la noticia. Se trata de un prisionero excepcional. Del único enemigo de Castro que en ninguna ocasión ha pedido tregua, ni buscado entendimiento. Larga es la reunión y en ella interviene la esposa del dictador quien pide piedad para el vencido. Un rato más tarde, el Secretario Revenga entrega al telegrafista presidencial una comunicación en clave, dirigida al General Varela y que dice: "DECADACTILO, UTERINO, DATA, INMINENCIA, OREBEL, DEBILMENTE, FUSTE, ABADEJO, PARURO, HUSMEO, SUBCLASE, OFRECIMIENTO. Avíseme recibo. HUSMEO CUÑA. D. y F. Cipriano Castro". A las cuatro de la tarde, Varela recibe y se dedica a traducir el mensaje presidencial. La traducción es relativamente fácil. La clave es el Diccionario de Toro y Gómez. Se pone la palabra del diccionario y el que tiene la clave cuenta veintitrés letras hacia atrás y encuentra el vocablo que corresponde. Esta tarea la va realizando el Secretario General y al concluir, entrega a Varela una orden que dice: 13 de febrero de 1907. 3 p.m. General Luis Varela. Ciudad Bolívar. Debe usted dar inmediatamente orden fusilar a

*Paredes y su oficialidad. Avíseme recibo. Y cumplimiento. D. y F. Cipriano Castro". Era la ratificación oficial del mandato que ya Varela había comunicado a García el 7, cuando lo encargó de las tropas que desde Ciudad Bolívar salían en persecución del invasor.*

*"VIVA VENEZUELA". — Desde aquel momento se apodera del ánimo de Varela una gran inquietud. Paredes no debe llegar vivo a Ciudad Bolívar. El no vacila en cumplir la orden de fusilamiento dada por Castro, pero no desea enfrentarse con la responsabilidad personal de la ejecución. Y teme que las órdenes verbales dadas a García, no sean cumplidas. O que éste, a su turno, trayendo hasta la ciudad al incómodo prisionero quiera entregarle el tremendo encargo. La angustia de Varela la comparte su Secretario. Quieren prevenirse de sorpresas desagradables que bien pueden costarles su caída política. Encerrados en el despacho han elaborado dos pliegos que un comisionado especial debe llevar a García. Y en horas de la noche hace llamar al coronel Gandica y le da orden de que en seguida se embarque y dé alcance a García, para que le haga entrega de sus cartas. En una de ellas le dice Varela a García: "Le reitero las órdenes que le di aquí verbalmente en el momento de salir. Proceda pues inmediatamente y sin excusa de ninguna especie". Y para acorralarlo le hace llegar la amenaza: "Si Ud. no fusila a Paredes, será Ud. el fusilado". Pensando en cualquier excusa que a última hora pueda oponer García para no cumplir el mandato, agrega: "Esta carta y estas órdenes son también para los generales José Manuel Peñaloza y Morales Rocha". El otro pliego es el texto de un telegrama elaborado en la misma noche del 13 y que en la mañana del 15 debe enviar García desde Los Castillos. Es un simple parte de guerra que dice: "Los Castillos: 15 de febrero de 1907. General Luis Varela. Ciudad Bolívar. Cumpló con el deber de participarle que esta madrugada, como a las tres, aprovechando un descuido de la custodia se sublevaron Paredes y sus oficiales, apoderándose de algunas armas, y de la lucha resultó lo siguiente: muerto el Alférez Ricardo S. Prato, el Sargento Primero Nicolás Acosta y*

el soldado Antonio Medina y un número levemente herido de nuestras tropas, y de los facciosos Paredes y varios de sus oficiales perecieron en la lucha. D. y F., Jesús García”.

El barco que conduce al nuevo comisionado ya se acerca al vapor “SOCORRO” que navega rumbo a Barrancas. Es la madrugada del 15 de febrero. Las tinieblas envuelven espesas el río, el cielo, la selva. Los soldados velan en torno de la muerte. El barco se acerca y el comisionado entrega los pliegos. La discusión es larga. Ya va aclarando. De pronto el vapor se para. Sacan a los prisioneros. Adelante va Antonio Paredes, silencioso, sin pronunciar palabra, fumándose un cigarrillo. Detrás marchan sus compañeros Manuel Hernández Díaz y Raimundo González. Ha llegado el fin de Antonio Paredes. Como lo prometió a su padre, ya no se burlarán de él. En la barranca cercana forma el pelotón de soldados. Un soldado quiere ofrecerle un vaso de ron pero éste lo rechaza mientras le dice: “Se equivocó de hombre, eso es para los borrachos y para los cobardes”. Cuando quisieron vendarlo, reclamó: “Con los ojos abiertos nací, así quiero morir”. Al irlo a amarrar al banquillo gritó con todas sus fuerzas: “Cipriano Castro, maldito seas”. Y cuando los soldados disparaban, tremoló como bandera de victoria entre las sombras de la madrugada guayanesa, su grito final: “Viva Venezuela”.

CERCA DEL APOSTADERO DE BARRANCAS. — Después del fusilamiento, el barco siguió su marcha hacia Barrancas. A medio día del mismo 15, los pasajeros del vapor “Delta” que viajaba de Ciudad Bolívar a Trinidad, vieron flotando en las aguas del Orinoco tres cadáveres, amarrados y con señales de violencia. El vapor siguió de largo. La mayoría de los viajeros eran miembros de la Compañía Lírico-Dramática que acababa de finalizar su temporada en la capital de Guayana. Mirando al río, desde su hacienda de cacao “San Isidro” situada cerca del Apostadero de Barrancas, estaba el agricultor Pedro Mata cuando vió aparecer a lo lejos, arrastrados por la corriente, los tres cadáveres. No sabía el aislado agricultor de quiénes se trataba. Sacó de las aguas los cuerpos de

los desconocidos y ayudado por cuatro campesinos les dió sepultura en su terreno. El cadáver de Paredes, cuenta Mata, estaba sólidamente amarrado y apretado por los brazos y las muñecas con un mecate que le daba vueltas alrededor del pecho y de la espalda. "Tenía dos balazos en el pecho y estaba descabezado".

CONCIERTOS, GRAMOFONOS, DEUDAS. — La noticia oficial de la revolución y de la muerte de Antonio Paredes se conoció en Caracas el 16 de febrero. Hasta ese día, no había habido ningún comunicado sobre estos acontecimientos. Pero el 16, en un rincón de su cuarta página, publica "El Constitucional" una colección de telegramas que comienza con las primeras noticias enviadas el 6 desde Güiría y concluye con el parte de muerte de Varela. Es día sábado y la ciudad se divierte. En el Parque "Carabobo", la Banda Infantil "Restauración" ejecuta un concierto vespertino cuya primera pieza es el Paso-Doble "Vencedor y Aclamado". En la noche, la Banda Marcial toca su tradicional retreta que inicia con el vals "23 de mayo". En el Teatro "Caracas", Teófilo Leal, Eleizalde y Ramírez interpretan "El Señor Feudal" de Joaquín Dicenta. El "Cataluña" anuncia concierto nocturno bajo la dirección del Maestro Díaz Peña y audición especial de gramófono con un moderno aparato de marca "Victor". En el Teatro "Calcaño" se presenta una sesión del Camarógrafo "Freund". Los cronistas recomiendan "las Vistas Disolventes" que son bellísimas y las Flores Vivas de un gran mérito artístico. Una de las cosas notables del aparato es la fijeza de la luz sin cintilaciones, ni relampagueos desagradables". El mismo día el gobierno avisa que en cumplimiento del pago de la deuda a los gobiernos de Inglaterra, Alemania e Italia está a su disposición en el Banco de Venezuela el 30% sobre recaudación de las Aduanas de Puerto Cabello y La Guaira, de acuerdo con la proporción convenida. Son 355.402 bolívares. "Venezuela paga" es el título que el periodista puso a la información, en donde da cuenta de la cancelación de esta cuota de la deuda.

"YA NO ESTAMOS EN VENEZUELA". — Veinitún meses ha de durar todavía la dictadura de Castro. El tiempo transcurre lento, monótono, sin grandes acontecimientos. Los mismos problemas, el mismo estilo oficial, la misma literatura periodística. La salud de Castro es cada día más vacilante. Una fiebre cilla molestosa, insistente, agobiadora lo acompaña y decora sus mediodías y sus noches con los colores del delirio. En la cabecera del enfermo y en la confianza del político un médico ha sustituido a otro. José Rafael Revenga se embarcó para Europa y en su lugar el zuliano López Baralt hace el papel de Gran Valido. De vez en cuando, asoma a la superficie la tremenda zozobra que acompaña a los hombres que años atrás se comprometieron en La Conjura y que ahora ven dispersarse a la camarilla valenciana, mientras Gómez consolida su predominio. Unos, como Torres Cárdenas y Revenga ponen el mar de por medio. Otros, ligeros y ágiles, se disponen a calentarse bajo los rayos del naciente sol gomecista. Los menos, guardan silencio y semejan viejos caimanes dormidos al caliente sol del medio día.

Héctor Luis Paredes se ha convertido en el vengador de su hermano sacrificado. Escribe cartas y denuncias. Se dirige a los periódicos. Y en extenso memorial, fechado el 19 de abril de 1907, acusa ante la Corte Federal y de Casación de Venezuela al general Castro por el homicidio del general Paredes. Es el Presidente del Alto Tribunal el doctor Emilio Constantino Guerrero y son sus Vocales los doctores P. Brito González, Alejandro Urbaneja, Enrique Tejera, Abdón Vivas, Carlos F. Grisanti y Horacio Velutini.

En octubre del mismo año llegan a París, Torres Cárdenas y Revenga, Ministro del Interior y Secretario General de Castro para los días de la invasión y muerte de Paredes. Desde Berlín, el 4 de octubre, Héctor Luis los emplaza a responder en término de días a las preguntas que les hace en torno al trágico suceso. A Torres Cárdenas le dice que en el "Memorial Diplomatique" del 15 de septiembre, se informa que en Caracas "los empleados de la Secretaría Presidencial, Landueta y González fueron apresados y torturados para que con-

fesaran quién había sustraído del archivo, documentos relacionados con el asesinato del general Paredes y que éstos declararon que quien se había llevado dichas piezas había sido Julio Torres Cárdenas, para guardarlas y servirse de ellas como medio de ataque contra Castro". Paredes le dice: "Si el objeto de Ud. al conservar esas piezas es atacarle, mejor están en mis manos que en las suyas". Le reclama los documentos y le exige que le informe qué parte tomó él en aquellos sucesos de febrero. "Si en el término de ocho días no me ha contestado usted, iré a buscarlo y le participo que nos entenderemos sin explicaciones verbales". A Revenga le copia frases de una hoja publicada en Trinidad y en la cual dice textualmente: "Fué Revenga el que ordenó la muerte de Paredes" . . . "Revenga hurtó el bastón de mando a Castro y pasó por sobre Gómez". Paredes le dice: "Acláreme en el término de ocho días el cargo que públicamente se le hace o voy a buscarlo en donde esté, y probará su familia los dolores que está sufriendo la mía. . ." Torres Cárdenas se apresura a responder el 6 de octubre: le explica a Paredes que cuando ocurrieron las prisiones de González y Landaeta, él se encontraba todavía en territorio venezolano y por consiguiente a la mano del General Castro, quien no lo hubiera dejado salir de ser cierta la especie a que se refiere el memorial". Lamenta Torres Cárdenas la muerte de Paredes porque, dice, "fué mi condiscípulo y compañero de infancia y nada hubiera sido más grato para mí que haberle salvado la vida". Revenga se traslada inmediatamente a Berlín y en carta fechada el 10 de octubre le dice a Héctor Luis que "en la sensible muerte de su hermano Antonio, antiguo amigo mío, no tuve ninguna participación".

La encuesta de Héctor Luis no logró esclarecer responsabilidades. Escudándose en el silencio, nadie quiso suministrarle los datos, darle las pistas que andaba buscando para reforzar los términos de su acusación. Pero de estos silencios y de las lacónicas respuestas que arrancó a los prohombres del castrismo en desgracia, quedó en claro una cosa: nadie quiere compartir con el general Castro la responsabilidad de la

*muerte de Paredes. Sin acusarlo, lo acusan. La orden fué firmada por el Presidente, pero nadie supo a qué horas. El no consultó. No buscó, ni oyó consejos. Extraordinario misterio. El hombre estaba enfermo. Convalecía de una grave operación. No podía moverse del lecho. A su cabecera estaban médicos y ministros. Y sin embargo se desprende de aquellas afirmaciones, que ni sus más íntimos conocieron de la grave determinación. La orden fué directa a Varela como por arte de magia, sin que escribientes, clavistas, ni secretarios supieran de su existencia.*

*Todavía mantiene Don Cipriano el poder. Todavía puede fulminar con sus rayos de Júpiter Tonante a los dos millones y medio de venezolanos, pero ya comienzan a negarlo sus apóstoles. A dejarlo solo con sus cargas. Mal augurio para el año de 1908.*

—IX—

1908

*UN DRAMA DE DISIMULO.—El Restaurador concurre al Congreso y en su mensaje se dedica a comentar los misteriosos designios de la Providencia. Por un momento la enfermedad trató de detener su obra de salvador nacional. Dios quiso medir su fortaleza y saber de cuánto era capaz la lealtad de su pueblo. Y la prueba ha tenido término feliz. El recuperó su fuerza y el país permaneció en paz, pendiente de su vida. Promete hacer honor a tanta lealtad, trabajando sin descanso por la felicidad de Venezuela. Sin embargo, la fiebre sigue taladrando su organismo y cada día tiene que aplazar para el siguiente, sus proyectos de redención. Se ve obligado a permanecer la mayor parte del tiempo en los dormitorios de "Villa Zoila".*

*Liquidado desde los días de La Revolución Libertadora, el tradicional sistema de alianzas caudillistas que desde el 64 tejieron su red de dominio sobre todas las provincias; desterrados, presos o apartados de la política los jefes liberales y nacionalistas que representaban intereses o compromisos antagonicos al castrismo, en el país no existía fuerza deliberante*

*distinta del Ejército Restaurador. Castro había ido perdiendo el efectivo control sobre este aparato de fuerza. Tenía demasiada confianza en su magnetismo, creía en su estrella de predestinado y pensaba que ante cualquier intento de alzamiento le bastaba presentarse solo e inerte a la puerta del cuartel para que su nombre fuera aclamado. Y lo había probado en una oportunidad.*

*Pero desde 1904, la separación entre Castro y sus compañeros de expedición se hacía cada vez más profunda. Comenzaba a perfilarse Juan Vicente Gómez como su contra figura, el anti-Castro. Frente al hombre tornadizo, hablador, amigo de la elocuencia, bailarín y Don Juan impenitente, que es Castro, se muestra el otro, silencioso, abstemio, consecuente con su vieja gente. Utiliza su influencia en el régimen para colocar sus amigos en cargos de segunda o tercera importancia, y cuando el nombrado va a despedirse, el protector lo compromete con la frase: "Don Cipriano no quería pero yo le conseguí el puesto con el Ministro. "Váyase y espere allá". "Mucho juicio". En las haciendas y potreros que empieza a comprar, da trabajo a decenas de soldados que han sido despedidos del Ejército y que no encuentran protección entre los poderosos del Gobierno e impide de esta manera que regresen al Táchira, al mismo tiempo que va formando los contingentes de sus tropas selectas, sus "muchachos", sus "oficiales". Y cuando hace alianza con alguna persona de importancia, con algún doctor que al mismo tiempo es amigo de Castro, le dice: "Cuando me vea en "Villa Zoila" no me salude...".*

*Torres Cárdenas, Revenga, Celis, Alcántara, se dan cuenta de cómo va creciendo Gómez y se disponen a liquidarlo, pero son demasiadas ambiciones frente a una sola y además no cuentan sino con el valor político que les brinda la momentánea predilección de Castro. Como en una inmensa carreta que fuera conduciendo hacia la "Casa Amarilla", Gómez recoge a cuantos tienen algo que sentir de Castro: los humillados, los perseguidos, los postergados. Son años de calculada humildad, de meditado sometimiento. Además cuenta con la ventaja de que quienes olvidan que esta clase de política se hace a base*

*de pasiones y de intereses materiales y al mismo tiempo confunden la ilustración con el talento, no le dan demasiada importancia a su persona, ni a sus ambiciones.*

*Para eliminar a Castro, Gómez no piensa en alzamientos, ni en actos de fuerza. En sus cálculos de conspirador nunca ha entrado el de enfrentarse cara a cara con el jefe. El sabe demasiado que en un momento de tragedia, Castro lleva todas las de ganar. Y el episodio final de este largo drama de disimulo será la obra maestra del engaño. Castro que siempre soñó caer peleando, se va a tener que ir sin disparar un tiro, ni hacer un gesto, engañado y sin leyenda. Gómez se vale para esta escena del doctor José Ignacio Cárdenas, personaje de la más entretenida novela policial y política. Cárdenas es agente del Presidente en Europa y además está unido al Restaurador por nexos de familia. Y a él se le confía el encargo de buscar en clínicas y hospitales, el mejor cirujano, el hombre capaz de devolver la salud al Presidente. Cárdenas forma en el grupo de hombres que en determinadas ocasiones cruzan significativos guiños de ojos con Gómez. Y ahora está en Caracas presentando a Don Cipriano un minucioso informe acerca de su desafortunada misión. Ninguno de los médicos europeos quiere viajar a Venezuela. En cambio allá, lo esperan Israel y tantas otras eminencias. El viaje es conveniente, agrega Cárdenas. El cambio de clima ayuda mucho. Y además tendrá la ocasión de saludar a sus amigos el Kaiser Guillermo y el Rey de Italia y de ir al Follies. Y en noviembre de 1908, se lleva José Ignacio Cárdenas al General Cipriano Castro para Europa, de la mano, engañado, como el aya conduce al niño al parque para que no vea lo que está ocurriendo en casa. Gómez queda encargado de la Presidencia.*

*Y durante los diez y seis años de vidu que le restan no podrá Cipriano Castro, intentar seriamente su retorno a la patria, ni su vuelta al poder, no tanto por la vigilancia que Estados Unidos pudiera ejercer sobre sus pasos, —vigilancia que era cierta—, cuanto porque quienes deberían ser lógicamente sus oficiales y soldados, no iban a cambiar la seguridad del poder cuyo disfrute sin límites les garantizaba Juan Vicente*

Gómez, por los riesgos de una aventura cuyo triunfo, en el mejor de los casos significaría el predominio de una camarilla extraña a ellos, elegida y sostenida por el capricho de Don Cipriano.

*LA CABEZA DE LA CULEBRA.*—El 26 de enero de 1909, remite el General Aquiles Iturbe, Gobernador de la Sección Occidental del Distrito Federal al General Francisco Linares Alcántara, Ministro de Relaciones Interiores, un expediente de cincuenta y tres folios en el cual está contada la historia de una conspiración encabezada por el General Cipriano Castro, Presidente de la República, ausente del país, contra el Encargado del Poder Ejecutivo y Vice Presidente, General Juan Vicente Gómez. Es la conspiración de la cabeza de la culebra.

Al día siguiente el Ministro Alcántara se dirige al Procurador General de la Nación para comunicarle que del estudio de las investigaciones realizadas por el Gobernador Iturbe, ha quedado en evidencia “que el siniestro plan venturosamente fracasado por la presencia de ánimo del Supremo Magistrado (Gómez) es obra de sugerencias, consejos y órdenes del General Cipriano Castro, Presidente de la República, corresponde a la Corte Federal y de Casación conocer de las acusaciones que se instauren por lo cual debe incoar el juicio correspondiente”. El 9 de febrero, el Procurador General de la Nación ocurre ante la Corte para acusar al General Cipriano Castro y le imputa los delitos “de traición a la patria, atentado contra los poderes nacionales, instigación a delinquir y homicidio”. La Corte admite el mismo 9 la acusación y se reserva el término legal para proveer. El 17, el Alto Tribunal declara que hay lugar a juicio y que en consecuencia suspende en sus funciones de Presidente de la República al General Cipriano Castro.

El cuento de la conspiración es de los más sencillos y conocidos de la historia de Venezuela: se reduce a un telegrama que según la versión gomecista, fué enviado desde Trinidad por el General Castro al General Pedro María Cárdenas y cuyo texto misterioso se reducía a la repetición de un dicho popular: “La culebra se mata por la cabeza”. El original del telegrama nunca fué encontrado en la isla, pero para el caso era lo mismo.

*La copia estaba en manos del General Gómez y éste en unión del habilidoso doctor Baptista y del mañoso doctor José Rosario Garcia han decidido que traducido al castellano, dice: "Maten al General Gómez".*

*Sólo que el doctor Garcia al redactar la copia del telegrama se olvidó del estilo del General Castro. Y la frase resulta más de Gómez que del Restaurador. Más rural que pueblerina. Es una frase de quien siempre anda hablando de siembras y de animales y ha encontrado toda una filosofía y un método para la política, en las enseñanzas de la naturaleza. La culebra en este mundo de zorros, leones y serpientes iba a ser Castro. Y quien machete en mano cercenaría su cabeza sería Gómez. O cuando menos suspendería sobre ella, la espada de un juicio cuya sentencia ya estaba redactada.*

*Con este acuerdo de la Corte Federal y luego con el proceso criminal que por la muerte del General Antonio Paredes ordenó abrir el mismo tribunal contra el General Castro, Gómez resolvía el problema de su permanencia en el poder por todo el resto del período, sin necesidad de golpes de estado, de disolución de Congresos y Concejos; sin enfrentarse al problema del reconocimiento. Todo quedaba igual: el mismo Congreso, la misma Corte, los mismos Concejos, los mismos Presidentes de Estado. Los únicos caídos eran Cipriano Castro, dos o tres miembros de su camarilla y algunos de sus familiares. Tocaba a Castro conocer en carne propia el triste fin que padecen quienes, miembros de una causa personalista, pierden el favor, mientras el régimen continúa. Destino de soledad y de fracaso. En el exterior nunca habría castrismo. El castrismo se había quedado en Venezuela, pero había cambiado de nombre y de jefe.*

*UN HERMANO AFORTUNADO.—El 10 de marzo de 1908 ocurre ante la Corte Federal y de Casación, Manuel Paredes, agricultor, soltero, de cuarenta años de edad, según los datos que suministra al doctor Pablo Godoy Fonseca, Secretario del Alto Tribunal, al hacerle entrega de un documento. Se trata de la acusación que hace al General Cipriano Castro, Presidente de la República y para esos momentos ausente del país,*

*sos y abrazos de militares, civiles y clérigos. Castro subió renqueando al estrado, para anunciar su programa: "Nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos". Entre los nuevos hombres figuran personajes que venían sirviendo a todos los gobiernos desde 1870 y la única figura sin antecedentes es don Ramón Tello Mendoza, hecho Ministro. Cuando el viejo caudillo liberal y federalista Ignacio Pulido, lee la lista del primer Gabinete designado por Castro, en el cual figura como Ministro de Guerra y Marina, le dice al Presidente: "Cipriano: y dónde están nombrados Ministros tus compañeros de campaña?". "Ellos deben ser tus principales colaboradores como lo fueron en la guerra, Cipriano". Y El Restaurador: "Ellos son patriotas, General Pulido y no protestarán". "Es una injusticia, Cipriano. Mal hecho, Cipriano", le responde con su lenguaje sin trabas el viejo llanero.*

*Esa mañana del 23, comenta "EL TIEMPO", "el pueblo en masa, viviente y palpitante, desde la Casa Amarilla hasta La Rotunda, llenaba las calles y daba a los aires la manifestación de júbilo de su regocijo, al saludar al Mártir del Honor, el encarcelado General José Manuel Hernández, cuya ergástula abrió el General Castro en la primera medida que tomaba, nombrando al distinguido ex-presos miembro del Poder Ejecutivo Nacional". Y concluye "El Tiempo" en su lenguaje florido al reseñar este primer día de Castro Presidente: "La ciudad entusiasta vistió sus mejores galas, como virgen en día de bodas, acudiendo a la ovación al caballero de la restauración, salvándose del oprobio y del dolor". El grueso de los contingentes andinos que formaban el Ejército Liberal Restaurador entraría a Caracas el 2 de noviembre, bajo el comando del General Juan Vicente Gómez, quien se había quedado en Valencia mientras Castro marchaba a Caracas y ahora venía ocupando metódicamente con las tropas revolucionarias los alojamientos que dejaba el Ejército de Mendoza. Las tropas del gobierno de Andrade, de acuerdo con el convenio celebrado entre Mendoza y Castro, serían diseminadas en las diferentes guarniciones del interior, mientras que el ejército castrista ocuparía a Caracas y las principales plazas del país.*

**EL DOCTOR RUIZ O EL GENERAL BOLIVAR.** — Cuando el General Víctor Rodríguez comunica a Paredes los acontecimientos ocurridos en Caracas, invitándolo a aceptar los hechos cumplidos, éste le responde: “Usted es un traidor”. “Venga para recibirlo en la punta de las bayonetas de mis soldados”. Y suponiendo que Andrade ha tomado el rumbo de Trinidad, le telegrafía a la isla: “Apóyeme y venceremos Castro y traidores”. Andrade responde a los pocos días, desde Barbados, con una orden general de entrega para Antonio Paredes, Juan Pablo Peñalosa, Gregorio Segundo Riera y Nicolás Rolando, que aun permanecen fieles al Presidente y cuentan con efectivos suficientes para intentar la reconquista de la capital. Unos jefes liberales optan por abandonar el país, otros entran en negociaciones con el nuevo gobierno.

El 26 de octubre en la noche, abandona el General José Manuel Hernández a Caracas en unión de Samuel Acosta y de los contingentes nacionalistas que existían en la capital y se declara en rebelión contra el Gobierno de Castro, en cuyo Ministerio había aceptado figurar. El Restaurador escribe a Paredes: “El general Hernández traicionando la confianza del gobierno liberal de que soy jefe, se salió anoche”. . . . “Con la misma entereza con que nos hemos combatido, yo lo invito a confundir en el seno de la Causa toda diferencia”. Y Paredes responde: “Si reconoce al General Andrade como Presidente de la República, me será grato que nos acordemos para pacificar el país”.

Atendiendo a las insinuaciones de Andrade, Paredes ha dispuesto entrar en arreglos con el Gobierno, para hacer la entrega de la plaza. Las condiciones que establece son fáciles de aceptar: recompensa pecuniaria para la tropa y libertad para los oficiales. Pero la cordialidad entre los dos bandos se ve bruscamente interrumpida cuando uno de los delegados del gobierno, Ortega Martínez, revela a Paredes que el jefe de los representantes de Castro se llama Benjamín Ruiz y es colombiano y no Rafael Bolívar y venezolano como se ha presentado. Paredes se siente burlado, considera los pactos celebrados sin ninguna validez y toda relación rota. Bolívar pasa

*al Castillo en calidad de rehén y sobre su vida pende la amenaza del fusilamiento. El tono de los telegramas de Paredes a Castro es violento, insultante. Le reclama el engaño y dice que se ha dirigido al Presidente de Colombia inquiriendo datos acerca del equivoco personaje. No se puede evitar la lucha.*

*El General Castro comisiona a los Generales Ramón Guerra y Julio Sarría para que dirijan el asedio de la ciudad y fortaleza. Paredes ha hecho otros cálculos y piensa que estando Hernández alzado, el gobierno no arriesgará sus efectivos en el ataque a Puerto Cabello, pero Castro piensa de otra manera y en la mañana del 11 de noviembre, las tropas de Guerra y Sarría están atacando la ciudad, mientras buques de la escuadra bombardean el puerto. La lucha dura todo el día 11 y al final de la tarde los atacantes no han avanzado, pero a los sitiados se les han agotado las municiones, sin esperanza de refuerzos. No hay manera de organizar una resistencia, mucho menos de tomar la iniciativa. En la noche ordena Paredes la dispersión de las tropas que defendían la ciudad y se encierra en el Castillo, en donde tampoco hay proyectiles. El 12, van y vienen comisionados, Paredes se niega en un comienzo a entregar la Fortaleza, hasta que al medio día llega una delegación presidida por el señor Stürup, del alto comercio local y Paredes acepta su condición de vencido, siendo trasladado a la casa de Stürup. Guerra viola los términos del acuerdo pactado para hacer la entrega del Castillo y el 13 de noviembre, cargado de grillos, Antonio Paredes es llevado a los muelles y trasladado a La Rotunda de Caracas. El Jefe de la Fortaleza es ahora otro Paredes, el General Ignacio Paredes Pimentel, trujillano que se unió a la revolución en Valera y quien ya en 1892 había propuesto la jefatura de Castro para el liberalismo andino.*

VII  
ESTAMPAS DE VENEZUELA

*EL CONFLICTO DE LOS BANQUEROS.* — Los primeros días de la administración del General Cipriano Castro fueron de graves conflictos. A la confusión política, se unía una situación general de pobreza y una carencia absoluta de recursos por parte del Estado para atender a sus obligaciones. En diciembre, Manuel Antonio Matos logró conseguir con el Banco de Venezuela, un empréstito de un millón de bolívares para el Gobierno, pero en los primeros días de enero de 1900, agotado el dinero, Castro gestionó un nuevo avance. El General Matos es el vocero de Castro ante los banqueros y el representante de los banqueros frente al Gobierno y en esta oportunidad opina que la nueva suma "debe reunirse mediante una suscripción de 500 a 600 mil bolívares, sin primas ni interés, entre los amigos y aun los adversarios que estén interesados en la estabilidad del orden, a razón de cinco mil bolívares cada uno". Mantiene el criterio de que esta es la única forma de lograr otra ayuda, compatible con "la estrecha situación económica del país". Y pinta en su carta al Presidente, un interesante cuadro del momento económico venezolano: "Seis años de desorden fiscal, dos más de guerra incesante, el café depreciado en los mercados de consumo; muchas haciendas abandonadas en consecuencia; la industria cañera quebrantada por la baja del valor de sus productos, el trabajo interrumpido en toda la República por falta de paz, confianza y elementos monetarios; los intereses de las deudas públicas insolutos, lo cual después de producir grave desconcierto en el país, ha hundido el crédito de la Nación en el extranjero; y, las consecuencias desastrosas de todos estos antecedentes, han hecho que todo el comercio, los capitalistas y los particulares que viven de las profesiones u otras industrias se hallen reducidos a penuria tal, que no permite esperar de ellos otra ayuda que la compatible con su estrecha situación económica".

El Gabinete conoce las opiniones de Matos y los Ministros Juan Francisco Castillo y Raimundo Andueza Palacio sostie-

*nen que dinero existe y que si no se consigue por las buenas, hay que sacarlo por la fuerza, culpan a Matos del conflicto, y proponen mandarlo a la cárcel. La medida no se discute dos veces y el 5 de enero, están en La Rotunda, no sólo Matos, sino también los directores de los Bancos Venezuela y Caracas. Delegados van y vienen, pero los banqueros no quieren ceder.*

*Una mañana, hacen formar fila a los presos. Allí están Manuel Antonio Matos, J. B. Egaña, Carlos V. Echeverría, H. Valarino y Eduardo Montauban. Han incluido en el grupo, al Doctor Alejandro Urbaneja, al General Antonio Paredes y al Presbítero Francisco J. Delgado, de Maracaibo. Y entre dos filas de soldados, a pie, por las calles céntricas de la capital los hacen marchar. Los guardias les dicen que van a la Estación de Caño Amarillo y que allí los embarcarán con destino al Castillo de San Carlos. La gente va siguiendo al curioso cortejo. Frente al Teatro "Municipal" se detienen, hay confusión, gritos. La esposa de uno de los prisioneros, bañada en lágrimas, se lanza en brazos de su marido. La fila sigue su marcha. En Caño Amarillo, la gente aplaude a los prisioneros. Un anciano grita en francés: "Valor, señores", "Valor, señores". La locomotora está prendida, los wagones listos. Los banqueros se reúnen, hay un rápido cambio de impresiones, avisan al jefe de la guardia que están dispuestos a entregar el dinero y son puestos en libertad. Paredes, Urbaneja y el padre Delgado, son devueltos a La Rotunda y dos días después siguen para San Carlos.*

*"DIARIO DE MI PRISION EN SAN CARLOS". — Tres años ha de permanecer el General Antonio Paredes, en el Castillo de San Carlos. Allí tendrá noticias del estallido de la Revolución Libertadora y del comienzo del conflicto internacional; encontrará preso al General José Manuel Hernández y verá llegar cargado de grillos al General Ramón Guerra. Como estos días son anárquicos, a la Fortaleza van llegando filas interminables de presos políticos, de todo el país. Entre los muros de la chata construcción se halla reunida una verdadera asamblea nacional con representantes de todas las re-*

*giones, de todos los partidos, de todas las categorías sociales. Gentes del Zulia, orientales, tachirenses, corianos, guayanese, no hay un solo rincón de Venezuela adonde no haya llegado la mano dura de la Restauración. El General Pedro Julián Acosta, de Oriente; los Generales Camilo Merchán e Ismael Arellano, el Presbítero Gabriel Gómez y el Doctor Abdón Vivas, del Táchira; los doctores Finol, los Presbíteros Delgado y Zuleta, de Maracaibo; el General Carabaño Izarra, de Guayana; los Generales Pilar Medina y Diego Colina, de Coro, entre centenares. Cada uno va contando su historia. Historias de aventura, dolor y conformidad, historias simples, historias venezolanas. Todos quieren a Venezuela, ninguno maldice de su tierra, ni de su suerte. Han jugado y han perdido, otra vez vendrá la de ganar, o no vendrá. Cada quien habla de su provincia, con amor, con nostalgia. Para el guayanés lo más bello es Guayana; para el coriano, los hombres más valientes están en la Sierra; para el llanero, no hay en el mundo mejor lancero que el nacido en las sabanas del Guárico o del Apure; para el andino, la tierra más bonita del mundo es la suya. Paredes dialoga con tantas gentes distintas que hasta hoy no había conocido; descubre una Venezuela pujante, sana y optimista. La patria se agita y sueña bajo el sol terrible del Lago y en los fosos de la infecta prisión.*

*Y Antonio Paredes va tomando minuciosa nota de personajes, recuerdos y gestos.*

*Así forma el material para su libro "DIARIO DE MI PRISION EN SAN CARLOS" que ha de terminar en su destierro de Trinidad, en el año de 1906. Es un libro escrito por un hombre que no hace literatura. Su crónica quizá está cargada de detalles, pero el estilo de la narración es claro, directo y de una estupenda fuerza gráfica. Venezuela vive, sufre y goza en sus relatos. Están el país y sus hombres con sus males y sus bondades. No es una sostenida crónica de horror. Paredes sabe contar la vida de una prisión, con sus momentos dramáticos, su tiempo muerto y sus minutos de alegría. Y logra pequeños cuadros maestros como aquellos en los cuales relata las deducciones de los presos frente a las vagas y con-*

*tradictorias noticias que a los fosos llegaban, sobre la marcha de la Revolución Libertadora. Después de recibir una noticia, el rumor de la brisa, el grito lejano, el gesto del soldado en la garita, la pesadilla del compañero, todo tenía un valor de signo, contenido de mensaje.*

*Hay relatos logrados como el del espía Cristico. Así llamaban en el penal, a un teniente pálido y delgado que hacía de jefe de la guardia. Cristico empieza a saludar a Paredes, frecuenta su calabozo más de lo debido, busca la confianza del General, le sonríe. A pocos días se le ofrece como mensajero. "La guarnición está descontenta con el General Jorge Bello, Jefe de la Fortaleza y del presidio y se podría intentar una sublevación", le dice. "Sobre todo si en Maracaibo hubiera revolucionarios que entraran en combinación con los presos". Y agrega: "Todos han pensado en usted, General Paredes como jefe de la insurrección". El próximo día, Cristico le anuncia que va en comisión a Maracaibo. Paredes debe preparar la carta para sus desconocidos amigos. El preso promete que lo utilizará de mensajero y que a la mañana siguiente tendrá listo el papel. Cuando Cristico llega, simulando temor, Paredes le entrega una hoja doblada. El hombre sale feliz. Lleva la prueba necesaria, la evidencia de la conspiración de Paredes. El papel decía: "Señor General Jorge Bello. Siendo usted Jefe de esta Fortaleza, es usted quien maneja este asunto o al menos ha autorizado algún subalterno para que lo realice... ¡Qué decepción para Ud., cuando al romper la cubierta no encuentre lo que espera".*

*Hay magníficas pinturas de personajes. Cuatro rasgos y surge perfecto el retrato físico y psicológico de un hombre. He aquí algunos: El Padre Zuleta: "mezcla de militar y sacerdote que en ocasiones usa un sable sobre la sotana, y que según cuentan está suspenso y no puede decir misa a causa de su extraña predilección por las armas. Refieren los presos de Maracaibo que en la última revolución, iba un día por las calles de la ciudad, conduciendo un cañón, para apuntarlo contra un edificio donde el enemigo se sostenía, y al pasar por la casa del Obispo, éste se asomó a una ventana y en actitud*

consternada le dijo: "Cómo es posible, padre Zuleta?" . . . y antes de que terminara la frase, Zuleta contestó: "No se asuste Su Señoría, que en ésta lo vamos a hacer Papa, y siguió . . .". El Coronel Daniel Guerrero: "Del mismo pueblo que el actual Jefe del país, indio claro como éste, de cuerpo alto, enjuto, inquieto; al ver su movilidad se diría que está azogado: tiene reputación de valiente, su carácter es suave y su trato agradable". Carabaño Izarra: "Carabaño es hijo del General del mismo nombre. Tiene el pelo de color castaño oscuro, el bigote azafranado y la cara roja. Tiene reputación de valiente. Su educación se conoce que fué muy descuidada. Desde que salió del Colegio ha vivido en los llanos y ha tomado las maneras de los llaneros: es indolente y perezoso. Hable despacio y expresa sus ideadas con facilidad". Suiny: "Suiny tiene alrededor de cuarenta años y según dice es ingeniero. Es hombre muy leído. Tiene gran memoria y cuenta cosas increíbles. Es muy enamorado y el número de palizas que ha recibido a causa de esto hubiera desanimado a otro, pero él está más fogoso que nunca. Yo jugando lo llamo Ño Bolaño, lo cual no toma a mal. Este era un viejecito llanero que contaba con la mayor seriedad episodios maravillosos que le habían ocurrido . . ." Benedetti: "Benedetti, es hijo de un corso y una andina del pueblo de El Cobre. Al verlo tan rechoncho y rubicundo se diría que es inglés o francés sin mezcla. Aunque su padre lo mandó oportunamente al Colegio que fundó y regenta en La Grita el honorable e ilustrado Monseñor Jáuregui, aprovechó poco. Cuando pasaron por La Fría en el año de 1899 las tropas del General Antonio Fernández, en persecución de Castro, lo saquearon y lo redujeron a la indigencia. Desde entonces no ha vuelto a levantar cabeza". El General Pedro Julián Acosta: "Sentado en una caja, perfilado contra un muro, aprovechando la última luz de la tarde, veo desde aquí al General Pedro Julián Acosta, que remienda por milésima vez su único pantalón. Acosta es de Carúpano. Es pobre como el héroe de Leutra y ha tenido ocasiones de haberse enriquecido. Tiene la cara medio desfigurada por un balazo que recibió en la guerra federal, y aunque pasa de los

sesenta y cinco años y su cabeza y su barba están completamente blancas, es bastante vigoroso todavía. Su aspecto es marcial, aunque de pequeña estatura. No habla ni ríe casi nunca, y gusta de estar solo entregado a sus sufrimientos. Sufre todos los males de la prisión con entereza admirable; no lo he oído quejarse una sola vez”.

La mayor parte de su tiempo de prisionero, lo utiliza Paredes en leer, estudiar y escribir. Ha logrado que le dejen entrar una selecta biblioteca de autores franceses e ingleses. De esta manera logra al mismo tiempo que aumentar el número de sus conocimientos, ejercitarse en el empleo de los idiomas que conoce, no olvidarlos. Ha concluido la traducción de los “Apotegmas de Lord Bacón” y para descansar un poco de Spencer, Thiers y Renán, sus compañeros de todos los días, lee en alta voz y traduce las escenas de “L’Aiglon”, de Edmund Rostand. Su lectura tiene público. Los más asiduos son Carabaño Izarra y Suiny. Lo que más atrajo la atención de Carabaño en el libro, dice Paredes, “fue la escena que pinta Rostand, cuando al tiempo de morir El Aguilucho mandó al General Hartmann a que leyera la descripción de su bautizo en la Iglesia de Nuestra Señora de París. Es realmente conmovedor ese cuadro final. Y era de verse cómo, extendido en mi butaca, medio desnudo y en el abandono más lastimoso, se quedaba Carabaño oyendo atentamente la triste narración.... ¡Se habría dicho que estaba pensando en su propia muerte!....”

Muchas otras páginas del Diario de Paredes, tienen un gran valor. Hay algunas que son reflejo del estado de ánimo que provoca la prisión. Paredes relata la muerte de un señor Prieto, de Maracaibo. Estaba enfermo, en un calabozo vecino. “Esta mañana hicieron salir al Padre Gómez a confesarlo”. “Hace poco oímos que una persona vino por la azotea que está sobre el techo de los calabozos y dijo algo que no pudimos entender, inmediatamente oímos al hermano del enfermo que decía en voz alta: “Ya murió!”, prorrumpiendo en un lamento desgarrador e invocando el nombre de la madre varias veces”. “Qué cosa tan horrible es oír a un hombre llo-

rando!" "Y si a ello se agrega la hora del crepúsculo, triste por sí misma, y mucho más dentro de una prisión, y que el motivo del llanto era de los más justificados, podrá comprenderse lo que nosotros sentiríamos".

Un día decide el General Bello cambiar los grillos de los presos. Ahora van a estrenar los setentones. Hay consternación en el penal. Paredes le dice a sus compañeros de calabozo que deben hablar, reírse, cantar, hacer ruido, para que los carceleros no crean que han logrado nada con el nuevo castigo. "Y en seguida me he puesto de pie en el centro del calabozo con mis nuevos grillos y he cantado el Dio possente de "Fausto": "¡Dios potente, Dios de amor!" como nunca lo había hecho. Creo que ningún artista de la Opera de París lo ha hecho mejor". "Después me he tendido en la cama y me he puesto a recitar de seguido poemas de Núñez de Arce y de Espronceda, y todo lo que se me ha venido a la memoria: la cuestión era hablar, hacer ruido, estar contento". "No me daba cuenta de que por lo mismo que de ordinario hablo poco, con aquel hablar sin descanso y con aquella alegría fingida y fuera de ocasión, tal vez estaba demostrando lo contrario de lo que me proponía"....

"SEA USTED, FALCON Y YO SERE ZAMORA". — El 12 de diciembre de 1902, fué notificado el General Paredes, de la orden de su libertad. Excarcelados quedan también los Generales José Manuel Hernández, Diego Colina y Leoncio Quintana. La libertad de El Mocho significaba el quebrantamiento del frente de la guerra. Ahora se retirarían de los campamentos, los nacionalistas y la revolución perdería contingentes y oportunidades. El General Matos se encontraba en Curacao, a donde llegó Paredes procedente de Maracaibo. Planeaba Matos una nueva campaña, después del fracaso de "La Victoria".

La entrevista entre Matos y Paredes se celebró en presencia de un valiente y apuesto militar, el General Emilio Fernández, ahora enemigo de Castro y figura importante en las filas de la revolución. Matos ofreció a Paredes el mando de un ejército de colombianos, que el General González Valencia había puesto a órdenes de los enemigos de Castro, para que inva-

diesen por la frontera del Táchira. El argumento fundamental en favor de esta invasión era la de que abriendo un frente importante en Los Andes, Castro no tendría de dónde sacar tropas, una vez que la guerra se extendiera por el centro y oriente del país. Paredes se negó a aceptar esa misión y en cambio le propuso a Matos que lo nombrará Comandante en Jefe del Ejército de la Revolución. "Se hará como en la guerra federal, dice Paredes, usted será Presidente en campaña como Falcón y yo dirigiré las operaciones militares como Zamora". Matos se disgusta y rechaza la proposición. "Paredes lo que piensa, dice Matos, no es en la Jefatura del Ejército, sino en la Jefatura de la revolución misma".

Y como no se pueden entender, Paredes sigue viaje rumbo a Trinidad, última escala de su nuevo exilio. Una y otra vez intenta llegar hasta los campamentos que en Guayana tiene establecidos el General Nicolás Rolando, quien le ha ofrecido la Jefatura del Estado Mayor de su ejército, pero la suerte no lo acompaña y retorna a la isla inglesa.

**CUANDO SE ACERCABA EL FINAL.** — La Revolución Libertadora representó el esfuerzo final de la oposición anti-castrista. Esfuerzo agotador cuyo fracaso borraba por mucho tiempo la posibilidad de nuevas empresas guerreras. Ahora no quedaba en Venezuela, como factor de cambio sino la pugna entre las fracciones o camarillas del castrismo.

Antonio Paredes dedica entonces su tiempo a escribir, mientras vuelve la hora de la acción. Toda su producción podría definirse como variaciones sobre un mismo tema: Cipriano Castro.

Libros, artículos, panfletos, cartas, cada vez que escribe es para referirse a la situación de Venezuela, para denunciar los errores o las faltas de la dictadura. Para él, la vida es pelea, lucha sin tregua contra quienes maltratan a la patria y no ve sino pecados en el enemigo.

Podría aplicársele a Paredes el retrato que Agramonte hace del moralista o idealista puro, al hablar de Montalvo, pues según el sociólogo "estos hombres se caracterizan por la tenacidad, la probidad, y la sobriedad; por la severidad esparta-

na, la fuerza estoica de resistencia ante las fatigas y la lógica consecuencia entre el pensamiento y la acción (unidad de la vida); por la tibieza frente a los destinos puramente individuales, de una parte, y por la abundancia de sentimientos morales refinados, de otra. Son seres que se abrasan en el fuego de un fanatismo incorruptible por la justicia; que tiene la oreja sensitiva para oír los lamentos de los oprimidos; de piedad hiperestésica, sufren con la corrupción de las costumbres, con la explotación del pueblo y el mandarinato de las clases opresoras. Se destacan entre los demás hombres por la coherencia de su estilo personal de vida, no obstante sus contradicciones. Como idealistas convencidos, repudian lo que está incompleto o disociado. Piden siempre más libertad, más nobleza, más elevación. Consideran a Heracles la apoteosis de la personalidad ética. Para ellos sólo el ideal y la voluntad existen”.

En 1906 se dispone a escribir su *Bosquejo Histórico o Memorias Contemporáneas* que hoy se edita bajo el título de “**COMO LLEGO CIPRIANO CASTRO AL PODER**”. Son páginas alumbradas por las llamaradas de su violenta pasión. No concede nada a su enemigo. Le niega sus condiciones de militar y su personalidad de caudillo para pintar un loco afortunado y terrible. Actitud explicable y lógica en quien nunca dijo palabra en contrario, ni tuvo gestos de transigencia y perdió con la llegada de Castro al poder, patria, familia, fortuna y vida. Pero en este mismo libro, al lado de esas páginas, escribió Antonio Paredes la crónica más interesante y movida de ese drama de engaño y corrupción que fué la política liberal venezolana de fines del siglo. Esa parte de la obra de Paredes tiene un gran valor y es contribución notable para el estudio de ese grupo de señores de la guerra, Mendoza, Guerra, Fernández, Montilla, etc., producto natural de la organización feudal de nuestra economía, que enarbolando banderas amarillas, rojas, azules o blancas iban y venían sosteniendo o derrocando gobiernos, sin compromisos distintos a los que creaba su propia conveniencia material. El libro de Paredes será obra de consulta para cuantos deseen hacer un estudio consciente y profundo de los comienzos del siglo XX en Venezuela.

A ninguno de los grandes sucesos del castrismo dejó de referirse Paredes en folletos, en hojas sueltas o desde las columnas de la prensa. Junto con César Zumeta, Jacinto López y Pedro César Dominici, mantuvo viva la oposición desde el destierro.

Pero Antonio Paredes no era "cantor del pasado, sino poeta de la Acción", dice Pedro César Dominici, y agrega: "azotado por el calor tórrido de la isla benévola, a pocas millas de su tierra natal, la Imaginación —la loca de la casa— forjó de nuevo el propósito de libertar a la Patria de la ignominiosa tiranía. Por las tardes solía pasearse vestido de uniforme, entre adolescentes entusiastas, contemplando la maravilla de púrpura, violeta y oro, de los crepúsculos insulares; y de tanto acariciar su ensueño veíale transformarse en cosa turgente y triunfal".

## VIII

### "ATACARE LA FORTALEZA CON MI PICA"

*DELIRIO, ALUCINACION, PRESENTIMIENTO.*—A fines de 1904, publica Antonio Paredes, en Puerto España, un nuevo panfleto contra el dictador. Ahora denuncia las maniobras reeleccionistas en que anda empeñado Castro. El Restaurador quiere presidir las fiestas del Centenario de la Independencia. La dirección de los trabajos electorales ha sido encomendada en Caracas a una junta que componen los doctores Jesús Muñoz Tébar, J. M. Herrera Irigoyen, Alejandro Urbaneja y Eduardo Montauban. Paredes increpa a Muñoz Tébar por hacer acto de presencia en esta clase de alianzas. Recuerda a Urbaneja y a Montauban, la forma afrentosa como los trató Castro cuando los hizo marchar amarrados y en fila, a pie por las calles de Caracas, amenazándolos con enviarlos al Castillo de San Carlos. Y cuando habla de Herrera Irigoyen rememora el desagradabilísimo incidente ocurrido años atrás, el día que se celebraba un concierto benéfico organizado por la alta sociedad de Caracas. Castro que presidía la concurrencia dijo de pronto y en voz alta que estaba aburrido de cantos

*y que quería música para bailar, poniendo a danzar a toda la distinguida concurrencia al son de valeses y joropos.*

*Pero el mérito de esta larga página de Paredes no lo constituye la violencia de la diatriba, ni el atrevimiento de las denuncias. Ella vale por su inestimable mérito autobiográfico. Pocos escritos debidos a la pluma de políticos y generales venezolanos, tienen la calidad de éste como aporte para el conocimiento íntimo de la personalidad del autor. Parece concebido y redactado en una hora de trance. Alucinación, delirio, presentimiento traducen esas frases. Es el fiel reflejo de una vida en perpetua agonía. Paredes se siente empujado a la acción por mil fuerzas; el mandato de la sangre, el sueño de la gloria, el deber ciudadano, el odio al adversario. Y mira que la juventud se le va, que se esfuman los mejores años de su existencia, que los días pasan sin que se le brinde la oportunidad de comando para la acción que a otros, mediocres afortunados, la vida les dá sin que sepan aprovecharla.*

*La página se titula "El continuismo de Cipriano Castro o Diálogo de ultratumba con dos generales". Un poderoso hábito romántico flota sobre aquellas líneas. En la madrugada tibia de Puerto España, mientras los hombres duermen llegan hasta su pobre cuarto de desterrado, las dos sombras evocadas, sombras ilustres. Son José de la Cruz Paredes, el soldado de la independencia, su abuelo y Manuel Antonio Paredes, el soldado de la guerra federal, su padre. Paredes les relata su aventura. Parece una rendición de cuentas. Les va diciendo cómo Venezuela ha caído en manos de un tremendo capitán cuya ambición no conoce freno, ni medida. Cinco años lleva Castro en el poder. Cinco años lleva Paredes en la oposición. Oposición que ha significado para él, guerra, cárcel y destierro. Durante un lustro Paredes no ha descansado en su empeño combaliente, pero la suerte está enamorada del vehemente serrano. De pronto Paredes deja de contar su historia y se interroga: "¿Estaré yo loco?. ¿Todas mis campañas son inútiles?. ¿Continuará Cipriano Castro en el poder?". "Y entonces voy a quedar en el ridículo? ¿Las gentes serias dirán que yo he debido haberme quedado callado y dejado que Castro hi-*

*ciera su voluntad, y se reirán de mi?" "Voy a quedar expuesto a las burlas?" "Creeis padre que estoy solo en mis propósitos de combate o que me acompaña el pueblo? ¿Creeis que llegaré a ser objeto de burla de los muchachos?". El padre ha debido responderle, pues Paredes replica: "Es verdad, padre: los hombres como yo nunca quedan en ridículo, pues en todo caso me quedaría el recurso de la muerte".*

*Pero muy pronto Paredes recobra fe en su estrella. La duda, el desaliento han sido pasajeros. Ahora les dice cómo adelanta sus planes revolucionarios. Se multiplica escribiendo cartas, artículos, folletos. Ata compromisos, se aviene a tratar con gentes a quienes no estima pero que pueden ser útiles, se dirige a quienes no conoce y aun busca amistad con los amigos de Castro que mañana pueden prestarle alguna ayuda. El odio y la energía han convertido aquel hombre en un verdadero partido. Como flotando en una nube, miran la cercana Venezuela y Antonio les va enseñando regiones y personajes que según él viven pendientes de su estrella. Un sacerdote camina por una apartada calle. Lo señala y dice que escondida en la sotana lleva su última publicación, para repartirla desde el confesionario. Se asoma a un hato y les descubre una asamblea en donde se confunden peones y mayordomos. "Están leyendo mi hoja" les dice. Los hace llegar hasta el fondo de una vieja casa caraqueña para mostrarle la anciana y el nieto que miran con igual interés el mismo papel. "Están leyendo mis escritos" comenta. Y así la escena se repite cuando les señala al empleado de comercio, al guerrillero de la costa o al maestro de escuela. En el claroscuro de la madrugada que se va, adivina legiones en espera de su voz de marcha, listas para ir al asalto de las fortalezas castristas, él a la cabeza. Y ya está viendo a Castro acorralado y Antonio Paredes, vencedor y magnánimo. Lo va a perdonar. "Para que vea la diferencia", le dice a su padre, lo promete a su abuelo.*

*Párrafos más adelante abandona este extraordinario tono de alucinación gloriosa para caer en la zona de los presentimientos. Cuenta hechos imaginarios, anticipa escenas que*

*en mucho se acercan a las que habrían de ocurrir dos años más tarde, en febrero de 1907. Ahora pinta a Cipriano Castro en su dormitorio. "En este momento entran al cuarto de Castro dos hombres de aspecto trágico: el uno es venezolano, nacido en una elevada cumbre de occidente; el otro es extranjero.... Castro les ha dicho algo que no he podido oír, pero lo deduzco de sus contestaciones: el andino dice que no acepta la comisión.... ¡Bravo Andino!.... El extranjero ha respondido que a un hombre tan prevenido como yo, no se le sorprende fácilmente...."*

*Y al concluir, cuando va llegando la luz del día y se despiden las sombras gloriosas, hace promesas de lealtad a su empeño y pinta un cuadro bien parecido al de su desembarco suicida en Pedernales. "Yo correré a Venezuela armado con una espada, con un fusil, con una lanza. No tengo con qué comprarlos, pero me los regalarán; y si no hay quien me regale nada iré armado con una pica de madera que fabricaré yo mismo con la madera de los bosques de Dios; y si no hay buque que me lleve de balde, me iré a nado con la pica en la boca; cruzaré el mar a nado para estar con mis compatriotas en ese día de la grandeza y de la dignidad venezolana.... Al llegar asaltaré la fortaleza con mi pica". De nuevo alucinado, agoniado, mira los soldados de Castro como en el retorno napoleónico aclamándolo caudillo de la nueva cruzada y haciendo de sus armas, camino y silla en su marcha hacia el Capitolio.*

*LOS HECHIZADOS.—A fines de 1906 empezaba a cuartearse la dictadura castrista. Al tiempo heroico y turbulento de los primeros años, habían sucedido estos interminables días de intrigas y festines. La salud del dictador no inspiraba confianza a nadie.*

*En estas circunstancias, dos movimientos paralelos se organizaban con el mismo fin: sustituir a Castro. El uno, encabezado por Juan Vicente Gómez y cuyos principales comprometidos y animadores eran los generales y coroneles andinos disgustados con Castro y enemigos de la camarilla valencia-*

# ANTE VERBA

A Pedro César Dominici.

El "Diario de mi Prisión", y este "Bosquejo Histórico", obras póstumas del General Antonio Paredes, han sido para mí una gran sorpresa.

Yo admiraba a Paredes, creía en su rebeldía y en su osadía. Tenía una impresión viva y distinta de los rasgos dominantes de su temperamento y su carácter. Sabía que era capaz de la epopeya. La marcialidad y el ímpetu de su apostura y sus maneras, sus sueños militares, su entusiasmo guerrero, me hicieron presentir siempre en él la épica visión del héroe a caballo, haciendo la gloria y la historia en la tempestad de las batallas y poblando de prodigios los campos de la muerte.

Pero las inclinaciones intelectuales, las energías conscientes, la elevación moral, las potencialidades personales que estos dos libros denuncian, confieso que jamás sospeché que existiesen en el General Paredes.

La lectura de estos libros me ha hecho comprender que Paredes no era conocido en su patria, llena sin embargo de su nombre y que el concepto que teníamos de él, aun los más acostumbrados a vivir en la verdad, no era todo el concepto que él merecía.

Se conocía a un General Paredes ambicioso y visionario, tal vez demasiado espectacular en la ostentación de su arrogancia; pundonoroso, caballeresco, enfermo quizás de impaciencia por las

proezas y los laureles de su sueño; un Paredes orgulloso y altanero, lleno de imperio, de intenso gesto autocrático, que no concebía la vida sin el mando y a quien la vida no concebía sin el uniforme y sin la espada.

Mas se ignoraba al Paredes de estas páginas, en las que vibra y resplandece un alma animada de las más generosas pasiones, la pasión de la justicia, de la compasión, de la abnegación; un alma que conocía la compostura y la altivez en el martirio y sabía mostrarse fuerte y altísima en todas las pruebas del dolor y la desgracia, más erecta cuanto más humillada, más soberbia cuanto más impotente, más ella misma cuanto más torturada por los inicuos castigos del despotismo.

El Paredes del "Diario de mi Prisión" y del "Bosquejo Histórico" es un Paredes nuevo, desconocido, sorprendente; un Paredes sensitivo, pensador y observador, capaz de penetrar, pintar y juzgar hombres y cosas, capaz de opiniones y sensaciones propias, capaz de exponer sobriamente y con la más cabal sinceridad sus impresiones y sus juicios, capaz en suma de escribir libros perdurables.

---

Son libros de historia estos dos libros póstumos. El uno es la historia de su propio infortunio, el cuadro diario de su suplicio en la cárcel, en los fosos de una prisión medioeval, donde por años agonizó él, entre hierros y tinieblas, símbolos del despotismo inhumano que más tarde había de asesinarlo villanamente en la selva. Es el otro la historia inverosímil e inconcebible de la conquista del poder en Venezuela por Cipriano Castro y un puñado de audaces.

Este segundo libro reclamaba más que el otro, experto esfuerzo, facultades naturales y conocimientos especiales. Pero Paredes desempeñó la importante tarea con espontánea expedición, y realizó su objeto. Esta historia retrata fielmente quién era y quién es el hombre que recogió eventualmente hace diez años, la ensangrentada herencia del absolutismo en Venezuela. Muestra cómo llegó al Capitolio ese pequeño César decadente, y nos describe el fenómeno realmente insólito del Gobierno de Andrade, cuyo poder aparecía magnificado por la irrisoria debilidad del enemigo, desapareciendo en días, devorado por la traición, la anarquía, la cobardía, la ineptitud y la imbecilidad.

La ineptitud y la flaqueza de Andrade, que habrían dejado estupefacto al propio Vitelio, aparecen en esas páginas en toda su insólita inmensidad, no obstante el piadoso esfuerzo de Paredes por cubrirlas o explicarlas. Sólo la ineptitud y la flaqueza en grados tales podían haber hecho posible el triunfo de un reducido grupo de alzados. No hay nada semejante a la ceguera de los hombres que perdieron a Andrade y entregaron la República en manos de los facciosos.

La asnal torpeza de Fernández en el Táchira; la no menor incapacidad de Morales en Mérida; la culpable inmovilidad de Baptista en Trujillo, de Juarez, Guevara y Torres en Barquisimeto; la negra traición de Tucuyito; el idiotismo o la perfidia del Consejo Militar que reunió Andrade en Guacara; la inverosímil cobardía de abandonar a Valencia, frente a un enemigo impotente, podían haber hecho posible la llegada de Cipriano Castro hasta la capital de Carabobo, pero aun así nada era más hacedero que el aniquilamiento de aquella aislada invasión revolucionaria lanzada a la conquista del poder.

Pactar el Gobierno constitucional con el inválido que acaudillaba la rebelión en Valencia era absurdo y de un oprobio insuperable. Nada explicaba ni justificaba aquellos tratos que encontraron sin embargo mensajero en el Señor Manuel A. Matos, y que solo podían servir para disolver la resistencia en todas sus partes y deshonorar a Andrade y dar a su autoridad personal golpe de muerte. Castro en Valencia era más que nunca un jefe anonadado; sin parque, sin dinero, y sin bandera, absolutamente incapaz de combatir, ni de expedicionar, ni de ninguna acción de guerra de importancia. Este fué el mayor error de Andrade, tratar con Castro. Inseguro de la lealtad del ejército de La Victoria, y resuelto ya a abdicar, su sola desaparición decorosa del poder era la transmisión legal de la Presidencia al Vice-Presidente, a condición de que la paz fuera en el acto restablecida por el ejército de la República, y se consolidara el orden constitucional. ¿Por qué en lugar de aquellas tentativas de transacción con el desconocido expedicionario, impotente en Valencia, no trató Andrade con el General Víctor Rodríguez, su sucesor legal?

Cuando más tarde, por el inaudito abandono del poder y del país por el Presidente Andrade, ocupó de hecho su puesto el Gene-

ral Víctor Rodríguez, todavía era posible la salvación del gobierno. La clique de La Victoria, de que el General Luciano Mendoza era instrumento, y de la que Andrade con razón lo temía todo, había concertado ya la entrega de la República a Castro. La fuga de Andrade había sido consecuencia de los infames comercios de Mendoza y su camarilla con el revolucionario triunfante. Mendoza, General de la República, jefe de su más poderoso ejército en aquel momento, quizás el más prestigioso caudillo militar entonces del país se había constituido en árbitro de la suerte de la Nación para entregarla como un botín de guerra al cabecilla de Capacho, pronto a capitular en Valencia a la hora en que el General Mendoza hubiera querido cumplir con su deber de hombre de honor, y representante de una causa.

¿Por qué, ido Andrade, no voló el General Víctor Rodríguez a La Victoria a tomar el mando del ejército en su carácter de Presidente de la República y Jefe Supremo de sus fuerzas de mar y tierra?

El General Víctor Rodríguez no comprendió la situación, ni tuvo la inteligencia de las circunstancias, ni la conciencia de su deber y sus responsabilidades. El General Víctor Rodríguez ignoró que él era el Presidente de la República; y su noción de las cosas fué que él no estaba allí en la silla presidencial sino para entregarle el Gobierno a Castro. Véase cómo todo es inaudito en esta curiosa y tremenda crisis cuyo desenlace había de ser el triunfo absoluto de la revolución.

Para evitar esta catástrofe yo hice en aquel instante de infinita desvergüenza de nuestra historia nacional, lo único que realmente estuvo en mi mano hacer. Cuando llegué a la Casa Amarilla, donde se encontraba el General Víctor Rodríguez, quien me había nombrado ya Secretario General del Presidente de la República, ya éste había nombrado una Comisión de cortesanos y politiqueros vulgares para ir a Valencia a ofrecerle a Cipriano Castro impotente los respetos del Presidente, e instarlo a que se trasladara a Caracas a recibir el poder. Comprendí que lo más urgente era rodear el General Rodríguez de hombres de inteligencia y de experiencia, capaces de aconsejarlo, y abogué por la formación inmediata de un Ministerio. Contra este pensamiento habían laborado desde temprano los que veían en él una amenaza para el

triunfo de Castro. El Señor Manuel A. Matos, cuyas responsabilidades en el triunfo "restaurador" superan aun el enorme infortunio de su fracaso en 1902, había sido el más vehemente sostenedor de la opinión de que no se nombrara Gabinete, porque toda la misión del General Víctor Rodríguez, según él, era entregar, y para ello no necesitaba Ministerio. Muy tarde de la noche se decidió al cabo el General Rodríguez a organizar el Gobierno, y a esa hora fui yo a proponerle una Cartera al Dr. Eduardo Calcaño, cuyo nombre, sugerido por mí, acogió con calor el General Rodríguez, así como el del Dr. Rojas Paúl. La elección del Dr. Manuel Clemente Urbaneja, en quien yo entonces tenía fe, halagó profundamente mi esperanza. Entre tanto Castro daba órdenes por telégrafo al General Rodríguez, y se ponía en viaje para Caracas, a donde llegó dos días después, bajo la protección del ejército del General Mendoza, sin que hubiera habido tiempo de hacer nada para afirmar el orden legal, y sin que hubiera habido en este sentido, que era el que aconsejaban el honor y los intereses del Gobierno, actividad alguna. Yo veo principalmente en este fenómeno nacional de irresponsabilidad política, la consecuencia de largos años de personalismo, de dictadura, de desprecio de las instituciones y de los hombres, de corrupción de las costumbres públicas, durante los cuales el país se había embrutecido. En Venezuela nadie tenía fe en las soluciones legales, nadie amaba ni respetaba las leyes, a nadie se le ocurría en ninguna instancia hacerse fuerte en ellas, nadie sabía pensar. Lo prevaleciente en los hombres públicos y en los pueblos era el hábito de la obediencia. Los políticos eran esclavos que no habían hecho toda su vida sino obedecer a un amo. Los pueblos lo mismo. Hasta el momento en que escribo estas líneas, ya en los comienzos del siglo XX, y desde la hora misma del esplendor de Páez, en Venezuela la transición de un amo a otro —y eso han sido todas las revoluciones, simples transferimientos trágicos del azote— militares, políticos y pueblo han ofrecido automáticamente el cuello a la coyunda, para seguir cumpliendo su destino que parece ser la obediencia.

Así se entregó Mendoza con todo su ejército, así se entregó Víctor Rodríguez con todo su Gabinete y todo su derecho constitucional al ejercicio del Gobierno, así se entregaron luego, a su turno, prolongando el inconcebible acto común de traición a Andrade y

de sumisión a Castro, todos los jefes militares y los jefes de Gobiernos locales en cuyas manos estaba todavía casi toda la República.

Es verdad que el alzamiento del General José Manuel Hernández, el caudillo nacionalista, estaba destinado a determinar, como necesariamente determinó, un irresistible movimiento de unificación del liberalismo en el peligro. Pero hacer de Castro el centro de este movimiento, y consagrarlo en el Capitolio como cabeza de la Nación y jefe de su más poderosa agrupación política, era el hecho más absurdo que podía cometer el partido liberal contra sí mismo. La sola presencia de Castro en el poder era bandera bastante para el nacionalismo en campaña. ¿Por qué no escogió el liberalismo vendido en La Victoria por Mendoza y su clique, uno cualquiera de sus caudillos auténticos para que le condujera a través de aquel Mar Rojo? Allí muy cerca estaba Riera, con un ejército, con un Estado, con su nombre, histórico en la Causa. Allí en Guayana estaba Rolando, con un ejército, con un Estado, con su gran prestigio de Oriente que más tarde había de dar el mayor núcleo de fuerzas a la "Revolución Libertadora". En Occidente había figuras militares cuya aparición en acción habría evocado y puesto a vivir otra vez los días más legendarios de la epopeya liberal con Zamora y Falcón. Puerto Cabello, Coro, Maracaibo, los tres Estados de los Andes, Barquisimeto, el Sur de Occidente, estaban bajo las armas liberales. Había bravos como Peñaloza, que en San Cristóbal acababa de asombrar el heroísmo, y espartanos como Paredes, a quien los dioses habían reservado la predestinación del sacrificio. En Curacao, sobre todo, había tres famosos caudillos, uno cualquiera de los cuales habría sido elección afortunada del liberalismo amenazado por la revolución triunfante en Caracas y por el nacionalismo lanzado a la conquista del poder por la guerra. Pulido era el padre sobreviviente del liberalismo histórico. Pietri había sido el General más brillante y más conspicuo de la "Revolución Legalista", y era (y es) el General más culto, más intelectual y más enérgico de la República, sabio de la Sorbona, un bravo gentilhomme, de hermosa barba de oro, fino y férreo, nacido para el solio. Guerra había sido el jefe más eficiente de la misma revolución, el que la había prestado en sus comienzos servicios de más alcance, y era un veterano, de sólido prestigio militar, mágico en la fe de sus soldados. Ellos constituían el Directorio de la Revolu-

ción, y en ellos residía naturalmente el centro del liberalismo y su más alta y más fuerte representación en aquellas circunstancias.

Para combatir al nacionalismo alzado, Castro necesitó de todos ellos, pero ninguno de ellos necesitó de Castro, lo que prueba que la unificación liberal en torno a él se efectuó bajo una falsa concepción de la situación. Las fuerzas que en el Alto de Usiar dieron la batalla decisiva de la suerte de la campaña nacionalista, las mandaba el General Víctor Rodríguez, que hacía por Castro las hazañas que debió hacer por sí mismo como único representante legítimo de la suprema autoridad ejecutiva de la República, y eran fuerzas liberales, las mismas que, sin la torpe política de la clique de La Victoria, habrían aplastado en Valencia a Castro. El General Rolando no pidió auxilio al vencedor alojado en la Casa Amarilla, ni en absoluto procedió en concierto alguno con él, para dar con la acción de Manacal el golpe de gracia a la revolución nacionalista. Ni Riera, ni Diego Colina en Coro, tuvieron necesidad de apoyo en forma alguna, de Caracas, para garantizar como garantizaron el predominio de las armas liberales en su Estado. El liberalismo era dueño de la República; y el mayor error de este partido en su larga dominación del país, es el haber entregado la Nación, sin gloria, en un acto de traición colectiva y de irresponsabilidad total.

Contagiados todos los jefes locales del liberalismo en cuyas manos estaba la mayor parte de la República, del propio extraño mal de abdicación, de rendición y de suicidio, todos reconocieron sin resistencia y sin condiciones de legitimidad del gobierno castrotrista. Rolando y Peñaloza, la maldición en el corazón, tomaron el camino del destierro, donde aun velan ansiosos la hora de las reivindicaciones, después de haber visto una y otra vez roto su esfuerzo en la lucha sangrienta contra Cipriano Castro. Los demás permanecieron a su servicio, del que uno tras otro habían de separarse, y se hizo así completa y hasta ahora irrevocable la sumisión de la República.

Solo Paredes fué más fuerte que el contagio, y en medio de la general abdicación, él se irguió como un gigante en las almenas de la fortaleza confiada a su bravura, y fué por su protesta, por su osadía, por su épico reto, el solo representante del carácter, la dignidad y de las nobles y varoniles virtudes del pueblo venezolano.

Todos tuvieron entonces por loco a aquel denodado adolescente que tenía el arrojo de desconocer al vencedor, denunciar la traición de todos los integrantes del Gobierno de Andrade, y preparaba para recibir al enemigo las bocas de sus cañones, mientras el liberalismo entero, como más tarde el nacionalismo después de sus derrotas, aceptaba y aclamaba al nuevo César con la tradicional salutación de las turbas romanas ebrias de circo.

Después se ha visto que en aquella lóbrega hora de demencia y catástrofe, Paredes fué el único que tuvo razón y mantuvo en alto el honor de la palabra empeñada. La batalla de Puerto Cabello, librada por Paredes a todo trance, sin posibilidad de triunfo alguno, pareció entonces una obstinación culpable, y hasta un crimen. Era sin duda un sacrificio estéril desde el punto de vista de sus consecuencias de hecho en relación con su poderío, pero desde el punto de vista de su significación y sus consecuencias morales aquella fué una gran batalla, la batalla del honor y la dignidad de Venezuela. Desaparecido el Gobierno de Andrade por su propia culpa y bajo una avalancha de estupidez y de depravación espantosa, Paredes no tenía nada que defender ni nada que conservar prolongando por su cuenta, bajo su responsabilidad, él solo, con ofrenda de su vida, una lucha desigual y sin esperanza. El comprendió sin embargo —y para comprender esto era necesario ser él—, que un deber preeminente lo obligaba a permanecer en su puesto y a caer combatiendo. Por Paredes, que supo ser el hombre que la hora demandaba y aceptar heroicamente la transfiguración del sacrificio, podemos hoy decir que hubo un grande acto épico de honor, de dignidad y de nobleza en medio de aquel cuadro melancólico y doloroso, en donde todos los dirigentes y usufructuarios del régimen de Andrade emulaban en obras de traición al débil Presidente, y competían tratando de encontrar acomodo en la nueva situación política que iba a surgir de la afortunada aventura de Castro.

---

Yo recomiendo sin reserva la lectura de ambos libros de Paredes. Mucho han menester de libros como estos las gentes de Venezuela. Paredes muerto viene a contarnos en el "Bosquejo Histórico" cómo aconteció la llegada de Cipriano Castro al poder. Paredes muerto viene a contarnos en el "Diario de mi Prisión" cómo

gobierna el caudillo triunfante. Ambos libros son fiel relato de nuestra vida nacional, y los dos exhiben en la guerra, en las prisiones, en la política y en el Gobierno, las varias formas de nuestra vorágine tremenda.

Ambos son libros de dolor, de dolor personal, sin tristeza y sin queja, y de dolor nacional, sin esperanza. Es posible que en ellos aprendan los que tras nosotros marchan, a sentir la piedad, que ha tiempo huyó de nuestros lares, si es que alguna vez los visitó el bello ángel cristiano.

Por las pasiones que mueven, ambas obras son obras de elevación y redención, y puede propiamente contárselas entre las fuerzas propicias a la regeneración de Venezuela.

Son en definitiva estos libros el esfuerzo seriamente emprendido de un espíritu sencillo, sincero y fuerte, que ingenuamente cuenta lo que ha visto o lo que sabe, y contándolo, nos da íntegros los elementos de su personalidad. No es este su menor interés, porque después de su lectura se siente la profunda sensación de la personalidad de Paredes como una rara y preciosa fuente de energías.

Nada hay más revelador que el contraste que formaba Paredes con las situaciones y los diferentes medios en que eventualmente se hallaba. En el "Bosquejo Histórico" hay una página personal que es quizás la más interesante página personal de la vida de Paredes. En Valencia, a donde lo citó Andrade, y donde Andrade no compareció, encontróse de improviso en el vacío, sin papel alguno en la tragedia. Se peleaba ya en Tocuyito. Acertó él a pasar por el cuartel en momentos en que se despachaba un parque para el campo de batalla. Se ofreció él a conducirlo, y se puso inmediatamente en marcha. En las propias calles de Valencia, ya casi en las afueras, comenzó a encontrar los derrotados de aquella sangrienta batalla en que el triunfo fué asesinado por la traición. Es de imaginarse el asombro con que aquellos aterrados mirarían a aquel extraño temerario que avanzaba impasible, cual si no se diera cuenta de lo que veían sus ojos, hacia el teatro de la catástrofe, de donde todos huían pavorizados. Un momento le parece tener sobre sí al enemigo, y con su exigua escolta toma aprisa posiciones a la orilla del camino, y se prepara a morir por su parque. Encuentra a Fernández, uno de los jefes del ejército, que pasa como

todos derrotado, y no le pide órdenes, ni siquiera informes, y sigue impávido su marcha, en busca de Ferrer. ¿No es realmente prodigioso el espectáculo de ese impertérito avanzando como un ciego hacia el enemigo victorioso, sin que la espantosa derrota en torno suyo lo afectase en lo más mínimo, mientras todos, jefes y soldados, en afrentosa confusión, volaban enloquecidos a protegerse bajo los muros de la ciudad cercana? No hay nada más insigne ni más ilustre que lo que Paredes representó, personificó y simbolizó en aquella lamentable hora de dispersión y de vergüenza. Puerto Cabello no fué otra cosa que una hazaña de igual índole. El contraste de Paredes con la situación momentánea culminaba siempre en una proeza.

Quienquiera que sepa leer el "Diario de mi Prisión" no puede sino amar y admirar al hombre que esas páginas revelan, hombre de pulido acero por la dignidad, la soberbia, la altivez, la impenetrable entereza en el infortunio, el dolor y el martirio; hombre que labró su grandeza bajo el fuego y el hierro del despotismo castrista. Su preocupación en la cárcel era su altivez. La abyección de sus carceleros exasperaba su dignidad; y ante la degradación de la especie humana en los antros de la tiranía, se llenaba él como un coloso del sentimiento de su superioridad. En todos los pequeños y sin embargo, interesantísimos episodios de su rutina en San Carlos, y en todos los trances en que su personalidad fué puesta a prueba durante su largo y despiadado cautiverio, en que no vivió sino para la angustia y la tortura; durante aquellos terribles años en que se cadaverizaba él lentamente en la tumba de San Carlos, él fué siempre el hombre de Puerto Cabello; el hombre de la marcha hacia Tocuyito contra la espantosa corriente de la derrota; el hombre que esa misma noche comenzó obras de defensa de la ciudad y pidió fuerzas a Andrade para resistir en Valencia, en momentos en que Fernández, y Ferrer, y la aciaga turba de Generales liberales, prolongaban hasta Maracay la ignominiosa derrota de Tocuyito, y en que el pavor esparcía a tal extremo su delirio que hubo encumbrado favorito del Gobierno en ruina, que pretendiera huir en una locomotora apagada.

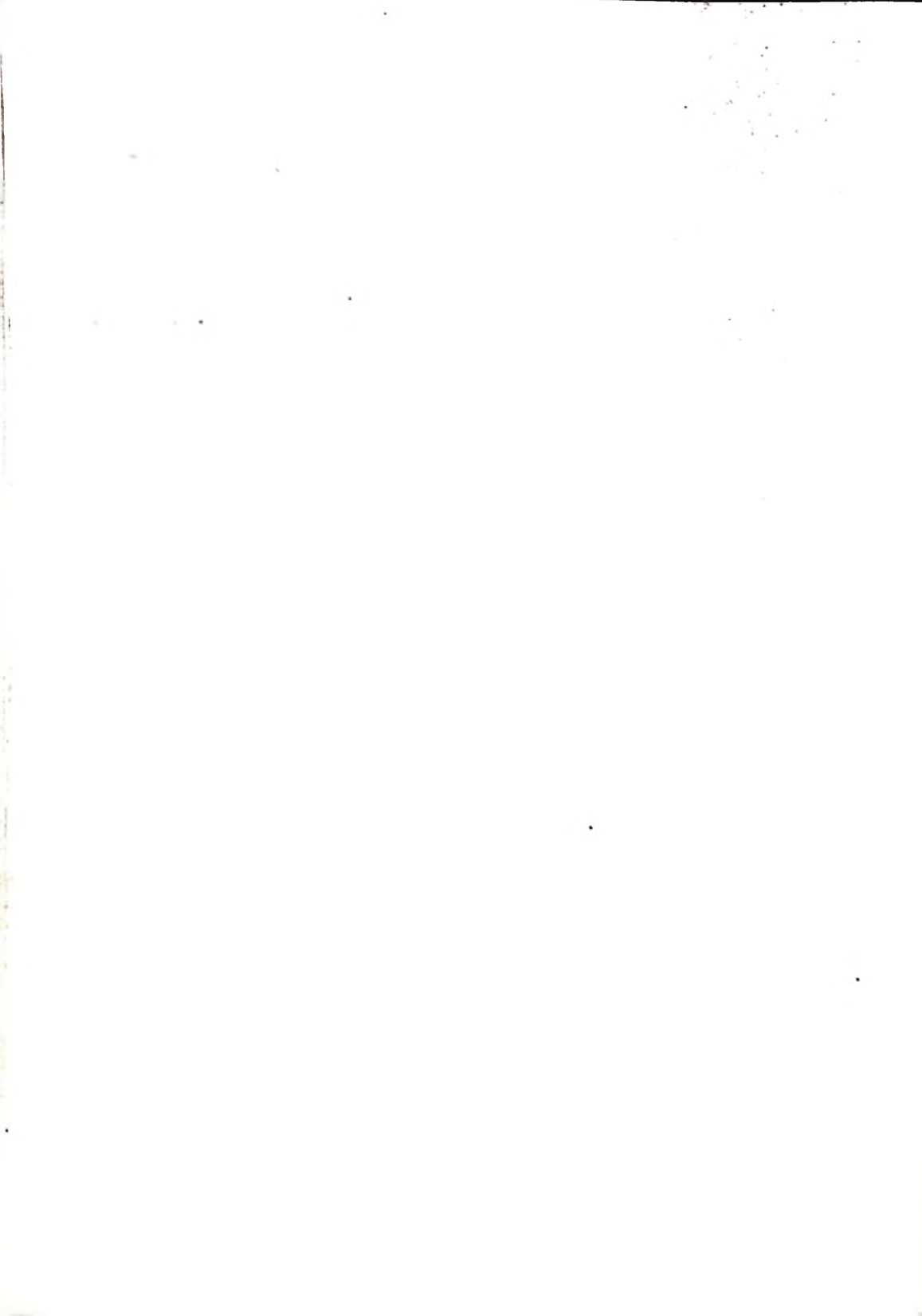
Paredes no olvidó nunca la dignidad de su desgracia en la cárcel. Jamás entró en familiaridad con sus carceleros. Jamás sonrió siquiera con ellos. Jamás los acogió con la fingida cortesía

del oprimido. En todas las crisis del antro probó que allí él era el hombre y sus carceleros los siervos. Su actitud fué siempre de odio. Este odio de Paredes a sus carceleros, es lo que más me cautiva de su vida en la cárcel, que fué heroica y altísima como su vida toda.

Ninguno de los militares de la generación a que Paredes perteneció es comparable con él, ni en genialidad, ni en aficiones intelectuales, ni en elevación de carácter, ni en la intensidad de su personalidad, ni en la índole de su valor guerrero y personal. La iniciativa de Paredes, su actividad, su audacia, su intrepidez, su posesión de sí mismo, su facultad de resolución desesperada en las crisis decisivas de un segundo, su entusiasmo, su pasión por la lucha, por la fama, por la gloria, su gallarda apostura, su gran gesto marcial, de él eran no más. El descollaba solo en su generación, erguido en la altura de los excepcionales. Su singularidad era sin duda una aristocracia. Venezuela perdió en él el más brillante, más hermoso y más fuerte de sus héroes jóvenes. Su malogro fué una gran desgracia nacional, y su villana inmolación en manos asesinas es el crimen más doloroso y más odioso de la tiranía castrista. Los hacedores de justicia de mañana no deben olvidar que es un sagrado deber de Venezuela rendir a Paredes proscrito, a Paredes condenado, a Paredes asesinado, extraordinario paradigma de las más clásicas virtudes heroicas del pueblo venezolano, el altísimo homenaje de la piedra.

JACINTO LOPEZ.

Nueva York, 1908.



**Como llegó**

**CIPRIANO CASTRO**

**al Poder**



## PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION

Muy pocos en Venezuela y menos aun en el exterior conocen cómo llegó al Poder y la manera como se ha sostenido en él Cipriano Castro, actual Presidente de la citada República. Generalmente se sabe que el 23 de Mayo de 1899 se alzó contra el Gobierno presidido por el General Ignacio Andrade; que obtuvo triunfos en el Táchira, que luego marchó a Caracas, y que entró en esta ciudad el 22 de Octubre del mismo año. Se sabe que durante ese lapso de tiempo hubo debilidades y torpezas lamentables de parte del Jefe del Gobierno, que hubo ineptitudes, cobardías y traiciones sin cuento por parte de muchos de los empleados militares y civiles a su servicio, y que una fortuna extraordinaria acompañó a Castro. Se sabe también que inmediatamente después de la llegada de éste a Caracas surgió la revolución del General José Manuel Hernández, la cual fué debelada en los primeros meses de 1900; que en 1901 estalló la acaudillada por el Sr. Manuel Antonio Matos, y que, aunque Castro esta vez se vió perdido, al fin triunfó en 1903 y ha podido mantenerse en el Poder hasta ahora.

Pero son muy contados los que pueden formarse idea exacta de esos sucesos, porque hasta el día de hoy, en raras ocasiones se ha levantado alguna voz independiente para fijar o esclarecer tales o cuales hechos aislados, y solo han escrito con amplitud sobre ese tema los aduladores de Castro, quienes naturalmente todo lo han tergiversado y adulterado en su favor.

El presente libro, escrito en lenguaje sencillo y sin adornos, propio de un soldado, tiene por objeto hacer conocer la verdad o lo que se considera como tal, después de haber oído las referencias de amigos y enemigos del actual gobernante de Venezuela, de examinar y consultar los datos de diferentes procedencias que he podido reunir, habiendo consignado por último, lo que yo he visto como actor o testigo que fui en muchos de esos sucesos. He aprovechado muchos de los datos contenidos en las publicaciones del Dr. Emilio Constantino Guerrero, panegirista de Castro, datos que han debido serle suministrados por éste; y en varios lugares de la narración de la campaña del Táchira, casi he copiado textualmente sus palabras, no teniendo ningún informe digno de fé que contraríe lo asentado por él al referir los mismos hechos.

A fin de que pueda apreciarse debidamente la aventura que colocó a Castro en la posición que todavía ocupa, antes de entrar a narrarla hago una especie de revista o resumen histórico de los acontecimientos que prepararon el terreno y lo hicieron propicio a tal aventura, sin duda la más sorprendente y funesta de cuantas ha presenciado Venezuela en la larga serie de sus calamidades.

En los países que han tenido la fortuna de vivir más o menos tiempo bajo un régimen de orden y regularidad, estos sucesos serán comprendidos difícilmente, por el grande atraso que revelan, y para los militares, en particular, serán asunto de curiosidad y risa; más los venezolanos que leyeren las páginas que siguen, deberán darse cuenta de la necesidad en que estamos de adoptar una conducta diferente a lo que hemos observado hasta ahora, si queremos salvar a nuestro país de que perezca o vegete en un estado semi-civilizado; y a fin también de evitar que fuera de Venezuela, por el solo hecho de ser venezolanos, se nos considere como una raza de condiciones inferiores.

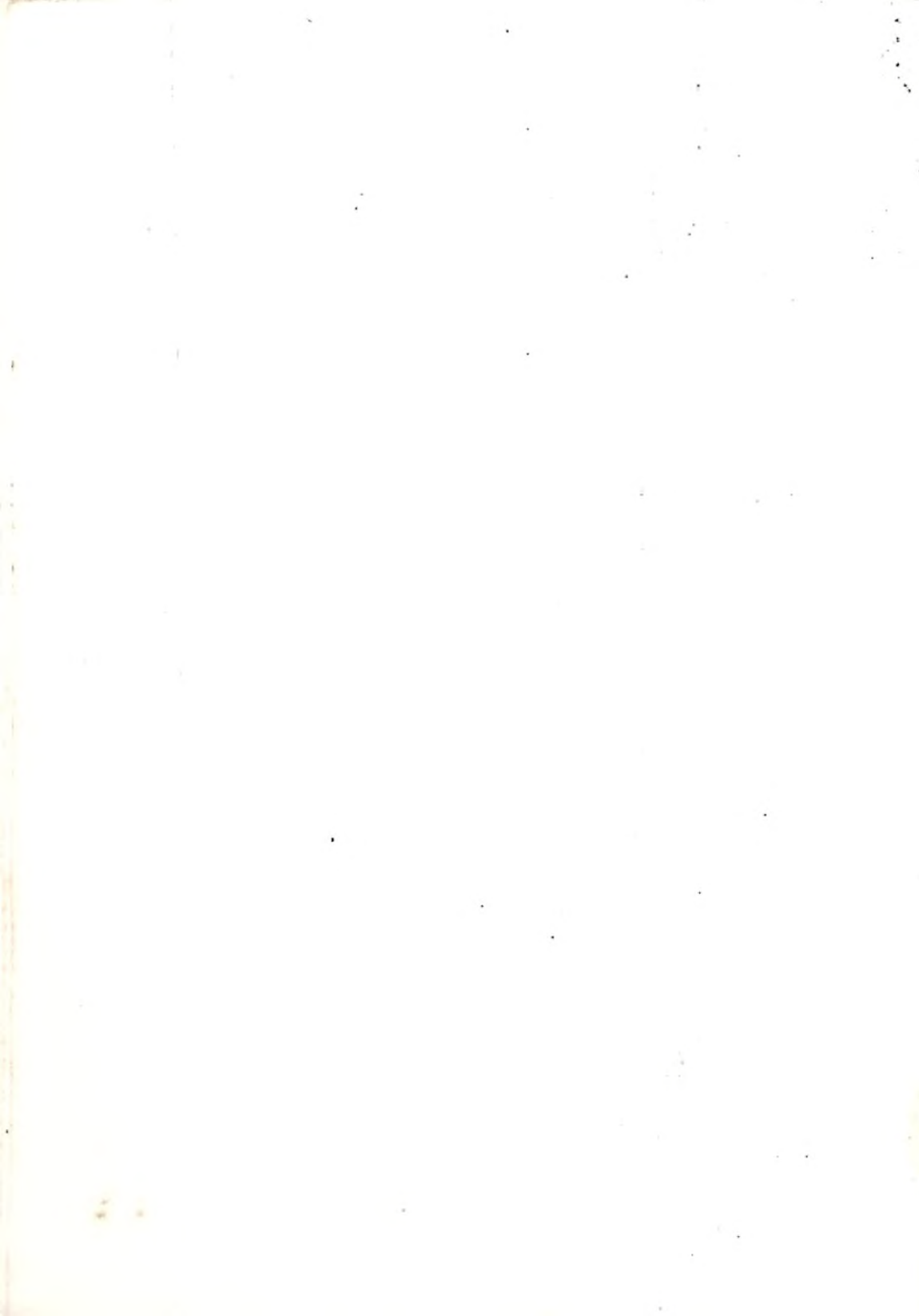
Port of Spain, 1906.

cuales hechos aislados, y sólo han escrito con amplitud sobre ese tema los aduladores de Castro, quienes naturalmente todo lo han tergiversado y cambiado en su favor.

El presente libro, escrito en lenguaje sencillo y sin adornos, propio de un soldado, tiene por objeto hacer conocer la verdad, o lo que considero como tal, después de oír las referencias de amigos y enemigos del actual gobernante de Venezuela, de examinar y consultar los datos de diferentes procedencias que he podido reunir, habiendo consignado por último lo que yo mismo he visto como actor o testigo que fui en muchos de esos sucesos. He aprovechado muchos de los datos contenidos en las publicaciones del señor Emilio Cons-

tantino Guerrero, panegirista de Castro, cuyos datos han debido serle suministrados por éste; y en varios lugares de la narración de la campaña del Fáchira, casi he copiado textualmente sus palabras, no teniendo ningún informe digno de fe que contradiciera lo asentado por él al referir los mismos hechos.

Mas a fin de que pueda apreciarse debidamente la aventura que colocó a Castro en la posición que todavía ocupa, antes de entrar a narrarla hago una especie de revista o resumen histórico de los acontecimientos que prepararon el terreno y lo hicieron propicio a ~~la~~ tal aventura, sin duda la más sorprendente y funesta de cuantas ha presenciado Venezuela en la larga serie de sus cala-



## NOTICIA PRELIMINAR

El General Joaquín Crespo había hecho una malísima Administración, primero de dos años y en seguida de cuatro, que se cumplían en febrero de 1898. Sus desórdenes administrativos habían puesto al país a punto de sublevarse en 1895, mas la intentona revolucionaria fracasó porque el Doctor Juan Pablo Rojas Paúl, que la había acaudillado y dirigido desde Curacao, a última hora negó las armas ofrecidas.

En la revolución que llevó a Crespo al Poder en 1892, el General José Manuel Hernández se había distinguido en el Estado Guayana, primero por un triunfo que obtuvo sobre las armas del Gobierno usurpador y después por la pulcritud con que manejó los intereses públicos durante los meses que actuó como Jefe del mismo Estado. Desde entonces se había ido a Nueva York y de acuerdo con un núcleo de conservadores de Caracas y otros puntos del país, había estado trabajando para organizar un partido que pudiera disputar con buen éxito las elecciones para la Presidencia de la República al término del período de Crespo, y aun ir a la guerra en caso de que éste coartara la libertad del sufragio.

Y como Rojas Paúl perdió completamente su prestigio con el fracaso de la revolución que había fomentado, para abandonar luego a sus partidarios y entrar en transacciones con el Jefe enemigo precisamente cuando más se necesitaba su cooperación, a medida que las voluntades seguían alejándose de Crespo por causa de sus abusos, que cada vez eran mayores, iban acercándose a Hernández que había quedado como único centro de la oposición.

Así, para mediados de 1897 gozaba Hernández de una gran popularidad en Venezuela y determinó irse allá a manejar de cerca sus negocios políticos. Acababa de ver en los Estados Unidos a Mr. Bryan, candidato del partido demócrata, recorriendo los pueblos en busca de prosélitos, y, enamorado de la idea, a poco de su llegada a Caracas resolvió salir en jira por toda la República, aparentemente a organizar su partido para las elecciones, y en realidad a hacer también preparativos militares con el objeto antes indicado.

Efectuó su jira sin que Crespo, que estaba asechándolo, y conocía todos sus manejos, le estorbara ni molestara en lo más mínimo. Crespo consideraba a Hernández hombre muy adocenado, incapaz de llevar a cabo nada de importancia. Frecuentemente se burlaba de él con sus íntimos, sobre todo de sus pretensiones de llegar al Poder por la vía de la oposición. Una vez que durante la jira se le acercó el Doctor Alejandro Urbaneja, amigo de Hernández y principal director de los trabajos de su candidatura, a consultarle sobre no sé qué asunto relativo a las elecciones ya próximas, como Crespo lo viera venir con una prosopopeya y seriedad que habrían parecido exageradas aun en el representante de un gran poder, le tendió familiarmente la mano; y, aunque lo sabía mejor que Urbaneja, preguntó a éste sonriendo: ¿"Por dónde anda ahora c... de hierro," Esta pregunta causó hilaridad a todos los presentes y puso de buen humor al mismo interpelado.

A pesar de su desprecio por Hernández, Crespo comprendió que en el estado de efervescencia en que se encontraba la opinión, no podía pensar en conservar el mando sin provocar una guerra, y en consecuencia determinó imponer un candidato de su devoción, contando con que por ese medio podría seguir ejerciendo su influencia sobre el país sin ninguna clase de obstáculos.

De los dos candidatos oficiales que presentaron sus nombres a la discusión pública, el Doctor Juan Francisco Castillo y el General Ignacio Andrade, el primero se retiró al comprender que Crespo se inclinaba del lado del segundo, y que él por sí sólo era impotente para alcanzar el fin que se proponía. Andrade había desempeñado últimamente la Presidencia del Grande Estado Miranda, y desarrollado allí una política de conciliación que le había ganado muchas simpatías; pero temiendo Crespo que la popularidad de

que gozaba no fuera bastante para contrarrestar la de Hernández, llegada la época de las elecciones atropelló con todo y lo hizo elegir Presidente, nombrándose él mismo Jefe del Ejército para asegurar mejor el éxito de sus planes.

Hernández, burlado en sus aspiraciones y viéndose rodeado de un inmenso prestigio, el cual se había aumentado todavía más con los recientes escándalos dados por Crespo, se alzó a los pocos días.

Según parece Crespo pudo evitar su alzamiento haciéndolo reducir a prisión; pero como no le temía, lo dejó salir de Caracas para ir a batirlo y volver luego a imponer más fácilmente a Andrade su voluntad de vencedor. Había hecho el aparato de transmitir a éste el Poder en acatamiento al mandato constitucional, con la mira de evitar la guerra, y ahora, con una inconsecuencia que revelaba en él falta absoluta de patriotismo y aun de juicio, había permitido o dado lugar a que aquella estallara porque la consideraba útil a sus propósitos de dominación perpétua.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Crespo salió a perseguir a Hernández personalmente, y que, en la primera escaramuza que tuvo con las fuerzas improvisadas de éste, murió de un balazo.

Andrade queda así libre de la presión de su temido tutor, y completamente dueño de sus acciones.

El Jefe revolucionario no sabe aprovecharse del terror producido en el Gobierno por la muerte de Crespo. En lugar de perseguir activamente las fuerzas de éste, que huyen en desorden, y marchar en seguida a Caracas, que estaba casi desguarnecido, se puso a errar sin plan fijo, proporcionó a Andrade tiempo suficiente para reaccionar y rehacerse, y cuando salió otro ejército en su persecución, empezó a correr por toda la República como un desatentado, sin dar una sola notación de energía ni de inteligencia, hasta caer prisionero unos meses más tarde en las montañas de El Hacha, en poder de un pequeño núcleo de las fuerzas que comandaba el General Ramón Guerra; haciendo ver que Crespo tenía razón cuando lo juzgaba sin condiciones para el mando, y que a no haber sido por el balazo casual que le quitó la vida, habría realizado lo que se proponía.

Capturado Hernández, el Gobierno no hace nada para calmar el descontento popular siempre creciente. El carácter vacilante y

pusilánime de Andrade, que lo hacía desconfiar de todos los hombres de alguna importancia, le había alejado ya las simpatías con que contaba a su llegada al Poder. Su gobierno era algo incoloro y sin fisonomía y no satisfacía a nadie, ni a nadie inspiraba confianza. Le resultaba lo que dice Plutarco de las pequeñas estatuas en grandes pedestales, que hacen aparecer aquellas más pequeñas aun. Evidentemente Andrade no era el hombre adecuado para aquel puesto en los tiempos agitados que se atravesaban. En las posiciones subalternas había demostrado alguna habilidad y se había señalado principalmente por su carácter tolerante, siempre inclinado a las soluciones pacíficas; mas al ser colocado por Crespo en la Presidencia de la República se reveló absolutamente incapaz para desenvolverse. Crespo lo había estudiado muy a fondo, y seguramente lo colocó allí a manera de un biombo o mampara, sólo con la mira de ocultarse detrás de él y seguir dirigiendo los negocios públicos como antes. Para el oficio que le destinaba no se habría encontrado otro más aparente, dada su ciega sumisión a los deseos de su protector y la seguridad que éste tenía de que jamás se habría atrevido a rebelarse contra él; pero cuando por un acontecimiento imprevisto quedó como el verdadero Jefe del país, cuando se necesitó que obrara por sí mismo, se vió que le faltaban las dotes que ponen a un hombre en capacidad de hacer aceptar su voluntad a los otros.

Los Generales Ramón Guerra y Antonio Fernández, que habían estado encargados de perseguir a Hernández, regresaron a Caracas aspirando a la Presidencia del Grande Estado Miranda, que había quedado acéfala, rodeados ambos por algunos personajes de la política, de los más desacreditados, quienes no habían podido satisfacer sus aspiraciones con Andrade y propendían ahora a llevar al Poder Nacional a sus respectivos candidatos, haciendo escala por algún tiempo en la Presidencia del Estado en cuestión.

Ambos Generales iniciaron sus propagandas electorales con grande actividad y Andrade, que, por su timidez natural, veía en el triunfo de cualquiera de los dos una amenaza para la tranquilidad de su Gobierno, y no tenía medios legales para oponerse a sus trabajos, resolvió reformar la Constitución conforme al Pacto de 1864, por el cual la referida Entidad Federal quedaba fraccionada en tres pequeños Estados. Hizo aparecer en la prensa la idea de

la reforma como pedida por los pueblos; consiguió que la mayoría del Congreso reunido en el mes de febrero siguiente, la proclamara como una necesidad grandemente sentida; y que sancionara un Acuerdo por el cual se le autorizaba para ponerla en vigencia inmediatamente, y para nombrar los Presidentes de los nuevos Estados, haciendo, al tomar esta decisión, caso omiso del artículo de la Constitución que disponía que "ninguna adición o enmienda constitucional podía ser puesta en vigencia sino después de la renovación de los Poderes Públicos que la hubiesen solicitado o sancionado", y dando con ello asidero a las ambiciones que se agitaban por todas partes y sólo buscaban un pretexto para declararse en rebeldía.

Elegido el General Guerra, por Andrade, Presidente de la Sección Guárico, convertida ahora en Estado, aceptó el nombramiento, haciendo a aquél las más grandes protestas de adhesión y unos días más tarde, con entera prescindencia de su fe de hombre público y de su dignidad personal, se declaró en armas contra él.

Aunque el Gobierno obró con flojedad en la represión del movimiento, confiando el mando de sus tropas a hombres destituidos de capacidad militar, y Guerra era tenido por muchos como el mejor General de la República, por diversas causas fracasó éste en pocos días y se fué para el extranjero; sin que, por otra parte, nadie sintiera la pérdida de una revolución, que a haber triunfado, sólo habría producido un cambio en el personal del Gobierno, seguramente desfavorable a los intereses del país.

Andrade había vencido en pocos meses dos revoluciones, y, fenómeno extraño, ello no lo había levantado ni una línea en el concepto público; por el contrario, había seguido descendiendo hasta llegar a la más completa impopularidad. La República volvió a quedar en paz, pero era una paz que no inspiraba confianza porque nadie creía que pudiera consolidarse.

Hernández, a quien Andrade había cometido la imprudencia de encerrarlo en el Castillo de San Carlos por once meses, fué puesto en libertad en los primeros días de mayo; y aunque había estado, durante la prisión, disfrutando de comodidades relativas, en un local espacioso y ventilado, provisto de libros, comestibles de todas clases, vinos, ropa, dinero y cuanto sus partidarios creían

que podía hacerle falta o causarle satisfacción, salió de allí rejuvenecido en su prestigio a causa de que se le consideraba como un MARTIR DEL DESPOTISMO.

Con el encierro la simpatía que inspiraba se había convertido en una especie de fanatismo. En muchos puntos del país las buenas gentes alumbraban su retrato, ni más ni menos que como hacían con los santos. Se habían olvidado los males que había causado al país con sus correrías, su incapacidad para la guerra, y hasta el modo como se dejó hacer prisionero después de haber llegado a disponer de un numeroso ejército. Ante la admiración apasionada e inconsciente del pueblo, sólo aparecía ahora el luchador incansable que se decía enemigo de todas las prácticas abusivas.

Al salir de San Carlos dió un Manifiesto, insultante para el Gobierno, en el cual se mostraba lleno de orgullo por su inmensa popularidad; en seguida sus partidarios fundaron periódicos en Caracas y en todo el país, en los que cada día se atacaba y ridiculizaba a Andrade más o menos descaradamente.

Este no había tenido tiempo aun de poner en práctica los planes administrativos que había concebido al ascender a la Presidencia. Los desórdenes de los gobiernos anteriores habían dejado exhausto el Tesoro Público. La baja del café había disminuído considerablemente las rentas, y lo poco que éstas habían producido había tenido que destinarlo a reprimir las revoluciones. Pero a pesar de todo se había guardado de entrar en especulaciones ruinosas para el país, como sus predecesores, y en medio de la guerra misma había pagado con puntualidad el presupuesto y atendido a las más apremiantes necesidades de la comunidad, hasta donde lo permitía la penuria reinante.

Indudablemente habría sido patriótico dejarlo terminar su período en paz. El país con ello habría podido reponerse de sus hondos quebrantos, porque el Gobierno habría podido dedicar todos sus cuidados a la Administración; mas las últimas revoluciones habían dejado latentes los gérmenes de la revuelta, y la extemporánea propaganda hernandista mantenían los ánimos en continua agitación y no permitía reposo a nadie.

La República era como un volcán próximo a estallar. Andrade llegó a quedar como acorralado en la Casa Amarilla. De él no

se hablaba ya sino con desprecio o con lástima, como de un pobre hombre que seguramente no sabría limpiar su camino de los estorbos que los ambiciosos y los trastornadores de oficio se empeñaban en acumular contra él.

La extremada debilidad e inconsistencia de su Gobierno se advertía hasta en la actitud tímida del periódico oficial, cuyos redactores apenas contestaban a la prensa hermandista con frases rebuscadas, como llevando en mientes no herir a los directores de aquel Partido, para estar en aptitud de formar en el nuevo orden de cosas que parecía había de surgir en breve.

Yo estaba por entonces en Caracas. Habiendo cooperado al triunfo de la Revolución Legalista en 1892, los hechos que tuve la fortuna de realizar durante la guerra, me ganaron la estimación del General Crespo e hicieron que se me confiaran mandos superiores a mi edad.

Restablecida la paz, estuve nueve meses de Jefe del "Castillo Libertador" en Puerto Cabello y en seguida se me nombró Comandante de Armas del Estado Cumaná, cargo que no quise ejercer, porque con motivo de la imposición escandalosa que hizo Crespo de José Félix Mora, como Presidente del Estado Carabobo, contra la voluntad expresa de la ciudadanía, me separé de él y poco después me fuí al extranjero. Permanecí unos meses en Curazao, de allí me trasladé a Nueva York y París, donde estuve un año dedicado a estudios militares, volviendo luego a Nueva York. En 1896 el Gobierno del mismo General Crespo me llamó como a los demás militares venezolanos que estaban fuera, ofreciéndome como a los otros dinero y posición política, siendo yo el único que se negó a volver a aceptar sus dádivas.

La muerte de mi padre acaecida en Caracas en marzo de 1898, me obligó a regresar a Venezuela en la citada fecha, para la cual ya Crespo había entregado el Poder a Andrade y salido a perseguir a Hernández.

Andrade, a quien yo no conocía personalmente, había hecho tributar honores militares a mi padre, con lo que me había predisuesto en su favor; y a mi llegada me recibió con la mayor deferencia, haciéndome los ofrecimientos más halagadores. Pocos días más tarde, al recibir la noticia de la muerte de Crespo, me mandó llamar y me propuso que fuera con el General Ramón Guerra a

combatir a Hernández, en lo que convine, porque deseaba impedir a todo trance el triunfo del Partido Conservador que rodeaba a aquél, disfrazado con el nombre de Nacionalista. Pero no habiendo podido acordarme con el General Guerra en ciertos detalles militares de Valencia, donde se efectuó la organización del ejército, me volví a Caracas.

Casi en seguida fui llamado de nuevo por Andrade, quien me comunicó con visibles señales de alarma, que las fuerzas del Gobierno acantonadas en Tinaquillo habían sido batidas ese día por un cuerpo numeroso de la revolución: me nombró Jefe Expedicionario en Carabobo, salí con una fuerza, destruí completamente la facción vencedora y regresé de nuevo a Caracas, donde se me nombró Vocal del Gran Consejo Militar, empleo inactivo que me permitió ausentarme de la capital.

Cuando volví en abril de 1899, encontré la situación de que antes he tratado de dar una idea. Se veía venir la guerra y no se hacía nada para evitarla, o por lo menos para vigorizar el Gobierno y ponerlo en aptitud de afrontar lo que pudiera sobrevenir. Andrade, por lo contrario, y como si lo hiciera expresamente para favorecer los designios de sus enemigos, había recogido los parques que Crespo, en sus planes de dominio futuro, había entregado a Jefes importantes de los Estados, quienes después de la muerte de Crespo estaban interesados en unírsele sinceramente para gobernar con él, y de ninguna manera deseaban entrar en componendas con los revolucionarios, los disgustó a todos con sus desconfianzas. La situación era desesperante, y se agravaba cada día porque Andrade no quería oír ninguna clase de indicaciones de los que trataban de salvarlo para salvarse.

Con los triunfos alcanzados por su Gobierno sobre las revoluciones de Hernández y de Guerra estaba Andrade sumamente engreído. Se imaginaba que aquellos triunfos se habían debido a la precisión de sus combinaciones; se consideraba un nuevo Carnot, que dirigiendo la guerra desde su gabinete había destruído a los enemigos.

En cierta ocasión en que tertuliaba por la noche con algunos empleados públicos, yo mismo lo oí hablar de su habilidad y decir que Guerra no había podido tener otro fin; que había hecho mucho con escapar por que él materialmente lo había encerrado en un

círculo de hierro; que tales y cuales movimientos que él había dispuesto no podían fallar en sus resultados, etc., etc. Y ví luego a algunos de los que habían estado oyéndolo con mucha atención, comprobando todo cuanto decía, y hasta corroborando sus afirmaciones con nuevos argumentos, salir de allí a reírse de él y a ridiculizarlo. . . .

Andrade era el único que parecía no darse cuenta de lo falso y peligroso de su situación, y cuando alguno le manifestaba temores por la grande agitación en que se hallaba el país, se mostraba lleno de confianza en sí mismo y decía que el Gobierno estaba preparado para todas las emergencias que se presentaran.

---

En ese momento aparece Cipriano Castro en són de guerra en la frontera de Occidente a la cabeza de un núcleo de venezolanos y colombianos.

¿Quién es el nuevo contendor? . . .

Casi nadie lo conoce en el país. Se ha visto que su nombre no había sonado en la política durante los últimos tiempos. Al saberse en Caracas la novedad, por todas partes se formaban grupos, en la mayoría de los cuales sólo se oía esta pregunta: ¿Quién es Cipriano Castro? . . .

Todo el mundo esperaba ciertamente un cambio. Se creía que de un momento a otro podía haber una explosión del elemento herandista que era preponderante y ya se consideraba dueño de la cosa pública; pero el alzamiento en la frontera occidental no tenía ningunos nexos con ese Partido y venía más bien a trastornar sus planes.

¿Quién es Castro? ¿Quién es Cipriano Castro? repetía la gente.

Pero pocos podían responder. Los más instruidos sobre el particular sólo sabían que era un mestizo de fuerte ascendencia indígena, pequeño de cuerpo, de un pueblecito llamado Capacho situado en una cumbre andina. Se recordaba que había ido a Caracas de Diputado por el Táchira en el año de 1892; que en la guerra que estalló ese año por haber decidido Andueza Palacio quedarse en el Poder, violando la Constitución había pretendido

imponer en el Estado Los Andes la usurpación de aquél, y que no habiendo podido conseguirlo había huído a Colombia apropiándose la mayor parte del dinero que había recibido para racionar las tropas, con el que había comprado una hacienda donde había permanecido en espera de una ocasión favorable a sus miras.

Durante la Administración del General Crespo el astuto capachero se había guardado bien de intentar nada. Sabía que el León del Guárico, de un revés de su potente garra, lo habría aventado de nuevo más allá de la frontera; y se había limitado a dirigir cartas de cuando en cuando a aquél, casi siempre muy mal redactadas, llenas de consejos y advertencias, en las cuales trataba de exhibirse severo como Catón; olvidándose de que su conducta y antecedentes le quitaban toda autoridad para hablar de rectitud y honradez; de cuyas cartas, por otra parte, Crespo no hacía caso alguno. Empero ahora que el Gobierno que existía había llegado a una especie de decrepitud, ahora que el General Andrade era el blanco de todas las pasiones, y que su autoridad no era acatada ni aun por los mismos que tenían intereses comunes con él, el taimado cabecilla se había decidido a probar fortuna en la guerra, proclamándose defensor de los derechos del pueblo. . . .

Se hubiera perdido irremisiblemente si Andrade se decide a obrar y lo hace con algún acierto, porque no obstante la desopinión de éste y el deseo que prevalecía en la mayoría de los ánimos de apartarlo de la dirección de los negocios públicos, el país entero con un juicio que había mostrado muy pocas veces, le hacía el vacío al guerrillero invasor.

Las gentes, que todo lo averiguan, descubren a poco que el nuevo campeón de la libertad (?) escapó de la cárcel de San Cristóbal en 1883 (\*) y que en una ocasión posterior en que, por una de tantas aberraciones de la política venezolana, fué nombrado Gobernador de la Sección Táchira, había empleado métodos violentos y tortuosos como sistema de gobierno. Se citan los nombres de Manuel Angulo, Pedro Sánchez, Zacarías Gandica, Daniel Olivares y otros adversarios políticos suyos que fueron asesinados, dícese que pasan de doscientas las personas que fueron sacrifi-

---

(\*) El General Camilo Merchán y todos los andinos presos en San Carlos en 1901, aseguran que Castro tiene un sumario en los tribunales del Táchira, por haber herido a un cura, por no sé que asunto de familia. La prisión aludida la debió a ese delito.

cadras durante ese tiempo en los campos y en las encrucijadas de los caminos, por la mano oculta de la autoridad; y los que llegan a conocer esos detalles permanecen estupefactos y espantados ante la idea de que semejante personaje pueda por alguna contingencia asaltar el Poder.

Aunque por entonces esos pormenores no trascienden hasta la masa del pueblo, éste como que presente que Castro no es el patriota abnegado que se anuncia en sus proclamas, y lo deja solo, y espera con impaciencia que el Gobierno lo someta o lo haga huir de nuevo a su refugio en el vecino territorio colombiano. Muchos creen que la aventura tiene un carácter puramente local, y el mismo Andrade, por más que sabe que el Táchira está indefenso, se ríe con incredulidad y desprecio cuando alguien le dice que aquello debe verse con cuidado.

Yo, como los demás, creía que el movimiento iniciado el 23 de mayo, en la frontera tachirense era una revuelta local sin importancia, que sería fácilmente debelada por el Gobierno, y como veía acercarse amenazante la revolución hernandista, y no me era dado hacer nada para conjurarla, determiné salir a la prensa a defender a Andrade y a atacar a Hernández y al Nacionalismo, con la energía que había faltado hasta entonces al periódico oficial; llevando el propósito de comunicar aliento a los decaídos y desesperanzados partidarios del Gobierno; de abrirle los ojos al pueblo respecto a las deficiencias de su ídolo y lo que podía esperar de él, y muy principalmente con la mira de ganarme la confianza de Andrade para que en el caso que se preveía de un nuevo alzamiento del Jefe Nacionalista me diera el mando del ejército que habría de perseguirlo, como me lo había prometido.

Empecé a escribir contra Hernández y sus partidarios y lo hice en ocasiones con excesiva dureza. Todo el mundo se admiraba de que me atreviera a agredir al Partido que creían destinado a gobernar el país dentro de poco, y de que pretendiera reanimar o revivir en la opinión el Gobierno de Andrade, que amigos y enemigos consideraban perdido.

Pero como todos comprendían también que era sincero en mis opiniones, mi actitud resuelta y franca, que contrastaba con la timidez de los otros servidores del Gobierno, me conquistaba simpatías aun entre los mismos hernandistas.

No por eso conseguí, sin embargo, arrancar un solo partidario a las filas de aquellos, y mucho menos hacer popular al Gobierno, ni imprimirle vigor, pues ciertamente su mal estaba ya demasiado avanzado para que pudiera curarse con esa clase de remedios. Andrade seguía ciego con respecto a su situación, y, sin necesidad de ser muy perspicaz se descubría que aquel orden de cosas no podía existir largo tiempo.

Después de la muerte de Crespo, Castro había estado preparándose para aprovechar la primera oportunidad propicia a sus proyectos, y, cuando la revolución de Guerra fracasó, fué a Caracas a buscar que Andrade le diera el predominio de la Sección Táchira para él y sus amigos, mostrándose partidario decidido de la reforma y ofreciéndole sostenerlo si lo complacía; pero como Andrade no accediera a lo que le propuso, aunque aparentemente se separó de él en buenos términos, se había vuelto a la hacienda que tenía en Colombia, bien informado del aislamiento y debilidad del Gobierno, sin ocultar que iba con el propósito de alzarse.

En Caracas y La Guaira, con sobrada imprudencia, comunicó su designio a varias personas, quienes hicieron poco caso de sus bravatas, creyéndolas desahogos del despecho por no haber alcanzado lo que solicitaba del Gobierno; y tanto por esa razón como porque Andrade ya no contaba sino con muy escasos partidarios sinceros, nadie advirtió a éste en tiempo oportuno de lo que pasaba, y cuando al fin vino a saberlo y ordenó que se le redujera a prisión, ya Castro se había internado en Colombia. Fracasado el propósito de prenderlo, Andrade se olvidó de él y de sus amenazas, y no dictó una sola medida de precaución para el caso de que quisiera cumplirlas: todos sus cuidados los tenía concentrados por entonces en vigilar al hernandismo, sin resolverse tampoco a tomar una determinación que pudiera librarlo del peligro que implicaba la actitud de este último.

El resultado fué que Castro se alzó como lo había prometido; sin encontrar obstáculo alguno; y como transcurrían los días y la facción que acaudillaba en lugar de ser reprimida iba tomando mayores proporciones, Andrade resolvió enviar allá cinco mil hombres al mando del General Antonio Fernández.



*General Cipriano Castro*

*(Retrato hecho después de su entrada a Caracas en 1899 por el pintor V. Vicente Gil y publicado en "El Cojo Ilustrado")*



Cuando supe el nombramiento fui a ver a Andrade y le dije, en presencia de varias personas, que Fernández era absolutamente incapaz para mandar el número de tropas que se le destinaban, y que en mi concepto el Gobierno no obtendría el objeto que se proponía si la expedición iba con tal Jefe; a lo que él contestó: "no tenga Ud. cuidado, Ud. verá que dentro de pocos días tendremos aquí la noticia de la captura de Castro", y yo repliqué: "permítame repetirle que no lo creo y decirle que abrigo la esperanza de que cuando hayan fracasado ese y los demás viejos que Ud. mande al Táchira, hará Ud. que vayamos los muchachos".

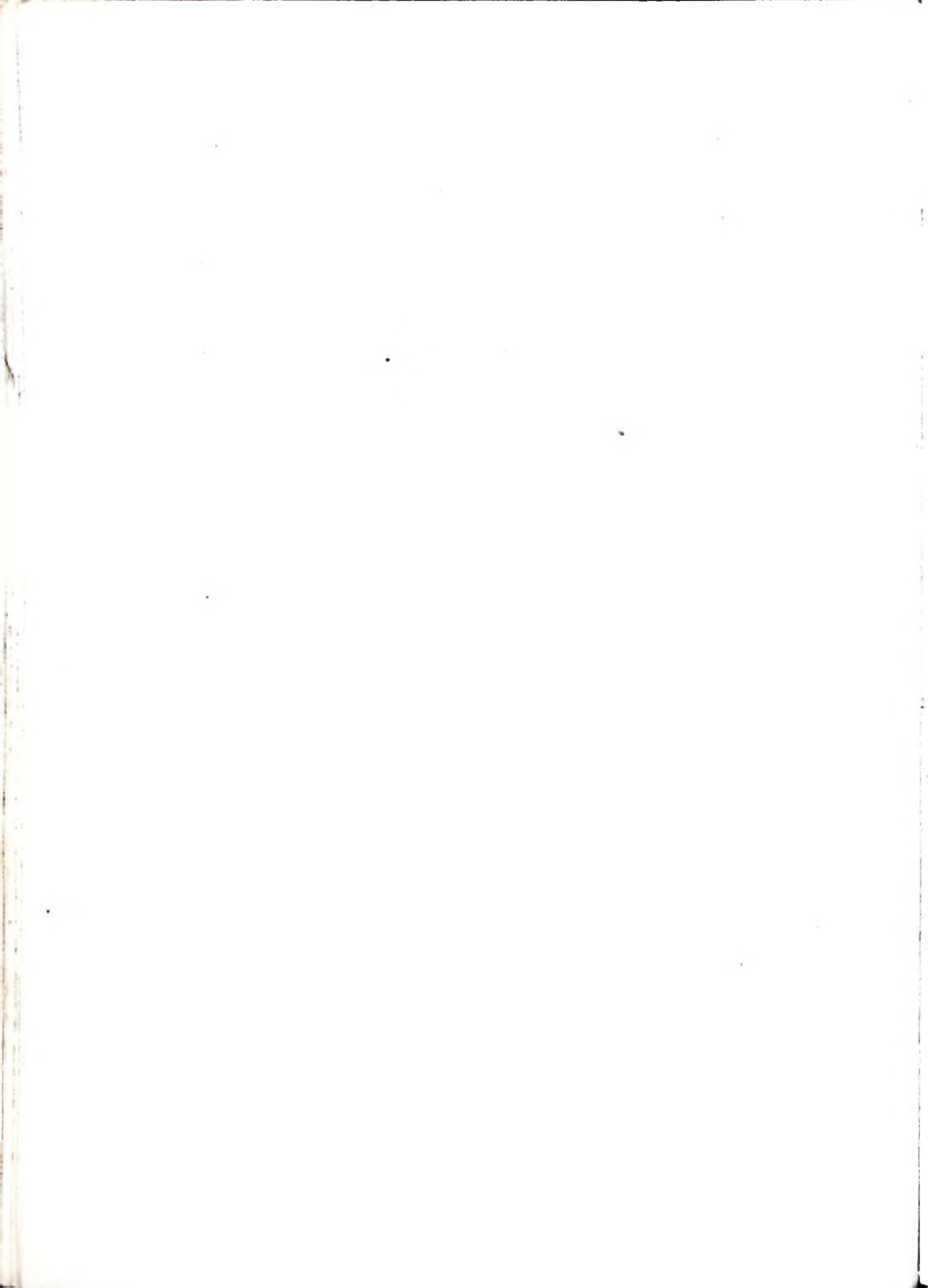
Con esas palabras me despedí. Acababa de ver que Andrade seguía envalentonado y lleno de confianza en el porvenir, o al menos que así lo aparentaba; mas yo discurría de manera diferente. Es verdad que aquél al fin se había resuelto a obrar, pero a mi juicio el esfuerzo resultaría inútil por la mala elección que había hecho. Yo conocía a Fernández y sabía que apenas podría mandar bien quinientos hombres, subordinado a otro Jefe. ¿Qué iría a hacer ahora con cinco mil?...

Como se lo había insinuado a Andrade, yo había deseado que se me confiara el mando de la expedición del Táchira; me parecía que con mi buena voluntad y mi decisión lo habría hecho menos mal que otros; pero ya no había que pensar en eso; tenía que aguardar otra oportunidad para contribuir con mis esfuerzos a salvar la causa del Gobierno y adquirir con ello títulos para poder influir en sus decisiones: por el momento continué escribiendo contra el Nacionalismo, que cada día asumía una actitud más decididamente subversiva.

Algunos días después de su llegada al Táchira, le comunicó Fernández a Andrade su triunfo completo sobre la facción de Castro; pero como en seguida se supiera que éste marchaba vía del Centro, y Andrade, según me lo aseguró en esa ocasión, había sorprendido correspondencia revolucionaria a los hernandistas en distintos puntos del país, el 14 de agosto ordenó la prisión de Hernández y sus principales partidarios, por temor de que se aprovecharán de lo que pasaba en Los Andes para conmover la República.

Preso Hernández, cesé de escribir: no era decoroso atacar a quien no podía defenderse, y además, el problema político había cambiado ya: el hermandismo había quedado desconcertado con la prisión de su Jefe y la de casi todos sus hombres más importantes; lo que amenazaba ahora era el levantamiento acaudillado por Castro, y me quedé a esperar el resultado de las disposiciones militares de Andrade. . . .

# PRIMERA PARTE



SITUACION POLITICO-MILITAR DEL ESTADO LOS ANDES. -  
INVASION DE CASTRO. - TONONO. - LAS PILAS. - ZUMBADOR. -  
SITIO DE SAN CRISTOBAL. - LLEGADA DE FERNANDES AL  
TACHIRA. - CORDERO. - EXAMEN DE LA CAMPAÑA DEL  
TACHIRA.

I

He dado ya una idea de la situación del Gobierno y de la República en general; trasladémonos ahora a Los Andes para ver lo que allá había pasado antes y después de la llegada de la expedición de Fernández.

Para la fecha en que Castro invadió, había cincuenta hombres en San Antonio, cerca de la frontera, al mando del General Leopoldo Sarria, y hasta setenta Mausers y algunas cajas de cápsulas en parque. En San Cristóbal, capital de la Sección Táchira, a veintiuna millas de distancia hacia el interior, el General Juan Pablo Peñaloza tenía un parque de alguna consideración, que había ocultado cuando Andrade en sus desconfianzas había querido dejar inerme la localidad; pero solo había cincuenta soldados como custodia de un presidio, y de consiguiente no podía disponer de ellos para defensa de la plaza. En Mérida, capital del Estado, a ciento cincuenta millas de allí, el General Espíritu Santos Morales, su Presidente tenía una guarnición de cien hombres y algunos Mausers y cápsulas en parque, y en Trujillo, tercera Sección del Estado, a noventa millas de Mérida y doscientas cuarenta de San Cristóbal, había una guarnición de cincuenta hombres dependientes del Ge-

neral Rafael González Pacheco y unos pocos Mausers y cápsulas en el cuartel. Esa era la situación militar: trescientos hombres distribuidos en cuatro guarniciones a grandes distancias, sin ninguna conexión entre ellos. En cuanto a la política, todo el mundo, sin excepción, estaba descontento de Andrade, y si Morales, Peñaloza, González Pacheco y los demás le servían, era porque no podían hacer otra cosa.

Al ver Castro una ocasión tan propicia, da la última mano a sus preparativos, y, en la noche del 22 de mayo pasa la frontera, acompañado de sesenta hombres, en su mayor parte oficiales, con ánimo de adueñarse por sorpresa de toda la Sección Táchira.

El 23 amanece en territorio venezolano, y durante el día se le reúnen más de quinientos hombres, de los que, de conformidad con sus disposiciones, en la misma noche del 22 se habían alzado en los diversos distritos; y con ese núcleo marcha al amanecer del 24 hacia San Cristóbal, que consideraba en poder de otros de sus partidarios, quienes se habían comprometido a prender las autoridades y a entregarle la ciudad.

Sorprendido el General Peñaloza por la noticia de la invasión de Castro, reúne a la ligera ciento cincuenta hombres y ordena a sus subalternos de los Distritos que recluten el mayor número de gente que puedan y vayan a incorporársele.

Al acercarse Castro a la plaza, recibe aviso de que los suyos no han hecho lo prometido y de que Peñaloza ha reunido ya unos soldados; y en vez de atacarlo inmediatamente para quitarle el parque y la posición y no darle tiempo de reunir mayor número de tropas, ni de atrincherarse, se devuelve hacia la aldea de Tononó por cuya vía le han informado que viene el General Ramón Velasco con un grupo de reclutas desarmados a reunirse con Peñaloza.

Castro llega a las tres de la tarde al punto que había elegido, oculta su gente en unas alturas cerca del camino, y cuando Velasco se acercó desprevenido y descuidado, con una descarga fué dispersada su recluta. Velasco trató de contenerla y de resistir el ataque con treinta soldados armados que llevaba como custodia de aquella; pero él y su segundo, Coronel A. Pulgar, murieron a poco y con ello terminó la resistencia.

Aquello fué más bien un asesinato que un combate. Castro habría podido envolver a los reclutas y capturarlos sin necesidad de hacer fuego; pero le pareció mejor matarlos y dispersarlos a balazos.

## II

Obtenido tan fácilmente el primer triunfo de la causa restauradora, Castro pasa allí el resto del día, y como le avisaron que Leopoldo Sarría, con una escasa fuerza marcha desde San Antonio dando un gran rodeo para ir a incorporársele a Peñaloza, al día siguiente sale hacia Rubio, cruza el pueblo y se dirige luego al cerro de Capacho, incorporando al paso la fuerza de uno de sus partidarios que salía por Cania; pernocta en el referido cerro y llega a Táriba en la mañana del 26. Aquí se detiene otra vez y el 27, ya tarde, sale por el camino de Palmira; a poco vuelve a contra-marchar, entra de nuevo en Táriba y sigue por la vía de la Vichuta hacia Las Pilas, con la intención de aguardar allí a Sarría, atravesando a tiro de fusil de San Cristóbal; dándole primero el flanco y después la retaguardia a las fuerzas que había allí, las cuales le hacen unas descargas al pasar sin moverse de sus posiciones.

Llega a Las Pilas a las seis de la tarde y apenas tiene tiempo de situar sus tropas, que ya pasaban con mucho de mil hombres, cuando se presentan Sarría y Pedro Cuberos, el primero con ciento veinte hombres, setenta de los cuales los había armado a prisa en San Antonio, al saber la invasión de Castro, y el segundo con ciento treinta reclutas armados también a la ligera.

Ocurrió algo parecido a lo de Tononó. Sorprendidos Sarría y Cuberos donde menos lo esperaban, su gente se dispersó como una bandada de palomas a los tiros de los cazadores. Muchos huyeron sin disparar un solo tiro, otros apenas combatieron durante quince minutos desordenadamente, y huyeron como los demás arrojando las armas.

Fué tan de cerca y tan violenta la acometida, y tanta la confusión que se produjo en la gente del Gobierno, que desde el primer momento retrocedió amedrentada sin pensar siquiera en formarse para resistir o para retirarse en orden. Cuberos y otros murieron en las primeras descargas. A Sarría lo alcanzó un soldado y le

dió un machetazo detrás de una oreja, haciéndolo prisionero, a tiempo que otros muchos de los que huían eran también capturados por las tropas de Castro y que todo el parque que conducían en burros caía en poder de éstas.

Ahora, como el día 25, Castro había obrado con sobra de torpeza, que pudo hacer fracasar su intento y aun causar la ruina de su aventura.

Sin contar el día que pasó ocioso en Táriba, el tiempo que perdió y la fatiga innecesaria que ocasionó a sus tropas en marchas y contramarchas, la extensión de la vía que eligió era mucho mayor que la que tenía que recorrer Sarría, de modo que si éste hubiera obrado con alguna actividad, habría podido entrar a San Cristóbal antes de ser interceptado. Además, si cuando pasó por las afueras de esta ciudad en su atolondrada marcha lo hubieran atacado las fuerzas que había allí, lo habrían puesto en un grande apuro, por más que aquellas eran muy inferiores en número, pues pronto iban a llegar Sarría y Cuberos y habría quedado entre dos fuegos.

Las Pilas era, por otra parte, una posición muy peligrosa para él por su proximidad a San Cristóbal, de tal manera, que cuando sus tropas rompieron los fuegos, Peñalozza los oyó y salió con los suyos en auxilio de los que venían; pero como al llegar al puente de La Parada, advirtiera que aquellos habían cesado completamente, y ya empezaba a ser de noche, hubo de volverse a la ciudad.

Si Sarría hubiera marchado con las precauciones que debe tomar todo militar, Castro no habría podido sorprenderle y se habría sostenido, dando tiempo a Peñalozza de atacar por retaguardia al ignorante que por sus propios pasos había ido a colocarse en una posición tan desventajosa....

### III

El 28 en la mañana se volvió Castro a Táriba con los despojos que había recogido y permaneció allí hasta el 9 de junio o sean doce días sin atacar a San Cristóbal, ni siquiera tratar de impedir que penetraran en la plaza los otros partidarios de Peñalozza.

En esos días sólo mandó unos cuerpos a ocupar algunas de las alturas de los alrededores de la ciudad, sin ningún objeto. Destacó también a Froilán Prato con trescientos hombres e instrucciones de incorporar en Tovar las tropas de José María Méndez para ocupar la vía de Mérida, por la cual podía venir refuerzos a Peñalosa del Gobierno del Estado.

Y sabiendo a poco que Prato había sido derrotado por el General Espíritu Santos Morales, que se acercaba por allí al frente de ochocientos soldados, dejó en Táriba a Juan Vicente Gómez con una pequeña parte de sus fuerzas, y con mil hombres marchó hacia El Zumbador, punto en el que se había fijado como el más a propósito para esperar a Morales.

Aunque pudo ocupar la posición sin ninguna clase de estorbos desde el 9 en la tarde, al llegar donde llaman El Palmar, parece que perdió de vista el objeto de su movimiento, y por disfrutar de la comodidad que le ofrecían unas casas, hace alto allí y permanece hasta el 11 en la mañana, hora en que le avisan que Morales había ocupado la posición. Entonces empieza Castro a desfilar y a subir la cuesta con resolución digna de elogio y consigue llegar a la planicie de la cumbre sin que Morales le dispare un solo tiro.

Por una imprevisión inexplicable en lugar de ocupar la ladera para rechazar a los que pretendían subir por el camino, aquél se formó en la llanura y dejó que los otros llegaran a ella sin recibir el menor daño. Entonces se trabó un combate de dos horas en que ambas tropas se condujeron con valor; y cuando ya Castro considerándose perdido, se había encaminado más que de prisa hacia la quebrada de La Raya, los esfuerzos heroicos del General Miguel Contreras (a) "Miguelón", obligan a Morales a retirarse precipitadamente, dejando en poder de las fuerzas de Castro unos pocos prisioneros, algunos Mausers y algunas cajas de cápsulas.

Estaba visto que una fortuna ciega acompañaba a Castro. Si Morales ocupa el borde de la ladera, con toda probabilidad las fuerzas de aquél no habrían podido subir y habrían perdido la acción; y una vez que habían alcanzado la cumbre sin oposición, después de estar a punto de declararse en derrota, lo salva Contreras con su pericia y su valor...

#### IV

Desde el 11 de junio en que tuvo lugar la acción de El Zumbador, hasta el primero de julio, Castro permanece inactivo; por fin al amanecer de este día acerca sus tropas a San Cristóbal y ordena un asalto, que fracasa como los demás de los días subsiguientes.

Peñaloza había tenido tiempo de sobra para fortificarse y lo había aprovechado bien, construyendo unas trincheras que le permitieron resistir durante muchos días todas las tentativas de las fuerzas de Castro, que ya ascendían a cerca de dos mil hombres.

El 9 envió Castro una comisión a proponer a Peñaloza la entrega de la plaza, y aunque éste ni por un momento pensó en aceptar sus proposiciones, pidió veinticuatro horas para deliberar y durante ellas envió dos oficiales disfrazados por el camino de Colón a informarse de si debía esperar auxilios del Gobierno Nacional, conviniendo con ellos que en caso afirmativo colocaran una bandera blanca en uno de los cerros de las cercanías. Como expiraran las veinticuatro horas sin que apareciera la señal, pidió que se prolongara la suspensión de hostilidades por veinticuatro horas más, durante las cuales fué colocada la bandera en el punto designado.

Esto era ya el 11 de julio y Peñaloza se negó entonces a tratar, comunicando a su gente que pronto serían reforzados, lo que causó a esta grande entusiasmo y la reanimó para continuar la defensa de la plaza.

Ese mismo día levantó Castro el sitio y fué a situarse en las alturas de Borotá, para observar desde allí al Ejército Nacional al mando de Fernández que había aparecido en Colón.

#### V

Llegaba Fernández a aquel pueblo, que está situado al Norte del Táchira, un mes y veinte días después de haber estallado la insurrección. Había perdido mucho tiempo en todo el trayecto desde Caracas, y la sorpresa de Castro fué grande cuando lo vio llegar, y que en vez de seguir inmediatamente a perseguirlo, pasaban días y más días y no hacía movimiento alguno.

Castro, que según su salida hacia Borotá, se disponía a eludir la persecución, porque las fuerzas del Gobierno que eran más del doble que las suyas, sin contar las que había dejado en la plaza de San Cristóbal, no le dejaban mucha esperanza de poder medirse con ellas con buen éxito, al ver la inacción de Fernández, comprende que éste no quiere combatir y cobra ánimo. Las condiciones militares de Fernández tampoco le son desconocidas y lo animan en el sentido de la resistencia.

Doce días pasa Fernández en Colón sin ningún objeto. Por fin el 24 en la tarde avanza hasta el pueblo de Michelena, donde se detiene de nuevo hasta el 26, que marcha y se acampa a tres o cuatro millas del campamento revolucionario.

Viendo tanta indecisión, indudablemente reveladora de debilidad o cobardía, Castro, no se resuelve sin embargo, a ir a atacarlo, sino que continúa esperando en sus alturas; mas cuando el 27 en la mañana observa que Fernández, en vez de marchar contra él evita todavía el encuentro y vá desfilando hacia San Cristóbal por los caminos más excusados, comprende que aquél está poseído de verdadero miedo y resuelve ir a interceptarlo en las cumbres de Cordero, a donde llega a las dos de la tarde con tiempo suficiente de ocupar la posición en toda forma antes de que llegaran las tropas de Fernández.

Cuando poco después se presenta la descubierta de aquellas, es recibida con una descarga cerrada que la hace retroceder, y entonces empieza la escena más ridícula que puede imaginarse. Fernández a tres o cuatro millas del campo de la acción, sin siquiera darse cuenta de la posición del enemigo, manda avanzar sus tropas y que ataquen sin designar a nadie por qué lado ni de qué modo, y Castro por su parte se sitúa en el pueblo de Cordero de donde tampoco podía ver lo que pasaba sino muy imperfectamente.

Se sigue un tiroteo a mayor distancia de la que podían alcanzar las armas, las fuerzas de Castro ocultas detrás de grandes y numerosos peñascos que había en las alturas, y las de Fernández en la hondonada metidas detrás de las quiebras y barrancos; nadie vé a nadie, y sin embargo, el estruendo de las descargas es ensordecedor; como si el propósito del combate fuera hacer ruido, todas las tropas de Fernández disparan al aire incesantemente y gastan cápsulas por millares y millares sin herir un solo enemigo. Las de

Castro despilfarran menos sus cápsulas, pero tampoco hacen nada de importancia. Aquello es extremadamente vergonzoso: es una verdadera degeneración de la guerra.

Fernández que llevaba unos cañones de montaña, los hace tronar también sin tregua ni descanso, sin causar una sola baja al enemigo.

Por la tarde el General Contreras y otros oficiales avanzan con audacia, conduciendo una escasa fuerza y se acercan bastante a las de Fernández; pero tienen que retroceder porque nadie los secunda y corren el peligro de quedar aislados entre los enemigos. A las ocho de la noche todavía se oyen las interminables descargas de fusilería y artillería y hasta las nueve no se restablece la calma.

Al día siguiente al amanecer empieza de nuevo el tiroteo, y dura hasta la noche, sin que ninguno de los contendores haga progresos. Durante la jornada los cañones de Fernández que habían sido colocados en unas alturas, disparan contra el pueblcito de Cordero; pero apenas una que otra bala dá en blanco, sin causar pérdidas de vidas.

La noche vuelve a meterlos en paz, y cuando sale el sol al tercer día, y ya los de Fernández se preparaban a seguir las salvas, contando seguramente con su abundante parque, se dan cuenta de que los de Castro no contestan. Este, informado de que le quedan pocas cápsulas, se había retirado en la madrugada, dejando aquí y allá en las cumbres de los cerros algunas banderas para hacer creer a Fernández que no se había movido de sus posiciones y le diera tiempo de alejarse. Sus bajas en muertos y heridos no llegaban a sesenta, y las de Fernández pasaban poco de doscientas....

Parece increíble que 7.000 hombres, combatiendo durante dos días, en que habían gastado más de doscientas mil cápsulas, sólo tuvieran esas pérdidas. Esas cifras dan la medida del esfuerzo de los contendores; en cambio ambos habían tenido durante ese tiempo una gran desertión y sus respectivas tropas se habían reducido por lo menos en una tercera parte.

Más de medio día había transcurrido ya, cuando notando Fernández que Castro había desocupado su posición, se puso en marcha, reforzado por Peñaloza que había llegado en la tarde anterior con sus tropas. Todos creían que seguiría detrás de Castro

hasta destruirlo o dispersarlo completamente; pero en vez de eso se dirigió a San Cristóbal, y, ya en la ciudad, se dedicó a celebrar lo que él llamaba su victoria, sin ocuparse más del enemigo. . . .

## VI

Castro se retiró ese día hasta Capacho que está situado en el promedio de San Cristóbal y San Antonio. Estaba casi sin pertrechos y con sus tropas disminuidas en una mitad a causa de la incesante desertión, y no podía pensar en resistir. Si Fernández sigue solamente detrás de él, ese mismo día habría terminado la aventura restauradora (\*) porque visiblemente su retirada hacia aquel lado indicaba la intención de refugiarse en Colombia, para lo cual habría tenido que dispersar su gente.

Empero, pasa el primer día y Fernández no aparece, pasan el segundo y el tercero y no hay la menor señal de persecución. Esa conducta de Fernández indica a Castro que de la parte de aquél no tiene nada que temer, y en consecuencia modifica sus planes. En vez de irse para Colombia con una numerosa oficialidad a la que, por lo menos en los primeros días tenía que proporcionarle los medios de vivir; y sabiendo que al pasar la frontera de aquella República lo internarían para impedir que volviera a trastornar el orden en Venezuela, y quedaría imposibilitado para intentar nada en mucho tiempo, resuelve más bien ponerse en marcha hacia el Centro de la República.

A primera vista parece que semejante resolución sólo podría caber en la cabeza de un loco: no podía resistir al enemigo que tenía de frente, e iba a acercarse a la base de operaciones del Gobierno Nacional, donde sin duda encontraría fuerzas aun mayores, que según toda probabilidad debían aplastarlo. . . .

Pero él ve las cosas por otro lado: ya ha podido apreciar el espíritu de que están animados los defensores de Andrade y comprende que siempre podría luchar contra éste con algunas probabilidades de buen éxito; tal vez habrían otros alzados en el Centro con quienes pudiera acordarse para seguir la guerra!

---

(\*) Al emplear en esta obra las palabras "restaurador" o "restauradora", referida a Castro o a la causa representada por él, seguimos el tecnicismo adoptado por candidez o ironía entre gobernantes y gobernados en Venezuela.

Más la consideración que predomina sobre todas las otras y lo decide a marchar fuera del Táchira, es que si se entrega a Fernández, las venganzas que quisieran ejercer sus enemigos en la localidad, por las fechorías que él y los suyos habían realizado antes contra ellos, ponían en peligro sus vidas: una vez desarmados quedarían a merced de los otros y él sabía que no debían esperar clemencia....

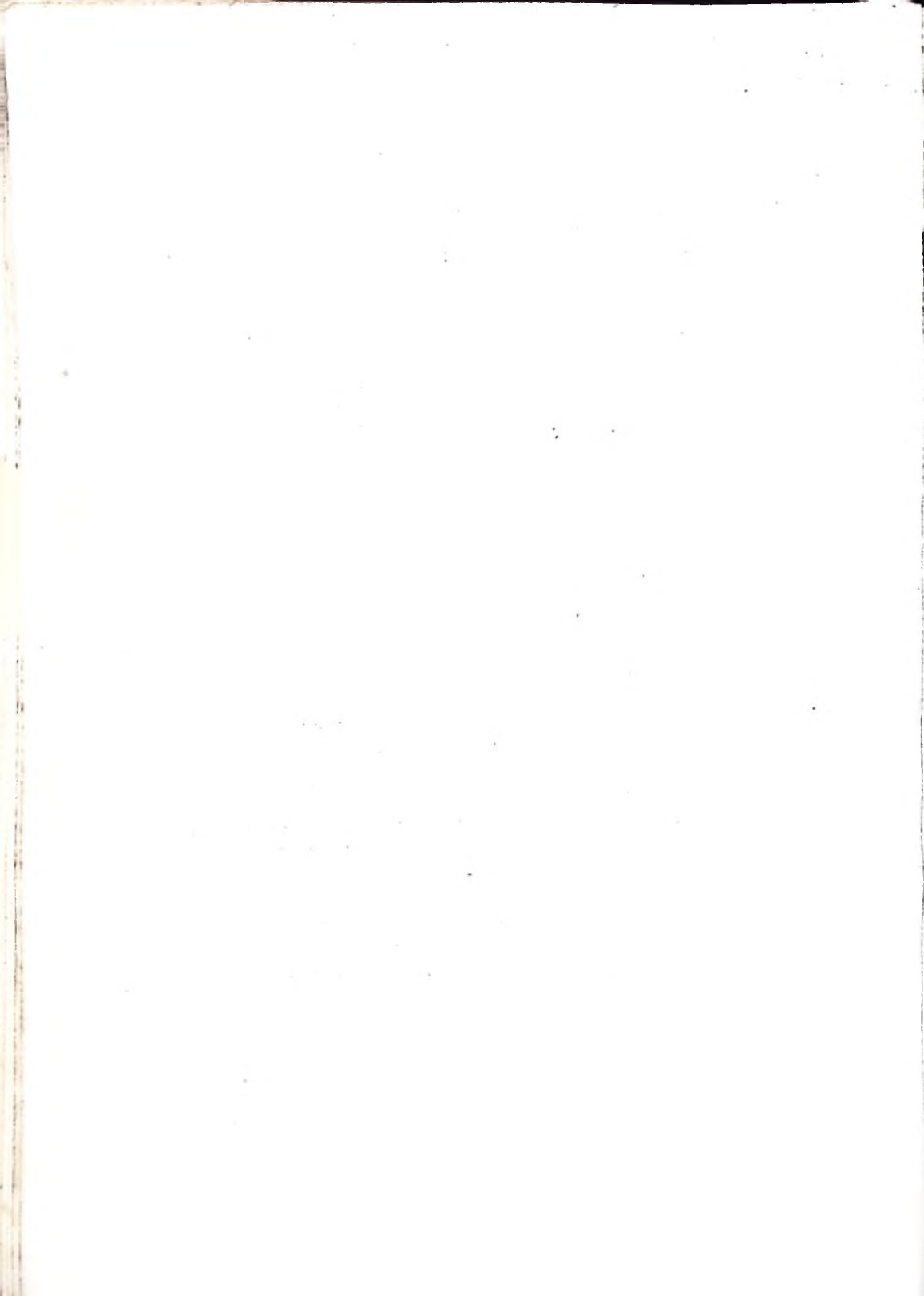
Examinada imparcial y desapasionadamente la campaña de Castro en el Táchira, desde el 23 de mayo, que aparece en Venezuela, hasta el 29 de julio, que se retira de Cordero, encontramos que cometió el primer error grave al no atacar resueltamente a Peñaloza el 25 de mayo sin darle tiempo a prepararse a la defensa; el segundo, en dispersar o matar los reclutas de Velasco en Tononó, en vez de capturarlos; el tercero, en elegir Las Pilas para batir a Sarria exponiéndose a que Peñaloza lo atacara por el flanco, primero, y después por la espalda; el cuarto, en haber permanecido diez días en Táriba sin impedir la incorporación de los otros amigos de Peñaloza; el quinto, en haber destacado a Prato al encuentro de Morales con una fuerza muy inferior a la de éste, sin prohibirle empeñar combate, exponiéndole así a ser destruído; y esta falta es tanto más censurable cuanto que Castro al hacer marchar a su teniente, permaneció en Táriba sin ninguna necesidad; el sexto en haberse quedado en El Palmar cuando salió él mismo al encuentro de Morales, con el peligro de que éste le impidiera subir y lo batiera con grandes ventajas; el séptimo, en haber permanecido después veinte días inactivos sin estrechar el sitio de San Cristóbal, lo que pudo hacer aun en el caso de que estuviera enfermo, como lo alegan sus partidarios para tratar de justificarlo; el octavo, en no atacar a Fernández decididamente en Cordero, ya que aquél, según todas las apariencias no quería ni sabía combatir y necesitaba de poco para devolverse hacia Caracas, prefiriendo, por el contrario, ponerse a cambiar tiros con él casi siempre fuera de la distancia que podían alcanzar las armas, gastando así casi todas sus cápsulas.

Vemos por otra parte que si Fernández, cuando llegó al Táchira, en lugar de instalarse en Colón doce días, hubiera desplegado alguna actividad, habría puesto a Castro en grandes apuros, obligándolo a levantar precipitadamente el sitio de San Cristóbal, sin

que pudiera pensar en detenerse a combatir contra fuerzas tan superiores; y que habiendo con su indecisión y pereza comunicado aliento a aquél para salirle al encuentro, se puso a hacer salvas durante dos días sin ordenar movimiento alguno inteligente que pudiera haberle dado el triunfo; y por último vemos, que si a pesar de todo, al retirarse Castro de Cordero, Fernández lo hubiera perseguido y estrechado hacia la frontera, lo habría obligado a rendir las armas o a dispersar sus tropas y huír a Colombia. . . .

Hasta aquí Castro no ha hecho nada notable, nada que no sea común en Venezuela y en todos los países en que el arte de la guerra está todavía por aprenderse, ni en cuanto a inteligencia, ni en cuanto a valor, ni en cuanto a actividad. Ha cometido errores de todas clases, que revelan grande ignorancia de los principios de la guerra; en algunas ocasiones ha estado además falto de brío, y en otras perezoso y soñoliento. Sus triunfos han sido debidos, primero a las condiciones excepcionales en que encontró la Sección Táchira y todo el Estado Los Andes, y después a las faltas de sus contrarios. Si el Estado, y en particular esa Sección, hubiera estado bien guarnecido, no habría podido efectuar la invasión o habría fracasado al efectuarla. Si una vez practicada aquella, Velasco y Sarria hubieran marchado con precauciones, habrían eludido encontrarse con Castro y no habrían tenido efecto Tononó y Las Pilas. Si Morales ocupa bien la posición del Zumbador, ese nombre recordaría una derrota de Castro. Si Fernández lo hubiera atacado en Cordero con algún vigor habría acabado con él, y por último, si después de Cordero lo persigue, lo habría obligado a internarse en la República de Colombia.

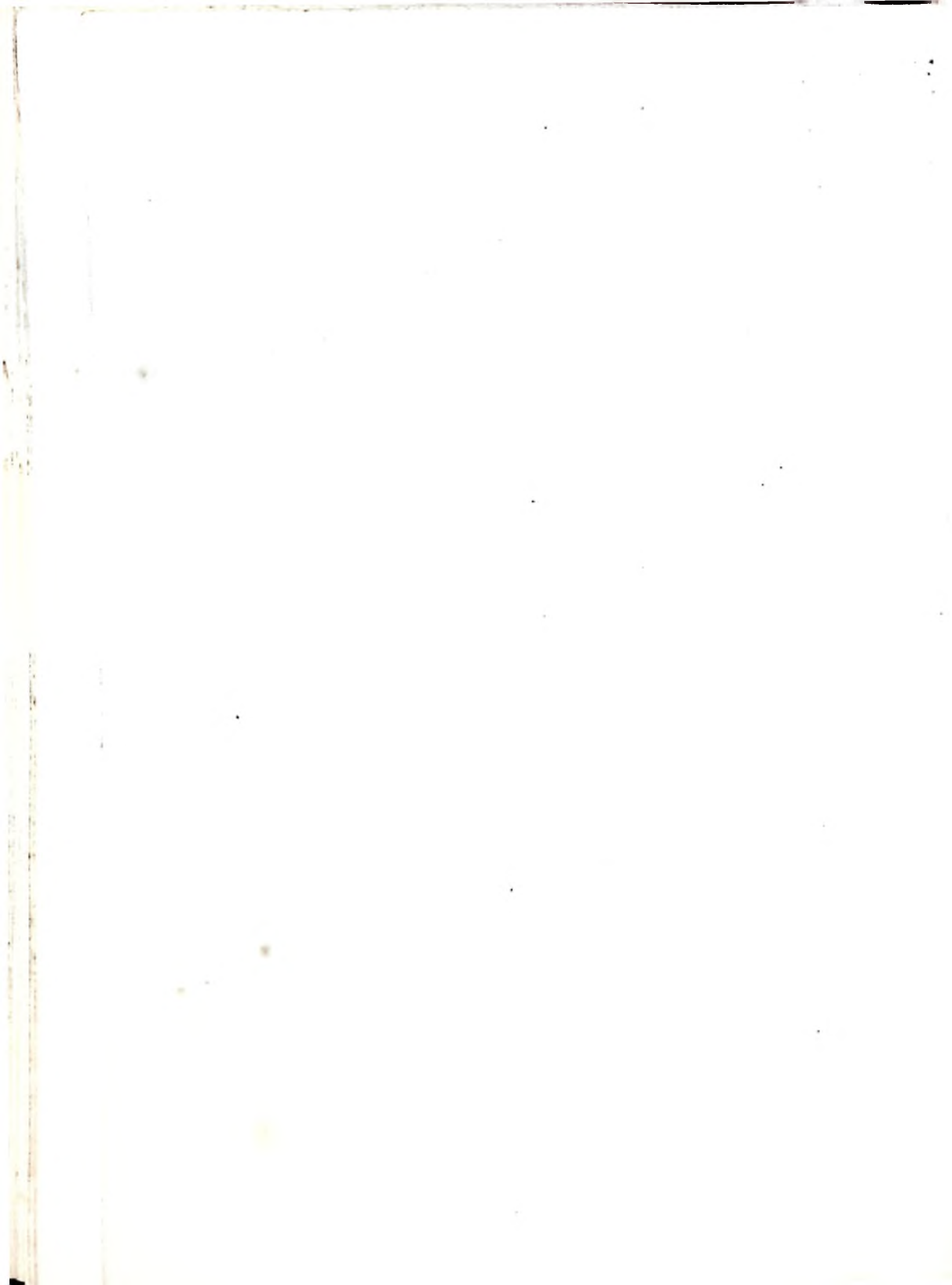
Podemos, pues, afirmar que si la facción de Castro existía todavía, no era por habilidad de éste, sino por un cúmulo de circunstancias favorables a sus propósitos; y ahora vamos a ver la segunda parte de su campaña, la que es verdaderamente sorprendente, porque habiendo salido a buscar cómo salvar la vida, se encuentra de pronto convertido en conquistador, debido a la más supina ineptitud de Andrade, combinada con la cobardía y la mala fe de la mayor parte de sus servidores. . . .



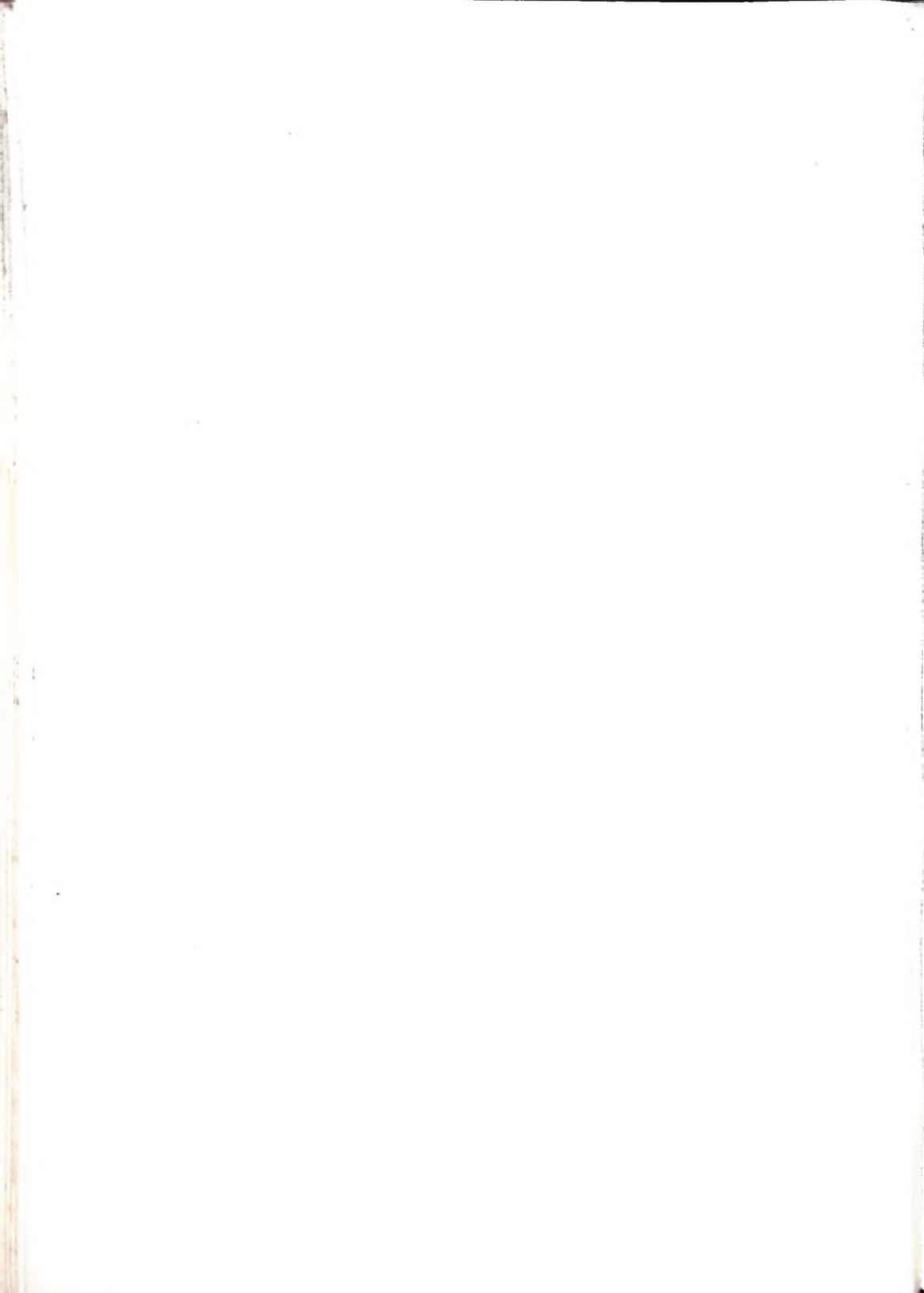


*Antonio Paredes - el literato.*

*Retrato hecho en Puerto España, Trinidad en 1906, poco antes  
de su trágica muerte.*



## SEGUNDA PARTE



MARCHA DE CASTRO PARA EL CENTRO DE LA REPUBLICA. -  
COMUNICA A UNA HERMANA SU PROPOSITO DE SOMETERSE.  
- ACCION DE TOVAR. - EXTRAÑA CONDUCTA DE BAPTISTA. -  
FERNANDEZ VUELVE AL CENTRO. - PARAPARA. - PASO DE  
CASTRO POR BARQUISIMETO. - PROPOSICION A ANDRADE. -  
NIRGUA. - ANDRADE INTENTA TOMAR EL MANDO DEL EJERCI-  
TO. - TOCUYITO. - DESOCUPACION DE VALENCIA. - REGRESO  
DE ANDRADE, PRIMERO HASTA LA VICTORIA, Y LUEGO A CA-  
RACAS. - EL GENERAL LUCIANO MENDOZA ES NOMBRADO JEFE  
DEL EJERCITO QUE QUEDA EN LA VICTORIA. - SALIDA DEL GE-  
NERAL PAREDES PARA PUERTO CABELLO. - CASTRO SE DECIDE  
A ENTRAR A VALENCIA. - CONSIDERACIONES.

## I

Viendo Castro que Fernández no se movía de San Cristóbal, el 3 de agosto se puso en marcha hacia Caracas con el propósito de que antes he hablado. Pasó a poca distancia del campamento de su enemigo sin que éste lo inquietara, y al llegar a Táriba, comunicó a una hermana el pensamiento que lo dominaba, con estas palabras: "voy a entregarme en uno de los Estados del Centro porque si lo hago aquí me sacrifican". (\*)

Mas a la mañana siguiente al pasar por La Grita le informan que habían llegado a Tovar doscientos hombres al mando del General Rafael González Pacheco, que venían de Trujillo a incorporarse a Fernández; y como sus tropas eran todavía cinco veces más

---

(\*) El Coronel Ismael Arellano, del pueblo de Lobatera, y otros andinos me han asegurado que esto no es materia de duda para nadie en Los Andes.

numerosas determinó atacar la pequeña fuerza andradista para reanimar a los suyos y aun probar fortuna.

Al amanecer del 6 sorprendió a González Pacheco en el pueblo citado y en dos horas de combate lo derrotó cogiéndole algunos prisioneros, armas y cápsulas.

Si cuando Castro pasó cerca de San Cristóbal, ya en camino para Caracas, Fernández lo hubiera seguido, aquél no habría ido más allá de Tovar sin ser alcanzado y obligado a entregar las armas, pues sabiendo que se le seguía de cerca indudablemente se habría abstenido de atacar a González Pacheco por temor de ser envuelto por Fernández; y seguramente habría preferido proponer a éste un arreglo cualquiera, cuyo resultado siempre habría de ser menos riguroso y menos duro para él de lo que pudiera acontecerle después de un combate perdido, sobre todo si caía prisionero, como era de preverse en la difícil posición en que habría quedado colocado.

Por otra parte, si al pasar por La Grita hubiera Castro sabido que a Tovar había llegado una fuerza de consideración, es muy probable que lejos de avanzar se habría devuelto para tratar de llevar a efecto su primera idea de irse a Colombia, resignándose a todos los inconvenientes y penalidades de la internación con escasos medios de fortuna en un país que le era hostil, antes que exponerse voluntariamente a peligros mayores que los que trataba de evitar con la marcha al Centro; mas estando en cuenta de que Fernández no se había movido, y de que sólo eran doscientos hombres los llegados a Tovar, se animó a atacarlos confiado en la gran superioridad numérica de su gente. Mientras no encontrara sino pequeños grupos de tropas no era de esperarse que se rindiera ni regresara: batirlos era lo indicado, tanto para posesionarse de los elementos de guerra que llevaran, como porque el prestigio de los triunfos que alcanzara por pequeños que fueran, aumentaría siempre las probabilidades de obtener una capitulación en condiciones menos desventajosas, al encontrar un ejército que le cerrara el paso.

De Tovar siguió a Mérida, capital del Estado, donde habría debido hallar por lo menos una guarnición atrincherada que hicie-

ra difícil o imposible la ocupación de la ciudad; pero no encontró en ella un sólo enemigo armado y esto le proporcionó ocasión de descansar allí unos días y de recolectar algún dinero.

Intimidados ante la perspectiva de aquella marcha hacia la capital de la República con tan escaso número de hombres y tan pocos elementos de combate, muchos oficiales y soldados, que ignoraban las verdaderas intenciones de su Jefe, se le separaron en Mérida y se volvieron al Táchira, pero él continuó su camino con los que permanecieron a su lado, sin darle importancia a las deserciones citadas, porque no iba con el ánimo de combatir; y el 16 llegó a Valera, capital de la Sección Trujillo, y la ocupó como había ocupado la del Estado, sin quemar una cápsula.

Al regresar González Pacheco, después de la derrota de Tovar, se había encontrado sustituido por el General Leopoldo Baptista, quien había conseguido en esos días que Andrade le diera el mando de la localidad y tenía cerca de dos mil hombres reunidos a toda prisa y equipados con un parque considerable que había recibido de Maracaibo. (\*)

Baptista en vez de esperar a Castro —quien sólo traía ochocientos soldados casi sin pertrechos— en alguna de las formidables posiciones en que abunda esa parte del país, para obligarlo a volverse al Táchira o capturarlo, lo dejó acercar y luego evacuó a Valera y se situó a corta distancia, sin hacer la más pequeña demostración de hostilidad.

Ese hecho extraordinario produjo la mayor alegría al guerrillero tachirense, quien comprendió que de aquella actitud a la in-

---

(\*) En un folleto que hizo imprimir Andrade en la Habana en 1900 y que no ha circulado, pero del cual me mostró un ejemplar en Curacao en diciembre de 1902, a mi salida de San Carlos, y que ahora he podido conseguir por casualidad, dice: "A los cargos que se desprendan contra el General Antonio Fernández por la campaña del Táchira, hay que agregar los correspondientes a la indisciplina de sus tropas, las quejas que llegan a Caracas, acusadoras de violencias escandalosas. Aquí el saqueo de respetables hogares; allí la destrucción de edificios cuyos propietarios están colaborando con las armas, con sus relaciones o influencias, en el restablecimiento de la paz; más allá la entrega de armas y municiones a gamonales lugareños, mal queridos, cuando no odiados, que representan para lo futuro nuevos motivos de sangrientos disturbios en aquellas localidades, y de complicaciones posteriores para el Ejecutivo Federal. La desocupación de Los Andes por las fuerzas nacionales", (las que mandaba Fernández) "adquiere apariencias de una correría de tropas conquistadoras. Detrás quedan superando las quejas motivadas por las extorsiones de la invasión, las protestas de los expoliados, los gritos de la miseria, las cóleras del desengaño, los gérmenes, tal vez, de justicieras revanchas, etc. etc.

corporación, no había gran distancia, y en el momento mismo empezó en medir sus fuerzas con las del gobierno de Andrade, aunque todavía no de un modo enteramente decidido. En la proclama que allí suscribió, casi invitó al jefe andradista a seguir con él, y el 18 continuó su marcha dejándolo detrás, bien persuadido de que no tenía nada que temer de su parte.

El 22 llegó a Carora donde no encontró oposición de ninguna especie. Se acampó en esta ciudad hasta el 24 y en la tarde de dicho día marchó hasta el caserío de Parapara que está situado en la margen izquierda del río Tocuyo.

Por este tiempo se encontraba alzado en el Estado Falcón el General Diego Colina con más de mil hombres. Se había sublevado contra el Gobierno, siguiendo instrucciones de un comité que estaba en Curazao formado por los Generales José Ignacio Pulido, Ramón Guerra, Juan Pietri y Ramón Ayala quienes no tenían ninguna conexión con Castro: por esa circunstancia no se unieron los dos cuerpos revolucionarios, y Castro no trató de acercarse a donde estaba Colina.

## II

Antes de seguir al afortunado guerrillero en su extraordinaria aventura, veamos cómo estaban las relaciones entre Andrade y Fernández después de la llegada de éste al Táchira, y lo que ambos habían hecho últimamente.

Empeñado Andrade en dirigir la guerra desde su gabinete, como en las dos revoluciones anteriores, enviaba a Fernández telegramas y más telegramas ordenándole que marchara de Colón; pero aquel no hacía el menor caso de ellos. Al fin cuando resolvió moverse y tuvo lugar el tiroteo de Cordero, se lo anunció a Andrade como un gran triunfo. Las banderas que, al retirarse, le había dejado Castro en los cerros, dijo, las habían arrebatado al enemigo, y ese y muchos otros detalles, igualmente mentirosos, fueron publicados en Caracas en boletín oficial.

Por los informes que me había dado el mismo Andrade, yo había creído en los días anteriores que Castro iba huyendo delante de Fernández, y así lo dije en uno de los artículos que escribí en esa ocasión; pero después de Cordero empecé a sospechar la ver-

dad viendo que transcurrían los días y no se sabía nada de la persecución que debía haber seguido a la derrota; y cuando más tarde supe que Castro venía marchando vía del Centro, y que Fernández permanecía inactivo en la capital del Táchira, comprendí que este había estado engañando a Andrade.

En vez de ordenar a aquel que persiguiera a Castro con toda diligencia y aun haberlo depuesto en caso de que no obedeciera, colocando a la cabeza de las tropas a Peñaloza u otro de los jefes que había allí, que pudiera haber cumplido con su deber, en lugar de eso, digo, Andrade ordenó a su teniente que se dirigiera a Valencia por la vía de Maracaibo y Coro, lo que este efectuó, desertándosele gran número de tropas en el trayecto, y llegando a la ciudad mencionada con solo mil quinientos hombres de los cinco mil que había llevado, cargados con los despojos de los pueblos que encontró a su paso, los que habían sido saqueados tanto a la ida como al regreso.

Cuentan testigos presenciales, que cuando Fernández llegó de vuelta a Maracaibo, una mujer de las que iban con la tropa vestía un traje de muselina negra con estrellas de papel dorado, el cual había sido quitado a la efigie de una Virgen en la iglesia de un pueblecito del Táchira. Ni los santos habían escapado al saqueo y atropellos de Fernández, cuyo botín particular, al decir de los que lo embarcaron en Maracaibo, constaba de más de cuarenta cajas en que había objetos de todas clases.

Y Andrade, en lugar de someter a juicio a aquel Jefe atrabiliario, que tantos males de todo género había causado a su Gobierno, para que diera cuenta de su conducta, a su llegada a Valencia lo dejó al frente de las tropas que le quedaban, sin darle ni la más pequeña muestra de que desaprobaba lo que había hecho.

Entretanto Castro había pasado de Trujillo sin que Baptista tratara de impedirselo, y eso había empezado a poner en cuidado a Andrade, quien reconcentró en Barquisimeto cerca de tres mil hombres al mando de los Generales Aquilino Juárez, Lorenzo Guevara y Elías Torres Aular, ninguno de los cuales tenía la menor idea de combatir, como se verá en breve.

Andrade quería servirse siempre de hombres a quienes por su incapacidad creía destituidos de ambición, y tenía recelos de los que hubieran mostrado independencia de carácter. La cues-

tión de vencer, que era la primordial, la ponía a un lado con tal de tener bajo su dependencia hombres serviles, que no le permitieran tener ideas propias. No había escarmentado con lo que acababa de acontecerle con Fernández, y su ruina completa iba a deberla a esa debilidad o a esa torpeza.

### III

Como he dicho antes, Castro había llegado al caserío de Parapara en la tarde del 24 de Agosto. El 25, al tratar de seguir, encontró el río crecido y hubo de detenerse hasta el 26, y cuando en la mañana de este día pensó ponerse en marcha, tropezó inopinadamente con la vanguardia de la fuerza que mandaba Torres Aular.

Para ambas tropas fué una verdadera sorpresa porque sus Jefes no habían tomado ninguna clase de precauciones militares; pero Castro y los suyos reaccionaron pronto y se dispusieron a combatir, mientras que los otros huyeron del modo más vergonzoso, dejando en poder de los primeros casi todas las armas, incluyendo un cañón Krupp, las cápsulas, y hasta el dinero que llevaban para raciones, yendo unos pocos de los derrotados a refugiarse en Barquisimeto, donde se reunieron con las tropas de Juárez y Guevara, a quienes algo después se incorporó también el General Leopoldo Baptista, que había venido detrás de Castro desde Trujillo, con una parte de sus tropas, y se había mantenido siempre a una jornada de distancia, sin mostrar el menor deseo de alcanzarlo...

El suceso de Parapara, tan inaudito como degradante para Torres Aular y todos los que iban con él, reanimó a las tropas de Castro que estaban decaídas de espíritu, y a éste lo confirmó en su propósito de probar fortuna siguiendo al Centro. La idea de entregarse había desaparecido ya.....¿Entregarse a quién?..... ¿A los que se apartaban del camino para dejarle el paso libre, o a los que huían con sólo verlo?.....No, evidentemente el Gobierno Nacional estaba derrumbándose por sí mismo: era preciso seguir adelante y marchar siempre mientras no encontrara quien se le opusiera...

En Parapara no hubo pérdidas de vidas, y durante el resto del día Castro pudo capturar cerca de doscientos hombres de los que

habían quedado dispersos por los montes. El 27 siguió marcha y el 1º de setiembre pasó frente a la ciudad de Barquisimeto, por los arrabales, a la vista de más de dos mil hombres que había allí, los cuales permanecieron como otras tantas estatuas...

Lo que Castro llevaba no tenía la menor apariencia de ejército. Marchaban las tropas en pequeños grupos, con largos intervalos, sin formación ni orden de ninguna especie. Mezclados con los soldados iban mujeres y niños en gran número, a pie, en burros y en todas partes se veían estos cuadrúpedos con cargas de varias formas y tamaños. Muchos oficiales subalternos iban también montados sobre ellos, en enjalmas, o en pelo, otros en mulas o caballos, con todas clases de aperos improvisados.

Aunque hacía gran calor, muchos de los pasantes llevaban sobre el vestido ruanas o mantas de las que se usan en las frías montañas de donde habían bajado. Todos iban con ropas y sombreros de colores y formas diversas. La apariencia en general era la de una caravana que acabara de cruzar el desierto

Aquel grupo de hombres indisciplinados, muchachos y mujeres, sólo necesitaba una carga para dispersarse (\*) pero allí no había quien quisiera darla. Los Generales a quienes el Gobierno había confiado el mando de sus tropas eran sencillamente unos miserables, dignos de ser fusilados por la espalda, por cobardes o por traidores o por ambas cosas a la vez.

A Andrade le habían anunciado lo de Parapara como un triunfo; le habían dicho que Castro, después de la derrota, se había dirigido a Coro, buscando las fuerzas revolucionarias de Colina, y así se había publicado en Caracas; pero al saberse en esta ciudad que aquél, en lugar de ir en la dirección indicada, iba marchando hacia Carabobo, ya nadie creyó en las victorias del Gobierno. Los que sabían el número de tropas que había en Barquisimeto tampoco podían explicarse que Castro hubiera podido pasar tan cerca de ellas sin que lo atacaran. Nadie pensaba que allí pudiera repetirse lo que había acontecido en Trujillo.

---

(\*) El Doctor R. Gil Garmendía, que presencié el paso de Castro por Barquisimeto y me refirió en 1901 los detalles que dejo apuntados, no creía que Castro hubiera podido defenderse si se le hubiera atacado en ese momento.

## I V

Yo había estado observando los progresos de la revolución, y aunque vivía en la mayor intranquilidad, después de lo que dije a Andrade al marchar Fernández de Caracas, me había abstenido de hacerle nuevas indicaciones. Aquel había tenido otra oportunidad de utilizar mis servicios al reconcentrar tropas en Barquisimeto, y no me había dicho una palabra, lo que parecía revelar que tenía alguna prevención contra mí; y por esto me mantenía yo algo alejado; mas cuando supe el paso de Castro por la capital del Estado Lara, fui a ver a Andrade y le dije que lo que estaba sucediendo era otra iniquidad, que si me lo permitía iría a Carabobo a estudiar una posición por donde aquel atravesaría indefectiblemente dada la vía que había tomado; que la referida posición eran las Termópilas de Venezuela; que si me facilitaba cuatro Batallones iría a esperar a Castro en ella, y le aseguraba que del enemigo el que no muriera combatiendo se lo llevaría preso a Caracas.

Me autorizó para ir, aun dió orden al Ministro de Hacienda para que me entregara lo que necesitara para mis gastos.

A los tres días regresé llevándole un croquis de la posición, y le explique mi plan: "Es matemático", me dijo, "pero no tengo tropas que darle". "De las de Ferrer y Fernández que están en Valencia no puedo disponer, porque se me disgustarían ambos y aquí tengo muy poca fuerza". Le observé que podía pedir sólo dos Batallones a Ferrer, uno a Fernández, y darme el otro de los de la guarnición de Caracas; y a su negativa con el mismo pretexto, le dije que me nombrara Jefe del Estado Mayor de Fernández para realizar la operación con ese solo cuerpo sin desmembrar a nadie. A esto contestó que Fernández tenía su Jefe de Estado Mayor y se disgustaría si le quitaba ese hombre. "No le quite ningún hombre", le dije, "agréguele uno": "nómbreme su segundo, le respondo que iré a Valencia y lo haré convenir en mi plan, y que pronto tendrá Ud. la noticia de haber terminado la aventura de Castro".

No hubo forma. Tuve que despedirme sin que quedáramos en nada. Andrade ya por este tiempo era incapaz del menor acto de energía; ya no era el hombre ensimismado de los días en que

se creía un Carnot, ahora estaba apocado y temeroso de todo. La conducta de los militares a su servicio lo habían puesto en un estado de atonía. No resolvía cosa alguna, y en cada hombre veía un enemigo. A mí mismo tal vez me había autorizado para ir a Carabobo a examinar la posición porque no había tenido voluntad para negarse, probablemente sin la menor intención de hacer lo que le proponía; mas ahora que se trataba de tomar una determinación de trascendencia, no había medio de que se resolviera.

A las contrariedades militares se agregaba que en los últimos veinte días había tenido una hija enferma de bastante gravedad, y esto lo había afectado profundamente. Pasaba los días enteros al lado de la cama de aquélla, sin ocuparse de los asuntos públicos, los cuales naturalmente iban complicándose cada vez más.

Para el tiempo a que me refiero ya la niña estaba fuera de peligro, pero no por eso había él cobrado ánimo. Como se ha visto, ni siquiera se atrevía a disponer de sus tropas: temía disgustar a Fernández, a quien no sólo debía haber depuesto en San Cristóbal o a su llegada a Valencia, sino también castigándolo severamente para restablecer la disciplina y levantar la moral del Ejército.

En la noche volví, deseoso de saber si había resuelto alguna cosa, y como me impacientara al ver que continuaba indeciso, su buena esposa, que acertó a pasar por donde habíamos estado hablando, me dijo: "no lo culpe, Paredes, él no le da las tropas porque no quiere sino porque no puede: lo tienen con los brazos atados".

Contesté a la señora que el Gobierno corría grave riesgo si el General Andrade no tomaba una resolución enérgica; que lo decidiera a darme las tropas y le respondía de salvarlo; y me volví a mi casa con muy poca esperanza de poder hacer nada en favor de aquella situación que parecía condenada a desaparecer en pocos días.

## V

Castro, entretanto, había seguido lentamente por Cabudare, Yaritagua, Urachiche, Boraure y Santa María. Con los prisioneros de Parapara y alguna gente que se le incorporó después de su paso por Barquisimeto, su tropa ascendía de nuevo a mil setecientos

hombres. En uno de los pueblos citados tuvo informes de que el General Rosendo Medina iba en sentido contrario, por la misma vía, con algo más de seiscientos soldados, seguramente a incorporarse a las tropas del Estado Lara, y que al saber su aproximación se había devuelto.

En la mañana del 9, al llegar a Nirgua, que está situada en el fondo de un valle profundo y estrecho, lo encontró allí enteramente descuidado. Después de dispersar con unos tiros a setenta hombres que habían avanzados por Medina hasta las primeras casas de la entrada de la ciudad, penetró en ella y lo derrotó a él mismo en algunos minutos, sin que ninguno de los contendores hubiera sufrido pérdida alguna. La gente de Medina, como la de Torres Aular, desde el primer momento no pensó sino en ponerse en salvo, y al huir dejó en poder de Castro, todas sus cápsulas, cerca de doscientos Mausers y unos pocos prisioneros.

El 10 siguió Castro por vía de Miranda y Bejuma y gastó tres días para llegar a Tocuyito, donde se acampó el 12 por la tarde.

Había pasado descuidadamente por el desfiladero en que yo propuse que se me permitiera esperarlo... y luego, al detenerse, eligió la peor de las posiciones que hay a diez leguas a la redonda: un pueblecito aislado en una sabana, descubierto por todas partes.

Se situó allí como invitando a los cuatro mil seiscientos hombres del Gobierno que estaban en Valencia, a ocho millas de distancia, a que fueran a destruirlo; mas aquéllos no iban a aceptar la invitación...

#### IV

Después de la sorpresa de Medina en Nirgua repentinamente había tomado Andrade la resolución de ir a ponerse al frente del ejército que estaba en Valencia. Así me lo comunicó en la noche del 12, cuando ya Castro, a quien él suponía aun en los Distritos occidentales de Carabobo, había llegado a Tocuyito; y como al mismo tiempo me significó el deseo de que fuera a Valencia con él para darme el mando de una División, le pregunté en qué fecha pensaba salir de Caracas, y habiendo contestado que dos días más tarde, o sea el 14, le dije que me iría al siguiente a aguardarle en Valencia.

La inesperada resolución de Andrade me había causado gran contento, porque me parecía que su presencia en el Ejército podía estimular a las tropas a cumplir con su deber y estaba seguro de que un esfuerzo medianamente dirigido bastaba para destruir aquella ridícula revolución.

Como lo había ofrecido a Andrade, salí al día siguiente; mas por haberse detenido el tren en Maracay, no pude llegar a Valencia sino el 14 a las once de la mañana.

Ferrer y Fernández estaban, según parece tan mal informados, que hasta el 13 por la noche no supieron que Castro había llegado al pueblo de Tocuyito, no obstante que, como se sabe, aquel dista sólo unas pocas millas de la capital de Carabobo.

A mi llegada a ésta se me informó que ambos habían salido a las ocho de la mañana con sus tropas a combatir a Castro, lo que trastornaba por completo el propósito que me había llevado allí.

Aunque yo no tenía mando alguno, en mi deseo de servir de algún modo al Gobierno en aquel crítico momento y sabiendo que un hombre decidido siempre puede ser útil, me dirigí al Presidente del Estado, Señor Ezequiel García, y le exigí cabalgaduras para montar algunos oficiales que tenía conmigo e irme con ellos adonde sin duda se estaba combatiendo.

Como me respondiera en un tono agrio, en presencia de ocho o diez personas que había allí, que no tenía bestias que darme, y preguntara de dónde quería yo que él las sacara, me puse de pie y le dije que el Gobierno de Andrade había llegado a la situación en que se encontraba, por haber confiado empleo como el que él tenía, a hombres como él, y le volví la espalda, monté en mi caballo, que lo tenía un asistente a la puerta, y me fuí al cuartel "Anzoátegui" donde había poco más de doscientos hombres, única fuerza que quedaba en la ciudad.

Al acercarme, ví que tenían en la calle ocho carros cargados de cápsulas con una pequeña escolta en disposición de salir hacia Tocuyito, y supe luego que habían encargado de conducirlos a un ciudadano que no era empleado del Gobierno, y que además era hombre de ninguna responsabilidad.

Inmediatamente pensé que el convoy no llegaría oportunamente a su destino, y viendo que estaban allí el Comandante de

Armas y el Jefe de la guarnición les dije que yo llevaría aquel parque a Ferrer, porque precisamente en ese instante iba para allá, a lo que ellos contestaron casi a una voz: "el parque y la escolta están a sus órdenes".

Salí sin pérdida de tiempo. A corta distancia de la ciudad, empecé a encontrar soldados heridos que podían sin embargo caminar por sí solos y caminando venían, sin necesidad de ajeno auxilio; empero cada uno traía detrás tres o cuatro individuos que habían desertado del combate con el pretexto de acompañarlos. Al verlos me acordé involuntariamente de que en la gran batalla de Austerlitz Napoleón previno que nadie saliera de las filas bajo el pretexto de retirar a los heridos, y cuando, no obstante eso, algunos, olvidándose de la recomendación del Emperador, querían hacerlo, los soldados moribundos rechazaban sus cuidados y los mandaban que volvieran al combate. ¡Qué diferencia entre aquellos soldados y nuestros pobres reclutas!...

Cuando llegué donde llaman Mucuraparo, a una legua de Valencia ya se veía un cordón de desertores casi continuo por el camino. Al mismo tiempo podía observarse que las tropas del Gobierno venían en retirada, porque los fuegos se acercaban cada vez más.

En ese momento ví que por una estrechura o portachuelo del camino de Nirgua, a alguna distancia hacia mi derecha, iba desembocando en la sabana un grupo de tropas bastante grueso; y creyendo que pudieran ser de las de Castro que vinieran a cortar la retirada a las que huían por acá, hice detener los carros y me preparé a resistir colocándolos contra la empalizada de un corral de ganados y situando la escolta detrás.

Mas como al examinar con el antejo comprendiera que eran derrotados de las fuerzas del Gobierno, puse de nuevo los carros en movimiento con la mayor celeridad, y mandé un Ayudante a caballo que fuera a escape hasta donde encontrara a Ferrer y le dijera que yo llevaba un parque; que si él creía que en lugar de serle útil podía serle embarazoso para la retirada, me lo avisara para contramarchar con tiempo y que aquel no fuera a caer en poder del enemigo; pero que mientras él no dispusiera otra cosa yo seguiría la marcha.

Después de la detención a que me he referido, que había durado apenas unos minutos, había seguido yo por la sabana paralelamente al camino por ser más fácil a la marcha de los carros, y porque aquel estaba ahora lleno de tropas en desorden que iban hacia Valencia.

Fernández, Terife y otros Generales pasaron hacia aquella ciudad, y cuando el primero me vió, gritó: "adios, tocayo"....

Los batallones marchaban mezclados; los Jefes a caballo en medio del tumulto parecían no inquietarse de lo que ocurría porque no hacían la menor tentativa para restablecer el orden.

Cuando hube andado como una milla más, no pudiendo seguir fuera del camino a causa de los matorrales que había en esa parte de la sabana, volví de nuevo a aquel, que estaba casi solo por haber pasado ya el grupo mayor de derrotados y poco después me crucé con un joven, que según entiendo era Ayudante de Ferrer y al parecer iba huyendo con los otros. Al reconocerme contuvo un poco su caballo y me dijo: "vuélvase, General, si no quiere caer prisionero con ese parque". Mas le contesté que no lo haría mientras Ferrer no me lo ordenara por medio del Ayudante que le había enviado, y nos separamos en direcciones opuestas.

Apenas había avanzado dos o trescientos metros cuando regresó mi comisionado, y, con señales de grande alarma, me dijo: "el General Ferrer que contramarche, que todo está perdido".

Entonces puse las mejores bestias adelante con la mitad de la escolta y mandé que volvieran a Valencia precipitadamente; y con dos caballos que estaban cansados, y la otra mitad de la guardia, seguí detrás al paso que podía.

Por este tiempo empezaban a pasar nuevamente grandes grupos de derrotados y sólo se oían escasas detonaciones hacia el lado de Tocuyito, viéndose el humo de los disparos a poca distancia. Se comprendía que ya no había combate. Aquellos tiros intermitentes los hacían probablemente los derrotados con la intención de contener al enemigo.

Llegó un momento en que los caballos que tiraban de los carros se resistían a seguir y tuve que detener algunos soldados de los que huían, amenazándoles con el sable, para obligarlos a llevar en el hombro las cajas de cápsulas: así entré en Valencia a las siete de la noche.

Entregué el parque al mismo Comandante de Armas y seguí a ver a Fernández que había llegado a la ciudad hacía cerca de dos horas y estaba alojado en un hotel. . . .

Lo encontré acostado en una cama, medio desnudo, conversando con algunos oficiales. Al verme entrar me alargó la mano y me preguntó: "¿y el parque?" y a mi respuesta de que acababa de entregar las últimas cajas al Comandante de armas, agregó: "yo lo creía perdido". Luego continuó: "tocayo, yo no peleo más; ese miserable Ferrer lo ha perdido todo"; a lo que yo objeté: "no es este tiempo de hacer recriminaciones, sino de que salgamos a recoger las tropas que hayan quedado para organizar la defensa, porque el enemigo debe amanecer atacándonos", y como repitiera que él no combatiría más, le dije: "haga Usted lo que le parezca, yo voy a salir a hacer lo que pueda".

Una vez en la calle me dirigí de nuevo al cuartel "Anzoátegui". Cuando el Jefe de la guarnición, General A. Rodríguez Maceira, me vió llegar, de modo que lo oyeran todos los que le rodeaban, gritó: "yo no reconozco otro Jefe que el General Paredes".

Rodríguez y yo habíamos servido juntos el año anterior y desde entonces éramos amigos. El había sido quien con más decisión me había entregado el parque esa tarde. Hasta hoy no he sabido si en el momento en que me presenté tenía alguna discusión sobre los acontecimientos del día o había recibido alguna orden que no quería cumplir; no podría decir cuál fué la verdadera causa de su resolución y aunque no se me ocultaba que tan inesperada salida era uno de los efectos de la última derrota sufrida por las armas del Gobierno, la que indudablemente había relajado más los lazos de la disciplina, no pude menos de aceptar tan espontánea muestra de confianza, y le dije: "si es así vamos a fortificarnos, porque mañana muy temprano debemos tener encima a los vencedores de esta tarde".

Entonces me comunicó que en su cuartel había trescientas mil cápsulas, seiscientos Mausers, un parque considerable de artillería, muchos vestuarios y poco más de doscientos hombres.

Inmediatamente mandé a unos a buscar provisiones de boca para el caso de un sitio, a otros a buscar escaleras para hacer subir las tropas a los techos y puntos dominantes; a éstos a solicitar madera u otros materiales para construir barricadas o trincheras:

yo mismo fui con una guerrilla a una casa de comercio amiga y pedí, bajo mi crédito personal, ocho rollos de alambre de puntas; y cuando hube puesto a andar los trabajos de fortificación, envié al General Andrade el telegrama siguiente: "Los doscientos hombres acuartelados en el "Anzoátegui" acaban de ponerse espontáneamente a mis órdenes. Creo urgente mande cuatro o seis batallones ahora mismo para evitar que en la madrugada de mañana o durante el día sufran las armas nacionales un nuevo desastre. Si Usted me confía el mando de esa fuerza, le respondo que las tropas de Ferrer y Fernández podrán reorganizarse protegidas por mí. Si el enemigo ataca ahora o en la madrugada, será difícil defender la plaza, por la completa desorganización de las tropas que combatieron hoy. Espero su contestación para tomar las medidas del caso, y en cuanto me llegue la fuerza, asegurar la plaza. Le juro que ésta no caerá en poder del enemigo mientras me quede un soldado". (\*)

La ciudad parecía desierta. Aunque, cuando expedí el telegrama, eran apenas las 7,20 no se veía un solo ciudadano en las calles, la mayor parte de las cuales estaban completamente a oscuras. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas. Pequeños grupos de tropa de las derrotadas esa tarde iban desfilando aquí y allá hacia Caracas. Todos preveían un ataque y no querían exponerse a sus consecuencias. De Ferrer nada se sabía. Fernández continuaba en su hotel, sin ocuparse de la guerra....

Habiendo tenido que ir a la Estación del Ferrocarril alemán poco después de las nueve, encontré allí a Ezequiel García y Eduardo Mancera, Presidente del Estado y Jefe Civil de la ciudad, respectivamente, tratando de que les proporcionaran un tren para irse.

Aunque yo había tenido un disgusto ese día con el primero por causa de los bagajes que le exigí para mis oficiales, le dije que se

---

(\*) En el folleto de Andrade, a que antes he aludido, está transcrito textualmente ese telegrama, con excepción de las dos primeras líneas, las cuales fueron suprimidas probablemente para no dar a conocer la gran desmoralización en que se hallaban entonces las tropas del Gobierno. Al pie de él Andrade dice: "El joven General, modelo de militares de honor, esperanza de la República, creyó salvada la plaza con 1.200 hombres de refuerzo". Y más adelante, después de hacer grandes elogios de mi conducta posterior agrega: "Si el telegrama que el General Paredes me dirigió desde Valencia la noche del 14 de Setiembre hubiera llegado antes; si hubiera yo estado en capacidad de enviarle las fuerzas que él me pedía, la situación de la República sería hoy enteramente distinta".

olvidara de aquello, que ya era asunto pasado, y que si lograba llegar adonde estaba Andrade, le dijera de mi parte que mandara las tropas que le había pedido y que en el tren en que vinieran le remitiría el parque de artillería, que estaba de más allí puesto que no había cañones; y en seguida me volví al cuartel.

Algo después de media noche me avisaron que había llegado un tren vacío y que Fernández y sus oficiales lo habían asaltado y habían salido en él para Caracas. . . .

Los hombres enviados a buscar materiales para trincheras, por falta de conocimiento de la ciudad, o más bien por falta de interés, no habían conseguido nada; pero con el alambre de puntas había yo interceptado muchas de las calles por donde se podía intentar un asalto al cuartel. A las tres de la mañana sólo me quedaban por obstruir unas pocas de las del frente y aunque hasta esa hora no había tenido contestación de Andrade, estaba resuelto a aguantarme allí aun en el caso de que no se me mandaran refuerzos.

Como a las cuatro se presentó Ferrer a caballo, completamente solo, y al verme me dijo: "Me alegro mucho de que Usted esté aquí. He recibido un telegrama del General Andrade en que me ordena desocupar la ciudad. Póngase en marcha con esa gente por el camino de Caracas".

Ferrer había sido nombrado Ministro de Guerra unos días antes; sabía que yo no tenía mando en el Ejército, e ignoraba que Rodríguez se me había subordinado por su propia cuenta; mas al darme aquella orden, de hecho me contaba como incorporado.

Me le acerqué, hasta poner la mano sobre la crin de su caballo, y le dije que la desocupación de la plaza sería un nuevo desastre; que yo había teleografiado al General Andrade pidiéndole algunas tropas y autorización para permanecer allí, y que además en el cuartel había un gran parque que si caía en poder del enemigo sería asunto concluído para el Gobierno; y como a pesar de mis razones me ratificó la orden de salir, en cuanto hubiera mandado el parque, alegando que él tenía que atenderse a lo dispuesto por Andrade, le exigí que me ayudara a conseguir medios de transporte, y por otro lado mandé yo mismo a buscar carros, etc.

Cuando se preparaba a irse le pregunté cómo había sucedido la derrota del día anterior y me contestó que se debía a Fer-

nández, que no le había obedecido; y habiéndole preguntado de nuevo por qué no había hecho un ejemplo con él, respondió que bien lo había querido; pero no le había sido posible. En seguida, picó el caballo y se volvió por donde había venido.

Fernández echaba la culpa de la derrota a Ferrer y éste aseguraba que se había debido a Fernández. ¿Cuál de los dos decía la verdad?...

Yo no sabía dónde había pasado Ferrer la noche, ni había tenido tiempo de preguntárselo. Por lo pronto lo único de que estaba cierto era de que me había ordenado marchar repetidas veces, de que él era el Ministro de la Guerra y de que yo no debía desobedecer. Con el respeto debido a su alta jerarquía, le había hecho las indicaciones o advertencias que me habían parecido del caso, y habiendo sido desatendidas, no pensé ya sino en cumplir lo que me había ordenado. Si en ese momento o después hubiera yo recibido contestación de Andrade, aceptando mi proposición de conservar la plaza, habría podido contrariar la orden de Ferrer; pero el telégrafo permanecía mudo.

A las siete de la mañana terminé de remitir el parque y me puse en marcha. No había la menor señal de enemigos por los alrededores, lo que indicaba que Castro no había quedado en condiciones de atacar. ¿Por qué nos íbamos entonces?... ¿De quién huíamos?... ¿No era deber del Ministro de Guerra comunicar a Andrade aquella circunstancia y pedirle nuevas órdenes?... ¿Por qué se le obedecía ahora tan ciegamente para efectuar una disposición que debía perderlo, cuando lo habían desatendido en tantas otras ocasiones?...

Personalmente yo no podía insistir más a trueque de pasar por insubordinado; mas me iba de la ciudad con verdadera pena.

Las familias, desde sus ventanas y puertas, nos veían pasar con extrañeza, y debió haber muchas que sintieran por nosotros el desprecio que inspiran los cobardes.

Aunque tenía conciencia de haber cumplido mi deber hasta donde me lo permitían las excepcionales circunstancias en que me hallaba; y para significar de algún modo que me iba contra mi voluntad, en vez de ponerme con Rodríguez a la cabeza de la pequeña columna, marché detrás.

Lo que más me afectaba no era precisamente que en ese momento me vieran las gentes de Valencia, sino que tenía la seguridad de que aquel paso iba a ser funesto para el país; sabía que después de aquella incalificable desocupación ya no habría esperanza de salud para el Gobierno; tan insigne cobardía iba a acabar de desmoralizar las tropas y de convertir a Andrade en el hazmereír de todos.

En cuanto a mí estaba resuelto a separarme de aquel, e irme a casa. Hasta entonces había soportado pacientemente todas sus inconsecuencias, porque había abrigado la esperanza de obtener un mando de tropas para impedir el triunfo de la revolución castriata; mas ahora que ni siquiera había contestado el telegrama en que sencillamente le proponía la salvación de su Gobierno, yo ya no esperaba nada, ni deseaba tener más relaciones con él.

Al llegar con mi pequeña tropa al puente de Morillo, hice alto y mandé varias personas a caballo a saber si Ferrer había salido de la ciudad por alguna otra calle, y como volvieran y me informaran que aquél estaba aún detrás, determiné esperarlo.

La tropa de Rodríguez se había formado de dos en fondo hacia la Estación del Ferrocarril inmediato. Habiéndome dirigido a ella a averiguar la causa de cierto desorden que se notaba en las filas, encontré que los que habían huído en la madrugada con Fernández, entre los que iba el Coronel Francisco Linares Alcántara, Jefe de la Artillería del Gobierno, en su precipitación por meterse en el tren, habían dejado allí abandonado un cañón Krupp y una ametralladora, perfectamente nuevos y útiles. No teniendo medios para transportarlo, hice que un Señor Azpurúa, de Caracas, que se preparaba a marchar con la tropa, sacara el cierre o recámara del cañón y desatornillara la ametralladora de su trípode y se trajera ambas cosas, para dejar aquellas armas inutilizadas y que el enemigo, que debía ocupar la ciudad detrás de nosotros, no pudiera servirse de ellas.

Al regresar al puente vi venir a Ferrer como con sesenta hombres al mando inmediato de un oficial llamado Vicente Mora. Cuando llegó adonde yo estaba, me preguntó con cierta brusquedad por qué me había detenido. De un modo también algo brusco, que le hizo conocer que no me había agradado su manera de interpelarme, le expliqué que lo había hecho sólo con el objeto

de aguardarlo, y entonces cambió de tono, dispuso que siguiéramos, y me refirió que los presos criminales se habían fugado de la cárcel; que habiéndolo encontrado solo en la calle del Comercio, lo habían asaltado quitándole en seguida la divisa y el sable y obligándole a gritar "Viva Castro", y que a no ser por aquel grupo de soldados que había desembocado en una esquina próxima en ese momento, e hizo huir a los malhechores, no sabía qué habría sido de él.

Ya en la carretera alcanzamos otro cuerpo de tropas que no bajaba de trescientas plazas, el cual indudablemente había salido de la ciudad por alguna de las calles vecinas. Ese núcleo y los sesenta soldados de Mora, a que he hecho referencia, era cuanto le quedaba a Ferrer de los cuatro mil trescientos hombres que había llevado a Tocuyito; y, según supe después, con ellos había pasado la noche en una calle del barrio de la Candelaria cerca de la salida que va hacia aquel pueblo. Todos juntos contábamos seiscientos hombres escasos, con los que seguimos en un tren que fué a encontrarnos algo adelante del pueblo de Los Guayos; y llegamos a La Victoria, donde estaba Andrade, esa misma tarde.

Como el mando que yo tenía lo había aceptado por pura complacencia, en los momentos de peligro, sin que se hubiera llenado ninguna formalidad, al llegar a La Victoria dejé al General Rodríguez Maceira con su tropa y me fuí a un hotel, desentendido de todo, con ánimo de seguir a Caracas en el primer tren que saliera para allá.

A poco de mi llegada se presentó a buscarme el Señor José Austria, Secretario privado de Andrade y me informó que éste deseaba hablarme; pero me negué a ir a su alojamiento y pasé la noche sin saber nada respecto de sus planes futuros... ¿Qué más tenía yo que tratar con el hombre que no me había dejado defender a Valencia?

## VII

Retrocedamos un momento para ver de qué manera habían sucedido las cosas en Tocuyito el día anterior y lo que había hecho Andrade hasta entonces.

Castro, como se sabe ya, había llegado al pueblo mencionado en la tarde del 12; el 13 permaneció en su campamento sin poder determinar nada sobre la conducta que había de adoptar ulteriormente.

Estaba completamente aislado en el centro de la República. Exceptuando a Colina, alzado en el Estado Falcón, que, como es sabido, no era partidario suyo, el resto del país estaba en perfecta calma. Todos los Estados, incluso los que él había recorrido, tenían la misma organización que les había dado Andrade. El había cruzado desde la frontera del Táchira hasta aquel lugar de Carabobo sin fundar nada, dejando enemigos por todas partes. Era como si hubiera venido volando con toda su gente y caído allí, casi a la vista de un ejército de cerca de cinco mil hombres del Gobierno, provisto de abundante material de guerra.

Su situación no era ciertamente ventajosa: el menor descalabro podía producir su ruina total.

Mas en medio de todo no podían faltarle esperanzas de superar la dificultad del momento; aquellas fuerzas estaban mandadas por Fernández, el hombre de Cordero, el mismo que lo había dejado escapar dos veces en El Táchira; y por Ferrer a quien también conocía bastante. Por otra parte, aun sin tener en cuenta la circunstancia arriba anotada, lo que había presenciado al pasar por Trujillo, Parapara, Barquisimeto y Nirgua, no era seguramente un indicio de que aquí encontraría gran resistencia, en el caso de que encontrara alguna....Verdad es que aquí los enemigos eran más numerosos que los que había tropezado hasta entonces, exceptuando los del Táchira; pero probablemente no serían más emprendedores y "a un lobo nunca le da cuidado cuántos sean los carneros" (\*)

En cuanto a su gente estaba envalentonada por los fáciles triunfos alcanzados y dispuesta a todos los esfuerzos sin medir la extensión del peligro.

El 14, poco después de la una de la tarde, Castro, que aun no había tomado ningún partido, fué sorprendido por los primeros tiros de las tropas gobiernistas. Aunque hacía dos días que estaba casi a tiro de cañón de aquellas, no tenía siquiera avanzadas

---

(\*) Virgilio.

que pudieran advertirle a tiempo si se presentaba el enemigo en las cercanías de su campo, pues con una gente tan voluntariosa como la suya no era posible hacer ninguna clase de servicios con regularidad. Empero, la confusión producida por la sorpresa duró cortos instantes, y él y todas sus tropas empuñaron las armas y se aprestaron a la lucha.

El combate había empezado con las fuerzas que estaban situadas a la salida del pueblo hacia Valencia, y sólo por allí continuó.

A Ferrer no se le ocurrió, no quiso ordenar un ataque por el flanco derecho, que estaba casi completamente descubierto, porque Castro apenas había situado una fuerza muy escasa en el cementerio; ni por el izquierdo, donde aquél no había colocado ni una simple guerrilla. Todo su esfuerzo lo dirigió al centro, que era el único punto fuerte de la posición del enemigo, pues éste estaba apoyado en unas casas y en los árboles que hay a la orilla del camino en la margen derecha del río. Ferrer atacó por aquel lado, que era precisamente por donde debería haberse abstenido de hacerlo; avanzó las tropas en columna por un callejón o avenida que barrían los fuegos enemigos, de un modo que ha hecho creer después que fué expresamente calculado para que las sacrificaran.

Si se hubiera limitado a llamar la atención por allí, y hubiera dispuesto el ataque formal por cualquiera de los flancos, indudablemente habría destruído a Castro.

Hubo un momento, sin embargo, en que el General Rafael Montilla y otros bravos oficiales que iban en la vanguardia de Ferrer hicieron replegar a las tropas de Castro y penetraron hasta las primeras calles del pueblo; pero aseguran que en ese instante sonó el toque de retirada y se vieron en el caso de replegarse a su vez. Los de Castro cargaron entonces impetuosamente, arrojando por completo a los del Gobierno, quienes al retroceder en desorden desorganizaron las tropas que estaban detrás, y que aun no habían entrado en combate, la mayor parte de las cuales huyeron entonces arrojando las armas y dispersándose en varias direcciones.

La artillería de Ferrer, dirigida por el Coronel Francisco Linares Alcántara, no había contribuído poco a la derrota, pues sus balas no habían herido sino a los soldados del Gobierno...

Todo fué allí confusión y desorden. Por consecuencia del rechazo de la vanguardia, más de tres mil hombres abandonaron el campo sin entrar en pelea. Se iban por Batallones y por Compañías enteras, a veces haciendo fuego contra los Jefes y oficiales que trataban de contenerlos.

Los que habían huído por el camino directo de Valencia fueron los que encontré cuando salí de aquella ciudad con el parque; y los que, cuando llegué a Mucuraparo, iban saliendo a la sabana por la vía de Nirgua eran los que al dispersarse habían tomado aquella dirección.

Se ha dicho y repetido después con mucha insistencia que cuando Castro llegó a Tocuyito recibió una comunicación de Andueza Palacio, donde éste le aseguraba que no tenía nada que temer de Ferrer; y que lo que pasó el día 14 fué calculado por éste para que se disolviera el último ejército que le quedaba al Gobierno en el Centro, y facilitar el triunfo definitivo de la revolución.

Lo del aviso de Andueza Palacio no sé quién haya podido averiguarlo, ni cómo; mas en cuanto a la segunda aserción, probablemente la han fundado en la manera cómo Ferrer dirigió el combate; porque nadie puede explicarse que estando Castro descubierto por todos lados, aquél, que tenía fuerzas tan superiores, lo atacara por un solo punto; y que dispusiera la colocación de las tropas de reserva como para que fueran envueltas al ser rechazadas las otras.

Todo eso podría, sin embargo, haber acontecido por ignorancia, porque Ferrer no supiera hacerlo de otra manera, y en favor de esta creencia hay que recordar que me mandó volverme con el parque oportunamente impidiendo así que cayera en poder del enemigo, lo que es muy probable no habría hecho si el desastre hubiera sido obra de una traición premeditada.

Pero no obstante eso, las sospechas vuelven a aparecer de nuevo con más fuerza cuando se considera que teniendo todavía algunas tropas con qué defender a Valencia, la hubiera abando-

nado al día siguiente, a la primera insinuación de Andrade, sin fijar su atención en lo que le dije cuando estuvo en el cuartel "Anzoátegui", y lo que es aun peor, sin que hubiera el menor indicio de que el enemigo pensara atacar. Y si a esto último se agrega la conducta que observó un poco más tarde, hay que convenir en que los que afirman que desde el principio hubo traición de parte de Ferrer tienen en su apoyo toda clase de poderosas razones y argumentos.

## VIII

El General Andrade, por su parte, había salido ese día en la mañana de Caracas, con ánimo de asumir el mando del Ejército, como lo tenía resuelto antes de mi viaje a Valencia, llevando con él uno de los Batallones de su guardia.

A las tres de la tarde, al llegar a Maracay, recibió aviso del Presidente de Carabobo de que los Generales Diego Bautista Ferrer y Antonio Fernández habían marchado con sus tropas a Tocuquito desde la mañana, y de que a la una habían empeñado combate.

Ferrer y Fernández tenían conocimiento de que Andrade había salido ya de Caracas cuando resolvieron marchar de Valencia, y lo hicieron con el principal objeto de impedir que tomara el mando de las tropas. Era una verdadera insubordinación, que revelaba el poco o ningún respeto que tenían por el Presidente, quien, según la Constitución, era el Jefe de todas las tropas de la República.

Andrade había ordenado a las tropas de Barquisimeto y Apure que marcharan hacia Valencia, para tratar de efectuar sobre el enemigo una de las combinaciones con que siempre soñaba. Las referidas tropas apenas habían salido de sus respectivas localidades, y tardarían muchos días en llegar; pero Andrade contaba ocuparse mientras tanto en reorganizar el Ejército, seguro como estaba de que Castro no lo atacaría en su posición de Valencia. Ese plan era por demás defectuoso, porque sin contar con que el Jefe de Gobierno tenía a la mano fuerzas de sobra para batir a Castro, y lo indicado por las circunstancias era hacer esto inmediatamente, se exponía a que aquél, al acercarse las tropas mencionadas,

fuera primero sobre las unas y en seguida sobre las otras, y las batiera, sin que pudieran auxiliarse recíprocamente, presentándose él después delante de Andrade con un ejército numeroso, provisto con los elementos de guerra que le hubiera arrebatado al enemigo.

La insubordinación de Ferrer y Fernández contrarió mucho a Andrade; pero no obstante eso, en lugar de acelerar la marcha para tratar de llegar a tiempo adonde se estaba peleando, y procurar influir con su presencia en la suerte del combate, se detuvo en Maracay, con el pretexto de esperar el segundo Batallón de la guardia que había salido de Caracas algo más tarde que él.

Sucesivamente fué informado allí por el Presidente de Carabobo "de que la pelea se generalizaba en Tocuyito y los fuegos se acercaban a Valencia; de que en las afueras de la ciudad se había tenido que contener con una compañía a los dispersos que regresaban del campo de batalla, y por último, que la contienda había llegado hasta las afueras de la plaza. Finalmente, a las seis de la tarde, en un lacónico telegrama, le comunicó el desastre completo de las armas Nacionales" (\*)

A esa hora envió Andrade el Batallón que tenía consigo hacia Valencia al mando del General Domingo Monagas. El segundo Batallón de la Guardia que había salido de Caracas a las diez de la mañana, todavía a las ocho de la noche no había llegado a Maracay hora en que resolvió Andrade desandar camino para ir a encontrarlo, efectuando en el pueblo de Turmero su unión con él y con los Generales Luciano Mendoza y Augusto Lutowski que habían venido en el mismo tren.

En el referido pueblo supo que Monagas, lejos de entrar a Valencia, como se lo había ordenado, se había detenido en el pueblo de Guacara, a seis millas de la ciudad, y habiéndose informado allí de todo, le pedía nuevas órdenes. En vez de reconvenirlo por haber faltado a sus deberes, y obligarlo a cumplir las órdenes que tenía, dispuso Andrade que lo esperara donde estaba. En seguida comunicó a Mendoza y Lutowski lo que ocurría, telegrafió a Valencia ordenando que viniera a su encuentro uno de los Generales que habían empeñado el combate, o el Presidente del Estado, para

---

(\*) Transcrito del folleto de Andrade.

que le dieran detalles de lo acontecido, y salió hacia la capital de Carabobo con el Batallón y los militares de alta graduación que lo acompañaban.

Al llegar a Guacara, como a las nueve de la noche, volvió a detenerse, reunió un Consejo de Guerra compuesto de los Generales Mendoza, Lutowski, Bello Rodríguez y Monagas, para que resolviera lo que debería hacerse, absteniéndose él de emitir opinión y sometiéndose de antemano a lo que los otros resolvieran. . .

Las paradas y demoras de Andrade, hasta entonces, se habían debido a su natural indecisión, pero ésta indudablemente había sido aumentada por la cobardía de la mayor parte de los que lo rodeaban, quienes viéndolo vacilar y sabiendo que halagaban sus más íntimos deseos al decirle que se devolviera, no desperdiciaban ocasión de hacerlo, aparentando gran interés por su persona y en realidad con la única mira de ponerse ellos mismos a salvo de todo peligro.

Los Consejeros reunidos en Guacara, con excepción de Monagas, que opinó porque Andrade debía seguir, decidieron que debía desocuparse a Valencia, y que el Presidente debía regresar, porque era muy arriesgado que se acercara más a la ciudad, que podía estar ya en poder del enemigo, etc., etc. Aquellos hombres sin honor, no cesaron de hablar en favor de las opiniones que habían emitido, mientras consideraron que podía quedar a Andrade la menor sombra de energía.

El General Monagas, que seguramente quería reparar la falta que había cometido al detenerse en aquel pueblo, viendo que su opinión había sido unánimemente desechada pidió a Andrade los dos Batallones que tenía allí para seguir con ellos a Valencia, y cuando iba a considerarse esta proposición, se presentó Ezequiel García con Mancera, quienes al fin habían conseguido que les facilitaran un tren y llegaban en ese momento.

El primero, lejos de transmitir a Andrade mi mensaje, informó a todos que "el ejército constitucional había sido destruído; que de los cuatro mil seiscientos hombres que lo formaban, apenas habían quedado trescientos, enloquecidos por el miedo; que el parque había caído en poder del enemigo; que la artillería había quedado también en sus manos; que el General Rafael Adrián había sido muerto, combatiendo en las mismas puertas de Valencia;

que el enemigo estaba cerca de la población; que la ciudad se hallaba completamente cercada, y que aun sobre el wagon en que él salía fueron disparados algunos tiros al partir de la Estación" (\*)

El malhadado Presidente de Carabobo había ocultado la verdadera situación a Andrade, guardándose bien de cumplir mi encargo, sin duda porque al hacer esto habrían quedado desmentidas sus aseveraciones.

Era tal el miedo pintado en la cara de García en el momento en que daba los precedentes informes a Andrade y a los de su séquito (\*\*) que produjo en todos sus oyentes la mayor confusión, y los hizo determinar el regreso en el acto, olvidándose de la proposición de Monagas y de todo lo que no fuera escapar a los peligros que creían inminentes.

A nadie le ocurrió objetar cosa alguna contra los argumentos del infortunado García. Nadie preguntó por Ferrer, Fernández y otros muchos jefes y oficiales que debían estar aun en Valencia con algunas fuerzas, puesto que no se les había visto pasar hacia Caracas; tal vez el temor de que estaban poseídos los hizo suponer que todos habían escapado en otras direcciones, lo cierto es que a esa hora, que eran más o menos las tres de la mañana mandó Andrade al General B. Yaguaracuto, con una escasa fuerza, en la dirección de Valencia, para que recogiera lo que encontrara de los restos del Ejército (\*\*\*), puso un telegrama a Ferrer y Fernández ordenándoles que desocuparan la plaza y fueran a reunirsele, tal vez sin esperar que el referido telegrama los encontraría allí; y todos se metieron en el tren y no pararon hasta llegar a Maracay, donde se les incorporó Fernández con sesenta u ochenta hombres, sin dar a Andrade explicaciones de su conducta, sin que éste se las pidiera, y continuando viaje todos juntos poco des-

---

(\*) Transcrito textualmente del folleto de Andrade.

(\*\*) El mismo Andrade me ha dicho después en diversas ocasiones que nunca había visto una cara que revelara tanto miedo como la de García esa noche.

(\*\*\*) Yaguaracuto antes de llegar a Valencia, encontró el parque que yo había mandado, el cual era conducido por la misma vía, y se devolvió con él, yendo a alcanzar a Andrade en La Victoria, y diciendo a éste que los Mausers que llevaba "los había recogido en las calles de la ciudad donde los habían arrojado los soldados en desorden"...

pués hasta La Victoria, en cuya ciudad estaban en la tarde del mismo día cuando llegamos Ferrer y yo con los seiscientos hombres de que antes he hablado.

## IX

Según dije anteriormente, Andrade me mandó llamar con su Secretario Austria, poco después de mi llegada; pero no quise ir donde él.

A las 9 de la mañana del otro día, que era el 16, al saber que iba a salir un tren para Caracas me encaminé a la Estación del Ferrocarril, con ánimo de volverme a mi casa, y lo encontré allí con una numerosa comitiva, preparándose a tomar el mismo tren; al divisarme se dirigió a mí y me dijo: "Mi amigo, por qué no ha ido Usted a verme? El General Rodríguez Maceira me ha contado lo que Usted hizo en Valencia antenoche. Su telegrama no lo recibí sino ayer por la mañana, cuando Usted y Ferrer habían salido ya de Valencia"; y como yo le arguyera que había sido transmitido a las 7,20 de la noche anterior, según debía constar en el mismo, me explicó que el retardo había consistido en que lo enviaron a Maracay, de donde él había pasado cuando el parte llegó, y no se lo habían entregado sino cuando había regresado a aquel pueblo en la mañana siguiente. Y en seguida continuó: "Quiero darle una comisión. Usted es el único que puede salvar a Puerto Cabello y desearía que fuera a tomar el mando de la plaza".

Yo sabía que en Puerto Cabello no había sino trescientos hombres, y que sin contar que a Castro, a quien suponíamos en Valencia, podía ocurrirle adueñarse de la plaza para mandar por allí al extranjero a buscar elementos de guerra, en los alrededores de la plaza se habían alzado numerosas guerrillas que la tenían asediada; pero no obstante eso, considerando que para quien había mostrado tanto interés en salvar al Gobierno, habría sido indelicado rehusar un puesto de responsabilidad en aquellas circunstancias, por lo mismo que el General Andrade estaba al borde del precipicio y hasta sus más allegados sólo pensaban abandonarlo para no caer con él; y como, por otra parte, él me había explicado lo del telegrama, que era lo que principalmente había

determinado mi resolución de no servirle más, decidí aceptar.

Las tropas que quedaban en La Victoria, que eran poco más de mil quinientos hombres, las dejó Andrade al mando del General Luciano Mendoza; y él, su Secretario General, Zoilo Bello Rodríguez, Diego Bautista Ferrer, Domingo Monagas, José Austria, Antonio Orihuela, Eduardo Córser y otros varios empleados y yo, salimos de la referida ciudad a las diez de la mañana.

Al pasar por Los Teques, desde el mismo ferrocarril telegrafiamos a Caracas para que a nuestra llegada estuviera listo un tren expreso en el que pudiera yo seguir inmediatamente a La Guaira, y para que en este último punto me aguardara un vapor en disposición de salir.

Llegamos a Caracas a las cinco de la tarde, y de allí continué viaje media hora después, llevando sólo cincuenta mil cápsulas y treinta hombres de escolta.

En los pocos instantes que pasé en la ciudad, mientras extendían mi nombramiento y se enviaba el parque a la Estación del Ferrocarril, pude observar que el regreso de Andrade había causado muy mala impresión. Todo el mundo creía que el enemigo iba a llegar detrás de nosotros. La familia del General Andrade se había ido de la Casa Amarilla esa mañana, trasladando todos sus muebles a una residencia privada. Según me contaron, el Ministro de Crédito Público, Señor Carlos Vicente Echeverría, había colocado en la puerta de su domicilio una plancha en que se hacía aparecer como Cónsul de no sé qué país, para tratar de preservarse contra las violencias de los vencedores.

Ya en la Estación del Ferrocarril, el Coronel R. Espinoza Pérez, que me entregó el parque, me dijo que los treinta hombres debían devolverse de allí por disposición del General Andrade; pero mandé decir a éste, con el mismo Espinoza, que si llegaba completamente solo a Puerto Cabello, me exponía a que la guarnición, que sin duda estaba desmoralizada como todas las demás, se negaría a reconocerme y no tendría medio alguno de hacerme obedecer, ante cuya consideración Andrade cedió y en La Guaira recibí aviso de que podía seguir la escolta.

Allí supe que habían llegado esa tarde y seguido para Caracas, el Administrador y todos los empleados de la Aduana de Puerto Cabello, quienes habían informado que una fuerza de la

revolución al mando del General Eduardo González ocupaba la plaza, la cual había sido abandonada por los Jefes del Gobierno sin hacer resistencia, yendo todos a refugiarse en el "Castillo Libertador".

Embarqué unas provisiones para el caso de que yo mismo no pudiera llegar sino hasta la fortaleza, y salí a las ocho de la noche.

## X

El día 15 amaneció Castro en el pueblo de Tocuyito, perplejo y decaído, sin saber qué partido tomar.

Aunque el combate del día anterior, sólo había durado tres horas, y no entró en pelea ni la mitad de las fuerzas del Gobierno, había habido muchas pérdidas de ambas partes.

Castro en la actualidad estaba reducido a seis u ochocientos hombres; los demás se le habían dispersado o habían sido heridos o muertos. Había perdido varios de sus mejores oficiales y otros de éstos estaban inutilizados por más o menos tiempo. El mismo se había caído del caballo durante el combate, lujándose un pie, y estaba reducido en una cama porque el menor movimiento le causaba atroces dolores.

Ahora que por primera vez desde su salida del Táchira, había encontrado alguna resistencia, a pesar de que los enemigos le habían abandonado el campo, no era en realidad sino un vencido: no podía intentar ponerle sitio a Valencia ni tomarla por asalto; no podía marchar contra Caracas, dejando aquella a un lado, porque en ese caso el buen éxito era aun más dudoso; no podía retirarse, porque los ejércitos que había dejado detrás le cortarían el paso; no podía permanecer allí en actitud bélica, porque los enemigos irían a buscarlo más o menos pronto y carecía de medios para resistir otro ataque. En las miserables condiciones en que estaba no tenía más camino que rendirse.

Si a la hora a que me refiero, el Gobierno, conociendo o sospechando las dificultades que rodeaban a los invasores en lugar de desocupar la capital de Carabobo, hubiera enviado un agente a intimar a Castro que entregara las armas, indudablemente éste lo habría hecho sin aguardar más; pero en vez del referido agente,

o de un ataque súbito, que era cuanto racionalmente tenía derecho a esperar en su situación, llegó a su campo una comisión de ciudadanos de Valencia a avisarle que la ciudad había sido desocupada por las fuerzas del Gobierno y a instarle para que entrara en ella...

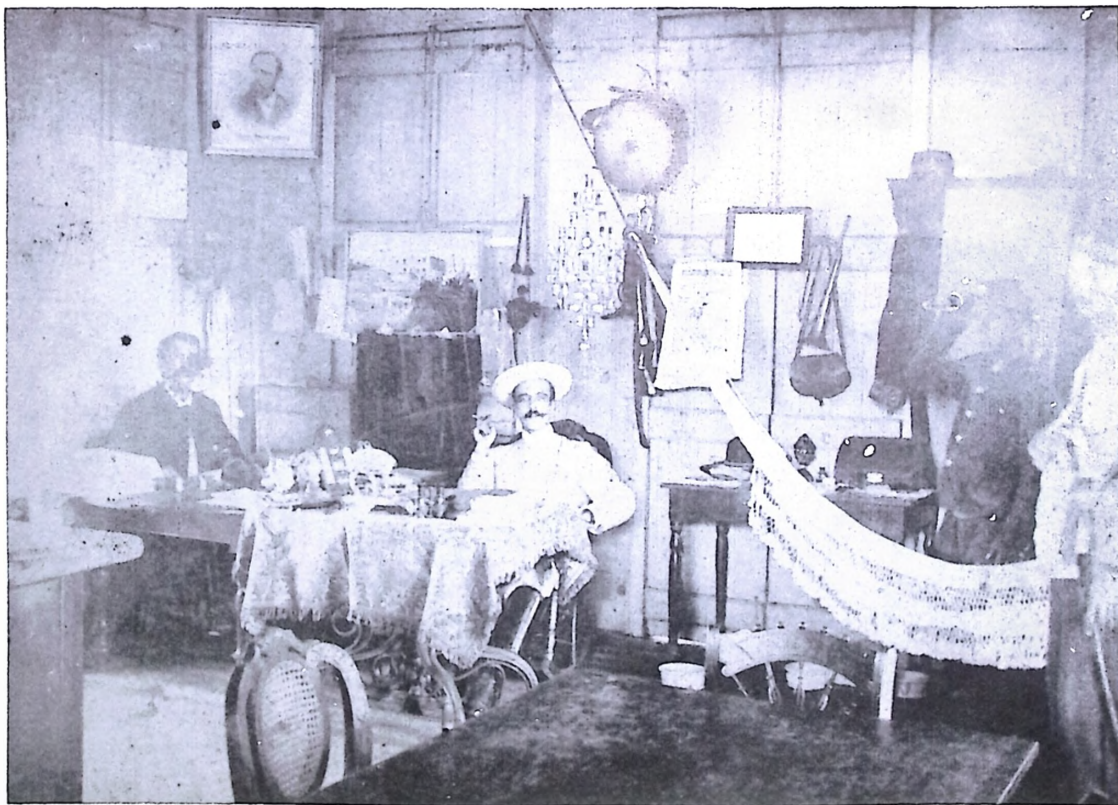
La sorpresa que le causó esa noticia fué tan grande que en el primer momento se negó a creer lo que le decían los comisionados y hubo necesidad repetírselo y de darle detalles para convencerlo. Entonces no dudó ya de que aquellos le decían la verdad, pero empezó a imaginar que el Gobierno había evacuado la ciudad sólo para armarle una trampa y capturarlo más fácilmente.

En esas vacilaciones pasó el día 15, y el 16. Cuando le avisaron que las tropas enemigas se habían ido en el ferrocarril hasta La Victoria, fué cuando se determinó a entrar en Valencia con la gente que le quedaba...

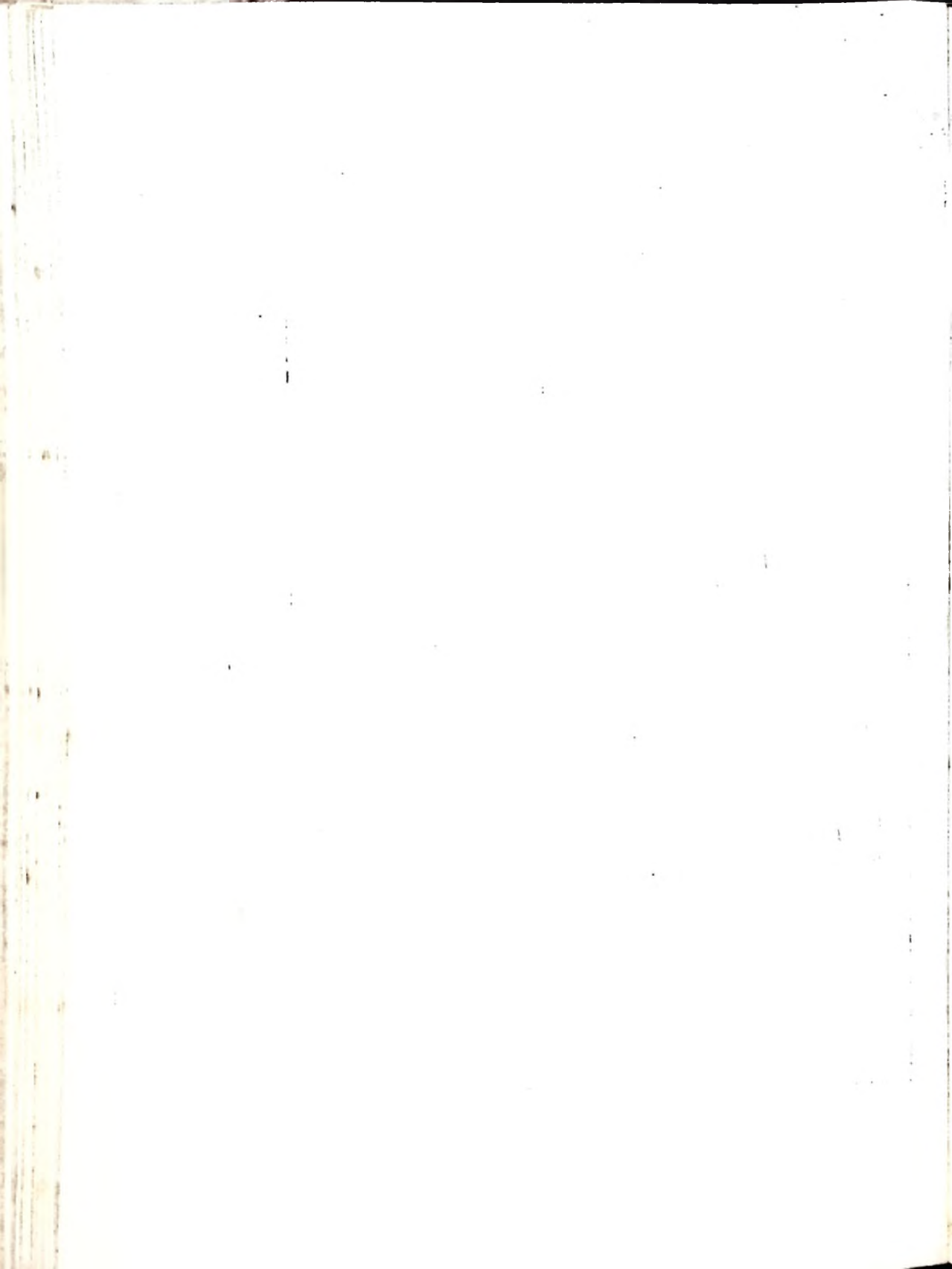
Si Andrade me hubiera permitido permanecer en esta ciudad, como se lo propuse el 14 por la noche, mandándome siquiera los dos Batallones que tenía a la mano, al ver que Castro no me atacaba en la mañana siguiente, habría indudablemente enviado a inspeccionarlo, y al saber que tenía tan pocos medios de resistencia, y que él mismo estaba inútil, habría dispuesto el ataque en el acto y es muy probable que lo habría hecho prisionero.

Con la sola autorización para quedarme en Valencia, aun suponiendo que no se me enviara refuerzo alguno, habría sido igualmente imposible para Castro entrar en ella, y ni siquiera lo habría intentado, porque yo habría reunido gente y puesto en manos de ella los seiscientos Mausers que tenía en parque y la guarnición habría pasado de ochocientos hombres en poco tiempo.

Pero estaba decretado que por entonces todo debía salirle bien a Castro. Todo parecía haberse conjurado para que aquél, que al fin había quedado absolutamente impotente, obtuviera el triunfo más completo y extraordinario de que haya habido ejemplo...



**COMBATE DE PUERTO CABELLO: 1899.**  
*El General Antonio Paredes en la Comandancia del Castillo Libertador, Puerto Cabello. Al extremo izquierdo aparece el señor N. Sanabria Guzmán.  
(De una vieja fotografía de la época)*



TERCERA PARTE



## ENTRADA DE CASTRO EN CARACAS

SITUACION DE CASTRO EN VALENCIA. - CONDUCTA DE SUS TROPAS EN LOS PUEBLOS Y CIUDADES. - INCORPORACIONES QUE TUVO EN LA CAPITAL DE CARABOBO. - TOMA DEL MANDO DE LA PLAZA DE PUERTO CABELLO. - INTRIGAS DE ZOILO BELLO RODRIGUEZ EN CARACAS Y LA VICTORIA. - TRAICION DE LUCIANO MENDOZA, VICTOR RODRIGUEZ, DIEGO BAUTISTA FERRER, ETC. - ANDRADE ABANDONA A CARACAS Y AL PAIS. - CONSIDERACIONES. - ENTRADA DE CASTRO EN CARACAS. - DIAS DE TERROR.

Como he dicho, Castro entró a Valencia dos días después del combate de Tocuyito, o sea el 16; pero con ello no había adelantado gran cosa porque su gente estaba reducida a la mitad, según es sabido, y él seguía inutilizado por causa del pie que se había descompuesto al caer del caballo.

Le pasaba a Castro ahora, después de su inaudita campaña, algo parecido a lo que aconteció a Andrade cuando venció las revoluciones de Hernández y de Guerra, es decir, todo el mundo convenía en que hasta allí había vencido a sus contrarios, mas no por eso ganaba absolutamente en popularidad. Estaba tan aislado en la opinión, como el día que apareció en el Táchira, y más si se quiere, porque la fama de sus hechos de otros tiempos se había extendido y divulgado, y la de los desórdenes cometidos en todas partes por sus tropas venía delante de él alarmando a la gente y alejándole simpatías.

Cuando la invasión castrista llegaba a los pueblos y ciudades, se dispersaba en todas direcciones en pequeñas partidas, generalmente armadas con unos machetes largos y rectos que llamaban "peinillas", las cuales partidas entraban en las casas de comercio y aun en las de familias a imponer su voluntad, haciéndose dar lo que necesitaban o deseaban.

Si alguno se permitía reclamar el precio de lo que le hubieran pedido, por toda contestación le mostraban la "peinilla", acariciando su empuñadura o mango de un modo significativo, que casi siempre hacía que el acreedor diera por saldada la deuda para evitarse perjuicios mayores; y si, por su desgracia, carecía de prudencia para adoptar este partido e insistía en reclamar lo que se le debía, o protestaba contra el abuso de que era víctima, podía estar seguro de recibir unos cintarazos, cuando no le ocasionaran alguna herida y en algunos casos la muerte.

No les valía a los comerciantes cerrar sus establecimientos al saber que los invasores iban a entrar al poblado, porque si se negaban a abrir o no contestaban cuando tocaban a las puertas, echaban éstas abajo a machetazos.

En los pueblos ocupados por las tropas de Castro las mujeres no se atrevían a salir a las calles, y cuando alguna se aventuraba en ellas, por necesidad, podía estar cierta de ser atropellada más o menos violentamente. Aquellas tropas no tenían respeto por nadie ni por nada: la edad y el sexo no les merecían ningunos privilegios; y en cuanto a la propiedad de los particulares, se imaginaban que les pertenecía por derecho de conquista.

## II

A Castro no se le incorporaron en Valencia sino dos militares de notoriedad entre el Nacionalismo y unos cuantos hombres civiles, sin valor político alguno, como Ramón Tello Mendoza, quien hasta entonces había vivido de lo que le producía un tren de carros, y quien había tenido alojado en su casa a Ferrer durante la permanencia de éste en Valencia. Cuando supo este Señor Tello que Andrade pensaba ir a tomar el mando del ejército acantonado en Valencia, decoró su casa lujosamente para ofrecérsela; mas como los acontecimientos tomaron un rumbo diferente del que ha-

bía previsto, y al fin fué Castro quien se presentó en la ciudad, ofreció la casa a éste y le prodigó las mismas atenciones que reservaba para Andrade (\*); Manuel Corao, quien aseguran estaba al presentarse en quiebra en un pequeño negocio de comercio que tenía; Julio Torres Cárdenas, M. Arias Sandoval y Manuel Pimentel Coronel, redactores de unos periodiquillos sin importancia, quienes hasta el día anterior al del combate de Tocuyito habían estado prodigando las mayores adulaciones a Andrade y diciendo en todos los tonos que Castro era un facineroso; y por último los dos hermanos Francisco y Santiago González Guinán, ambos inteligentes y de alguna ilustración, pero que, de tiempo atrás, estaban en una especie de degredo moral por haberse exhibido excesivamente serviles y bajos en sus relaciones con los gobiernos de Guzmán Blanco y otros.

En cuanto al contingente militar que adquirió Castro en Valencia, se redujo, a la incorporación de los Generales Luis Loreto Lima y Samuel Acosta, hernandiztas de los de más nota, quienes habían podido escapar de ser reducidos a prisión cuando Andrade ordenó en agosto la de Hernández y sus principales partidarios, y ahora se alzaron y reunieron gente, el uno en el Estado Cojedes, y el otro en Valencia.

Pero ninguno de los dos era amigo de Castro, ni lo habían tratado antes de esa fecha. Loreto Lima se disgustó a poco con él, salió de la ciudad con sus tropas y se volvió a Cojedes, en tanto que Acosta, con poco más de mil hombres que logró reunir, permaneció a su lado, pero no sumado a las tropas castristas, sino como contingente de Hernández, que iba a colaborar al derrocamiento del Gobierno para obtener la libertad de su Jefe preso en Caracas.

Castro consideraba a Acosta y a su gente como a enemigos disfrazados, cuyos intereses políticos eran opuestos a los suyos,

---

(\*) Cuando yo fui a Valencia en 1898 con el General Ramón Guerra, Tello Mendoza, que jamás había cruzado una palabra conmigo, me llevó espontáneamente un magnífico caballo de silla, para que hiciera la campaña con él, expresando el solo deseo de que se lo devolviera si no lo mataban. En el referido caballo marché unos días después a Tinaquillo, y al regresar se lo envió a su casa. Ese hecho demuestra que Tello Mendoza, tal vez cansado desde entonces de trabajar con los carros, procuraba insinuarse con los que creía podían tener o adquirir influencia en la política, seguramente para incrustarse en ella en la primera oportunidad propicia...

y no les tenía ninguna confianza; de modo que, puede decirse que estaba con los seis u ochocientos hombres que le habían quedado en Tocuyito en el mismo aislamiento que antes.

### III

El regreso precipitado del General Andrade a Caracas el 16 de octubre había obedecido, en parte, a que desde la noche del 14, y después durante su estada en La Victoria, había recibido aviso por telégrafo, por teléfono y por cartas, de que en Caracas se tramaba una conspiración contra él en el seno del Gobierno. A La Victoria llegó también un comisionado de la capital portador de correspondencia que denunciaba el hecho. Era el caso que el General Víctor Rodríguez, Vice-Presidente de la República, que venía enemistado con Andrade desde hacía algún tiempo, porque éste lo había obligado a permanecer dentro de la órbita de sus atribuciones legales, impidiendo que desarrollara "una política propia, de uso egoísta, para la mejor conservación y fomento de sus intereses en el Distrito Guacaipuro (\*); que desde entonces venía en tratos con los revolucionarios, y últimamente, alegando diversos pretextos, se había negado a salir a campaña con Andrade, como Jefe de Estado Mayor del Ejército; al hacerse cargo transitoriamente de la Presidencia, y saber el desastre de las armas nacionales en Tocuyito, había acogido el proyecto de llamar a Castro a ocupar a Caracas, prescindiendo enteramente de Andrade.

Al llegar éste a la citada ciudad, con los Batallones de su guardia, que le eran completamente adictos, quedó el complot destruído, y los revolucionarios se dispersaron desconcertados.

Andrade hizo venir en seguida de Barquisimeto las tropas de Guevara y las incorporó a las de Mendoza en La Victoria, reuniendo a las órdenes de éste para los primeros días de octubre hasta cuatro mil hombres. Ese número era más del doble de las que tenía la revolución en Valencia y podía aumentarse considerablemente con parte de las que estaban en Coro a las órdenes del General Gregorio Segundo Riera, que ascendían a dos mil hombres; las que había reunido Peñaloza en el Táchira después del paso

---

(\*) Folleto de Andrade.

de Castro, que pasaban con mucho de mil, y las que tenía el General Nicolás Rolando en Oriente, que también pasaban de este número. Con un poco de actividad y energía podía Andrade reunir muy pronto hasta ocho mil hombres, tomar el mando de ellos y triturar a Castro.

Mas no había que pensar en eso, porque ya Andrade estaba completamente amilanado por las decepciones que había sufrido. Antes de Tocuyito, como se ha visto, todavía había intentado sobreponerse a su debilidad y por un momento pretendió tomar el mando del Ejército; pero le había salido mal el ensayo, y después de los últimos acontecimientos, había renunciado completamente a esa idea.

Andrade consideraba ahora que las fuerzas de que disponía Mendoza en La Victoria eran bastantes para batir a Castro y lo habrían sido en realidad, si aquel hombre hubiera estado de buena fe; pero precisamente eso era lo que había faltado hasta entonces a casi todos sus servidores. El había mandado tropas en cantidad suficiente para contener la revolución: primero al Táchira, después a Barquisimeto y luego a Valencia, y todos los militares lo habían engañado, lo habían traicionado. Había tenido la desgracia de elegir mal sus servidores: en eso había consistido su principal falta; y ahora, para colmo de infortunio, sin aprovechar en lo más mínimo las lecciones que acababa de recibir, había entregado el resto de las tropas de que disponía en el Centro, a Luciano Mendoza, cuyas infidencias a los Gobiernos de Guzmán Blanco y Andueza Palacio no eran ignoradas por ningún venezolano...

#### IV

Yo amanecí en aguas de Puerto Cabello el 17 de setiembre. Cuando me hube acercado a algunas millas de la plaza, divisé al vapor "Miranda" que iba con rumbo a La Guaira. Hice que el "Augusto" se dirigiera hacia él, y al estar cerca me trasladé a su bordo en un bote. Sin averiguar a qué iba, ni tener yo mando alguno sobre la Escuadra, ordené al Capitán que pusiera proa a Puerto Cabello y marchara a toda máquina, y al del "Augusto" le dije que siguiera inmediatamente detrás. Como el "Augusto" no tenía cañones, y yo suponía que los revolucionarios de la plaza

tratarían de impedir mi desembarco, aproveché el feliz encuentro con el "Miranda", lo puse adelante y entré al puerto resuelto a desembarcar combatiendo si era necesario.

Yo iba con el Capitán del "Miranda" en la toldilla, de donde él dirigía la maniobra. Al pasar junto a la fortaleza, grité a los que salieron a la explanada a ver los vapores que dijeran al Jefe del Castillo o al Segundo que fueran a tierra a hablar conmigo, y seguí y atraqué en el muelle y desembarqué sin ser hostilizado en manera alguna por los de la plaza.

Al mismo tiempo desembarcaban de la fortaleza el segundo Jefe de ella, Coronel Miguel Carabaño, el Coronel Julio Zavarse, el Jefe del Fortín Solano, y los Generales Luis María Andueza y F. Roldán.

Ordené al primero que mandara inmediatamente tres Compañías a tierra, a Zavarse lo reconvine por haber abandonado su puesto y lo hice salir apresuradamente a ocuparlo, y con los otros me quedé en el muelle a esperar las Compañías que había pedido, y que trajeran un caballo que había mandado a buscar.

Andueza se había puesto a conversar con algunos de los de la ciudad, a quienes yo había hecho retirar hacia el interior del muelle, para que no lo obstruyeran, y de repente lo vi venir de allí precipitadamente, con la cara desfigurada por el miedo, y me dijo: "ahí viene el enemigo", y pasó por mi lado y desapareció en la dirección del Resguardo.

La alarma hizo que la gente del pueblo, que se había aglomerado, desapareciera como por magia. El General Roldán no supe qué se hizo ni volví a verlo más...

Con lo primero que encontré a la mano, que fueron 20 hombres de los 30 que tenía en el "Augusto", custodiando el parque, salí a pasitrote hacia el interior de la población; frente a la Aduana vieja, los dividí en dos pequeñas partidas, que entregué al Coronel Mariano Michelena y Capitán Manuel González, respectivamente, y les dije que marcharan por las dos primeras calles hasta las afueras de la ciudad, y que si encontraban al enemigo se apoyaran en las esquinas y se sostuvieran mientras iba yo a

reforzarlos con la gente del Castillo. Dos o tres minutos después salí con aquella y recorrí la población sin encontrar novedad; situé mis avanzadas en donde llaman Paso Real y procedí a fortificarlas.

No sé qué origen había tenido la alarma de Luis María Andueza, pero resultó completamente infundada. Los revolucionarios, quienes sin duda eran tan cobardes como los que huyendo de ellos se habían refugiado en el Castillo, al ver acercarse los vapores, habían evacuado la plaza desordenadamente, y se habían alejado por la vía de Valencia.

Después me informaron que momentos antes de mi llegada estaba en el muelle un comisionado de la revolución que iba a saber sobre la rendición del Castillo, de la cual habían estado tratando; y hay quienes creen que si me hubiera demorado media hora, habría encontrado la fortaleza ocupada por el enemigo y me habría sido imposible desembarcar...

A las ocho de la noche del día siguiente, supe que los cien hombres que había de guarnición en Tucacas, a dos horas de distancia, la habían evacuado y embarcándose en una goleta que estaba fondeada en la rada, por temor de un ataque de las fuerzas revolucionarias que se habían organizado en las cercanías; y como yo estaba ya medio preparado y no tenía ningún indicio de que se me atacaría esa noche, embarqué en el "Augusto" una Compañía de las del Castillo y algunos materiales para atrincherar a Tucacas, nombré un Jefe de la plaza, para el caso de que se descubriera que me había ausentado, y con el mayor sigilo fui a Tucacas, hice desembarcar a los huídos, dispuse cómo había de fortificarse la población, les dejé la Compañía y los materiales que había llevado, y regresé a Puerto Cabello, donde entré a las seis de la mañana en medio de la extrañeza de las gentes, quienes sólo habían descubierto que había pasado la noche fuera de la plaza cuando ya estaba en ella de nuevo. Con un auxilio oportuno había asegurado la posesión de Tucacas para que los enemigos no pudieran proveerse por allí de elementos de guerra del exterior.

En la noche de ese mismo día salí de la plaza con ciento cincuenta hombres y dispersé a los revolucionarios que se habían acampado en el pueblo de Goaiagoaza; y en los días subsiguientes,

en distintas escaramuzas, hice huir a varias partidas que merodeaban en las inmediaciones, las cuales fueron a reconcentrarse a gran distancia por el camino de Valencia.

A los pocos días me envió Andrade doscientos hombres más, con los que subió la guarnición a cuatrocientos, pues la fuerza efectiva que yo había encontrado allí no llegaba a doscientos sesenta y había dejado en Tucacas la Compañía de que he hablado.

De ahí en adelante no me cansé de pedir a Andrade que me mandara cápsulas advirtiéndole que tenía muy pocas, y que me pusiera en capacidad de invadir el Estado: le escribí cartas, le envié comisionados, le dirigí notas de carácter oficial, pero todo fué en vano.

Y los días y las semanas pasaban sin que adelantáramos nada: Castro en Valencia en la situación que he descrito; Mendoza en La Victoria a cincuenta y pico de millas hacia el frente, sin querer atacarlo, procurando por el contrario entrar secretamente en arreglos con él; y yo en Puerto Cabello, a veinticinco o treinta millas hacia su flanco izquierdo, impaciente por atacarlo pero imposibilitado para hacerlo, porque apenas tenía gente suficiente para defender la plaza y estaba casi sin pertrechos...

"¿Por qué no ataca Mendoza? ¿Qué hace Mendoza que no ataca?" preguntaba yo a Andrade repetidas veces, pero no había respuestas, ni me mandaba refuerzos, ni mandaba parque de ninguna clase; se habría dicho que Andrade había resuelto cortar toda comunicación conmigo. En una ocasión se me negaron en el Banco las raciones para las tropas, y para que se diera de nuevo la orden de que se pagaran tuve que telegrafiar a Andrade diciéndole que iba a verme en el caso de tomarlas de la Aduana.

Aquella situación era insostenible por mucho tiempo. Todo el mundo estaba como en suspenso, en espera de lo que sucedería. Castro evidentemente no podía hacer nada, pero el Gobierno tampoco tomaba ninguna determinación.

En esas circunstancias se presentó en Puerto Cabello el señor Manuel A. Matos, quien oficiosamente había pedido a Andrade que le permitiera ir a Valencia a proponer a Castro arreglos de paz, y aquél había incurrido en la debilidad de admitir su proposición, poniendo a sus órdenes un vapor para que hiciera el viaje por la vía marítima.

Quando Matos llegó a Puerto Cabello no me comunicó cuáles eran los arreglos que iba proponer a Castro, ni yo se lo pregunté, pero al saber por un medio indirecto, en lo que andaba, le dije: "que el Gobierno hacía muy mal en dar aquel paso; que toda gestión de ese género envalentonaría a Castro a la vez que deprimiría el espíritu de las tropas del Gobierno; que era una ridiculez proponer arreglos de ninguna clase a quien ni siquiera podía defenderse; que lo que debía proponérsele a Castro era que se rindiera a discreción, y en caso de que se negara debería atacársele en el acto, porque el Gobierno tenía medios de sobra para acabar con aquel puñado de bandoleros"...

Matos tartamudeó algunas excusas que apenas oí, pero siguió siempre a Valencia. Después efectuó un segundo viaje en el que desembarcó por una playa en El Palito, por no tocar en Puerto Cabello: indudablemente no quiso exponerse a que le echara de nuevo en cara lo inconveniente de sus manejos, y por fin nunca supe qué era lo que había tratado con Castro. Puedo, sí, afirmar, que con sus viajes a Valencia lo que consiguió fué desmoralizar más el partido del Gobierno y dejar conocer a Castro más distintamente las indecisiones y las timideces de Andrade.... (\*)

El General Ramón Guerra, que había desembarcado procedente de Curacao poco antes y tomado el mando de las fuerzas revolucionarias de Tucacas, atacó aquella plaza el 10 de octubre; pero fué rechazado por el bizarro Coronel Rafael Rivero Urbina, a quien yo había confiado el mando de la guarnición, sin que, por otra parte, este triunfo influyera en modo alguno en la suerte que el Gobierno iba labrándose con sus propios errores.

## V

Para la mejor inteligencia de los sucesos que se desarrollaron inmediatamente después del regreso del General Andrade a la

---

(\*) Se ha dicho desde entonces que Matos, lejos de propender a servir los intereses de Andrade, como lo ofreció a éste, fué a Valencia a informar a Castro del deplorable estado en que se hallaba el Gobierno. En enero de 1903 le oí yo decir al mismo Matos en Curacao, dirigiéndose al General Emilio Fernández, que "Castro había sido muy ingrato con él, porque él lo había allanado el camino de la capital, y, sin embargo de eso, lo había tratado como enemigo". Al hablar así, seguramente Matos aludía a lo que hiciera por los intereses de Castro en los viajes a que me he referido, y de consiguiente engañó a Andrade al ofrecérsele como agente de paz.

capital, tenemos que mirar un instante retrospectivamente. Desde los primeros meses del año, el Ministro de Relaciones Interiores, General Zoilo Bello Rodríguez, amigo íntimo de Andrade, y quien debía exclusivamente a éste la elevada posición que ocupaba, se había hecho centro de una especie de conspiración. En su casa se reunían, sin que Andrade lo ignorara, todos los políticos que creían tener motivos de resentimiento con el Jefe del Gobierno, a criticar a éste y a comentar y censurar con acritud las medidas gubernativas en que no hubiera tenido participación el Ministro del Interior, a quien, al propio tiempo, halagaban y lisonjaban, haciéndole creer que él podía llegar a ser el sucesor de Andrade en la Primera Magistratura de la República.

Desde aquella temprana fecha, Bello empezó a tratar de ganarse voluntades para asegurar el buen éxito de sus proyectos en las elecciones que debían verificarse en 1901, a cuyo efecto hacía promesas y ofrecimientos a las personas antes mencionadas y a muchos de los miembros del Congreso reunido entonces; y esto, a la vez que iba enfriando y haciendo desagradables las relaciones entre el Presidente y su Ministro, convertía en enemigos declarados del Gobierno a los aspirantes con Bello.

El fracaso de la mayor parte de las aspiraciones forjadas por Bello, coincidió con la reorganización de los Estados en virtud del acuerdo del Congreso a que hice referencia en las primeras páginas de este libro, y con el principio de la revolución de Castro.

Cuando éste llegó en su marcha hasta el Yaracuy, Bello, que era más político que militar, escribió una carta a Andrade ofreciéndole destruir la revolución en cuarenta días, si lo nombraba a él Ministro de Guerra en campaña; al General Luciano Mendoza, Jefe del Estado Mayor del Ejército, y a varios de sus parientes y amigos más decididos, empleados en el referido Estado Mayor, o como Jefes de tropas y de guarniciones de plazas. En la misma carta hacía las más calurosas protestas de amistad a Andrade, y decía que la alteración que había existido en las relaciones de ambos se debía a rivalidades de otros colaboradores del Gobierno, contra quienes hacía cargos que Andrade consideró injustos y apasionados. Terminaba alegando, en apoyo de su pretensión, que la enfermedad de la hija de Andrade, de que he hablado en otra parte, no le permitiría a éste separarse de Caracas para mandar

el Ejército personalmente, y diciendo que estaban dispuestos a ir con él a campaña los liberales más prominentes, la mayor parte de los cuales conspiraban entonces abiertamente contra el Gobierno, por la causa arriba mencionada, o le eran sospechosos.

Andrade contestó a Bello negativamente, y por ese motivo renunció éste la cartera que desempeñaba. Ya que no había querido castigar ni aun despedir al Ministro desleal por sus faltas anteriores, se le presentaba aquella coyuntura para desembarazarse de un elemento a todas luces funesto, que en lo sucesivo no podía ocasionarle sino perjuicios, abandonándolo a su propia impotencia; pero en lugar de eso se empeñó en que aceptara el nombramiento de Secretario General, cargo aun de mayor confianza, y luego que hubo designado para reemplazarlo en el Ministerio del Interior al Dr. Fernando Arvelo, hombre de carácter e ilustración poco comunes, llevó a Bello con él hasta Guacara, como se ha visto, dejando al volver a Caracas empleados en el Estado Mayor de las fuerzas que quedaron en La Victoria, a muchos de los sujetos desafectos al Gobierno, recomendados por Bello en la carta a que antes me he referido.

El Jefe de las citadas fuerzas, General Luciano Mendoza, exigió a Andrade que hiciera separar de la Presidencia del Estado Aragua al General Antonio Fernández, que se había reencargado de ella; y que le sacara de su campamento a Diego Bautista Ferrer, quien siguió a Caracas, por indicación de Andrade, y tomó posesión del Ministerio de Guerra, sin dar explicaciones de ninguna especie sobre lo ocurrido en Tocuyito, y quien habiendo renunciado en esos días por causa de una carta que Andrade le dirigió, éste se negó a aceptarle la renuncia obligándolo a continuar en su alto empleo. Andrade se empeñaba obstinadamente en conservar a su alrededor a los traidores que pocos días después acabarían de consumir su ruina...

El Cirujano Mayor del Ejército, Dr. José Rafael Revenga, que era además con cuñado de Andrade, había pedido a éste permiso para trasladarse a Valencia a saber de sus hijos, por cuya situación se mostraba muy mortificado. Llegó a Puerto Cabello llevándome una carta de Andrade en que aquél intercedía en favor de un empleado militar a quien había yo depuesto y castigado por insubordinación, y en seguida me exigió le permitiera salir

de la plaza para concurrir a un almuerzo a que había sido invitado en San Esteban, ofreciéndome regresar del referido pueblo en la tarde; mas de allí siguió a Valencia, sin siquiera tomarse el trabajo de participármelo, y el 26 de setiembre se presentó en el campamento de Mendoza en La Victoria, manifestando que llevaba "una misión secreta de Castro para Andrade con el objeto de iniciar negociaciones de paz" (\*)

Andrade, al saberlo, se indignó de que su pariente, que se había marchado sin renunciar el cargo que desempeñaba, regresara como comisionado del Jefe enemigo; y poniéndose por un momento a la altura de su posición, ordenó a Mendoza que devolviera a Revenga, sin prestarse a oírlo, resolución por la cual aquél y todos los jefes del Ejército lo felicitaron.

Pero he aquí que a poco cayó de nuevo en el desaliento que lo había invadido en los últimos tiempos, y en varias conversaciones que tuvo con su Secretario Bello Rodríguez, esa misma noche y en el día y la noche siguientes, le comunicó sus impresiones sobre la guerra, que no eran ciertamente optimistas, y la resolución que había tomado de separarse del Poder, en el cual, dijo, no había encontrado sino desengaños.

Bello se mostró enteramente de acuerdo en todo; aquellas eran sus propias ideas, y Andrade tenía conocimiento de que en los días anteriores, sin el menor empacho, se había manifestado partidario de que el Gobierno tratara con el enemigo y de que Andrade se separara de la Presidencia...

Sin embargo de esto, Andrade ordenó a Bello que se trasladara a La Victoria, y que, de acuerdo con Mendoza, explicara a Castro las razones de orden moral que lo habían inducido a rechazar a Revenga, autorizando a ambos para oír las proposiciones que el primero quisiera hacer, si se prestaba a nombrar otro apoderado.

Este paso hizo perder a Andrade de un golpe las ventajas adquiridas con el rechazo del Cirujano Mayor de su Ejército, convertido en comisionado del enemigo, porque a Mendoza, Bello Rodríguez y demás intrigantes los indujo a perderle el poco respeto que aun le conservaban, abriéndoles al propio tiempo la puerta

---

(\*) Folleto de Andrade.

para que pudieran llevar a cabo sus propósitos con toda facilidad; y a Castro le dió a conocer que podía esperarlo todo de su timidez, y como consecuencia de ello, se volvió más exigente.

Después de lo ocurrido con Revenga, lo indicado era esperar las fuerzas de Guevara que estaban al llegar, y una vez incorporadas a las de Mendoza, atacar a Castro sin vacilaciones, tanto más, cuanto que Andrade sabía que las tropas de Castro se encontraban anarquizadas y débiles, como se lo comunicó a Mendoza en esa ocasión; pero su intempestiva determinación de tratar con el Jefe faccioso arrancó para siempre de sus manos los medios o la posibilidad de obrar en el sentido que lo requerían sus intereses y los del país.

Según dice Andrade, las instrucciones comunicadas a Bello Rodríguez, que luego le ratificó por telégrafo eran: "oír lo que Castro propusiera; participar a Mendoza que su persona no sería jamás inconveniente para llegar a un avenimiento honroso; que por deberes de patriotismo y de humanidad se prestaría a renunciar la Presidencia si esa renuncia contribuía a evitar que se continuara derramando sangre hermana. Si a juicio de Mendoza era conveniente y patriótico tratar con Castro, ninguna negociación debería emprenderse antes de ser sometidas las proposiciones que hiciera el Jefe rebelde a la consideración del Ejecutivo, y esas proposiciones, además, deberían tener por base el reconocimiento del período constitucional que había comenzado en febrero de 1898, la integridad de las instituciones fundamentales y el rechazo de la dictadura militar". Según afirma, hizo comunicar además a Mendoza con Bello Rodríguez, la advertencia de "que por ningún motivo ni en ningún caso empleara o permitiera la intervención en los pasos relacionados con este asunto a su Secretario General, el General Celestino Peraza, cuyo carácter desleal y espíritu aventurero conocía ya perfectamente".

Mas el 30 de setiembre supo con sorpresa que, no obstante su categórica prohibición, Peraza había sido designado en unión de Bello para conferenciar con los comisionados de Castro; que la conferencia estaba fijada para el día siguiente a las 12 m., y que en dicha conferencia se ocuparían de formular las condiciones de un tratado.

Prescindiendo entonces de la contravención a sus órdenes, que suponía la referida designación de Peraza, y de las razones que lo habían hecho desear su exclusión de las negociaciones, inmediatamente telegrafió a Mendoza, Bello y al mismo Peraza ratificándoles la orden de que "sólo podían ser oídas las proposiciones del jefe de la revolución, sin entrar a formular ningún proyecto ni tratado". Con lo cual dió por aceptado el nombramiento de Peraza, resignándose al peligro que envolvía para él y agregó un nuevo motivo para que siguieran despreciando sus órdenes los que tuvieran interés en ello, toda vez que los dejó conocer que podían hacerlo impunemente, y que más bien podían contar con la aprobación de su desobediencia.

En seguida mandó al Ministro de Relaciones Interiores, Doctor Fernando Arvelo, cerca de Mendoza con el carácter de representante del Ejecutivo para que se impusiera de las proposiciones de Castro.

Cuando Arvelo llegó a La Victoria ya los comisionados habían celebrado en San Mateo la conferencia con los representantes de Castro, concretándose a oír las referidas proposiciones, que consistían pura y simplemente en "el reconocimiento absoluto, incondicional, sin compensaciones, de la revolución detenida en la capital de Carabobo"...

Era el colmo de la insolencia. El Jefe revolucionario, aunque impotente para librar un combate, sabía que el ejército que tenía delante estaba anulado por el grupo de bribones que lo dirigía y en consecuencia podía exhibir su absurda pretensión sin peligro alguno.

Ese mismo día recibió el General Andrade una carta de Bello y Peraza, escrita de puño y letra del primero, en un pliego de papel que llevaba el sello del "Gran Ferrocarril de Venezuela", en que le incluían unas instrucciones escritas por Bello en el mismo papel, las cuales decía éste haberle sido dadas por Andrade como bases de un convenio, y agregaba que las habían reservado en virtud de las últimas órdenes de limitarse a oír lo que propusieran los contrarios. En la misma carta decían Bello y Peraza que sólo propondrían a aquellos una tregua para contestarles; que fijarían las 3 p.m., del próximo día para la segunda con-

ferencia, y que a su regreso, por tren expreso, enviarían a Andrade el contenido de las proposiciones que oyeran.

En las instrucciones, constantes de quince artículos, que Bello Rodríguez y Peraza mandaron a Andrade, como emanadas de él, pidiéndole su ratificación, habían imaginado un arreglo que les garantizaba a ellos y a Mendoza, a Lutowski, Roberto Corcer, Dr. Agustín Carrillo, Esteban Luciani y Rafael Guardia, empleados en el Estado Mayor de Mendoza y a los conspiradores de Caracas, puestos importantes en el nuevo Gobierno que se proponían establecer de acuerdo con Castro.

"Nada es comparable", dice Andrade en su folleto, "a la osadía con que los comisionados del Gobierno exigen mi aprobación para que les ratifique lo que no he dicho, para que los autorice a hacer lo que no he pensado, para que me entregue a ellos y entregue el Gobierno por medio de un pacto enteramente ajeno a mis indicaciones e ideas, y que sólo entraña la renuncia de los fueros todos de la Administración, en las manos del ejército y de impacientes ambiciones".

Inmediatamente transmitió al Dr. Arvelo a La Victoria el contenido del documento mencionado y lo facultó para que fuera él únicamente quien conociera de las proposiciones de Castro; notificó a Mendoza la nueva disposición, y llamó a Bello Rodríguez para que le diera cuenta del documento firmado por él y Peraza.

Ambos se presentaron en la capital precedidos y seguidos de recomendaciones de Luciano Mendoza en que éste elogiaba la **rectitud** con que sus cómplices habían procedido; y cuando debía esperarse que justamente indignado Andrade con los que habían tratado de sorprenderlo, y además lo habían burlado hasta el punto de considerarlo un idiota que no se daba cuenta de sus actos y se prestaría a ratificar como suyos los proyectos de ellos en que lo sacrificaban miserablemente; cuando debía esperarse, digo, que los enviaría a elaborar nuevos proyectos en una cárcel, los despachó de nuevo para el Cuartel General de Mendoza, a seguir intrigando allí, con unas instrucciones para aquél en que el Gabinete, que Andrade había reunido con el fin de consultarle sobre la proposición de Castro a que antes he hecho referencia, lo autorizaba para tratar **ad referéndum**, por sí o por medio de comisionados de su confianza, sobre las bases de un tratado que le in-

cluían, las cuales habían sido elaboradas por el mismo Gabinete en varias sesiones que celebró con ese objeto.

Las bases enviadas a Mendoza fueron las siguientes:

"PRIMERA — Proponer o aceptar un corto armisticio, con suspensión de hostilidades, estacionamiento de fuerzas y sitio neutral para las conferencias.

"SEGUNDA — Iniciar estas conferencias con el plan de armonía entre el Gobierno y la Revolución, para formar de los dos bandos contendores un solo partido o gran agrupación política que apoye la acción del Gobierno en la nueva política que se implantaría con participación de ambos contratantes en la Gobernación Nacional y de los Estados; todo en el concepto de reconocimiento de las Instituciones y Leyes vigentes, mientras no fuesen reformadas por el Congreso y Legislaturas. El actual Presidente y el General Castro se acordarían sobre las medidas que conviniese tomar en lo Nacional y en las localidades o Estados, para asegurar lo pactado; lo mismo que en cuanto al personal de los altos funcionarios que habrían de presidir la organización de los nuevos Estados, fijación de fuerzas, mando de Ejército, programa político y organización de un Ministerio que represente los intereses de los bandos. Amnistía o sea indulto general, con la libertad de presos políticos.

"TERCERA — Al no adoptarse ese medio de pacificación que salvaría las Instituciones y evitaría nuevo período de Gobierno discrecional, proponer la reunión de una Junta de Paz nombrada por los Generales Andrade y Castro, de por mitad, ante la cual consignaría el primero su nota de separación del mando, a fin de que ella constituyera un Gobierno Provisional de tres miembros o de un Presidente y un Vice-Presidente, sin que puedan figurar en ese Gobierno ninguno de los dos jefes. La Junta declarararía vigentes todas las leyes y decretos que hoy rigen, mientras no fuesen reformados por los cuerpos Legislativos y Ejecutivo competentes; así como la Constitución Federal en todo lo que no se oponga o dificulte la ejecución del convenio que se celebre. El Gobierno Provisional seguirá la tradición constitucional en lo que no se oponga a su encargo y convocará a los pueblos a elecciones, y lo mismo han de efectuar los Gobiernos Provisionales de los Estados.

"CUARTA — El Gobierno Provisional, y antes la Junta de Paz, "declararán terminantemente que reconocen y aceptan todos los "compromisos anteriores en el ramo fiscal, especialmente los que "se refieren a negociaciones diplomáticas y reclamaciones inter- "nacionales, para evitarle a la República conflictos de gran mag- "nitud dentro y fuera del país y graves perturbaciones en el mer- "cado, la bolsa y el comercio.

"QUINTA — Al ser imposible el avenimiento, y al haber por "desgracia que continuar la lucha armada, el Gobierno le propon- "dría al Jefe de la Revolución una reconcentración de las fuerzas "existentes en ambos bandos, y designaría campo adecuado don- "de librar una batalla definitiva. Con esto se evitaría a los pue- "blos los profundos estragos de una guerra lenta en luchas inúti- "les, sin más resultados que la destrucción de la propiedad indivi- "dual y el derramamiento estéril de sangre humana".

Aunque Castro ocupaba la segunda capital de la República, y en los últimos días, alentado sin duda por las indecisiones del Gobierno, se había sublevado el Jefe Militar de Barcelona, General Martín Marcano, y habían engrosado algo las guerrillas de Tucacas y El Palito, era de tal manera notoria la impotencia de la revolución por falta de elementos de guerra y la imposibilidad en que estaba para conseguirlos, si no se prestaba a someterse. Concederle la calidad de beligerancia para tratar con él, era el colmo de la torpeza y de la pusilanimidad. Las bases arriba transcritas adolecían además del inconveniente de exhibir a Andrade y a su Gobierno como unos líricos, que desconocían en absoluto el estado de descrédito a que sus ineptitudes anteriores los había reducido, y que aun se forjaban ilusiones sobre el modo de decidir la suerte de la guerra, proponiendo un procedimiento ridículo que de antemano debían saber que no podía ser aceptado por el enemigo. Pero en medio de todo, y por lo mismo que las tales bases no serían aceptadas por quien había propuesto que el Gobierno se le sometiera incondicionalmente, tenían la ventaja de proporcionar a éste una coyuntura para continuar las hostilidades, prescindiendo de todos los enredos que habían tenido lugar hasta entonces, tan pronto como el Jefe revolucionario las rechazara.

Mendoza se negó a ser el órgano del Gobierno para comunicárselas al enemigo y delegó esta facultad en el Dr. Arvelo, quien llegó a La Victoria el 6 de octubre y el mismo día a las 3 de la tarde se vió en San Mateo con los comisionados de Castro y se las presentó.

Los referidos comisionados ofrecieron trasmitirlas a su jefe y contestar dentro del lapso de suspensión de hostilidades que fenecía dos días después.

Cuando Arvelo comunicó a Andrade los pormenores y resultado de la conferencia, éste le dijo por telégrafo que si no eran aceptadas las fórmulas propuestas se dieran por interrumpidas las negociaciones, y la misma orden la comunicó a Mendoza.

Andrade y Mendoza, con una imprevisión inexplicable, fijaron el día 8, en que expiraba la tregua, para tener una conferencia en Antímano, pero llegada la fecha citada, Mendoza se excusó de concurrir diciendo que el enemigo movilizaba sus tropas en ese momento y tenía que tomar precauciones; en vista de esta noticia el primero le mandó toda la artillería de que disponía en Caracas...

Hasta esa fecha ni Castro ni sus comisionados dijeron una palabra a Arvelo, quien lo comunicó así a Mendoza, agregando que si pasaba el día sin recibirse contestación de Castro, quedaban interrumpidas las negociaciones y desde luego él debía tomar las medidas conducentes al mejor éxito de las operaciones militares.

Mendoza ofreció a Arvelo acatar sus indicaciones e hizo a Andrade los mismos ofrecimientos, pero expirado el día sin que Castro diera noticias suyas ni se moviera de sus posiciones, no hizo la menor demostración de querer marchar contra él. En la misma inacción pasaron ambos el día 9; y el 10 por la mañana, a tiempo que Andrade recibía un telegrama de Mendoza en que le decía: "Cumpló con el deber de poner en conocimiento de Ud., que si no tuviera objeción que hacer, hoy a las diez quedará notificado el Jefe de la revolución de la renovación de hostilidades", se presentó en Caracas un Dr. Agustín Carrillo con una carta en que Mendoza lo acreditaba como representante suyo, con el fin de que expresara a Andrade "su pensamiento íntimo sobre la verdad de la situación y recibiera la última palabra de él en lo referente a la actitud que debía tomar en esos momentos"...

Desde que se habían iniciado las negociaciones y se había frustrado el plan que urdieron Bello y Peraza para sorprender a Andrade, éste recibía diariamente del campamento noticias de que las tropas se desertaban por partidas enteras con sus oficiales, armas y pertrechos, y de que la desmoralización e indisciplina aumentaba cada vez más. Sabiendo Andrade que aquello era la "obra de Bello, Peraza y los empleados del Estado Mayor", llamó al primero a Caracas, "para tener con él", dice, "una explicación formal". Pero al día siguiente de la llegada de Bello, sin haber tenido explicación de ninguna clase, le dirigió éste una carta en la que después de sus lisonjas y promesas de siempre, le pedía permiso para irse del país, a lo cual accedió Andrade "proveyéndole abundantemente de dinero antes de marchar!"... y haciéndole custodiar después, para su seguridad personal, hasta La Guaira, de donde Bello se embarcó para Trinidad, por más que Lutowski y un hermano llamado Montañés habían desaprobado su viaje, y excitádole por telégrafo desde La Victoria a continuar al lado de Andrade, si no podía volver al Ejército...

En el momento de la partida de Bello es que llega a Caracas el Dr. Carrillo, y cuando Andrade lo recibe el día 11, pone en sus manos la carta a que he aludido arriba y el documento que copio en seguidas:

"Con motivo de las cosas que últimamente han ocurrido, entre ellos, la comisión del Sr. Manuel Antonio Matos, con completa prescindencia del Sr. General Luciano Mendoza, que tenía oferta de estar al corriente de todo: el telegrama que ese mismo señor dirigió ayer al Sr. General Castro, solicitando la prolongación del armisticio hasta el día 14 del corriente, para entenderse personalmente con el Presidente de la República, exigiendo secreto absoluto en la Estación de La Victoria para que ni el General Mendoza ni persona alguna se enterase de su contenido; el último telegrama de las 10 a.m., de ayer del General Andrade al General Mendoza disponiendo la toma de posiciones por el ejército y la ofensiva en seguida contra la revolución comandada por el General Castro; el General Mendoza ha quedado convencido de que el General Andrade duda de él; que en consecuencia le ha retirado su confianza, dejándolo al frente del Ejército Nacional en una situación difícil e inaceptable. En vista de esto el General

"Mendoza tiene resuelto de manera irrevocable, o su separación del alto cargo que hoy ejerce en el dicho ejército, por medio de su renuncia, o que se le devuelva plenamente la confianza que antes depositaba en él el Presidente de la República. En este último caso, quiere el General Mendoza que se le garantice esa confianza con el nombramiento de un Gobernador del Distrito Federal en persona que él indique, por medio de su comisionado el Dr. Carrillo; y el nombramiento de un Comandante de Armas, también en el Distrito Federal, en otra persona indicada del mismo modo.

"Ofrece el General Mendoza en dicho caso, plena seguridad y tranquilidad al Gobierno Nacional mientras dure su mando; y para ello también quiere Mendoza, como prenda de que se le ha devuelto la confianza, ser él el único que se entienda con el General Castro, hasta un arreglo definitivo en todo lo relativo a los asuntos Revolución".

"La torpeza ambiciosa del General Mendoza", dice Andrade, "puede ya mostrarse libremente y su comisionado el Dr. Carrillo no se da arte en ocultarla.

"Dueño el General Mendoza de las armas; dueño del parque; con 4.000 soldados en La Victoria, que se le racionaban diariamente por el Comisario de Guerra, el General Chaumer, juega a la traición a un mismo tiempo con el jefe revolucionario y conmigo. Las condiciones que me dicta no tienen otro objeto que el de decidirlo en favor de una parte u otra. Si me entrego a él y pongo la sociedad venezolana bajo su amenazadora y temida dictadura, ataca al General Castro y lo vence, pues tiene elementos muy de sobra para ello; si me resisto a secundar su plan siniestro, se alía al General Castro y vuelve contra mí, contra los que me rodean y contra Caracas las fuerzas combinadas de los dos ejércitos".

"Para hacerme su prisionero, y además, odioso al pueblo, me recomienda dos carceleros, cuyos nombres sólo son sus mejores calificativos; al Dr. Agustín Carrillo, su Auditor de Guerra, para Gobernador del Distrito Federal, y al General Isidoro Wiedermann para Comandante de Armas de Caracas".

"Y esto lo hace, cuando ese mismo día 11 en que yo confere-  
rencia con su comisionado el Dr. Carrillo, el General Castro se  
ha venido de Valencia a Maracay y dirige a los Generales Men-  
doza y Peraza un telegrama en que se refleja toda la traición:  
"Estoy al corriente" —les dice el Jefe revolucionario— "de todo lo  
"ocurrido y tratado con el General Bolívar... En tal virtud, pues,  
"y bajo tales bases (las de proceder sin pérdida de tiempo, sin sub-  
"terfugios ni engaños), desearía que Ustedes se dirigieran a mí, si  
"lo tienen por conveniente, ya sea por escrito o verbalmente en  
"una entrevista, cuya hora y lugar fijaremos al efecto".

"Lo hace el General Mendoza, repito, cuando está impuesto  
de un telegrama del General Castro, ofensivo para mí —pues ya  
contaba con la traición del jefe del ejército— y dirigido al Sr. Ma-  
tos el día 10, que hacía difícil toda conciliación entre nosotros por  
la arrogante impertinencia del jefe invasor!

"La defensa de La Victoria queda destruída; la perfidia de sus  
directores está consumada. La inquieta y extraviada imaginación  
del General Peraza y la propensión al delito del Comandante en  
Jefe del ejército, han combinado y realizado la traición".

El día 10 se había sabido en Caracas el triunfo obtenido en  
Tucacas sobre las fuerzas revolucionarias que comandaba el Ge-  
neral Ramón Guerra, triunfo que había sido debido en mucha parte  
a las fortificaciones dispuestas por mí y al nombramiento que  
hice del distinguido Coronel Rivero Urbina para Jefe de la guarni-  
ción. Con ese motivo el Sr. José Austria, Secretario privado de  
Andrade, al tener conocimiento de la última actitud de Mendoza,  
indicó al primero que "ya que todo estaba perdido", me llamara  
de Puerto Cabello y me mandara a La Victoria, en la seguridad  
de que yo sabría restablecer la disciplina y atacaría inmediata-  
mente a Castro (\*)

Pero Andrade se excusó, diciendo que Mendoza se negaría a  
entregarme el mando, y otros no se prestarían a reconocerme por  
mi poca edad, sin saber, tal vez, que yo contaba con las simpatías  
de varios de los Jefes de Batallón de aquellas fuerzas, y que los  
habría reducido a todos a la obediencia, haciendo, si era necesi-

---

(\*) Esto me lo refirió repetidas veces el mismo Austria antes de irse a Venezuela  
y emplearse allí como Secretario privado de Castro, puesto que desempeña hoy.

rio, un escarmiento con Mendoza y dos o tres de los viejos más encallecidos en el crimen.

Andrade pensó más bien hacer reemplazar a Mendoza con su hermano, Natividad, que servía a sus órdenes y se había desagradado con él, hombre de gran valor, sin duda, pero enteramente desprovisto de ilustración, incapaz de mandar más de mil soldados, e inclinado tanto como el otro a insubordinarse y hacer su voluntad, si bien menos propenso a la traición. Mas, desistió de esa idea porque los hermanos volvieron a armonizarse, y las cosas quedaron en el mismo estado...

Andrade dice que en esos días mandó buscar a Coro las fuerzas de Riera "para sanear el ejército con la incorporación de batallones y jefes honrados"; pero las referidas fuerzas no llegaron a moverse de su localidad.

Entretanto Mendoza había estado desde el 11 en correspondencia telegráfica con Castro y con su representante en Maracay, el General colombiano, Benjamín Ruíz, que se firmaba Bolívar; y aunque Andrade lo había excitado nuevamente a que tuvieran una conferencia en Antimano, se excusó pretextando que "la falta de medidas que garantizaran el orden en la capital", hacían peligrosa la salida de aquél fuera de ella, e insistiendo en que, antes de celebrar la citada conferencia, "fueran nombrados el Gobernador del Distrito Federal y el Comandante de Armas que ya había indicado"...

Andrade mandó entonces a su antiguo Secretario, Dr. V. Betancourt Aramburu, en comisión cerca de Mendoza, pero regresó sin verlo por no haberlo encontrado en el campamento....

El 14 Mendoza y Ruíz tienen una conferencia, y cuatro días más tarde o sea el 18, se reúnen por fin en San Mateo el jefe de las tropas del Gobierno y el de la revolución. Allí tienen una larga plática en que toman parte Ruíz, Peraza y Carrillo, y al cabo queda estipulada la entrega del Ejército Nacional "en cambio del ofrecimiento de una suma para Mendoza (\*) y de posición política para él y sus amigos"; siendo "el pacto de la inmoral alianza", dice Andrade, "celebrado con repetidas libaciones".

---

(\*) Se ha dicho que Castro ofreció a Mendoza cien mil pesos que nunca le entregó.

## VI

El mismo día 18 regresó el Sr. Matos de su segundo viaje a Valencia, y asistió a una sesión del Gabinete convocado para tratar de un proyecto de arreglo que había traído, que consistía, en síntesis, en la misma proposición de Castro de "que se reconociera el triunfo absoluto de la revolución que acaudillaba", y leyó un telegrama de aquél, que al final decía: "Dígale al General Andrade que se deje de vacilaciones y acepte el tratado, pues ya Mendoza lo ha firmado".

En el citado proyecto de arreglo la segunda cláusula exigía la aceptación por parte de Andrade de los veinticinco protestantes en el Congreso contra la reforma de la Constitución puesta en vigencia por él, como miembros de una Convención que había de reunirse para conocer de su renuncia y ocuparse de la reorganización de la República.

Andrade se negó a aceptar el tratado en la forma que se le había propuesto, y así lo repitió al Señor Matos en una conferencia que tuvo con él el 19 a las 10 de la noche, agregando que "no entregaría el Gobierno al General Víctor Rodríguez, porque se había hecho indigno de él; que esperaría toda la noche la respuesta de Castro sobre la eliminación del artículo segundo; y que para los efectos de entrar en nuevas conferencias; no debían aquellas de estar formuladas sino en los términos honrosos que le correspondían, y con supresión de toda exigencia incompatible con su carácter y funciones".

Al General Domingo Monagas y a los doctores Víctor A. Zerpa y José Ladislao Andara, que lo visitaron esa misma noche, les manifestó que "tenía el propósito de irse a Macuto y llamar desde allí a los miembros del Gobierno para exponerles con entera franqueza la verdadera situación; y en el caso extremo de que fuera conducente prolongar la guerra, reconstituir el personal oficial, inclusive el Ministerio, con aquellos individuos de acción que las circunstancias requerían". Pero cuando se disponía a recogerse, ya en la madrugada, le dieron aviso de una alarma que había en la ciudad y de un inusitado movimiento de tropas que se notaba en los cuarteles.

A esa hora mandó llamar al General Antonio Orihuela, Jefe de la Guardia Civil a caballo, y le ordenó ensillar con algunos de sus soldados, y a eso de las 5 de la mañana, después de entregar al Gobernador de Caracas, señor A. Level, la orden escrita de poner en libertad a los presos políticos y manifestarle que se iba a Macuto, se dirigió a casa del Ministro de Guerra Ferrer, donde le informaron que éste había salido para la cárcel. Habiéndose dirigido allá, no lo encontró; ni pudo penetrar en el edificio porque Ferrer había ordenado no permitirselo (\*).

Al Comandante de Armas de Caracas, F. González Espinosa, que era uno de los cómplices de Ferrer, y que en ese momento llegó allí, le ordenó que hiciera relevar la guardia del cuartel situado frente a la cárcel, que mandaba el Coronel León, disponiendo que éste marchase con su tropa a ocupar el edificio donde estaba depositado el parque, y que en seguida fuera González Espinosa a poner en disposición de marcha las fuerzas del cuartel de San Lázaro.

En ese instante concibió Andrade el proyecto de llevarse para Macuto a los Generales Hernández, Mujica y Muguerza, y ordenó al Coronel Célis, segundo jefe del Batallón N° 1 de la Guardia, que fuera con dos compañías y recibiera del Gobernador los referidos presos, dirigiéndose luego hacia el norte de la ciudad.

Al pasar frente al Capitolio, encontró a Ferrer, a quien no hizo cargo alguno por la orden que había dado de impedirle la entrada en la cárcel, le comunicó su propósito de poner en libertad a los presos políticos, con exclusión de los tres que pensaba llevarse a Macuto, y además que se llevaría con él los Batallones de Sánchez y Mancera, dejándole con los de S. Gutiérrez y J. R. Quintana, que estaban en comisión y debían regresar ese mismo día muy temprano, alrededor de mil hombres, sin contar la fuerza de policía y la del General Vierma, que estaba en Los Teques y podía llamar...

Habían llegado conversando frente al cuartel de la policía, cuyo Jefe, Hipólito Acosta, era otro de los cómplices de Ferrer. Este se dirigió al teléfono de dicho cuartel, acompañado por Acosta, y comunicó la orden de que Vierma marchara a Caracas con sus tropas, volviendo ambos a la calle poco después.

---

(\*) Este dato lo debo a Orihuela que acompañó a Andrade en ese momento.

En ese instante se presentaron el Gobernador Level y el Prefecto Miguel Espejo, y en presencia de Ferrer y Acosta le repitió Andrade la orden de poner en libertad los presos, y entregar al Coronel Célis los tres que debían marchar con él, orden que aquellos no cumplieron...

A las seis de la mañana llegó Andrade al cuartel de San Lázaro y uno de los Jefes de las tropas que estaban allí, salió a su encuentro y le comunicó que Ferrer había ordenado cerrar la puerta. Enteramente convencido ya de la traición del Ministro de Guerra, mandó al Coronel Pulgar que en unión de Célis efectuaran la prisión de aquél, orden que tampoco se cumplió... y cuando se disponía a bajar a la ciudad, se le acercó el Jefe de la Guardia Civil, Orihuela, "vivamente conmovido", dice Andrade, y lo excitó "a que tratara de salvarse porque él veía todo perdido"...

Aun era tiempo de tomar una resolución enérgica, que levantara a Andrade y al Gobierno en la opinión y los pusiera en aptitud de seguir luchando. Apoyado en la guarnición de Caracas, que toda le era adicta, habría podido reducir a prisión a Ferrer, Víctor Rodríguez, González Espinosa, Acosta y todos los otros traidores; en unión de Andueza Palacio, Juan Francisco Castillo, Manuel Clemente Urbaneja y los demás revolucionarios urbanos; fortificarse en la ciudad, llamar las fuerzas de Coro, etc., etc., y una vez llegados, deponer y castigar a Mendoza y sus cómplices de La Victoria. Pero en vez de eso prefirió Andrade seguir el consejo de Orihuela y se fué a La Guaira por el camino de las Dos Aguadas, llevándose sólo ochocientos hombres, y dejando la capital entregada a los conspiradores...

Al llegar al puerto, donde había cuatrocientos hombres de guarnición, que le eran igualmente afectos, supo que en Caracas Víctor Rodríguez había constituido un simulacro de Gobierno declarándolo a él fuera de la ley, y que Ferrer había ordenado a los Jefes de los buques no zarpar mientras no recibieran orden suya, y tratado de atraerse la guarnición a su partido; mas tanto los unos como la otra permanecieron leales a la disposición de Andrade, quien, después de despedir a sus Edecanes y a algunos empleados que lo habían acompañado hasta allí, hizo embarcar las tropas, con exclusión de las que custodiaban el puerto, en los vapores "Zamora", "Crespo", "Miranda" y "Augusto", los cuales había hecho cargar

de parque en los días anteriores (\*) dándoles la orden de estar a toda hora en disposición de salir; y a las 11 de la noche, a tiempo que dirigía el "Zamora" a Coro (\*\*) y los tres últimos a Maracaibo, de cuyo Estado era Presidente su hermano Alejandro, y Comandante de Armas el General Alejandro Ibarra, salió él mismo en el "Bolívar" para Barbados por vía de Trinidad, llevando al General Orihuela por toda compañía.

Al considerar estos hechos se comprende que Andrade, débil y tímido por temperamento, había perdido por completo la cabeza a causa de los últimos sucesos, pues de otro modo no se concibe que abandonara la República como lo hizo. Aun en el caso de que la "traición" de Mendoza lo obligara a salir de la capital, lo cual es muy discutible, toda vez que allí le quedaban tropas de sobra para sostenerse mientras le llegaban auxilios de los Estados, cuando se embarcó en La Guaira estábamos aun en pie Rolando en Guayana, Riera en Falcón, Ibarra en Maracaibo, Peñaloza en el Táchira, yo en Puerto Cabello, los jefes militares de Zamora y Apure y otros muchos en todo el país, entre los que se contaba Leopoldo Baptista en Trujillo, que todavía no se había definido bien por Castro. La revolución estaba circunscrita a Caracas, La Victoria y Valencia, respectivamente, las cuales no tenían mayor importancia, y cuyos Jefes, a la vez que eran enemigos de Castro, lo eran entre sí.

En los últimos días se habían sublevado los Generales Fernando Pacheco en los alrededores de Caracas, Manuel Morales en Cumaná, y algunos Nacionalistas en Maturín, Margarita, Yaracuy y Maracaibo; pero, como lo dice el mismo Andrade, aquellos "grupos aislados desaparecían en una campaña activa y enérgicamente seguida".

---

(\*) Andrade en su folleto dice: "Bajo mis plantas, en la nave que me asila, a mi alrededor en los otros buques, dispongo del poder con que me sería fácil aniquilar al enemigo, diezmar la población, arruinar las ciudades. Porque desde que se inició el proceso de la traición en La Victoria, yo había previsto lo que ahora estaba sucediendo, a saber: la necesidad de trasladar conmigo a otro punto del territorio nacional, la representación legal de la República; y los buques estaban cargados de parque, llenos de soldados valerosos, de oficiales distinguidos y adictos, etc."

(\*\*) A una persona cuyo nombre reservo, que estuvo a bordo del "Bolívar" a las 8 de la noche, a preguntar a Andrade en qué buque se embarcaba, éste le dijo que lo hiciera en el vapor "Crespo" y que todos iban para Puerto Cabello. Esa persona descubrió al día siguiente que el mencionado vapor iba con rumbo a Maracaibo y tuvo que seguir hasta aquel puerto contra su voluntad.

Si Andrade hubiera llevado a Puerto Cabello las tropas que mandó a Maracaibo y trasladándose él en los vapores a esta última plaza, habría podido traer las de Peñalosa y las de Ibarra, dejando pequeñas guarniciones en el Táchira y Maracaibo, agregar parte de las de Riera, dejando el resto para atender a Colina, y por último habría podido hacer venir las de Oriente.

Al recibir los refuerzos que me dejara de paso, habría quedado yo en capacidad de tomar a Valencia tan luego como Castro se moviera de allí hacia Caracas, y ya entonces la revolución "restauradora" habría quedado reducida sólo a esta última ciudad y La Victoria; y cuando concurrieran a Puerto Cabello todas las fuerzas de que he hablado, habría tenido yo de dos a tres mil hombres, que unidos a los otros habrían formado un ejército de seis u ocho mil hombres, fuerza muy capaz de combatir la revolución con buen éxito, tanto más, cuanto que al incorporarse Mendoza a Castro para combatir contra Andrade, la mayor parte de las tropas lo habrían abandonado y vuelto al lado de éste.

Entonces habría podido Andrade establecer su Gobierno en Valencia, confiar el mando del Ejército al que le pareciera más capaz de los Jefes citados y seguir la guerra con grandes ventajas puesto que hasta podía bloquear La Guaira con sus vapores para que la Aduana no produjera dinero a los revolucionarios, ni pudieran mandar a buscar parque al exterior. Aun le quedaban otras combinaciones perfectamente practicables que consistían en irse a Maracaibo o a Ciudad Bolívar y tomar a cualquiera de los dos puntos como base de sus operaciones futuras. Aunque ambos partidos eran inferiores al primero, porque presuponían que se abandonara a Castro el centro de la República, dándole tiempo de allegar tropas, proveerse de parque, etc., siempre habría podido Andrade continuar la guerra en condiciones favorables, desde que el Erario de Caracas había quedado vacío, que ninguna Potencia extranjera habría reconocido a los invasores; y que en los buques de la Escuadra podía él llevar sus tropas rápidamente a grandes distancias para atacar donde le conviniera, ventajas de que estaban privados los revolucionarios; mas de nada se acordó en su salida precipitada y con ello puede decirse que entregó el país a sus enemigos...

Cuando el General Andrade subió a la Presidencia, indudablemente estaba mejor inspirado que muchos de sus predecesores. En verdad que se había formado en la perniciosa escuela de varios de aquellos, aceptando pasivamente todo género de irregularidades; pero su paso por la política no se había marcado por excesos ni violencias de ninguna clase. Enterado de muchos de los vicios que habían llevado al país al estado de prostración y descrédito en que se hallaba, estaba decidido a intentar la corrección de ellos. Si hubiera surgido al Poder en tiempo de calma, tal vez habría podido realizar sus ideas y su Administración habría ejercido una influencia más o menos benéfica en la República y dejado buenos recuerdos. Pero habiendo surgido en medio de la tempestad de las pasiones; cuando los ambiciosos de todos los matices se agitaban incesantemente por alcanzar el objeto de sus anhelos; siendo de una naturaleza débil, y habiendo quedado sin el apoyo de Crespo, cuyo carácter imponía respeto y tenía a raya a la mayor parte de aquellos ambiciosos; habiéndose empeñado, por un error de entendimiento y por las mismas deficiencias de su espíritu, en servirse para las comisiones más delicadas de hombres estultos o depravados, a quienes no sabía enfrenar, dando al propio tiempo pretexto para nuevos disturbios con la intempestiva reforma de la Constitución, a que fué igualmente inducido por un error de cálculo y por su natural pusilanimidad; relajados por último, los resortes todos de la máquina gubernativa, al fin se vió envuelto, "vendido y traicionado por los mismos a quienes había colmado de favores" y desapareció de la escena sin haber podido llevar a la práctica una sola idea útil, causando más bien al país males inmensos e irreparables. El peso que había querido echar sobre sus hombros era superior a sus fuerzas, y a los primeros pasos cayó exhausto y sin aliento en medio del camino.

El 21 recibí en Puerto Cabello un telegrama del General Víctor Rodríguez donde me decía que "Andrade se había fugado, llevándose los vapores de la Nación; que él había asumido constitucionalmente la Presidencia; que si Andrade tocaba en Puerto Cabello lo pusiera preso; y por último, que dejara las tropas a cargo de un jefe de mi confianza y fuera a Caracas a entenderme con el Gobierno"...

Le contesté que "Andrade era el Presidente de la República, y yo no reconocía otro Jefe; y que si él se había aliado también con los enemigos e iba a Puerto Cabello, lo recibiría en las puntas de las bayonetas de mis soldados, como lo haría con todos los traidores. (\*)

Y calculando que Andrade podía haber salido hacia Oriente y tal vez llegaría a Trinidad, le dirigí allí un cablegrama, que textualmente decía: "Apóyeme y venceremos Castro y traidores".

Sucedió lo que había previsto: al día siguiente llegó Andrade a la citada isla y el telegrama en cuestión fué llevado a bordo del "Bolívar" por el Edecán del Gobernador Jerningham que actuaba entonces, el cual Edecán seguramente al ver la impresión que su lectura causó a Andrade, manifestó a éste el deseo de saber de qué se trataba. El señor Angel María Sucre, por ese tiempo Cónsul de Venezuela en Trinidad, que estaba en el buque a corta distancia, fué llamado para que lo tradujera al inglés y así quedó satisfecha la curiosidad del oficial británico. Andrade, a pesar de las instancias del Gobernador para que desembarcara, siguió poco después a Barbados, de donde me contestó que "me sostuviera y llevara a mi lado la guarnición de Tucacas", lo cual había yo hecho ya.

## VII

Entendido Castro con Mendoza, Rodríguez y Ferrer, entró a Caracas el 22 de octubre, dos días después de la ida de Andrade, el tiempo necesario para trasladarse allí con sus tropas, usando todavía muletas porque no podía servirse del pie descompuesto en Tocuyito. Había estado en Valencia un mes y seis días y al fin estaba tan imposibilitado para seguir adelante como al principio. Cuando salió para Caracas llamado por Mendoza y los otros, sus fuerzas, incluyendo las de Samuel Acosta no llegaban a dos mil hombres, con muy escasas municiones y sin medios para aumentarlas...

¿Quién después de haber leído las páginas anteriores, osará afirmar que Castro había vencido a Andrade?...

---

(\*) Ese telegrama fué publicado el mismo día que lo dirigí a Rodríguez.

Unas pocas escaramuzas, dos o tres acciones sin importancia, y un breve combate, habían bastado para derrocar una situación que tenía medios materiales de sobra para destruir en horas la facción revolucionaria...

Un hombre odiado o temido por los pocos que lo conocían, sin nexos con la sociedad, se lanza a la guerra porque el Presidente de la República no le da el empleo que le pide; y aunque queda como vencido en la apartada región donde se ha declarado en rebeldía, y sólo aspira a efectuar un arreglo que lo preserve del castigo a que se ha hecho acreedor, por virtud de la conducta de sus contrarios se encuentra de pronto convertido en vencedor del Gobierno...

Parece increíble que semejantes hechos hayan podido realizarse. Tales cosas no se habían visto nunca en país alguno, ni volverán a verse, porque ellas fueron el resultado de una larga serie de errores y de faltas que es imposible que se repitan...

Quien había triunfado sobre Andrade no había sido Castro. Este no hizo sino aprovecharse inconscientemente de la gran descomposición moral de aquel Gobierno, debida a su origen vicioso y muy principalmente a las deficiencias personales de Andrade. Este y su Gobierno tenían que desaparecer de un modo u otro. De no ser Castro quien se aprovechara de la ocasión, habría sido Hernández, o Perico el de los Palotes: el nombre y condiciones del que había de producir la catástrofe final importaban poco.

Si aquel organismo no hubiera estado gravemente enfermo, la invasión desde la frontera occidental no se habría realizado o habría sido destruida al presentarse. Un catarro o un dolor de cabeza por sí solos no causan la muerte de un cuerpo vigoroso y sano; pero pueden determinarla cuando las fuentes de la vida han sido agotadas por otros males. La revolución de Castro fué simplemente el último catarro del viejo valetudinario...

Escritores asalariados y el mismo Castro han afirmado que cuando éste salió del Táchira hacia Caracas, llevaba la intención de derrocar el Gobierno de Andrade; mas tal aseveración es completamente absurda, si al mismo tiempo no conviene en que al tomar esa determinación estaba loco...

Prescindamos por completo de lo que dijo a la hermana al pasar por Táriba, que la pobre mujer refirió a varias personas cuando



*El autor, a la edad de 22 años, cuando iniciaba su carrera militar a las órdenes del señor General Joaquín Crespo, en la Revolución Legalista de 1892.*



no creía perjudicar con ello al hermano, ni sabía que éste se había convertido en conquistador. ¿En qué cerebro cabe que estando Castro imposibilitado para seguir luchando contra Fernández, a pesar de hallarse en la única parte de la República que él conocía y donde tenía algunas relaciones, fuera a salir de allí a derrocar al Gobierno Nacional a través de comarcas inmensas en donde era completamente desconocido? ¿Con qué iba a derrocar al Gobierno?....

Si es falsa la especie de la hermana, si es incierto que Castro le dijera nada y efectivamente salió en son de conquista, hay que convenir en que estaba loco; no hay disyuntiva. Un hombre en su cabal juicio habría tratado de vencer a Fernández, habría hecho del Estado Táchira su base de operaciones e ido metódicamente conquistando y organizando los territorios por donde pasara, sin dejar enemigos detrás. Todavía sería explicable que prescindiera de esos procedimientos, que se tienen por necesarios en toda guerra de conquista o invasión, si los enemigos que dejaba detrás hubieran sido muy inferiores, y él hubiera tenido un ejército que pudiera destruir los que el Gobierno le opusiera, para llegar a la capital de la República, hiriendo con ello a aquel en el corazón, y luego con el prestigio de ese hecho y los medios materiales que allí adquiriere, conseguir la pacificación del país; pero, repito, ¿con qué iba a vencer los ejércitos del Gobierno?.... ¿Con los ochocientos hombres que lo acompañaban cuando salió del Táchira, apenas provisto de municiones para combatir dos o tres horas, podía aspirar a vencer las dificultades que ofrecía esa empresa?....

No se diga que aunque salió de la Sección Táchira en las condiciones expresadas, contaba con que en el resto del país hubiera otros alzados a quienes podría incorporar para aumentar sus fuerzas y llegar al Centro con un ejército numeroso, porque no tenía fundamento alguno para esperar eso, puesto que no existían nexos de ninguna clase entre él y los jefes que podían alzarse en los otros Estados. Se ha visto que Colina y Loreto Lima no lo reconocieron, y que tuvo que atenerse a sus propias tropas con el pequeño contingente que a última hora le prestó el General Samuel Acosta.

¿Qué habría sido de él después que salió del Táchira sin el reprochable proceder de Baptista en Trujillo y el de los Generales que mandaban las tropas apostadas en Barquisimeto, y sin las traiciones de Diego Bautista Ferrer y Luciano Mendoza? . . .

De la simple exposición de los hechos verificados en ese tiempo puede deducirse una de cuatro cosas: que Castro cuando salió del Táchira estaba de acuerdo con todos o la mayor parte de los servidores de Andrade para que lo dejaran llegar a Caracas, lo que no tiene ningunos visos de posibilidad; que preveía que todos los Generales que iba a nombrar aquél para el mando de sus tropas, habían de ser traidores o nulos, lo cual es igualmente inverosímil; que resolvió conquistar la República con un puñado de soldados casi inermes, contando solamente con su habilidad y valor personales, lo que él y los suyos se empeñan en hacer creer, para dar a la aventura apariencia de cosa portentosa, y en este caso es forzoso que estuviera loco; en fin, que no resolviera tal conquista, sino que saliera a capitular, contando con la impunidad que siempre ha habido en Venezuela para esa clase de hechos, y por un encadenamiento inaudito de casualidades, estupideces e infidencias, se encontrara repentinamente transformado en conquistador. . . .

La cuarta y última suposición es la más verosímil, porque es la más conforme con la lógica de las cosas. Un hombre imposibilitado para resistir al enemigo que tenía a una marcha de distancia, no podía pensar en salir a buscar enemigos más poderosos para medir sus fuerzas con ellos: eso habría sido contrario a toda razón y a toda lógica. . . .

## VIII

Castro estaba en la capital de la República no prisionero en una cárcel sino como triunfador. Se había verificado una especie de prodigio; pero era un prodigio de ignominia y de vergüenza. . . . Allí estaba rodeado por los traidores que lo habían llevado de la mano, en medio del estupor y del asombro de toda la Nación. . . .

Cuando llegó a Caracas no se instaló sino se acampó en la Casa Amarilla. Por todas partes en ésta se veían los chinchorros, las cobijas y las ropas de los oficiales y soldados. Las mujeres que acompañaron al ejército entraban y salían a discreción.

Castro era trasladado de un punto a otro del palacio en una silla de ruedas porque aun no podía caminar. Una rubia cortesana de Caracas, en otro tiempo notable por su belleza, y ahora marchita y desechada, era la predilecta de Castro. Casi todas las noches se la veía entrar a la residencia del jefe vencedor como en su propia habitación, y a la mañana siguiente, después de haber estado un rato a la ventana, con el mismo desenfado que lo hiciera en su propia casa, salía por entre los grupos de visitantes, distribuyendo miradas en que se revelaba su gran satisfacción, y saludando a los conocidos con familiaridad. . . .

Y los desmanes seguían en Caracas en la misma forma que cuando pasara Castro por Valencia y demás ciudades y pueblos del Occidente de la República. Puede decirse que no transcurría un sólo día sin que hubiera uno o más muertos. Los sucesos más increíbles e inmotivados tuvieron efecto en esos días de confusión. Un oficial de los invasores pedía, por ejemplo, un vaso de aguardiente a un pobre pulpero, y cuando éste se dirigía a servirlo, tal vez de mal modo porque sabía que no había de pagárselo, le daba de balazos por la espalda y lo dejaba muerto.

A cada momento tenía lugar una nueva violencia en que la "peinilla" jugaba casi siempre el principal papel; hasta que al fin los capitalinos, que nunca despuntaron por miedosos, empezaron a defenderse.

Se estableció una especie de guerra sorda entre los ciudadanos de Caracas y los recién llegados. Y cuando alguno iba a decir a Castro que los suyos habían matado uno o más caraqueños, o que uno de éstos había matado a alguno de sus oficiales, contestaba: "ni los cobro ni los pago", y seguía el desorden y seguían los escándalos. . . .

Nadie sabía cuando tendría término aquella situación anormal y conflictiva, porque Castro en lugar de dictar medidas tranquilizadoras, dejaba hacer a los suyos. A cada momento imponía empréstitos y mandaba a la cárcel a los que se negaban a suscribirlos, y ordenaba prisiones con toda clase de pretextos. Bastaba que alguno de sus amigos, viejos o nuevos, le dijera que tal o cual persona estaba conspirando, o había dicho tal o cual cosa contra él, para que ordenara la prisión de esa persona, que las más de las veces era completamente inocente de lo que se le imputaba. De

ese modo se ejercieron venganzas sin número. El que tenía un enemigo entre los "restauradores", nuevos o viejos, podía estar seguro de ir a la cárcel. Castro era simplemente el instrumento de las pasiones de los que lo rodeaban. Constantemente se veían pasar por las calles filas de presos conducidos por sus soldados. La Rotunda estaba colmada, pero la falta de espacio no era obstáculo para que se verificaran nuevas prisiones; allí hacinaban más y más presos, aunque se asfixiaran....

# CUARTA PARTE



## SITIO DE LA VICTORIA

CONSECUENCIAS INMEDIATAS DE LAS ULTIMAS DISPOSICIONES DE ANDRADE COMO JEFE DEL PAIS. - QUEDO SOLO EN PUERTO CABELLO. - EL TRATADO RUIZ O BOLIVAR. - COMBATE DE PUERTO CABELLO. - SEGUNDA REVOLUCION DE HERNANDEZ. - ALTO DE USLAR. - MANACAL. - CAPTURA DE HERNANDEZ. - ES ENVIADO AL CASTILLO DE SAN CARLOS. - REVOLUCION DE MATOS. - SITIO DE LA VICTORIA. - EL BLOQUEO DE LAS POTENCIAS ALIADAS. - HERNANDEZ AL SALIR DE LA PRISION SE PONE AL SERVICIO DE CASTRO PRODUCIENDO EL FRACASO DEFINITIVO DE LA REVOLUCION MATISTA.

### I

Andrade era el lazo de unión que hacía posible la reacción inmediata contra Castro, y al ausentarse del país los subalternos quedamos cada uno por nuestra cuenta sin poder entendernos, porque ninguno tenía una superioridad bien marcada sobre los demás. Si al irse Andrade de La Guaira hubiera enviado a Puerto Cabello los vapores con el parque y las tropas, habría podido yo aspirar a que los otros me reconocieran como centro, y la guerra podría haber continuado en condiciones ventajosas para los que habíamos pertenecido al partido del Gobierno, pues la situación de Castro acababa de empeorarse por que habiendo puesto en libertad a Hernández éste se había marchado de Caracas llevándose las tropas de Samuel Acosta, e iba a reunirse con Lima que tenía tres o cuatro mil hombres en Cojedes.

Si Andrade hubiera enviado los vapores a Nicolás Rolando o a Gregorio Segundo Riera, quienes estaban en posesión de los puertos adonde aquellos podían llegar fácilmente, tal vez el favorecido se habría prestado a asumir la Jefatura y los demás lo habríamos rodeado; pero, como se sabe ya, sólo envió uno de los citados vapores a Riera y los otros a Alejandro Ibarra, quien de todos los militares por entonces en armas era el más débil de carácter.

A los pocos días Ibarra los entregó a Castro con las tropas y el parque de que disponía, lo cual acabó de desconcertarnos, y dió motivo a que Riera, Rolando y los Jefes de los Estados Zamora y Apure, que probablemente no conocían las condiciones morales de Castro, se entendieran también con él, y se pusieran a su servicio, y a que Juan Pablo Peñaloza disolviera sus tropas y se fuera a Colombia.

## II

Sometidos o ausentes los otros jefes que habían servido a Andrade con lealtad hasta el fin, yo quedé aislado en el centro del país al frente de una guarnición que pasaba poco de quinientos hombres, después de haber desocupado a Tucacas y traído a mi lado las tropas que la defendían.

El 27 de octubre me envió Castro un telegrama comunicándome que Hernández se había ido de Caracas la noche anterior, y proponiéndome que "con la misma entereza conquie nos habíamos combatido, confundiéramos toda diferencia en el seno de la causa". Le contesté que "había celebrado la noticia del alzamiento de Hernández porque ello debilitaba a los enemigos del Gobierno que yo defendía y que si él reconocía como Jefe al General Andrade (\*) no tendría inconveniente en que nos uniéramos para que pacificáramos el país"....

En virtud del telegrama que me dirigió Andrade de la isla citada, había estado yo esperando que mandaría por lo menos el vapor en que se había ido, que era el mejor de la armada, tal vez con

---

(\*) Andrade estaba ya en Barbados.

parque; mas el 3 de noviembre supe, no sin sorpresa, que se lo había mandado a Castro. . . . y recibí una carta suya en que me excitaba a entrar en tratos con éste. . . .

Fácilmente se descubría que Andrade no había tomado estas últimas determinaciones por patriotismo, porque deseaba evitar mayor efusión de sangre, como quiso hacérmelo creer, sino buscando ganarse la buena voluntad de Castro, tal vez con el objeto de que no le embargara sus bienes que estaban todos en Venezuela. Además, desde que él se había ido del país, de hecho había dejado de ser mi Jefe y no le debía obediencia; su carta no era tampoco sino una excitación amistosa; pero como yo estaba impotente para medirme con Castro, que había quedado dominando en toda la República, aproveché la indicación y me presté a oír las proposiciones que me hizo, a cuyo efecto me había enviado una comisión.

Sólo exigí que se diera una gratificación pecuniaria a cada uno de los empleados militares y civiles de mi dependencia, y que se les dejara en libertad de retirarse a sus hogares, como yo iba a retirarme al mío; e hice constar en el artículo tercero del tratado que se celebró, que no deseaba ni aceptaba nada para mí.

Los comisionados regresaron a Caracas y el 7 de noviembre volvieron con el tratado ratificado por Castro. La suma que iba a repartirse por la lista que se había formado, montaba a 48.525 pesos (\*) que iban a recogerse en el comercio de la plaza tan pronto yo lo permitiera, para descontarla en derechos de Aduana. Según me informó el Presidente de la Comisión, la casa de Boulton & Co., había ofrecido ponerse a la cabeza del empréstito con 10.000 pesos; toda la cantidad sin duda habría sido cubierta en una hora porque estaba perfectamente garantizada. Pero yo me negué entonces a permitir que se recolectara.

Durante los días de las negociaciones había tenido ocasión de saber las acciones de los invasores en Valencia, y que Castro al llegar a Caracas se había rodeado de los hombres más corrompi-

---

(\*) En presencia de los comisionados di orden a mi Ayudante, Víctor Vicente Maldonado, para que hiciera con vista al último estado de fuerzas la cuenta de lo que correspondía a toda la guarnición, asignando 1.500 pesos para los Jefes de Cuerpo y mis dos Ayudantes, 500 para los Comandantes, 200 para los Capitanes, 150 para los Tenientes y Alféreces y 10 para los individuos de tropa de sargento para abajo. La suma montó a 34.280 pesos; y la destinada para los empleados civiles que se hizo después, llegó a 14.245 pesos formando las dos el total de 48.525 pesos sencillos.

dos de nuestra política, y la sociedad estaba asombrada con los excesos que él y sus tropas cometían diariamente.

Había sabido además que las avanzadas de las fuerzas de Hernández, a quien se le atribuía siete mil hombres, estaban a tres millas de Valencia hacia el lado de Tocuyito, y calculé que teniendo Castro sólo tres mil soldados movilizables no se resolvería a enviarlos contra mí, exponiéndose a que Hernández los cortara de su base de operaciones y los destruyera; y que esa circunstancia me daría tiempo de conseguir en el exterior medios para seguir la guerra.

Empero, por más que había descubierto o averiguado lo que dejo expuesto sobre la conducta de Castro y sus tropas en Valencia y Caracas, lo cual era una especie de confirmación de lo que había sabido de la personalidad moral del Jefe revolucionario desde que apareció en el Táchira; por más que me era altamente sensible colaborar con mi sometimiento a que se afanzara en el Poder este hombre; por más que de la circunstancia de hallarse tan próximas las fuerzas de Hernández me parecía que podía sacar un gran partido, no obstante todo eso, digo, por no faltar a mi palabra empeñada, me había visto obligado a cumplir las estipulaciones del 3 de noviembre, y ni siquiera me habría ocurrido que fuera posible deshacer lo hecho, si los mismos enemigos no se hubieran encargado de allanar el camino para que realizara mi deseo sin obstáculos.

El día que se celebró el tratado me había informado el Señor Eduardo Ortega Martínez, que el Presidente de la comisión enviada por Castro se hacía llamar Doctor Rafael Bolívar; pero que su verdadero nombre era Benjamín Ruíz (\*) y aunque éste firmó el tratado

---

(\*) En un momento en que me dirigí a una ventana del salón donde conferenciábamos los comisionados y yo, a ver si venía el Ayudante que había ido a hacer el cálculo de que habló en la nota de la página ... se me acercó Ortega Martínez y mostrándome el Presidente de la comisión que hablaba a alguna distancia con el tercero de los miembros de aquella, me dijo: "Esto es el famoso General Ruíz de Colombia (A). Me lo comunicó bajo mucha reserva el General Castro". Entonces yo me aproximé a Ruíz, y después de hablar un corto rato de cosas indiferentes le dije con la mayor naturalidad: "Doctor, me parece muy extraño que siendo como sin duda es usted un hombre notable, no hubiera yo oído nunca su nombre desde el año de 1892 que vengo mezclándome en la política", a lo que él contestó sin vacilar: "es porque precisamente desde ese tiempo había estado en Europa; pero soy nacido y criado en Los Andes". Con esa explicación me dí por convencido y pasé a otro asunto. Ortega Martínez había cometido una indiscreción que en cierto modo es excusable, si se considera que no habló

con el nombre falso de "Bolívar", me abstuve de efectuar ningún procedimiento hasta no adquirir nuevos datos. Cuando regresó Ruíz de Caracas con el tratado ratificado por Castro, convencido yo ya de que era cierto lo que me había dicho Ortega Martínez, y habiendo sido informado en esos mismos días de lo que he referido acerca de Castro y sobre la proximidad de las fuerzas de Hernández, resolví aprovecharme de la superchería y falsificación mencionada para romper el tratado ruidosamente en presencia de un gran concurso: hice arrestar al falso comisionado y a los demás los mandé poner fuera de mis avanzadas para que volvieran al lado de Castro, quedando yo libre de hacer en adelante lo que más me conviniera.

Yo era el único resto del orden de cosas desaparecido, y, por lo menos, tenía tanto derecho a tratar de predominar en la República como Castro y Hernández, dos simples revolucionarios. Las causas y razones en que había fundado mi resolución eran justas y lógicas y la citada resolución me pareció conforme a los intereses del país, pues, de ningún modo convenía a éste mi incorporación a Castro, ni tampoco que le entregara la plaza que mandaba, separándome personalmente de los negocios públicos, porque con ello habría contribuido a que se cimentara su poder.

Pero había errado tristemente al pensar que Castro no se pondría a perder el único ejército que tenía, colocándolo entre Hernández y yo, y al mismo tiempo me había olvidado de que Hernández nunca sabría hacer lo que pudiera convenir a sus intereses, y sucedió lo contrario de lo que había previsto. Castro cometió la imprudencia de atacarme y triunfó sin embargo, porque Hernández no quiso ir en mi auxilio.... De haber éste atacado por retaguardia las fuerzas del primero cuando aquellas se empeñaron contra mí, el mismo día habría perdido Castro la posibilidad de permanecer en Caracas, y desplegando Hernández alguna energía y actividad habría podido dominar la situación. Yo habría

---

movido por ningún propósito maligno sino con el muy inocente y hasta pueril de que lo considerara a él como uno de los íntimos de Castro... mas al hacerme la revelación citada, sin darse cuenta sirvió a mis intereses proporcionándome el pretexto que yo necesitaba.

(A) Era famoso por sus picardías.... Antes de incorporarse a Castro en el Táchira había estado preso en Costa Rica por falsificador de monedas y en su propio país era tenido como hombre capaz de toda especie de actos punibles.

licenciado mis tropas y me habría separado de la política, ya que no podía incorporarme a Hernández. El éxito que hubieran tenido los cálculos que habían determinado mi resolución del 7 de noviembre, habría redundado en beneficio de los intereses de éste, quien, con todos sus defectos, era muy superior a Castro; el país, sin duda, habría salido ganancioso en el cambio; pero al Jefe del Nacionalismo le faltó elevación de miras e inteligencia para guiarse. Tal vez porque yo no era amigo suyo se abstuvo de cooperar a la destrucción de las fuerzas de Castro, y esa estrechez de ideas iba a serle funesta tanto como a mí, y a darle el triunfo definitivo a Castro....

El 10 de noviembre amanecieron en las cercanías de Puerto Cabello las tropas de Castro en número de dos mil quinientos hombres comandados por el General Ramón Guerra.

En previsión de que antes de atacar, trataría aquél de adueñarse del Fortín Solano (cuyos cañones dominan enteramente el "Castillo Libertador" y la ciudad), sobornando a su jefe, yo había dado a éste instrucciones muy detalladas en que le prevenía que si iba algún agente de los enemigos lo detuviera fuera del Fortín y me avisara, porque yo era el único que tenía derecho de recibirlo; y al mismo tiempo mantuve un servicio de vigilancia hacia aquel lado.

A las 9½ de la mañana del día mencionado se me avisó que dos hombres con una bandera de parlamento habían penetrado en el referido Fortín, lo cual me reveló que su jefe estaba inclinado o decidido a entregarlo, y en consecuencia monté a caballo, subí de prisa a la posición con unos pocos oficiales, reduje a prisión a los agentes que habían ido con el intento de comprar al jefe aludido, a éste lo destituí y lo reemplacé con el Coronel R. Rivero Urbina, ex-jefe de la guarnición de Tucacas; y como antes de bajar viera la fuerza enemiga tendida a dos millas de distancia, mandé que se le dispararan unos cañonazos con bala explosiva a los grupos que estaban en vanguardia, como mi contestación a las pretensiones del General Guerra, y me volví a la ciudad con los prisioneros.

A las once me comunicaron los Comandantes de los vapores de guerra americano, inglés, francés, alemán y holandés anclados

en las aguas de Puerto Cabello, por órgano del Señor W. W. Russell, entonces Secretario de la Legación Americana en Caracas, —y en el momento en que escribo Ministro de su país en Venezuela—, que “la opinión de ellos era que yo no podía combatir con las fuerzas que estaban a la vista y se preparaban a atacar al día siguiente; que en todo caso la fortaleza no debía disparar contra la ciudad; y que si yo quería refugiarme en cualquiera de sus vapores me recibirían inmediatamente o cuando quisiera presentarme, pues me daban doce horas para reflexionar”.

Contesté al Señor Russell, para que lo transmitiera a los referidos Comandantes de navíos de guerra extranjeros que “yo era quien debía juzgar si podía combatir o no; que la fortaleza no dispararía contra la ciudad, porque ello era contrario a mis miras y sentimientos; y que les daba las gracias por el ofrecimiento de su hospitalidad, que no aceptaba, como no la habría aceptado en tales circunstancias ningún hombre de honor”.

Nadie más que yo sabía que me era imposible resistir con éxito el ataque que se preparaba, pero después de lo ocurrido con Benjamín Ruíz tenía que combatir hasta el último trance; desertar de mi puesto en aquel momento, yéndome a un buque extranjero o de cualquier otro modo, habría sido una cobardía más odiosa que todas las que se habían visto hasta entonces....

Ya había estado haciendo ruido y manifestando gran confianza en la inexpugnabilidad de mi posición con el objeto de hacer creer a Castro que tenía abundancia de elementos de guerra, a fin de que no se resolviera a atacarme, y me diera tiempo de adquirirlos; pero habiendo despedido del servicio en los últimos días al General Luis María Andueza, a los Coroneles Julio Zavarce, Miguel Carabáño y otros, porque no desempeñaban sus empleos satisfactoriamente, permitiéndoles que salieran de la ciudad, aquéllos fueron a Caracas, informaron a Castro del verdadero estado en que me encontraba, e hicieron que se decidiera a enviar sus tropas contra mí, en la seguridad de que no podía resistir largo tiempo. El desastre era ya inevitable: sólo la cooperación oportuna de Hernández podía cambiar la faz de las cosas, y éste no se había movido de sus posiciones....

Al día siguiente, 11, fui atacado por tierra a las tres de la mañana y al amanecer los vapores nacionales empezaron a bombardear la ciudad (\*).

A las 7 a.m. una lluvia de bombas de mano que fué lanzada por los enemigos sobre la barricada de mi extrema derecha, que era la más expuesta, hizo que las tropas que la defendían se replegaran a otra situada a retaguardia. Al ser avisado de ello, no teniendo un oficial de esfuerzo a quien mandar, hube de ir personalmente y recuperé la posición, siendo herido levemente en la cara.

El combate siguió con igual decisión por ambos lados hasta después de medio día. No obstante la gran inferioridad numérica de mis tropas, los enemigos que habían sufrido muchas pérdidas, estaban casi derrotados: así me lo comunicó a esa hora por teléfono el Coronel Rivero Urbina, quien desde su elevada posición los veía huyendo hacia Valencia; los mismos enemigos en sus escritos han confesado que a esa hora estuvieron perdidos (\*\*). ¡Ah, si yo hubiera tenido pertrechos suficientes aquellos derrotados no se hubieran rehecho jamás!

Pero precisamente entonces empezaron a escasear las cápsulas, y viendo aquellos que apenas se les contestaba de las trincheras, empezaron a reforzarse y a cobrar aliento. Aunque yo había recibido otras heridas leves a las 9 y a la una, y estaba algo debilitado por la sangre perdida habría podido seguir dirigiendo el combate indefinidamente. A las 4 de la tarde mis tropas no habían sido desalojadas de ninguna de las trincheras (\*\*\*) y mientras hubieran tenido con qué combatir no habría habido posibilidad de que los enemigos hicieran progresos cualquiera que

---

(\*) Andueza y Zavarce iban en los vapores. Habían hecho creer a Castro en la posibilidad de poder efectuar un desembarco, para atacar mis posiciones de retaguardia, y aquél les había confiado 400 hombres para que lo hicieran; pero la cosa era de todo punto descabellada e impracticable y ni siquiera la intentaron.

(\*\*) En un libelo soez en que el citado Andueza (militar que estando a mis órdenes destituí y castigué por insubordinado) me atacó algún tiempo después de los acontecimientos que vengo refiriendo —cuando estaba yo preso—, dice aquél refiriéndose a mí: "En el momento mismo en que está casi vencedor y sólo necesitaba prolongar unos minutos más la resistencia, cede la victoria al enemigo".

(\*\*\*) A las 9 de la mañana, sin duda engañado por falsos informes de sus subalternos, el General Guerra comunicó a Castro, por telégrafo, que hasta esa hora sus tropas habían tomado cuatro trincheras, lo cual era de todo punto inexacto. Andueza, en el libelo antes citado, confiesa que ni una sola de las trincheras fué ocupada por los restauradores sino una hora después de ser desocupadas por mis soldados.

hubiera sido el número de tropas que atacara, porque los fuegos de aquellos estaban de tal manera combinados que nadie podía acercarse impunemente; mas habiendo recibido a esa hora aviso de casi todos los jefes de puestos de que se habían agotado las municiones, y no pudiendo pensar en llevarme las tropas al "Castillo Libertador", que está situado a retaguardia, porque sin cápsulas no habrían servido allí sino para consumir más pronto las provisiones de boca que hubiera, me vi en el caso de ordenar que desocuparan los atrincheramientos, que echaran las armas al mar y se ocultaran en las casas, para que a favor de la noche pudieran salir disfrazados de civiles con ropas que les prestaran o les dieran los habitantes y escapar de la ciudad; y yo con algunos oficiales de los que espontáneamente quisieran seguirme, me retiré al Castillo, donde sólo me quedaban ochenta hombres a treinta tiros cada uno (\*)

A las 5 de la tarde di orden por teléfono al Jefe del Fortín Sc-lano para que al oscurecer saliera con los sesenta hombres que tenía y todos los elementos de guerra que pudiera llevarse y se encaminara a Borburata, donde se le reunirían los ochenta soldados del Castillo que iban a salir por los manglares con ese objeto; y que con el todo, guerrillecra en la costa mientras yo iba a Curacao a conseguir armas y municiones y a curarme, para volver a ponerme al frente de ellos. A esa hora escribí al Comandante del vapor de guerra holandés preguntándole si tendría inconveniente en llevarme a Curacao y me contestó en una carta llena de elogios para mí, que no podía hacerlo a causa de las leyes internacionales.

Yo habría podido irme del país en cualquiera otro de los buques extranjeros o en el mismo holandés, que sin duda me habría recibido a su bordo, si hubiera querido presentarme a pedir asilo;

---

(\*) Cuando pasé al Castillo descubrí que durante los quince días que había actuado el Coronel Miguel Carabaño como jefe de él, había alimentado las tropas con las provisiones mandadas allí por mí y las había agotado, apesar de que diariamente recibía en la Comandancia las raciones de las referidas tropas en dinero. Seguramente se había apropiado éste. A haber yo descubierto a tiempo el mal, habría abastecido de nuevo la fortaleza, y a Carabaño, que había sido despedido del servicio por otras faltas, lo habría hecho devolver el dinero robado y castigádolo como lo hice con Zavarce por una falta del mismo género, aunque de menor cuantía. Todo lo que quedaba en la fortaleza a la hora de mi llegada era medio saco de arroz, que mandé repartir inmediatamente.

pero desistí de aquella idea porque en esa forma habría tenido la apariencia de huida y yo no quería huir.

A la mañana siguiente desde el amanecer los vapores nacionales comenzaron a disparar de nuevo contra el Castillo y la ciudad, ignorando que ésta estaba ya en poder de las fuerzas de Castro, y el General que mandaba aquellas a la vez que les envió orden de dirigir sus fuegos contra el Castillo solamente, me notificó por medio de su Jefe de Estado Mayor, General Julio Sarría, que "si a las 9 no aparecía una bandera blanca en la fortaleza rompería de nuevo las hostilidades por tierra". Contesté a su comisionado, Coronel Rafael María Carabaño, que "no me rendía, y que cuando hubiera quemado la última cápsula me levantaría la tapa de los sesos con mi revólver", y en su presencia mandé cargar la artillería y a hacer preparativos de defensa.

En vista de mi actitud, aquél se acercó y me dijo que para el caso de que yo no aceptara, tenía instrucciones de comunicarme que la tregua podía prolongarse; y cuando yo había comenzado a dictar mi contestación conforme con lo nuevamente expresado por Carabaño, entró al Castillo una segunda comisión presidida por el Jefe de la casa Boulton, Sr. Julio Stürup.

El General enemigo, tal vez previendo que yo no aceptaría lo que el primer comisionado había ido a proponerme y que si se rompían de nuevo las hostilidades, antes que me sometiera por la fuerza o por hambre (\*) Hernández podía atacarlo en aquella desventajosa posición resolvió enviarme proposiciones aceptables: "garantías y seguridades para los militares y civiles que me habían acompañado; yo quedaría en la casa del señor Stürup, o en la que él designara, hasta que se me permitiera ausentarme del país".

Esos mismos ofrecimientos me fueron hechos casi inmediatamente en una nota firmada por Sarría, que me entregó el Dr. R. Núñez de Cáceres, quien a la vez fué comisionado para recibir el Castillo si yo aceptaba. De acuerdo con éste hice escribir las citadas condiciones en forma de tratado, dictándolas por la misma nota y agregando algunos detalles de poca trascendencia, firma-

---

(\*) Guerra ignoraba que el Castillo carecía de provisiones, y que ese día mis soldados y yo no habíamos tomado sino agua...

mos los dos, le hice entregar el Castillo, y sin esperar más me trasladé a la ciudad del brazo del Sr. Stürup, con mi espada al cinto, seguido por todos mis oficiales con las suyas.

Me alojé en la casa que señaló el Sr. Stürup, donde fui visitado por varios oficiales de los buques extranjeros —uno de los cuales me puso nuevos vendajes en las heridas— por gran número de personas importantes de Puerto Cabello y por el pueblo de la clase más humilde. Mi cuarto estaba casi constantemente lleno de gente, y entre los otros visitantes fueron disfrazados de civiles muchos de los oficiales de mis tropas, de los que habían quedado en tierra.

Una vez que hube entregado la fortaleza y pasado a la ciudad, confiando en la hidalguía del General Guerra, éste se negó a ratificar sus ofrecimientos trascritos en forma de tratado, y en la tarde, con el pretexto de que algún enemigo personal podía atacarme (así se me dijo) mandó una guardia a mi alojamiento. Ya estaba preso... (\*)

Al desembarcar mis asistentes del Castillo con mi equipaje, éste fué saqueado por las tropas restauradoras; los soldados del Castillo y Fortín Solano, que iban a ser licenciados, los incorporaron a las filas de aquellos; muchos oficiales de los que habían desembarcado conmigo y de los que bajaron del Fortín Solano, después de entregarlo conforme a mis órdenes, fueron desarmados y presos...

En una carta al General Guerra, protesté esa noche contra la violación de las condiciones que espontáneamente se me habían ofrecido; pero no me contestó; y cuando al día siguiente en la mañana había yo mandado a imprimir el tratado y acababa de corregir las pruebas y de ordenar que se tiraran e hicieran circular 2.000 ejemplares, para que se conociera en todo el país la conducta falaz e innoble de los Generales enemigos, llegó una segunda guardia, me condujo a pie al muelle, y de allí fuí embarcado para Caracas, donde me pusieron grillos al llegar, condu-

---

(\*) En un telegrama dirigido a Castro ese día por Guerra y su Jefe de E. M., publicado en los periódicos de esa época, dicen aquellos: "Paredes entrega Castillo si se permite salida para el extranjero. Creemos aceptable proposición". Lo que prueba que ellos tuvieron la intención de cumplir lo ofrecido, y que en virtud de la negativa de Castro me redujeron a prisión cuando yo había entregado ya las armas y pasado a tierra, confiando en la buena fe de sus promesas....

ciéndome mes y medio más tarde al Castillo de San Carlos, en el Estado Maracaibo.

A pesar de la triste condición a que había quedado reducido, tenía la inmensa satisfacción de haber sucumbido en mi puesto; había escrito con sangre mi protesta contra los traidores y los cobardes; contra la invasión castrista; contra "la victoria del aventurero más peligroso de cuantos los malos hados se hallan complacidos en encaramar sobre la conciencia y la honra de un pueblo libre" (\*)

La mayor parte de las fuerzas que atacaron en Puerto Cabello eran de las que entregó Mendoza a Castro en La Victoria, y los vapores que atacaron por mar fueron los mismos que le habían entregado Andrade a Ibarra. Mi Jefe hasta unos días antes y mis antiguos compañeros de causa eran los que le habían dado armas para vencerme....

Sin contar la insinuación que hice a Andrade de no enviar a Fernández al Táchira, yo había tenido tres ocasiones de salvar al país de la amenaza restauradora: la primera cuando pedí tropas a Andrade para ir a esperar a Castro en el punto que designé con el nombre de "Las Termópilas"; la segunda, cuando en Valencia le pedí refuerzos y que me permitiera permanecer en la plaza; y la tercera en Puerto Cabello, si al irse de La Guaira me hubiera Andrade mandado los vapores con las tropas y el parque que mandó a Maracaibo. Castro en esta última ocasión, lo mismo que en otras muchas anteriormente, se había conducido como un atolondrado, dejando a retaguardia al atacarme un ejército doble al suyo; pero la reprobable inacción de Hernández le dió el triunfo. Los errores de Castro nunca habían podido nada contra la constancia de su fortuna....

### III

Castro había puesto en libertad a Hernández el 23 de octubre, o sea un día después de su entrada a Caracas, y al nombrar su primer Ministerio lo designó para la cartera de Fomento.

---

(\*) General N. Bolet Peraza.

Por falta de previsión había Castro acuartelado en la capital el cuerpo de tropas del General Samuel Acosta, que constaba de mil doscientos hombres, más o menos, y que, como he dicho en otra parte, eran partidarios decididos de Hernández. De modo que cuando éste salió de la cárcel los encontró allí dispuestos a secundar sus propósitos cualesquiera que ellos fuesen.

Antes de comunicar a Castro si aceptaba o no la cartera de Fomento que se le había ofrecido, Hernández, luego que hubo tomado sus disposiciones, en la noche del 26 al 27, salió furtivamente de Caracas con las tropas de Acosta, en abierta rebelión.

Esa noche era Acosta Jefe de día y de consiguiente podía disponer de todas las fuerzas de la plaza. Se ha dicho que en vez de irse pudo Hernández haber capturado a Castro, quien a la hora en que aquél salió de la ciudad estaba en un teatro, completamente desprevenido; y que el último difícilmente habría podido defenderse porque la gran mayoría de sus soldados estaba a la misma hora dispersa en sus correrías habituales. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Hernández tomó el camino de los Valles del Tuy, evidentemente con la intención de ir por un largo rodeo a incorporarse a Loreto Lima, cuyas fuerzas estaban escalonadas desde las cercanías de Valencia hasta el pueblo de Tinaquillo en el Estado Cojedes.

Castro envió en persecución del fugitivo al General Natividad Mendoza, quien estaba con su cuerpo de tropas en La Victoria, y quien saliendo por un camino de travesía, lo alcanzó en el pueblo de San Casimiro, penetró por sorpresa en su campamento durante las primeras horas de la noche, y lo derrotó, habiéndose visto Hernández a punto de ser capturado. De allí siguió éste precipitadamente con los soldados que logró reunir sobre la misma marcha, atravesó el Estado Guárico, siendo tiroteado de nuevo y obligado a apurar aun más el paso en el pueblo de El Sombrero, incorporándose por fin a Loreto Lima en Cojedes durante los primeros días de noviembre.

Se encontraba Hernández en el caserío de Pegones, en las cercanías de Tinaquillo, con sus tropas avanzadas hasta El Naípe,

cuando recibió aviso de Valencia de que las de Castro se preparaban a marchar contra Puerto Cabello (\*) y aunque entre algunos de sus subalternos se habló de marchar inmediatamente a cortar la retirada a aquellos, tan luego como realizaron su descabellado intento, no hubo disposición superior en ese sentido.

Cuando fui batido en Puerto Cabello, las fuerzas de Castro mandadas entonces por el General Víctor Rodríguez, ex-Vice-Presidente de la República... se situaron a corta distancia de Valencia, a donde llaman el Alto de Uslar, y aunque el campamento de Hernández estaba apenas a una marcha, el primero no podía pensar en ir a atacarlo a causa de la gran inferioridad numérica de sus tropas. Así transcurrió más de un mes, el cual fué dedicado por Hernández a allegar gente y a darle organización.

Por fin el 12 de diciembre concentró su ejército, que montaba a cinco mil hombres más o menos, y marchó contra los restauradores. Al llegar por la noche al caserío Barrera Abajo, sin tener en cuenta ni el tiempo ni las distancias, ni el carácter y costumbres del Jefe a quien iba a confiar la operación, ni ninguno de los otros factores de importancia en los cálculos militares, mandó al General Loreto Lima con un cuerpo considerable de caballería, que siguiera derecho por la carretera del Llano que habían llevado hasta entonces, y al amanecer, cuando oyera tres tiros seguidos de cañón, atacara una División que el enemigo había avanzado en el pueblo de Tocuyito, cuatro o seis millas distante de allí; y con el grueso del ejército marchó él por el camino de recuas de Lagunitas, hasta Barrera Arriba, que está situada a más de cinco millas de la primera; en el último punto tomó la carretera que de Nirgua conduce a Valencia y por allí siguió hasta el Alto de Uslar, que es un paraje de la misma carretera a nueve o diez millas del lugar por donde había desembocado en ella, el cual estaba ocupado por el enemigo.

Loreto Lima iba por un camino amplio y cómodo, y no tenía que recorrer sino cuatro o seis millas, con caballería que es el ar-

---

(\*) Este detalle y muchos otros de los que aparecen en la narración de la segunda campaña de Hernández me los refirió durante mi prisión en el Castillo de San Carlos el Coronel Alberto Suñy, quien estaba entonces con aquél como jefe de la artillería de su ejército.

ma más ligera; y Hernández con la infantería y la artillería tenía que recorrer catorce o dieciséis, varias de ellas por una vereda estrecha, accidentada y pedregosa.

El resultado fué que Loreto Lima, sin esperar la señal convenida, atacó aisladamente y fué derrotado antes de que Hernández se presentara; y que cuando éste desembocó, ya muy avanzado el día, por el flanco que había elegido para efectuar su ataque, tuvo que atenerse a las solas fuerzas que llevaba bajo su mando, porque toda su caballería había sido derrotada y había tomado de nuevo la vía de los Llanos. . . .

Hernández desplegó sus fuerzas en las alturas de la margen derecha del río que corre de Norte a Sur, al pie de la posición ocupada por el enemigo, y desde allí se trabó un combate en que ni los unos ni los otros demostraron vigor alguno, limitándose ambos contendores a cambiar tiros durante todo el día, casi siempre a distancias demasiado grandes.

Suspendidos los fuegos con la llegada de la noche, en el campamento de Hernández se discutió si convendría flanquear la posición enemiga y marchar a Caracas, dejando a retaguardia las fuerzas de Rodríguez (\*) pero aquel no fué de esta opinión que era a todas luces disparatada, y ambos ejércitos amanecieron el 14 en sus respectivas posiciones. Todo el día estuvieron batiéndose en la misma forma que antes (\*\*) apoyados principalmente los

---

(\*) Esta proposición la hizo el General Evaristo Lima, Jefe del Estado Mayor.

(\*\*) El 14 de diciembre aun no había sido yo trasladado al Castillo de San Carlos. Ese día hubo grande agitación en Caracas. Todo el mundo daba a Castro por perdido, pues sus tropas eran inferiores en una mitad a las de Hernández. De un momento a otro se esperaba la noticia del triunfo de éste. Se creía que Castro iba a verse forzado a evacuar la capital y era extraordinario el contento que esta idea causaba. En la mañana se presentó en mi calabozo de "La Rotunda" el Coronel Rafael Lovera, Alcalde del establecimiento, y me dijo que desde las 11 a.m. del día anterior estaban combatiendo las fuerzas de Hernández contra las de Castro en el Alto de Uslar y cual era la opinión general; que él (Lovera) tampoco esperaba a Hernández allí, y que al saberse el triunfo de éste, se pondría a mi disposición con las dos Compañías que custodiaban la cárcel —las cuales eran de las tropas de Andrade— para que nos fuéramos adonde yo dijera. Le contesté que si su condición para marchar era el triunfo de Hernández no lo haríamos, porque estaba seguro de que aquél no vencería, cualquiera que fuera el número de sus tropas; que me quitara los grillos y marcharíamos en seguida; mas él permaneció firme en su decisión y se retiró diciéndome que el quitarme aquellos era obra de un momento al llegar la noticia. En la misma noche me informó que Hernández había sido derrotado, y aunque entonces le propuse otro plan, no quiso aceptarlo. El de ningún modo había pensado faltar a sus deberes de Alcalde; solo había querido prevenirse para cuando llegara la hora de la debacle, que todos previeran. . . . Algunos días más tarde, tanto Lovera como la guarnición fueran reemplazados, y yo fui enviado al Castillo de Maracaibo.

de Rodríguez en la casa del Alto y en el trapiche que está en la vega del río, hasta que a las cinco de la tarde Hernández se declaró en derrota y se dirigió, dando una gran vuelta por Bejuma y Naranjal, a Tinaquillo, donde llegó dos días más tarde y continuó en seguida su precipitada marcha hacia el Estado Zamora, siendo alcanzado por el mismo Rodríguez en un lugar llamado El Cacho y derrotado de nuevo en media hora de pelea. De allí se dispersaron hacia Barquisimeto el cuerpo del General Bartolo Yépez y otros, y Hernández continuó siempre hacia el Sur, a través de inmensas llanuras desiertas, hasta San Fernando, donde llegó con sus tropas casi disueltas por la desertión y las enfermedades. En San Fernando incorporó las fuerzas del General Valentín Pérez, que pasaban de mil hombres, y con el todo bajó por el río Apure en un pequeño vapor llamado el "Forzosa" y en algunos bongos, hasta el Orinoco, con dificultades y trabajos inauditos (\*). Cruzó el río más arriba de Ciudad Bolívar, descendió por la margen derecha, y a mediados de marzo ocupó con mil cuatrocientos hombres que le quedaban la posición de Buena Vista de Orocopiche, a poca distancia de la ciudad mencionada.

Por ese tiempo mandaba en Guayana el General Nicolás Rolando, y sus tropas no pasaban de seiscientos hombres, con muy escasas municiones. Al saber que Hernández había cruzado el Orinoco reunió precipitadamente alguna gente hasta completar novecientos hombres, los puso bajo las órdenes del General José Manuel Peñaloza y los envió al encuentro de aquel.

El 18 salió Peñaloza de Ciudad Bolívar y el mismo día llegó a las cercanías de la posición de Orocopiche ocupada por Hernández; mas hallando que era peligroso forzar aquella de frente, dispuso un hábil movimiento sobre uno de sus flancos que obligó al primero a evacuarla para evitar que se le atacara por aquel lado o por la retaguardia, o por ambos puntos a la vez. Peñaloza le siguió

---

(\*) El Coronel Alberto Suiny cuenta que siendo la estación de verano cuando Hernández se embarcó, el río Apure tenía muy poca agua y que a cada momento se varaba el vapor y tenían que descargarlo y hacer bajar toda la gente que iba en él, la que entraba entonces en el agua hasta donde les daba al pecho para arrancar el buque del barro a fuerza de brazos. Suiny agrega, con mucha gracia, que el haber pasado por allí en aquella estación, con aquel vapor, era lo mismo que si hubieran llevado el mismo vapor en la cabeza.

la pista y el 21 a las 12 del día lo avistó de nuevo formado en batalla en las alturas de Manacal.

A las tres y media de la tarde atacó Peñaloza vigorosamente todo el frente de la nueva posición de Hernández, y desde esa hora ambas tropas combatieron con tenacidad y valor, perdiendo y recuperando posiciones, hasta la seis y media que cesaron los fuegos por ambas partes.

Peñaloza había agotado casi por completo sus municiones. Una carga más de las tropas de Hernández, y estaba perdido. Algunos subalternos de aquél le hicieron notar que todos los indicios eran que su adversario había quedado sin pertrechos y le instaron para que atacara de nuevo inmediatamente; más Hernández contestó que al día siguiente completaría la victoria y entrarían a Ciudad Bolívar....

Entretanto Peñaloza mandó que dos oficiales a caballo fueran a toda prisa donde Rolando y lo advirtieran de la crítica situación en que se encontraba haciéndole decir a la vez que si llegaba el nuevo día sin que recibiera cápsulas se declararía en derrota.

Rolando que casualmente había recibido ese día de Trinidad 30.000 cápsulas, se las envió en el acto con un refuerzo de tropas, de modo que cuando amaneció el día 22 estaba Peñaloza en disposición de seguir combatiendo. A esa hora atacó Hernández simultáneamente todos los puntos de la línea y siguió la lucha encarnizada hasta las 10 a.m., en que el Jefe Nacionalista quedó completamente derrotado. Hubo pérdidas considerables de ambas partes y Hernández emprendió entonces el regreso al centro de la República con los restos de sus tropas, a través de las mismas dificultades, hasta que a fines de Abril fué hecho prisionero por las fuerzas del General José Antonio Dávila en "Las Montañitas", a pocas leguas del punto en que lo había derrotado Rodríguez la primera vez, cuando apenas le quedaban **70 hombres estropeados**, según su propia expresión (\*).

Combatiendo siempre contra enemigos inferiores en número, en las cuatro derrotas que había sufrido y en las increíbles trave-

---

(\*) Con esas mismas palabras lo dice Hernández en el folleto intitulado "Ante la Historia" que publicó en Abril de 1904.

sias se le habían dispersado más de seis mil hombres, incluyendo los mil del General Pérez incorporados en Apure, y había botado igual cantidad de armas de fuego....

#### IV

Hernández fué conducido por segunda vez al Castillo de San Carlos. La paz se restableció en toda la República y Castro continuó considerándose dueño y señor de vidas y haciendas.

A la cabeza de los Estados había colocado oficiales de su revolución que se convirtieron en otros tantos Sátrapas: la única mira de todos era enriquecerse, para lo cual gravaban con impuestos exorbitantes las producciones del país y se apropiaban de todos los negocios que daban dinero.

Los jefes civiles en los Distritos, y otras autoridades subalternas, imponían por su parte contribuciones extraordinarias a los comerciantes y agricultores para celebrar las fiestas de la RESTAURACION, o con el pretexto que primero les venía a la mano; y hostilizaban de todas maneras a los que eran considerados desafectos al nuevo orden de cosas, por más que éstos observaran una conducta inofensiva.

Las cárceles y castillos estaban repletos de ciudadanos, de los que muchos morían en ellas de miseria y abandono. Castro no oía ninguna especie de súplicas de las madres o esposas de sus víctimas. Había prohibido que se le hablara de los presos. Para él el mayor delito era que se atentara contra su autoridad, porque creía sinceramente que la tierra le pertenecía; y como sabía que todo el mundo lo detestaba, quería vengarse de la mala voluntad general con los que caían en sus manos.

La vida llegó a hacerse imposible, y para mediados de 1901 el país entero empezó a pensar de nuevo en la guerra como único medio de librarse de la opresión castrista. Mas no había elementos ni dinero para conseguirlos, y esta circunstancia hizo que se reconociera como Jefe de la revolución al Señor Manuel Antonio Matos, quien ofrecía cuanto la revolución pudiera necesitar en dinero y elementos de guerra.

Por el hecho de ser rico y dispuesto a la aventura, quedó colocado a la cabeza de uno de los movimientos más populares que ha habido en Venezuela, un hombre sin crédito político alguno en el país, y quien como se sabe, había sido uno de los que **allanaron a Castro el camino de la capital**, y quien además era absolutamente ignorante en asuntos militares. Como segundo jefe de la revolución nombró Matos a Luciano Mendoza —el mismo que había entregado a Castro el ejército de Andrade en La Victoria dos años antes— quien había sido desde entonces empleado por aquél como Presidente del Estado Aragua, y se preparaba ahora a traicionarle. . . .

¿Qué beneficios podía esperar el país de una revolución presidida por Matos y por Mendoza, el uno comerciante enriquecido durante la tiranía de su cuñado, Guzmán Blanco, y el que, aunque era millonario, evidentemente aspiraba al Poder con el principal objeto de doblar o triplicar su fortuna; y el otro un traidor de profesión? . . . . Se iba a hacer un grande esfuerzo para salir de Castro, a quien no se podía soportar, e iba a entregarse el país a Matos y a Mendoza, quienes carecían como aquél de moralidad y de patriotismo. . . .

La guerra estalla en Diciembre de 1901 con el alzamiento de Mendoza y la aparición en aguas venezolanas del vapor "Ban Righ" que traía las armas para la revolución, al cual le había dado Matos el pomposo nombre de "Libertador", así como llamó "Liberadora" a la revolución.

Rolando y Riera, quienes para entonces se habían separado de Castro, José Manuel y Juan Pablo Peñaloza, Domingo Monagas, Amabile Solaigne, Francisco Batalla, Rafael Montilla, Antonio Fernández, F. Vázquez, Zoilo Vidal, V. Pérez, los Ducharme y otros muchos jefes se ponen en armas en los distintos Estados de la República durante los primeros meses de 1902. Las fuerzas de Castro son derrotadas en San Agustín, Cerro Negro, San Francisco, Naranjal, Guanaguana, Irapa, Las Piedras, El Pato, Soro, Carúpano, Parapara, Macuare, Coro, Yaritagua, Ospino, Araure, La Soledad y en casi todos los encuentros que tienen con los de la revolución. Mientras éstas están mandadas por los jefes subalternos alcanzan triunfos ruidosos en sus respectivas localidades, y al fin se decide la reconcentración general para marchar sobre Caracas.

Y a pesar de que Mendoza y Riera, con las tropas de Occidente, habían tenido un encuentro en Tinaquillo con los Generales restauradores M. García, P. Pinares y R. González Pacheco, unos días antes de efectuar su unión con los de Oriente, en el cual habían perdido muchos soldados, las fuerzas revolucionarias reunidas en San Juan de los Morros, San Sebastián y sus alrededores en los últimos días de setiembre, ascendieron a algo más de doce mil hombres.

Matos había desembarcado algún tiempo antes y se había incorporado a las tropas de Oriente en su carácter de Jefe Supremo de la Revolución. Andaba de guantes y paraguas en medio de aquellas, que estaban harapientas y maltratadas por los rigores de la campaña, y esto y todas sus extravagancias lo hacían el objeto de las burlas de los soldados. La gente de guerra, avezada a las fatigas y los sufrimientos, se sentía deprimida con la jefatura de aquel hombre a quien apenas alcanzaba el tiempo para cuidar de su persona, y le hacían poco caso cuando trataba de intervenir en algún detalle importante.

Mendoza, su segundo, había militado con éxito durante su juventud en las cercanías de Caracas y desde entonces había conservado reputación de militar hábil, aunque posteriormente no había dado ninguna notación que confirmara su fama. Ahora pasaba de los 70 años y naturalmente se resentía de ello; pero a pesar de todo sus decisiones inspiraban confianza a los militares.

Castro, con las Divisiones que a última hora le habían llegado de Los Andes, mandadas por Leopoldo Baptista, Pedro Linares y Pedro María Cárdenas, apenas había logrado reunir cinco mil hombres escasos. Hasta entonces había ocupado a Ocumare y otros puntos de los Valles del Tuy, para tratar de impedir que Caracas cayera en poder del ejército de Oriente que marchaba por aquella vía; pero, al saber en los primeros días de octubre, que Mendoza y Riera se habían incorporado a aquel y que todas las fuerzas revolucionarias marchaban por el camino de Villa de Cura hacia La Victoria, desocupó todas sus posiciones y reconcentró sus tropas en la mencionada ciudad. La misma ignorancia o atolondramiento que muchas otras veces lo había hecho aventurarlo todo con riesgo de quedar destruído de un solo golpe, lo condujo en la ocasión

presente a situarse en la ciudad citada, distante cincuenta y cuatro millas de Caracas, donde tenía todo su material de guerra, corriendo el peligro de que se le interceptara y se le privara de él.

Cuando el ejército revolucionario llegó a Villa de Cura, a pocas leguas de la posición de Castro, Matos convocó un Consejo de Guerra para que este decidiera si debería atacarse a La Victoria, y después de oponerse a esa idea que fué la de Mendoza y la de los jefes de cuerpo reunido, propuso que el ejército contramarchara dos jornadas a San Sebastián y luego a El Rodeo, para intentar la entrada a Caracas por el camino de los Valles del Tuy, alegando que dicho camino había sido desocupado por las fuerzas restauradoras al concentrarse en La Victoria; sin darse cuenta de que así como Castro había dejado expedita la vía en cuestión para acudir con todas sus tropas a la ciudad mencionada, si el ejército revolucionario emprendía la gran vuelta que él proponía, aquél podía del mismo modo abandonar La Victoria e ir por una línea interior relativamente corta a esperar las tropas de la revolución en posiciones ventajosas.

Por contestar alguna cosa a Matos le dijeron que la contramarcha propuesta por él haría muy mala impresión en el ejército, y que el cuerpo que quedara allí cubriendo la retirada corría grave peligro, todo lo cual era muy cierto, y se desechó su plan por unanimidad. Si Matos no hubiera sido novicio en achaques de guerra, habría sabido que un General en Jefe siempre tiene medios de ilustrar su opinión sin recurrir a juntas militares que casi siempre dan resultados contrarios a los que se buscan; habría sabido que el solo hecho de convocar las tales juntas es una confesión de debilidad e insuficiencia de parte de un Jefe, que le aleja la confianza de sus subordinados, y de consiguiente se habría abstenido de provocar a aquella reunión en que quedó demostrado que se tenían en poco sus opiniones, sin que por eso dejara de pesar sobre él la responsabilidad de lo que iba a hacerse, puesto que en la forma permanecía como Jefe del ejército. Verdad es también que si Matos hubiera sido militar no le habría ocurrido un plan tan descabellado como el que propuso, y su conducta durante toda la guerra habría sido otra; lo cierto del caso es que si antes de la reunión del Consejo nadie lo respetaba ni lo apreciaba, después de aquella su autoridad era completamente irrisoria.

Ya el Ejército en Villa de Cura, al frente del enemigo, había dos planes dignos de ser considerados; el uno era que a la vez que se simulara un ataque en las primeras horas de la noche sobre la plaza de La Victoria con cuerpos ligeros y escogidos, el resto de las fuerzas desfilara a paso redoblado hacia Caracas, avanzaran dos mil hombres a tomar posesión de la ciudad, que estaba casi desguarnecida, y el resto diera frente a retaguardia en las fuertes posiciones de Los Colorados, etc., etc., donde se incorporarían al día siguiente las tropas que hubieran quedado detrás cambiando tiros con Castro. Si éste salía de La Victoria para disputar la posesión de Caracas, lo que de ningún modo podía efectuar sino cuando llegara el nuevo día, dado el ataque de la noche, tendría que combatir en la proporción de dos a uno, en posiciones muy desventajosas, y el resultado era fácil de preverse; y si después que pasara el Ejército permanecía en sus atrincheramientos, una vez que aquel hubiera asegurado la posición de la capital con todos sus recursos, bajaría de sus posiciones, sitiaria a Castro y lo sometería por hambre o por la fuerza. Pero el primer plan requería una precisión en los movimientos de los cuerpos que tal vez no podía obtenerse en un ejército que, aunque aguerrido, carecía de instrucción, y de consiguiente en la práctica ofrecía peligros, mientras que en el segundo, que fué el adoptado por Mendoza y los Jefes que formaron el Consejo, el cual consistía en atacar y destruir a Castro antes de pasar adelante, era perfectamente conforme con las circunstancias del ejército y ajustado a los principios militares. Si el viejo zorro a quien obedecía el ejército revolucionario se manejaba con habilidad, Castro iba a pagar cara su imprudencia cayendo en poder de la revolución; pero no tardaremos en ver que ya Mendoza había perdido su capacidad guerrera, si es que en alguna ocasión la había tenido...

El 12 de octubre avanzaron de Villa de Cura las fuerzas revolucionarias, y, ya en las cercanías de La Victoria, las diversas columnas marcharon en la mañana del 13 en distintas direcciones hacia la línea ocupada por el enemigo, sin acercarse mucho a aquella. Una fuerza de dos mil hombres fué destacada ese día contra

la posición del Calvario, permaneciendo el resto del ejército como espectador. Castro reforzó los suyos y rechazó el ataque. Al día siguiente, 14, otra columna igual avanzó hacia la ciudad por una hacienda y fue rechazada del mismo modo.

Aunque en la última fecha el General Riera, a quien se había confiado el ataque de la fila de Zuata, lo llevó a cabo desalojando al enemigo y arrebatándole un cañón que tenía allí, aquellos ataques parciales que daban a las fuerzas de Castro todas las ventajas, produjeron un desaliento general.

En vista del rechazo de las dos columnas enviadas por Mendoza en los días anteriores, Matos andaba ahora proponiendo con mucho empeño a aquél y a los jefes de cuerpo un nuevo plan, tan impracticable como el que propuso al Consejo de Guerra, sin que encontrara ni en el uno ni en los otros la menor inclinación a complacerlo. . . .

El 15 se acercaron las fuerzas revolucionarias a la línea ocupada por Castro, la cual había sido atrincherada por éste con anticipación, y ese día y el siguiente se generalizó un tiroteo en toda la extensión de aquella. Aunque hasta entonces el Jefe que dirigía las fuerzas revolucionarias había cometido graves faltas, todavía habría podido subsanarlas si en uno de los días citados hubiera enviado una fuerte División a ocupar el camino de Caracas; mas continuó descuidando aquel punto que era el único que tenía verdadera importancia, y Castro que en la tarde del 16 había agotado todas sus municiones y estaba en los mayores apuros, recibió a esa hora un tren cargado de cápsulas.

En el tiroteo que tuvo lugar en los días subsiguientes no hubo esfuerzo alguno digno de mención. El 18 todas las tropas revolucionarias desocuparon sus posiciones y fueron a ocupar otras que habían sido fortificadas a retaguardia, continuando desde ellas las interminables descargas. Con aquella manera de combatir no había más esperanza de triunfo que el agotamiento de las municiones de uno de los adversarios; el que tuviera más cápsulas sería el vencedor, y Castro las contaba ahora por millones debido a la imprevisión de su enemigo.

Por fin el 1º de noviembre en la tarde, cuando habían transcurrido 18 días desde el primer ataque, iban a agotarse las cápsulas del ejército revolucionario, y su Jefe, de acuerdo con Matos, resolvió

retirarse. Con ese objeto se expidieron órdenes en el Estado Mayor; mas cuando las fuerzas empezaban a ponerse en movimiento, un grupo de cuarenta hombres de los enemigos asaltó en la madrugada del 2 una importante posición aun ocupada por los revolucionarias e hizo que aquellos la evacuaran en desorden, produciéndose una gran confusión en la mayor parte de las tropas que se retiraban.

Las fuerzas de Oriente tomaron la vía hacia aquella parte del país, y las demás las de sus respectivas localidades, siendo flojamente perseguidas por las de Castro hasta unas pocas leguas de distancia.

En aquel nuevo "Cordero" de grandes proporciones en que solamente los revolucionarios habían gastado 800.000 cápsulas, no hubo prisioneros, y las pérdidas de vidas fueron insignificantes. Aquello había sido un simulacro de combate y no un combate en propiedad. Con las armas modernas ninguna batalla puede durar 18 días sin que hayan pérdidas espantosas, y aquí los dos contendores habían salido casi ilesos. . . .

Todos los Generales revolucionarios se habían anulado desde que Matos y Mendoza habían asumido el mando del ejército, porque desde entonces no hubo ya ni inteligencia ni vigor en la dirección de la guerra.

Castro se había conducido tan flojo y descoyuntadamente como su adversario, y sólo lo salvó de caer prisionero la circunstancia de que no fuera ocupado el camino de Caracas, que fué lo primero que debió hacerse al disponer el ataque.

De La Victoria, Matos tomó el camino de Barquisimeto y no paró hasta embarcarse para la isla holandesa de Curacao, a donde llegó en medio de la rechifla del pueblo. . . .

Cuando los habitantes de Caracas, y luego los del país que estaban pendientes de lo que pasaba en La Victoria, esperando que allí tendría fin la tiranía de Castro, y que de un momento a otro entraría a la capital la revolución triunfadora, supieron que esta se había retirado y que quien entraba de nuevo a Caracas era Castro, se quedaron consternados; nadie sabía cómo se había producido el desastre, y a la alegría que habían experimentado con la idea de que podía haber un cambio favorable, o por lo menos un cambio cualquiera, sucedió el más grande abatimiento. Podía

decirse que los revolucionarios se habían devuelto de las puertas de Caracas, y eran muy pocos los que conservaban esperanza de que volvieran....

## V

Los núcleos principales de las fuerzas revolucionarias procedieron a reorganizarse en Oriente y Occidente sin que Castro los molestara; sin embargo, aprovechándose éste de que el vapor en que habían venido las armas para la revolución se había descompuesto, mandó salir los suyos de Puerto Cabello y La Guaira, donde se habían encerrado, e hizo bombardear de la manera más cruel a Cumarebo, Carúpano, Güiría y demás pueblos de la costa, que habían sido ocupados por los revolucionarios, entregándose al mismo tiempo los referidos vapores a capturar y saquear todas las pequeñas embarcaciones de vela de distintas nacionalidades que tropezaban en sus correrías.

Y como a la vez había suspendido desde tiempo atrás el pago de los intereses de la deuda pública, Inglaterra, Alemania e Italia se coaligaron para hacer una demostración naval en aguas venezolanas y obligar al desafortunado dictador a cumplir los compromisos de la Nación y a que pagara los daños y perjuicios ocasionados por sus subordinados a sus respectivos súbditos.

En los primeros días de diciembre de 1902 se presentaron los buques extranjeros, capturaron, sin que ofrecieran la menor resistencia, tres de los vapores que habían estado haciendo fechorías en las costas de Oriente y procedieron a bloquear los principales puertos del país.

Castro sabía muy bien que los aliados no tenían tropas de desembarco, porque ello era público y notorio, y que aquellos no tenían tampoco intención de ocupar ningún punto del país, porque los Estados Unidos se habían opuesto; sabía que el solo objeto del bloqueo era obligarlo a pagar lo que debía, y sin embargo, de eso, hizo un grande aspaviento, y aparentemente se preparó a combatir contra la imaginaria invasión europea...

En una proclama altisonante fechada en Caracas el 9 de diciembre invitó a los venezolanos a repetir los hechos heroicos de la Guerra de Independencia, y dijo que abría las puertas de todas

las cárceles de la República en obsequio de la confraternidad que debía reinar entre los hijos de Venezuela en aquellos instantes supremos....

Mas todas las prisiones estaban atestadas de gente y sólo nos devolvió la libertad, el 12 de dicho mes, a Hernández, a Diego Colina, a Leoncio Quintana, a mí y a otros pocos jefes....

Su propósito estaba claro; al libertar a Hernández y tratar de que se le incorporara con el pretexto del peligro extranjero, sólo quería que sus partidarios que estaban en las filas de la revolución las abandonaran y pasaran a las suyas, y en cuanto a los otros, se proponía que nos pusiéramos a su servicio para acabar más fácilmente con lo que quedara de aquella....

Así lo comprendí en el acto en que se me hizo leer la proclama de Castro; y cuando en la ciudad de Maracaibo, adonde se me había trasladado ese día desde el Castillo de San Carlos, con otros presos, se me notificó como a los demás que estaba en libertad, me embarqué para Caracas vía Curacao, pero no pasé de este último punto (\*). Colina que estaba identificado conmigo en ideas, se quedó también en Curacao donde murió a poco a causa de una enfermedad agravada con los sufrimientos de la prisión.

Hernández y los demás —quienes habían ido en el mismo vapor que nosotros hasta Curacao— siguieron a Caracas y casi todos cayeron en el lazo que se les había tendido, poniéndose al servicio de Castro....

Hernández con sus últimos errores había dado el triunfo a Castro por segunda vez. Si al salir de San Carlos hubiera solamente permanecido en Curacao, la Revolución habría continuado unida y habría podido imponerse al fin, buscando una fórmula que colocara a Matos en un puesto donde no fuera un inconveniente pa-

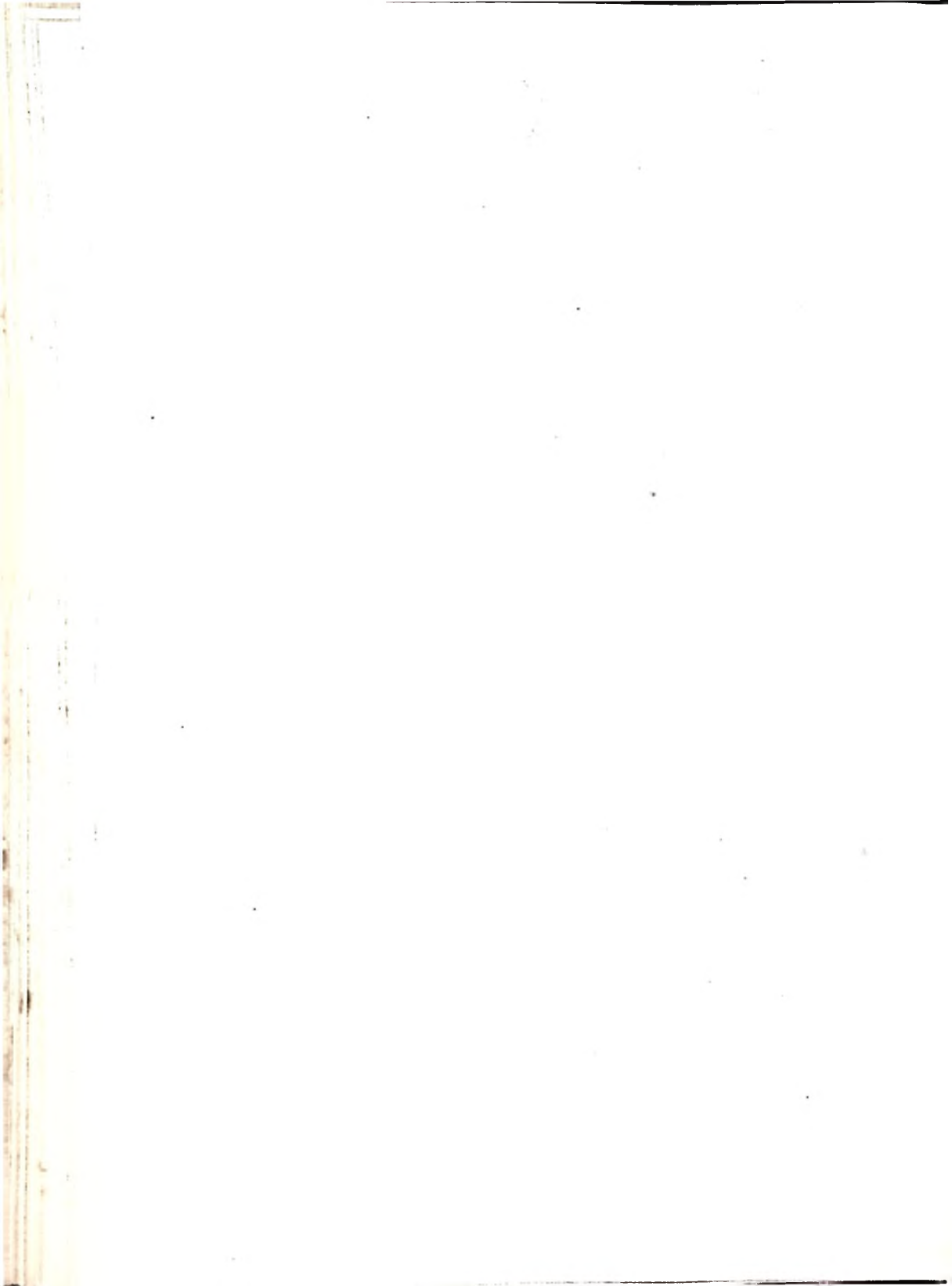
---

(\*) En una Carta pública dirigida a Hernández y a mí en esa ocasión, el Sr. Miguel Angel Granados, nos excitaba a ponernos al servicio de Castro; y en la misma forma le contesté lo expuesto arriba sobre las intenciones del Jefe de los restauradores al devolvernos la libertad, agregando que, "sin deshonra para mí no podía servir a quien había provocado aquel bloqueo con sus excesos y causado anteriormente tantos otros males al país; que, además, me había tenido tres años en un castillo, y que aunque acababa de decir que abría las puertas de las cárceles, conservaba reclusos en ellas a muchos centenares de compatriotas, cuyo único delito era el no estar conformes con su tiranía"; y terminaba diciendo que en mi concepto no había peligro de invasión extranjera, y que si me hubiese equivocado y los europeos desembarcaban tropas, se vería que sabría cumplir con mi deber como cualquier otro venezolano, sin necesidad de ponerme a las órdenes de Castro.



*General Ignacio Andrade.*

*Presidente de la República en 1899, cuyas Memorias que verán la luz pública en fecha próxima, ratifican con documentos fehacientes muchos de los aspectos políticos, militares y sociales tratados en el presente libro.*



ra las operaciones militares, pues Castro continuaba en el mayor desprestigio y su Gobierno estaba en bancarrota; mas la separación del elemento Nacionalista introdujo el desaliento en todas partes y se hizo imposible la reacción.—La pérdida material no había sido grande porque los contingentes en hombres de los jefes defecionados no fueron tan considerables que pudieran decidir de la suerte de la guerra; pero de todos modos, esas defecciones produjeron la ruina de la Revolución porque mataron la confianza y el entusiasmo.

Las hostilidades de los aliados se limitaron al bloqueo de los puertos, la captura de los buques nacionales y el bombardeo de los castillos de Puerto Cabello y San Carlos. El primero de dichos castillos fué abandonado cobardemente por el Jefe que lo mandaba, sin cambiar un solo tiro; y cuando los ingleses que lo atacaron hubieron demolido a cañonazos una pequeña parte de él, desembarcaron unos pocos hombres, volaron con dinamita el edificio de la Comandancia y se volvieron a sus buques llevando unos grillos y otras curiosidades que habían encontrado allí...

El Castillo de San Carlos, en el Estado Maracaibo, está protegido por una barra de arena movediza que no permite acercarse a los buques de mucho calado y que aun a los que calan menos de doce pies, cuando tienen que cruzar la mencionada barrera, los obliga a servirse de prácticos para no peligrar.

Atacado débilmente el primer día por el vapor de guerra alemán "La Pantera", el General Jorge Bello, su jefe, se mantuvo en su puesto y contestó algunos cañonazos, sin que ninguno de ellos acertara a tocar al buque enemigo, que por su parte tampoco dió en blanco sino dos o tres veces, hiriendo a un Coronel Quevedo, jefe de la artillería del Castillo, y dos o tres soldados. Mas el segundo día, cuando el mismo Castillo fué atacado por "El Vinetta", Bello envió los presos políticos y criminales a la ciudad de Maracaibo, desocupó la fortaleza y se situó con la guarnición fuera del alcance de los cañones alemanes, donde llaman Punta de Palma. "El Vinetta" destruyó con sus balas unos calabozos de los destinados a los presos, incendió el pueblecito pajizo que estaba inmediato al Castillo y se retiró, porque su jefe temía encallar el buque si intentaba acercarse a la fortaleza, la cual fué entonces ocupada de nuevo por Bello...

Después de esas pequeñas demostraciones no hubo ni un tiro más. Castro firmó a poco todo lo que quisieron los aliados y éstos se ausentaron de nuestras costas.

Del protocolo británico, que en el momento en que escribo es el único, de los tres firmados entonces por Castro, que he podido conseguir, copio lo siguiente: "Art. 2º—El Gobierno de Venezuela la satisfará inmediatamente en dinero efectivo o su equivalente "aquellos reclamos de súbditos británicos cuyo monto es de unas "(5.500 libras esterlinas) que provienen de la captura y del saqueo "de buques británicos y de ultrajes a sus tripulaciones así como de "maltrato y encarcelamiento indebido a súbditos británicos. Art. "8º—El Gobierno de Su Majestad está dispuesto a restituir los buques de la armada venezolana que han sido capturados, y además a poner en libertad a cualquiera otro buque capturado con "bandera venezolana, tan pronto como el gobierno venezolano le "garantice que considera al gobierno de Su Majestad irresponsable "en cualesquiera juicios que puedan intentarse entre él por los "propietarios de los tales buques o de sus cargamentos".

Esos artículos y otros muchos igualmente ignominiosos, que además sumen a Venezuela en la ruina, firmó Castro en esa ocasión con tal de que los aliados levantaran el bloqueo, cuya prolongación lo había imposibilitado para sostenerse en el Poder. Se había negado a pagar lo que legítimamente debía la Nación, y de acuerdo con su modo de ser atrabiliario, había ordenado saqueos y atropellos de extranjeros y criollos; y al ver amenazada la existencia de su Gobierno con la retención de los buques de la armada nacional y la clausura de los puertos, se prestaba a pagar con la mayor facilidad cuanto querían los bloqueadores, aun lo que el país no debía, e indemnizaba largamente a los pequeños comerciantes saqueados y maltratados por sus subalternos, es decir, a los pequeños comerciantes extranjeros que tenían defensores, porque a los venezolanos saqueados o arruinados por los bombardeos de sus buques no les indemnizó. . . . Esos no tenían a quién apelar. . . .

A mi salida de San Carlos, Matos me instó mucho en Curacao para que tomara parte en la revolución. El 17 de Enero en la tarde hizo que el General Emilio Fernández me propusiera en su presencia que fuera a ponerme al frente de un ejército de seis a

siete mil colombianos que estaba cerca de la frontera del Táchira, cuyo jefe, el General Ramón González Valencia, se lo había mandado a ofrecer a Matos con el mismo Fernández para invadir a Venezuela, exigiendo solamente que Matos enviara un militar que se pusiera a su cabeza.

Aunque desde el momento mismo en que se me hizo la proposición resolví negarme, pedí a Matos me diera veinticuatro horas para reflexionar, con el único objeto de escribir mi respuesta; mas habiéndose negado a concedérmelas, arguyendo que el vapor que debía llevarme a Barranquilla salía en la mañana del 10, y después que yo le avisara si aceptaba o no, tenía mucho que escribir, le ofrecí ir a contestarle al día siguiente a las once de la mañana.

En la respuesta escrita que le entregué en la fecha y hora citadas, después de leérsela en presencia de Fernández, decía que a mi juicio la invasión por el Táchira no era necesaria en aquellas circunstancias, porque con las fuerzas que la revolución tenía diseminadas en todo el país bastaba para destruir a Castro, si aquellas se reconcentraban pronto y se obraba con energía; y apoyado en esa y otras razones me negué a aceptar el mando propuesto. (\*)

Compelido por Matos inmediatamente después, a decirle en qué forma me prestaría a entrar en la revolución, le manifesté que sólo lo haría en la Comandancia en Jefe del ejército; que él sería el Presidente en campaña, como Falcón en la guerra Federal, y yo dirigiría las operaciones militares como lo había hecho Zamora en aquel tiempo; mas esa proposición lo alarmó mucho porque se imaginó que yo no aspiraba simplemente a la Jefatura del ejército sino a la de la revolución misma. Nunca tuve, sin embargo, esa idea y había esperado que la lealtad que había sido siempre norma de mi conducta para con mis superiores me preservaría de semejante sospecha. Al tratar de asumir el mando mencionado sólo pensé en hacer eficaces los esfuerzos de los mi-

---

(\*) De esa contestación, que reposa en poder del Sr. Matos, es el siguiente párrafo: "No me parece patriótico ni honorífico invadir el territorio Nacional al frente de un ejército extranjero, aunque sea con los mejores fines; el ejemplo de Coriolano, tantas veces citado en Venezuela en los últimos años, no juzgo que sea digno de imitarse; y además, no veo por qué los venezolanos no han de ser capaces de sacudir la opresión de Castro sin extraños auxilios en esa forma: la sola suposición de esa importancia me parece ofensiva para nuestros compatriotas...."

litares que estaban dispersos en diferentes puntos del país con sus respectivos cuerpos, como esperando que las tropas de Castro fueran a batirlos en detail; y una vez obtenido el triunfo de la revolución, tratar de impedir que el Sr. Matos se extralimitara en sus funciones y convirtiera el país en un feudo, como lo habían hecho Castro y casi todos los mandatarios anteriores. Cambiar la tiranía de Castro por la de Matos no era ciertamente un pensamiento que merecía los sacrificios que se habían hecho y los que había que hacer aun...

Hernández al llegar a Caracas dijo a Castro que "había dejado sus rencores enterrados en un rincón del calabozo" de donde había salido, y en seguida llamó a sus partidarios, que estaban en armas, muchos de los cuales abandonaron las filas de la revolución y se pusieron al servicio del Gobierno.

A favor del desconcierto producido por ese hecho y de que Matos ni siquiera había provisto oportunamente de municiones a los distintos núcleos que quedaron en pie, tomado ninguna medida para reparar el vapor "Libertador", Castro pudo mandar en sus vapores sucesivamente todas sus fuerzas reunidas a los puntos ocupados por los revolucionarios, quienes naturalmente eran débiles en todas partes para resistir el choque de aquellas, y se vieron en el caso de disolver sus tropas e irse para las Antillas. Así lo hicieron Riera, Juan Pablo Peñaloza y Amabile Solaigne el 8 de Junio de 1903, junto con el mismo Matos, quien había desembarcado por segunda vez en Venezuela en los últimos días de Abril, siendo muy mal recibido por los militares a causa de que había permanecido en Curacao desde Noviembre del año anterior, después de la retirada de La Victoria, y al volver al teatro de la guerra no había llevado consigo nada de lo que se necesitaba.

El 11 de Junio, dos días después de su segunda llegada a Curacao, dió Matos un Manifiesto separándose de la Jefatura de la revolución...

Apenas quedaban entonces unas guerrillas en la costa de Güiría y el cuerpo del General Nicolás Rolando, quien se había batido briosamente en "El Guapo" un mes antes y en seguida se había retirado a Ciudad Bolívar.

Separado Matos, muchos pensaron en Rolando para que se pusiera a la cabeza de la revolución y continuara la guerra. Este me escribió a Trinidad ofreciéndome la Jefatura de Estado Mayor de su cuerpo de ejército y aunque me expuse a grandes peligros por ir a reunirme con él, no pude lograrlo (\*). Pocos días más tarde, el 21 de Junio, fué atacado aquél, en la ciudad nombrada, por todas las fuerzas de Castro al mando del General J. V. Gómez. El combate encarnizado y sangriento duró hasta el 22, fecha en que el segundo jefe de la posición de "El Zamuro", que domina la ciudad, mató a su superior inmediato y entregó aquella a los enemigos, quienes en consecuencia pudieron penetrar en el recinto fortificado e hicieron prisionero a Rolando y a todos los defensores. Tanto el uno como los otros fueron enviados inmediatamente al Castillo de San Carlos, donde han permanecido desde entonces, víctimas de crueldades inauditas (\*\*) con muchos otros presos de épocas anteriores y posteriores.

## VI

Destruído en Ciudad Bolívar el último núcleo revolucionario, el país quedó anonadado moral y materialmente. Con el grande esfuerzo que había hecho para librarse de la dominación de Castro, solo había conseguido afianzarlo más en el Poder y que su soberbia traspasara todo los límites. En aquel momento eran muy pocos los que en Venezuela se engañaban sobre la causa del fracaso de la Revolución. Todos sabían que se había debido única y exclu-

---

(\*) Véase la correspondencia mía publicada en ese tiempo por la persona a quien fué dirigida desde Venezuela.

(\*\*) Han estado unidos por los pies de dos en dos con persogos de hierro, de modo que todo lo que hace uno de los apareados tiene que presenciarlo el otro. De noche se acuestan boca arriba en unas esteras o petates extendidos sobre un suelo de arena húmeda, y cuando alguno de los dos hace cualquier movimiento, despierta al compañero. Ese suplicio atroz no se conocía en Venezuela hasta la época actual. El General Andrés J. Guevara, de Maturín, que salió del Castillo de San Carlos en Abril del año pasado, después de estar allí veintitrés meses me ha referido que los últimos cinco meses estuvo apareado con otro preso llamado Eugenio Calzadilla, y que una vez que su compañero se enfermó de una pierna, tuvo que permanecer acostado a su lado por varios días. Habiendo hecho presente aquella iniquidad al Coronel Armando Salas, Regidor de presos, éste le dijo que él personalmente lo sentía mucho y desearía aliviarlo; pero que Guevara tenía que permanecer así porque esa era la orden de Castro, mostrándole al mismo tiempo la lista enviada de Caracas, en la cual estaban enlazados con una llave los nombres de los que debían ser apersogados.

sivamente a que no había tenido Jefe, pero no obstante eso, como era de todo punto imposible intentar otro esfuerzo en seguida, la gran mayoría de los descontentos inclinó la cabeza y se resignó a la dura imposición de las circunstancias.

Castro entretanto, se entregó a los mismos o a mayores excesos que antes, si bien a las veces en distinta forma, hasta sumir la República en la miseria y envilecimiento en que hoy se haya.

El pueblo de Venezuela está en cuenta de que mientras Castro conserve el mando, no hay esperanza de salud para aquel país; llegado el momento propicio, se le verá ponerse a la altura de su deber.

Fracasada en 1903 la última guerra por las razones apuntadas en el cuerpo de este libro, la masa principal del pueblo ha permanecido inmóvil, soportando en silencio todos los males que lo agobian, por impotencia, porque ha carecido de armas para enfrentarse a las tropas del Dictador, mas todo tiene un término en este mundo y la fortuna de Castro lo tendrá también....

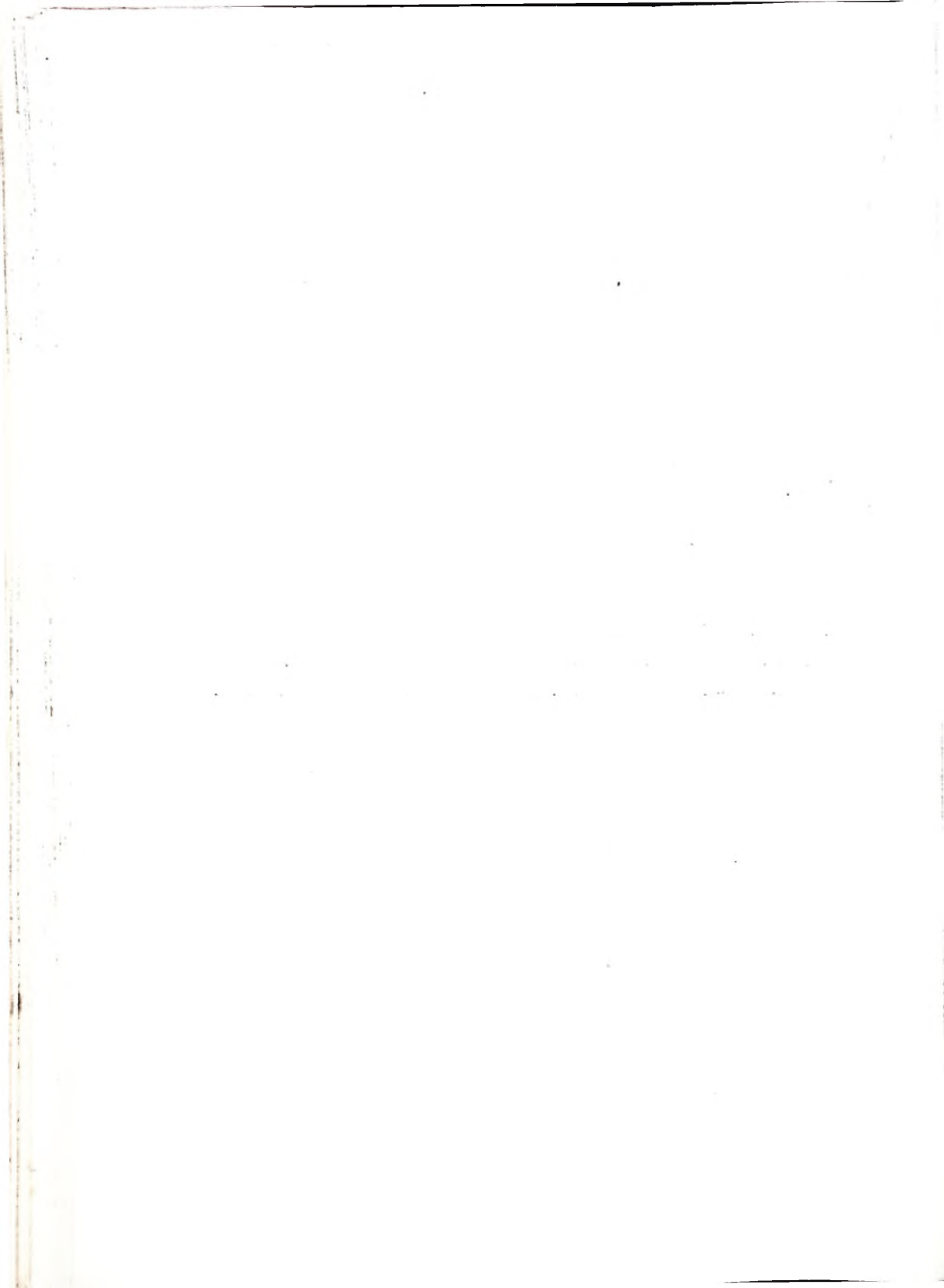
Puerto España: 1906.



FIN

# APÉNDICE

(Este Apéndice contiene interesantes documentos relacionados con varias actuaciones públicas del General Antonio Paredes y con su muerte violenta ocurrida en la madrugada del 15 de febrero de 1907).



**DOCUMENTOS RELATIVOS A LA ACTUACION DEL GENERAL  
ANTONIO PAREDES, COMO JEFE DE LA PLAZA DE PUERTO CA-  
BELLO, EN OCTUBRE DE 1899.**

Puerto Cabello, 9 de octubre de 1899.

Señor General Cipriano Castro.  
Valencia.

Tengo la pretensión de creer que la Revolución que Ud. acaudilla, la más injusta de cuantas han promovido los malos hijos de Venezuela, ha llegado hasta Valencia porque yo no había desenvainado mi sable. No he ido a buscarlo ya porque mis tropas son diez veces inferiores en número a las que Ud. comanda; pero le aseguro que si usted reúne diez veces más soldados de los que tiene y se viene con ellos a atacarme, me dará un gran placer, porque después que le haya matado o puesto fuera de combate la mitad de su Ejército, lo llevaré a Ud. a la frontera en una sola carga.

Así se lo mandé decir ayer con uno de los presos que puse en libertad y así deseo probárselo.

Antonio Paredes.

Puerto Cabello: 9 de octubre de 1899.

4 hs. a.m.

General Ramón Guerra.

Donde esté.

Estoy impuesto de que usted ha intimado repetidas veces desde ayer la rendición de la plaza de Tucacas que está en la jurisdicción de mi mando.

Un traidor como usted, que ya no tiene derecho a vivir entre los hombres y que si fuera menos cobarde, se habría levantado la tapa de los sesos, para no servir de mofa a los militares de honor, un traidor como usted, repito, no debe amenazar a ninguna fuerza que como la de Tucacas está mandada por dos hombres que lo desprecian a Ud. y se ríen de sus bravatas.

Ataque Ud. cuando le plazca y se convencerá de que todos sus esfuerzos se estrellarán contra la bravura de mis soldados.

Antonio Paredes.

---

Tucacas: 11 de octubre de 1899.

Ciudadano General Antonio Paredes, Comandante en Jefe de la Plaza de Puerto Cabello, Castillo Libertador, Fortín Solano y Litoral de Carabobo y Yaracuy.  
Puerto Cabello.

Ayer muy temprano envié la nota de usted al general Guerra, y anoche como a las 11 a los gritos de "Viva la Revolución", "Aquí traemos la respuesta del general Guerra al general Paredes" me atacaron por vanguardia fuertemente a la vez que por el ala derecha y la retaguardia, esta última por el mar haciendo desembarcar mucha gente en canoas que supongo habían reunido en Chichiriviche y otros puntos. El comandante Gregorio Peña mi segundo, y el Capitán Ramones encargados de la defensa de la re-

taguardia y el ala derecha respectivamente, a los primeros tiros del enemigo huyeron como unos miserables dejando paso franco a los revolucionarios que se apoderaron de gran parte de la población y varias trincheras. Con el resto de la fuerza que me quedaba y el cañón que Ud. me mandó ayer, conseguí después de tres horas de pelea desalojar al enemigo de las posiciones que había tomado, y hacerlo huir en todas direcciones.

Le remito presos a los cobardes Peña y Ramones y al coronel Esteban Sánchez y al Capitán Benedicto Perón de las fuerzas revolucionarias; he hecho gran número de prisioneros de tropa, he cogido armas y pertrecho, pero no puedo mandarle en este momento nota minuciosa de todo, porque me ocupo de recorrer el campo y de enterrar los muertos del enemigo, la mayor parte de los cuales se ha encontrado ahogados.

---

El valiente Gral. Demetrio Rodríguez sin tener ningún cargo oficial, en el momento de mayor peligro se puso a mi lado y me ayudó con mucha eficacia a recuperar lo perdido por la cobardía de los dos oficiales que le remito presos.

El comandante Félix Lastra permaneció durante el combate ocupando el puesto que su deber le designaba a bordo de su vapor, y cuando los indignos oficiales que abandonaron el puesto se presentaron llevándose todo el parque de que yo disponía para la defensa de la plaza, comprendiendo Lastra que no estaba todo perdido porque oía los vítores al Gobierno que daban mis tropas, hizo desembarcar inmediatamente todo el parque que podía necesitar, y me prestó todo su apoyo para la recuperación de la plaza. La conducta del General Rodríguez, el Comandante Lastra y de todos los oficiales y tropas a mis órdenes, ha sido esta vez digna de todos los elogios, y me permito recomendarlos a Ud. y al gobierno para que se inscriben sus nombres entre los mejores servidores.

Yo he salido ligeramente quemado en una pierna; pero en nada me impide para soportar nuevos ataques y prepararme a nuevos triunfos, contando con todo el apoyo de su actividad de Jefe y amigo extraordinario de esta causa.

Al terminar de recorrer el campo enviaré a Ud. todos los detalles de lo ocurrido anoche. Entre tanto el Benemérito General Andrade y Ud. pueden estar seguros de que esta posición será conservada como hasta ahora, a pesar de todos los ataques que pueda hacer el traidor Guerra y los malos venezolanos que lo secundan.

Dios y Federación.

R. Rivero Urbina.

---

Puerto Cabello: 11 de octubre, 1899.

Coronel R. Rivero Urbina, Comandante Militar de Tucacas.

Tucacas.

Acabo de recibir su nota de esta fecha y estoy impueto de la heroica conducta de Ud. en la defensa de esa Plaza.

Va el Comandante R. C. Farrera llevándole una compañía de refuerzo mandada por el bravo Capitán Reyes; diez mil cápsulas, cincuenta tiros de cañón y raciones para tres días a contar desde mañana para toda la guarnición, incluso la Compañía de Reyes. Con ese refuerzo estoy seguro de que Ud. sabrá conservar esa posición y cubrirse de gloria todas las veces que el enemigo intente adueñarse de esa Plaza, encomendada a su lealtad y valor.

He mandado poner un par de grillos a los cobardes Peña y Ramones mientras los degrado en presencia de la tropa. Por el telegrama que adjunto a Ud. en copia verá que he pedido al General Andrade para usted el grado de General.

Le envío unas botellas de champagne para que brinde por el triunfo de nuestras armas, con el general Demetrio Rodríguez, el Comandante Lastra y todos los valientes que le acompañan.

Antonio Paredes.

Puerto Cabello: 14 de octubre de 1899.

Señores Julio Torres Cárdenas y C. Arias Sandoval.  
Valencia.

En el Boletín de "LAS NOTICIAS" correspondiente al 11 del mes en curso, he visto los comentarios que ustedes hacen de mi carta abierta dirigida al General Cipriano Castro. Ustedes que son desertores de las filas del Gobierno, y que en lugar de estar buscando todo pudor, se muestran hoy como los voceros más entusiastas de esa revolución que hasta ayer combatieron; ustedes, digo, no podían usar otro lenguaje para comentar mi carta.

Si ustedes creen de buena fe que el General Castro puede obtener contra mis tropas el mismo éxito que ha obtenido contra la de otros Generales es bueno que lo hagan decidirse a venir; y sería también muy bueno que aquel General al resolverse a atacarme, los colocara en vanguardia a ustedes, a Pimentel Coronel y a todos los periodistas infidentes para que me tocara a mí la gloria de librar al país y al mundo de la presencia de seres tan abyectos.

Como dije al General Castro en la carta que Uds. comentaron, la inferioridad numérica de mis tropas no me permite ir a buscarlo; pero decídanlo a que venga para que lo vean salir peor librado que el traidor Ramón Guerra al atacar a Tucacas. Estoy seguro de que Uds. entonces me prodigarán los mismos elogios que prodigan hoy a Cipriano Castro y que a este tratarían de cubrirlo de ignominia.

Ustedes son así Son unos miserables.

Antonio Paredes.

---

Castillo Libertador: 22 de octubre de 1899.

Los suscritos nos comprometemos con el general Antonio Paredes bajo nuestra palabra de honor a volver al seno de nuestras familias y a no hostilizar de ningún modo al Gobierno que preside

el General Ignacio Andrade. La falta de cumplimiento de nuestra palabra merecerá el castigo que quiera aplicarnos el General Paredes o cualquiera de los Jefes que mandan los Ejércitos constitucionales si llegáremos a caer prisioneros.

E. Lima, Pedro Sagarzasu, R. Bazó, J. M. Cortina, L. Lugo Uslar, J. A. Pérez Calvo, E. Rothe, R. Núñez de Cáceres, Andrés Arocha Peñalver, M. Ant. Gutiérrez, Rafael Ruíz, C. R. Pérez Calvo, L. M. Peña Briceño, R. Cabrera Malo, Alfredo Mora.—Por el general Pedro Conde, Alfredo Mora, Daniel Pérez Borges, Angel M. Garrido, Arlés L. Moreno, Rafael Delgado Araujo, J. Santiago Aular, Manuel A. Ferrer, Antonio Vita, Víctor M. Tinoco.—Por Esteban Sánchez, Víctor M. Tinoco.—Por V. Perón, Rafael Delgado Araujo.

---

Gobernación del Distrito.—Puerto Cabello: 14 de octubre de 1899.

Resuelto:

Por disposición del ciudadano General Antonio Paredes, Comandante en Jefe de la Plaza de Puerto Cabello, Castillo Libertador, Fortín Solano y Litoral de Carabobo y Yaracuy, toda persona que tenga en su poder, sin excepción alguna, instrumentos de Albañilería y Carpintería, como barras, picos, hachas, etc., debe presentarlos a esta Gobernación en el improrrogable término de tres días, para depositarlos convenientemente, previos todos los requisitos indispensables, hasta tanto se normaliza el Estado y pueden ser devueltos a sus dueños.

Los que infringieren esta resolución se harán acreedores a una multa, sin perjuicio de ser juzgados como revolucionarios y castigados como tales.

El Gobernador, J. I. Valbuena.—El Secretario, R. Polly Luyando.

Gobernación del Distrito.—Puerto Cabello, 21 de octubre de 1899.

Resuelto:

Habiendo llegado a conocimiento del ciudadano General Antonio Paredes, Comandante en Jefe del Castillo Libertador, Plaza de Puerto Cabello, Fortín Solano y Litoral de Carabobo y Yaracuy, que entre la ciudadanía de este puerto, muy especialmente entre el comercio de la plaza, existen personas que diariamente se ocupan de propalar noticias subversivas contra el orden público y la tranquilidad de las familias, se advierte a todos los habitantes de la ciudad que esta Gobernación cumpliendo órdenes superiores, juzgará como revolucionarios y severamente se castigará como tal, sin excepción alguna, a todo aquel que de alguna manera contribuya a perturbar el orden.

El Gobernador, J. I. Valbuena.—El Secretario, R. Polly Luyando.

---

Puerto Cabello: 21 de octubre de 1899.

8 p.m.

Para General Víctor Rodríguez.

Caracas.

Recibí su telegrama. El General Ignacio Andrade es el Presidente de la República; no reconozco otro Jefe. Si usted se ha aliado también con los enemigos, venga para recibirlo en la punta de la bayoneta de mis soldados. Así recibiré a todos los traidores.

Antonio Paredes.

**GRAL. ANTONIO PAREDES,**  
Comandante en Jefe de la Plaza de Puerto Cabello, Castillo  
Libertador, Fortín Solano y Litoral de Carabobo y Yaracuy.

**A los venezolanos:**

**Compatriotas:**

Mañana celebra Venezuela el onomástico de nuestro Libertador General Simón Bolívar; el hombre prodigioso que luchó sin tregua durante diez y seis años contra el poder español, hasta dejar sellada en Ayacucho la Independencia de cinco naciones.

Libre y gloriosa desde el año de 1821 en que fué destruido en la inmortal sabana de Carabobo el último ejército Español al mando de La Torre, Venezuela después ha sido víctima de las pasiones de sus malos hijos, y todo el progreso y todo el brillo que podría haber alcanzado en los setenta y ocho años que han transcurrido, si se hubieran inspirado mejor los que han regido sus destinos, se han convertido en miseria y descrédito. Venezuela al recordar las virtudes de Bolívar y de todos los héroes que lo secundaron, llora sus infortunios de hoy; y al tributar honores a aquellos valientes, trata de despertar el patriotismo de los que se han olvidado de élla y se empeñan en seguir humillándola.

**Soldados:**

La cobardía, la ineptitud y la traición de muchos de los Generales a quienes el Gobierno Constitucional había confiado su defensa, ha puesto en peligro su existencia, dejando tomar incremento a la más injustificable de las revoluciones; pero aun cuenta el Gobierno con muchos Jefes leales en toda la República, y cuenta con vosotros, que sabréis cubriros de gloria todas las veces que intente el enemigo disputaros la posesión de la ciudad, confiada a vuestra lealtad y valor, y cuyos habitantes os aprecian más cada día por vuestra conducta irreprochable.



COMBATE DE PUERTO CABELLO: 1899

*"Tercera trinchera y Templo Nuevo"*

*Reproducción del cuadro al óleo del pintor, señor N. Sanabria Guzmán. Aparecen en primer plano, a la derecha, a caballo, el General Paredes, el Coronel Rafael Rivero Urbina, y el asistente, señor Victor V. Maldonado, respectivamente.*



Soldados:

Seguid conduciéndoos como hasta hoy, y mereceréis bien de la Patria.

¡Viva el Presidente Constitucional de la República, General Ignacio Andrade!

¡Vivan los valientes y leales soldados de la nación!

Cuartel General en Puerto Cabello: 27 de octubre de 1899.

Antonio Paredes.

---

Barbados: 26 de octubre de 1899.

Señor General Antonio Paredes.  
Puerto Cabello.

Mi noble y leal amigo:

Bien hubiera querido escribirle de La Guaira antes de salir de aquel puerto, pero no me fué posible.

La serie de cobardías y de traiciones de aquellos a quienes el Gobierno fió su suerte, han hecho imposible por estéril y antipatriótica toda resistencia; mucho más, desde que el Zulia se ha hecho independiente.

A usted, uno de los más gallardos y abnegados defensores de las instituciones, me dirijo en nombre de la Patria para pedirle que acepte un avenimiento decoroso y digno de quien ha sabido mantener tan en alto la Bandera de la Legalidad, librando así a ese puerto, a su importante comercio y a su sociedad distinguida, de los rigores de una resistencia absolutamente estéril.

Nunca olvidaré su generoso comportamiento y el de todos sus bizarros compañeros, para quienes conservaré intacta mi gratitud, y donde quiera que el destino me lleve, piense que es su compatriota y amigo,

IGNACIO ANDRADE.

Caracas: 27 de octubre de 1899.  
9 a.m.

Para el General Paredes.  
Puerto Cabello.

El general José Manuel Hernández traicionando la confianza del gobierno liberal de que soy jefe, se salió anoche después de haber aceptado la cartera de Fomento. Este hecho lamentable porque en nombre de una ambición ensangrentará más el país, es acaso la providencia de los acontecimientos para destacar con la faz de un traidor a quien aspiraba a dominar en la opinión y para consolidar profundamente el partido liberal en Venezuela. Con la misma entereza con que nos hemos combatido, yo lo invito a confundir en el seno de la causa toda diferencia. Espero su contestación.

CIPRIANO CASTRO.

---

Puerto Cabello: 27 octubre de 1899.  
9 a.m.

Para General Castro.  
Caracas.

Estoy impuesto de que el general José Manuel Hernández se ha alzado contra usted, cuya noticia he celebrado porque debilita a los enemigos del Gobierno Constitucional que represento aquí.

Si usted está dispuesto a reconocer como Jefe al general Ignacio Andrade, Presidente Constitucional de la República, me será grato que nos acordemos para pacificar el país cuanto antes.

Antonio Paredes.

Caracas: 30 de octubre de 1899.

Señor General Antonio Paredes.  
Puerto Cabello.

Estimado general y amigo:

Admiración y respeto hacia usted ha despertado en mí su intachable proceder en la actual situación por que atraviesa el país.

El pundonor y la lealtad del subalterno y del amigo, no desmentidos en un solo acto de su conducta, lo recomiendan de tal modo, que hasta sus enemigos sienten rebosar la simpatía en sus corazones hacia el joven y pulcro militar, fiel al Gobierno que confiara a su espada y a su talento la defensa de tres fortalezas y de dos litorales.

Mi alma de patriota y mi corazón de joven rinden a usted profunda admiración, ante el brillante espectáculo que ofrece, unido a sus invictos soldados; mientras que rechazan con justificada indignación el proceder bochornoso de los hombres que traidoramente han logrado la disolución del gobierno del general Ignacio Andrade.

Nada hay que justifique la traición, y de consiguiente, nada podrá justificar las llevadas a efecto por muchos de nuestros viejos liberales!

Que cosa más triste ¡y cuán hermoso es que la juventud dé ejemplo de lealtad y de honradez a sus mayores!

Solo usted, Bernardino Mosquera, Domingo Antonio Carvajal, Vicente Betancourt Aramburu, José Austria y otros pocos hombres, han permanecido fieles al jefe que los distinguiera con su confianza.

¡Lástima grande que el general Cipriano Castro, que en los pocos días que tiene en la Casa Amarilla, ha dado muestras de cumplir lo ofrecido en las frases: "nuevos ideales", "nuevos procedimientos", no haya podido hacerlo respecto a esta otra: "nuevos hombres".

De los que componen el actual Gabinete solo don Ramón Tello Mendoza, quien ha rendido siempre culto al trabajo, puede titularse "nuevo hombre". Todos los demás son los mismos que durante

tantos años han contribuído al desbarajuste político y administrativo, por decir lo menos, de la infortunada Venezuela.

Debemos pensar que el ser nuevo en los hombres, no consiste en que estén jóvenes, sino en que sean buenos, aunque estén viejos.

Repito que causa mucha lástima que el héroe de Tocuyito no haya escogido otros hombres que secundaran su talento y patriotismo.

Hernández ha dicho: "Al entregarse a nuestros enemigos Castro, se ha convertido en un traidor, o es simplemente un prisionero". Creo firmemente lo segundo. Para mí, Castro no es traidor. Es una víctima de los hombres que ha escogido para componer su Gobierno; de los mismos que hasta ayer hacían traición a Andrade; de los mismos que han ultrajado y vilipendiado al pueblo venezolano, usurpándole sus derechos y arrebatándole sus tesoros.

¡Desgraciada Venezuela en donde no se sabe ser amigo ni enemigo!

Se es adicto como ustedes; se es adversario como el general José Manuel Hernández, quien con la franqueza y la honradez que le caracterizan, declaró ante el pueblo ser enemigo del gobierno del general Andrade y lo combatió leal y francamente en el campo de la guerra hasta el momento de caer vencido en "El Hacha" lleno de gloria por su valor y dignidad, hasta ahora no desmentidos, continuando su enemistad en el campo del civismo, rodeado de su inmenso prestigio hasta ser conducido a la cárcel de esta ciudad.

Ya me he hecho muy extenso y no es mi ánimo distraer su atención. Solo me guía al dirigirla la presente, ofrecer a usted la renovación de mi amistad de condiscípulo y felicitarlo con toda la cordialidad y entusiasmo de un venezolano que ama a su patria y se descubre respetuoso ante los hombres que hacen del honor un culto.

Su afectísimo amigo,

Miguel Angel Granado.

De Puerto Cabello a Caracas, 5 de noviembre, 1899.

Dr. R. Bolívar.

Espero a usted. Todo listo. Telegrafieme Palito hora venida tren.

Paredes.

---

De Puerto Cabello a Caracas: 7 noviembre de 1899.

Para general C. Castro.

Inspirado en el más puro patriotismo y para atender los deseos del hombre que fué mi Jefe hasta ayer, el 3 del corriente formulé, de acuerdo con los comisionados que usted me envió, un tratado de paz en que solo exigía para entregar la plaza una recompensa destinada a mis servidores leales y un salvoconducto para mis tropas y hacía constar que no deseaba ni aceptaba nada para mí.

Hoy mismo haré publicar el tratado a que me refiero para que todo el país se imponga de él.

Han sido aceptadas por usted las condiciones que impuse, pero el referido tratado carece en absoluto de valor legal, por haber sido firmado por un sujeto que me ha asegurado ser venezolano, y llamarse Rafael Bolívar, cuando en realidad se llama Benjamín Ruiz y es colombiano, según me ha informado el doctor Ortega Martínez, miembro de la Comisión de usted, y según acaba de confesarlo él mismo delante de un numeroso y respetable auditorio.

Ruiz o Bolívar ha venido con el carácter de Presidente de la Comisión que usted me envió, y al haber firmado con un nombre que no es el suyo, me ha dado derecho para desconfiar de él y de usted, y para romper el tratado como queda roto en este momento. Ruiz o Bolívar quedará aquí arrestado mientras el Presidente de Colombia, a quien he telegrafiado, me informe cuál es su verdadero nombre, y si es de aquel país el sujeto a que me refiero, pues no toleraré jamás que ningún extranjero se mezcle en los asuntos militares y políticos de mi patria.

Proceda usted a hacer buscar la fé de bautismo del que ha firmado "Rafael Bolívar" al pie del tratado, y cuando se me haya probado que es venezolano y se llama Bolívar, lo pondré en libertad y podré tratar con usted de nuevo, a fin de obtener la más pronta pacificación del país.

Por lo pronto participo a usted que si no deroga hoy mismo el Decreto que declara cerrado este puerto, y que se preparaba a bloquearlo; y no toma, de acuerdo conmigo medidas para que se restablezca el tráfico breve entre esta ciudad y Valencia, por ferrocarril, pondré a Ruíz o Bolívar a disposición del gobierno de Colombia, asegurándole, además, de que si las fuerzas de usted disparan un tiro contra la plaza, pasará por las armas a Ruíz o Bolívar sin fórmula de juicio.

Los comisionados de usted no han traído el dinero que yo había exigido para recompensar de algún modo la lealtad de mis compañeros. Pensaban para conseguirlo levantar un empréstito en esta plaza, empréstito que ya no se levantará, porque cuando hayamos terminado la guerra, yo estoy seguro de que la Patria agradecida premiará a sus buenos hijos que han sabido mantener en alto su honor.

Antonio Paredes.

---

#### **DOCUMENTOS RELACIONADOS CON LA MUERTE DEL GENERAL ANTONIO PAREDES Y DE DIEZ Y SEIS COMPAÑEROS SUYOS**

Ciudadano Doctor Emilio Constantino Guerrero, Presidente de la Corte Federal y de Casación y ciudadanos Doctores P. Brito González, Alejandro Urbaneja, Enrique Tejera, Abdón Vivas, Carlos Grisanti y Horacio Velutini, miembros de la Corte Federal y de Casación.

Caracas, VENEZUELA.

Héctor Luis Paredes, natural de Valencia, Venezuela, de treinta y seis años de edad, domiciliado en esta ciudad, Berlín, Zimmerstrasse, 18 y sin ningunas relaciones de parentesco con el General Cipriano Castro, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, ante esa respetable Corte con el debido acatamiento expongo:

El día 15 de febrero del corriente año a las 3 a.m. poco más o menos, se cometió abordo del vapor "Socorro" en el río Orinoco, el más espantoso de los crímenes que registran los anales patrios.

Mi hermano el General Antonio Paredes animado del deseo de ver a su Patria libre del despotismo que ejerce hoy sobre ella Cipriano Castro y sus cortesanos, se lanzó a la guerra, de la misma manera que lo hizo Castro el 23 de mayo de 1899, no con los funestos propósitos de este hombre, que no eran otros que los de convertir a Venezuela en su feudo, sino con el de restablecer el respeto a la ley y el orden administrativo. Paredes se lanzó a la guerra casi solo y desarmado, porque Castro le hizo confiscar el armamento y expulsar por las autoridades de Trinidad, no dejándole otro camino que pasar en unos botes a Venezuela, a cumplir su palabra y sus compromisos.

Desgraciadamente para la Patria mi hermano cayó prisionero y el actual Presidente de la República, en lugar de ordenar que se le abriese el juicio correspondiente, si era que él había cometido algún delito, ordenó su fusilamiento, haciéndose así responsable del delito de homicidio perpetrado en la persona de mi hermano y sus demás compañeros, ciudadanos M. D. De Lima, Díaz Hernández y los demás que en la averiguación del hecho aparecen. Fueron además sacrificados con el General Paredes, dos ciudadanos norteamericanos, lo cual atraerá sobre Venezuela una nueva cuestión internacional.

Tan horrendo asesinato rodeado de todas las circunstancias agravantes que requieren nuestras leyes para que se condene al reo al máximo de la pena no puede ni debe quedar sin castigo y es ese Tribunal que de acuerdo con los dispuestos en el N° 1° del Art. 95 de la Constitución de los Estados Unidos de Venezuela, debe conocer de esta acusación y aplicar la pena correspondiente a tan cobarde criminal que basado en la creencia de que su crimen quedaría impune, ordenó su ejecución.

Para honra de la Patria, ese respetable Tribunal debe ordenar de acuerdo con lo dispuesto en el Art. 63 del Código de Enjuiciamiento Criminal, la formación del sumario correspondiente.

El fusilamiento de un prisionero está prohibido por las Leyes de Venezuela y por consiguiente su ejecución constituye el delito de homicidio intencional ejecutado con alevosía, desde el momen-

to en que el culpable obra a mansalva y abusa de la superioridad de la fuerza de las armas y de la autoridad, y como esa Corte verá por la relación especificada de las circunstancias esenciales del hecho, el delito fué ejecutado de noche y en medio de la selva.

Mi hermano Antonio fué hecho prisionero en "El Rosario" y allí fué amarrado por los brazos como se acostumbra hacer con los prisioneros en Venezuela y conducido a pie junto con sus demás compañeros, por las fuerzas del Gobierno Nacional, al mando de Jesús García, hasta el pueblo de Barrancas en donde lo embarcaron en el vapor "SOCORRO" a bordo del cual les notificaron que tenían orden del General Castro para fusilarlos, y en medio de la noche, en la soledad de las selvas iluminadas únicamente por las luces de a bordo de aquel pequeño barco que debía ser escenario de uno de los más horribles crímenes de Castro, se procedió a la ejecución, dándole muerte a mi hermano y sus demás compañeros, atados todavía y arrojando sus cuerpos a las aguas del Orinoco. (\*) El gran río indignado mantuvo los cadáveres a flote, para denunciar al mundo el crimen, presentándolos a los pasajeros del vapor "DELTA" quienes los vieron y pudieron identificar algunos de ellos. Antes de dar muerte a mi hermano, se le permitió escribir a su familia y se nos informa que su carta llegó a manos del Cónsul de Venezuela en Trinidad, quien no la dejó llegar a su destino. Era demasiado abrumador el sublime heroísmo del Mártir!

Yo sé, ciudadanos Jueces, que tal hecho ha llenado de pavor a Venezuela, pero sé también que por sobre todo está la justicia y por eso ocurrió ante esa respetable Corte, de acuerdo con lo dispuesto en el N° 1° del Art. 95 de la Constitución Nacional, acusando formalmente al General Cipriano Castro, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, mayor de edad y domiciliado en esa ciudad, del delito de homicidio intencional ejecutado con alevosía en la persona de mi hermano el General Antonio Paredes en la noche del 15 de febrero de 1907, a las 3 A.M., a bordo del vapor "Socorro" sobre las aguas del Orinoco y de cuyo crimen es autor el expresado General Cipriano Castro por haber ordenado directamente su perpetración.

---

(\*) El cadáver del Gral. Paredes al que los asesinos habían dado sablazos, fué retirado de las aguas y enterrado piadosamente por mano amiga.

Pido respetuosamente al Tribunal se sirva librar exhorto por el órgano correspondiente, para que el Juez de Puerto España, Trinidad, tome las declaraciones de los testigos General Juan Pablo Peñaloza, Dr. Jorge Pereyra, General J. M. Betancourt Sucre, Jacobo Capriles, General J. M. Córdoba, Jesús R. Alfonzo, Joaquín Pildain, Antonio Espinoza, Manuel Butrón, Juan Bautista Aguirre, Simón Cedeño, J. R. Marcano, General Juan S. Lobo, y Ramón Barboza, domiciliados en esa ciudad y quienes tienen conocimiento del hecho.

Juro no proceder falsa ni maliciosamente y pido al Tribunal se sirva librar exhorto por el órgano correspondiente al Juez de esta ciudad para que yo ratifique ante él este juramento y el contenido de este escrito.

Berlín: 19 de abril de 1907.

HECTOR LUIS PAREDES.

---

Berlín: 4 de octubre de 1907.

Señor Julio Torres-Cárdenas.  
París.

Como aquí no estamos en Venezuela donde el asesinato del General Antonio Paredes y sus compañeros, ordenado por Cipriano Castro y sus cómplices (aunque denunciado ante los Tribunales de acuerdo con los respectivos artículos de la Constitución Nacional) no ha promovido averiguación alguna, la venida de usted a Europa me ha sugerido la idea de empezar a hacerme justicia por mi propia mano. . . . Ocupado, sin embargo, de asunto que me importa más que descender al nivel del homicida en esta cuestión, le estimaría no me sirva de tropiezo y acceda como mejor pueda a lo que voy a exigirle:

Veo en el "Memorial Diplomatique" del 15 de septiembre pasado, entre otros datos el que sigue: "el señor Garbiras Guzmán, nuevo Secretario de Castro, se apercibió de que dos piezas del

archivo de la secretaría general habían desaparecido, y los dos empleados Landaeta y González fueron aprisionados y torturados hasta que declararon ser Julio Torres Cárdenas quien había sustraído los documentos. Estos se refieren al asesinato del General Paredes y sus amigos, hechos prisioneros y puestos a muerte, como se sabe, por una orden del General Cipriano Castro. Se dice que Torres Cárdenas ha guardado esos papeles para servirse de ellos como un medio de ataque contra Castro. Y es público que éste, faltando a la verdad, había hecho circular telegramas oficiales, informando que Paredes y sus compañeros habían sucumbido en la lucha", etc.

Sabe Ud., señor Torres Cárdenas, que Castro acusado ante el Congreso y ante la Corte Federal y de Casación de Venezuela de acuerdo con el N° 10 del artículo 95 de la Constitución Nacional, está convicto de asesinato, y que si el objeto de Ud., al conservar esas pruebas es atacarle, mejor están en mis manos que en las de Usted.

Necesito esos documentos y que Ud. me aclare quiénes son los cómplices de Castro. Si Ud. no me manda aquellos y no me responde explícitamente que no tomó parte en la venganza de Castro contra el hombre a quien tenía miedo, lo consideraré tácitamente convicto y confeso de complicidad con Castro: convicto y confeso de complicidad con ese depravado que comparecerá un día ante los Tribunales de esa tierra que fundaron los progenitores de Paredes, y si no hay justicia en Venezuela, ni la Ley puede nada contra los asesinos de diez y siete compatriotas, el mundo va a saber a lo que estoy dispuesto.

Si en el término de ocho días no me ha contestado usted, iré a buscarlo y le participo que nos entenderemos sin explicaciones verbales.

(f) HECTOR LUIS PAREDES.

Berlín: 4 de octubre de 1907.

Señor Héctor Luis Paredes.  
Berlín.

La versión del "Memorial Diplomatique" de que "empleados de la Secretaría del Presidente Castro sustrajeron documentos que se refieren al asesinato del general Paredes, para entregarlos a Torres Cárdenas, etc., etc.", es falsa. Hace año y medio que estoy separado de esa Secretaría, y además para la fecha de las prisiones de González y Landaeeta me encontraba todavía en territorio venezolano y por consiguiente a la mano del General Castro, quien no me hubiera dejado salir a ser cierta la especie a que se refiere el memorial.

He lamentado la desgracia de su hermano porque fué mi discípulo y compañero de infancia, y nada hubiera sido más grato para mí, que haberle salvado la vida.

(f) J. TORRES CARDENAS.

---

Berlín: 4 de octubre de 1907.

Doctor José Rafael Revenga.  
París.

En una hoja publicada en Trinidad léese textualmente lo que sigue: "De otro lado tenemos el asesinato del General Paredes ¡el fantasma de la Tiranía! Fué José Rafael Revenga el que ordenó la muerte de Paredes. Vedlo! las manos tintas con la sangre de sus víctimas! ¿Qué hace Castro que no enjuicia a ese asesino, para que salve en parte siquiera otra responsabilidad? Revenga le hurtó el bastón de mando a Castro y pasó por sobre Gómez! No me toca analizar la intención de esas palabras: Ud. me las explicará.

Se equivoca el que crea que los asesinos de mi hermano vendrán a pasearse impunemente aquí donde yo estoy. Si en Vene-

zuela no hay leyes para castigar el asesinato de diez y siete hombres indefensos, aquí aplicaré la Ley del Tali6n a los autores de esa cobarde infamia.

Acláreme en el término de ocho días el cargo que públicamente se le hace o voy a buscarlo en donde esté, y probará su familia los dolores que está sufriendo la mía.

(f) HECTOR LUIS PAREDES.

---

Berlín: 10 de octubre de 1907.

Señor Héctor Luis Paredes.  
Ciudad.

Con gran sorpresa leí su carta del 4 de este mes, pues en la sensible muerte de su hermano Antonio, antiguo amigo mío, no tuve participación alguna.

Por lo tanto, considero hasta ocioso protestar contra las falsedades de la hoja publicada en Trinidad, a la que usted se refiere.

(f) JOSE RAFAEL REVENGA.

---

ACUSACION CONTRA EL GENERAL CIPRIANO CASTRO  
POR LA MUERTE DEL GENERAL ANTONIO PAREDES

Nº 85.—Estados Unidos de Venezuela. — Corte Federal y de Casación. — Sala Federal. — Presidencia. — Número 573. — Caracas: 19 de marzo de 1909.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES. - Presente. — Tengo a honra remitir a Ud., junto con este oficio, copia certificada del auto dictado por la Corte Federal y de Casación, y relativo a la acusación incoada por el señor Manuel Paredes contra el General Cipriano Castro, por imputársele la comisión del delito de homicidio en la persona del General Antonio Paredes, a

efecto de que usted se sirva transmitir dicha copia al ciudadano General Juan Vicente Gómez, Primer Vice-Presidente, Encargado de la Presidencia de la República, a los efectos legales.—Dios y Federación. — CARLOS F. GRISANTI. — Doctor Pablo Godoy Fonseca, Secretario de la Sala Federal de la Corte Federal y de Casación, Certifica: que la copia siguiente es traslado fiel de su original. "Los Estados Unidos de Venezuela. — En su nombre. — La Corte Federal y de Casación en Sala Federal. Vistos: El diez de marzo en curso el ciudadano Manuel Paredes intentó causa criminal ante esta Corte contra el ciudadano General Cipriano Castro, Presidente Titular de la República, imputándole el homicidio perpetrado en la persona de su hermano el General Antonio Paredes. La acusación está concebida en estos términos: "Yo sé, ciudadanos Jueces, que tal hecho ha llenado de estupor al mundo, pues es universalmente conocido: sé también que por sobre todo poder humano está la justicia, y por eso ocurro ante esa respetable Corte, de acuerdo con lo dispuesto en el número 1º, artículo 95 de la Constitución Nacional, y en el artículo 269 del Código de Enjuiciamiento Criminal, acusando como acuso formalmente ante ella, al General Cipriano Castro, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, mayor de edad, domiciliado en esta Ciudad y actualmente residente fuera del País, por el delito de homicidio intencional y ejecutado con premeditación y alevosía, en la persona de mi hermano el General Antonio Paredes y en la de varios individuos de su oficialidad, a las cuatro de la mañana del día quince de febrero de mil novecientos siete, a bordo del vapor "Socorro", y en aguas del río Orinoco de cuyo crimen es autor el expresado General Cipriano Castro por haber ordenado su perpetración, como consta del telegrama auténtico arriba mencionado". Esta acusación fué ratificada el doce del corriente mes. Pasa la Corte a analizar el mérito de los recaudos acompañados a la querella. Entre éstos se halla un telegrama en clave con la nota de auténtico, dirigido el trece de febrero de mil novecientos siete a las 3 post-meridien desde Macuto, por el General Cipriano Castro, Presidente Constitucional de la República en ejercicio, al General L. Varela, a la sazón Presidente del Estado Bolívar, en ejercicio, telegrama que dice textualmente: "DECADACTILO, UTERINO, DATA, INMINENCIA, OROBEL, DEBILMENTE, FUSTE, ABADEJO, PARURO, HUS-

MEO, SUBCLASE, OFRECIMIENTO, avíseme recibo, HUSMEO, CUNA". El testigo Manuel A. González, en su primera declaración (folios 2 y 3 de los autos) expuso: que el telegrama dicho (que se le puso de manifiesto) es el mismo que fué transmitido en la fecha que él indica, al General Luis Varela, por la Oficina Telegráfica del ciudadano Presidente de la República; que para comprobar esto, el Tribunal debía confrontarlo con el que había de existir en el copiador de telegramas correspondiente a la fecha, que se encuentra en el Archivo de la Secretaría del Presidente de la República; que conoce la clave en que está escrito el telegrama y que si mal no recuerda, es la del diccionario de TORO & GOMEZ, y se verificaba la operación así: "Se tenía convenido el número de palabras que se debían contar, se ponía la palabra del diccionario y el que recibía la clave, buscaba en el diccionario la palabra de clave y contaba hacia atrás el número de palabras convenidas, y encontraba la frase a que correspondía la clave", que si se le conseguía el diccionario, él podía verter el telegrama al lenguaje común. El catorce de marzo corriente se constituyó el Tribunal acompañado por el mismo señor Manuel A. González, en la Casa Amarilla, en el local del Archivo del Presidente de la República, y habiéndose puesto a disposición del Tribunal el copiador de telegramas del General Castro, que empezó el cinco de julio de mil novecientos seis y terminó el veinte y cuatro de mayo de mil novecientos siete, se halló copiado al folio 380 el telegrama; y a preguntas del Tribunal declaró González que él lo había puesto en limpio y completando su exposición acerca de la clave manifestó que se retrocedían veinte y tres palabras. El Tribunal facilitó al declarante el diccionario de TORO & GOMEZ y le ordenó que vertiera el telegrama. González, presentó luego la versión siguiente: "Macuto, 13 de febrero de 1907. - Las 3 hs. p.m. - Recibido en Ciudad Bolívar el 13 de febrero a las 3 hs. 20 ms. p.m. - SEÑOR GENERAL L. VARELA. - Ciudad Bolívar. — Debe usted dar inmediatamente orden de fusilar a Paredes y su oficialidad. Avíseme recibo y cumplimiento". De la declaración de Francisco A. López León, resulta que él, como operario de la Estación Central de Telégrafos Nacionales, en la mesa de La Guaira, recibió ese telegrama el día de su fecha y lo entregó a la mesa del Sureste, servida por el operario Pablo A. Cartas, quien lo transmitió a Ciudad Bolívar y Cartas

expone que cumplió esto último por la vía de Altagracia de Orituco". La Corte solicitó y obtuvo el ejemplar del diccionario de TORO & GOMEZ que había servido al declarante Manuel A. González, para hacer la versión del telegrama y conformándose a la indicación hecha por él, la verificó, habiendo de observar únicamente que la palabra OREBEL que figura en la copia auténtica del telegrama, y la palabra OREBEE como dice otra copia también en autos, no se hallaba en el diccionario, encontrándose en el lugar respectivo la palabra "OREBCE". También figura en los autos entregados por la Estación Central de Telégrafos Nacionales al Juez de Instrucción un telegrama dirigido desde Ciudad Bolívar, a las 7 y 40 ms. post-meridien del trece de febrero de mil novecientos siete por el General L. Varela al General C. Castro, cuyo texto es éste: Recibido. INMINENCIA, palabra que equivale a INMEDIATAMENTE. De las declaraciones de Pedro José Segovia, Fernando Gómez Ordaz y Marcos Manuel Manzo, aparece que este telegrama fué transmitido desde Ciudad Bolívar al Presidente de la República. Figura asimismo en autos una carta dirigida desde Ciudad Bolívar el trece de febrero de mil novecientos siete, por el General L. Varela, al Coronel Jesús García, Jefe de las fuerzas que capturaron al General Paredes, remitida con el Coronel Gandica, en la cual dice el primero al segundo, que va éste a reiterarle las órdenes que le dió verbalmente en el momento de salir de Ciudad Bolívar; y que proceda inmediatamente y sin excusa de ninguna clase, a hacer cuanto le diga el Coronel Gandica, quien llevaba sus órdenes. De un telegrama dirigido al General Cipriano Castro por el General Luis Varela, desde Ciudad Bolívar a Macuto, el trece de febrero de mil novecientos siete, a las doce y treinta minutos post-meridien resulta que el día anterior habían sido capturados, en el sitio "El Rosario" cerca de Morichal Largo el General Antonio Paredes con todos sus oficiales. De un telegrama publicado en el número 10.003 de la GACETA OFICIAL fecha quince de febrero de mil novecientos siete, resulta que murió el General Antonio Paredes: de la publicación hecha por el Coronel Jesús García en el número 3.571 de "El Pregonero", correspondiente al dos de marzo en curso, titulada "FUSILAMIENTO DE PAREDES" y de la efectuada por Eloy Silva, en el número 155 de "SANCHO PANZA", fecha tres de marzo, publicaciones que fueron reconocidas judicialmente por sus

respectivos autores, aparece que el General Antonio Paredes fué fusilado el quince de febrero varias veces citado, y de los telegramas en clave anteriormente analizados y de la carta del General Varela al Coronel Jesús García, resultan fundados indicios de que ese fusilamiento fué ordenado desde Macuto por el General Cipriano Castro, para entonces Presidente Constitucional de la República, la cual orden apareceja responsabilidad criminal al expresado General Cipriano Castro.

En virtud de las razones expuestas, la Corte Federal y de Casación en uso de las atribuciones 1ª y 2ª, artículo 95 de la Constitución Nacional, concordantes con la atribución 1ª, artículo 5º del Código Orgánico respectivo, declara que ha lugar a formación de causa contra el General Cipriano Castro, por el homicidio perpetrado en la persona del General Antonio Paredes; y en consecuencia subsiste la suspensión de sus funciones de Presidente de la República, decretada contra el General Cipriano Castro por decisión que dictó esta Corte el diez y siete de febrero último, en la causa criminal iniciada contra él por el ciudadano Procurador General de la Nación. Y por cuanto el presente proceso se contrae a un delito común, se ordena, de conformidad con las disposiciones legales últimamente citadas, pasar este expediente al ciudadano Juez de 1ª Instancia en lo Criminal de la Sección Occidental de este Distrito, para el seguimiento de este juicio. En cuanto a la solicitud de extradición se declara extemporánea, en conformidad con el artículo 297 del Código de Enjuiciamiento Criminal.—Háganse las participaciones de ley.—Publíquese en audiencia.—Regístrese.—Dada, firmada y sellada en la Sala de Audiencias de la Corte Federal y de Casación, en el Capitolio de Caracas, a los diez y ocho días del mes de marzo de mil novecientos nueve.—Años 98º de la Independencia y 51º de la Federación.—El Presidente, CARLOS F. GRISANTI.—El Vicepresidente, PEDRO M. BRITO GONZALEZ.—El Relator, JOSE SANTIAGO RODRIGUEZ. — El Canciller, EMILIO CONSTANTINO GUERRERO.—Vocal, E. ENRIQUE TEJERA.—Vocal, ALFONZO BAZO.—Vocal, PEDRO MARIA PARRA.—El Secretario, PABLO GODOY FONSECA.—El Canciller, que suscribe, disiente de la opinión de sus ilustrados colegas con respecto al auto anterior, y

Por cuanto según el artículo 3º de la Ley de Responsabilidad de Funcionarios Públicos, los recaudos acompañados a la querrela,

en juicio como éste, han de ser suficientes para que la Corte, fundándose en ellos, como se expresa en la Ley, puede librar la declaratoria de haber lugar a causa;

Por cuanto en el caso presente, la responsabilidad criminal del acusado se hace surgir de una orden telegráfica dirigida al Presidente del Estado Bolívar, y para afirmar tal responsabilidad, no se han producido más elementos que los indicados en el auto;

Por cuanto según el artículo 1.304 del Código Civil, aplicable en lo Criminal, el telegrama solo hace prueba, y eso como instrumento privado, cuando el original lleva la firma de la persona designada en él como remitente, o cuando se prueba que el original ha sido entregado o hecho entregar por la oficina telegráfica en nombre de la misma persona, aunque ésta no la haya firmado; y

Por cuanto no se ha acompañado a la querrela, ni el telegrama original firmado por el remitente, en que se funda la acusación, ni tampoco la prueba supletoria de él, conforme a las disposiciones del artículo citado, por lo cual los recaudos no son, en sentir del que suscribe, suficientes a los efectos de ley. Por tanto, salva su voto en el auto expresado.—La misma fecha.—El Presidente, CARLOS F. GRISANTI.—El Vicepresidente, PEDRO M. BRITO GONZALEZ.—El Relator, JOSE SANTIAGO RODRIGUEZ.—El Canciller, EMILIO CONSTANTINO GUERRERO.—Vocal, E. ENRIQUE TEJERA.—Vocal, ALFONZO BAZO.—Vocal, PEDRO MARIA PARRA.—El Secretario, PABLO GODOY FONSECA.

Caracas: 19 de marzo de 1909.

El Secretario de la Sala Federal,

PABLO GODOY FONSECA.

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Relaciones Interiores.  
Dirección Política.—Número 469.—Caracas: 22 de marzo de  
1909.—98º y 51º

CIUDADANO PRESIDENTE DE LA CORTE FEDERAL Y DE CASA-  
CION.

Presente.

Junto con la atenta nota de usted fecha 19 del corriente y número 573, se ha recibido en este Despacho la copia certificada que usted se sirve remitirme del auto dictado por ese Alto Tribunal, relativo a la acusación incoada por el ciudadano Manuel Paredes contra el General Cipriano Castro, por imputársele la comisión del delito de homicidio en la persona del General Antonio Paredes.

Este Despacho hará las transcripciones legales del referido auto.

Dios y Federación.

F. L. ALCANTARA.

---

TELEGRAMA - CIRCULAR

Caracas: 23 de marzo de 1909.

PARA PRESIDENTES DE ESTADO, GOBERNADOR DE LA SECCION  
ORIENTAL Y GOBERNADORES DE LOS TERRITORIOS FEDERALES

Sus Capitales.

En comunicación fecha 19 del corriente trasmite a este Ministerio el ciudadano Presidente de la Corte Federal y de Casación el auto dictado por ese Alto Tribunal relativo a la acusación incoada por el ciudadano Manuel Paredes contra el General Cipriano Castro, por imputársele la comisión del delito de homicidio en la persona del General Antonio Paredes. La parte dispositiva de dicho auto es la siguiente:

"En virtud de las razones expuestas, la Corte Federal y de Casación, en uso de las atribuciones 1ª y 2ª, artículo 95 de la Constitución Nacional concordantes con la atribución 1ª, artículo 5º del Código Orgánico respectivo, declara que ha lugar a formación de causa contra el General Cipriano Castro, por el homicidio perpetrado en la persona del General Antonio Paredes; y en consecuencia, subsiste la suspensión de sus funciones de Presidente de la República, decretada contra el General Cipriano Castro por decisión que dictó esta Corte el 17 de febrero último, en la causa criminal iniciada contra él por el ciudadano Procurador General de la Nación. Y por cuanto el presente proceso se contrae a un delito común, se ordena, en conformidad con las disposiciones legales últimamente citadas, pasar este expediente al ciudadano Juez de 1ª Instancia en lo Criminal de la Sección Occidental de este Distrito, para el seguimiento del juicio".

Lo que transcribo a usted para su conocimiento y los fines correspondientes.

Dios y Federación.

F. L. ALCANTARA.

---

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Relaciones Interiores.  
Dirección Política.—Número 483.—Caracas: 23 de marzo de 1909.—98º y 51º

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES.

Presente.

En comunicación fecha 19 del corriente trasmite a este Ministerio el ciudadano Presidente de la Corte Federal y de Casación el auto dictado por este Alto Tribunal relativo a la acusación incoada por el ciudadano Manuel Paredes contra el General Cipriano Castro, por imputársele la comisión del delito de homicidio en la persona del General Antonio Paredes. La parte dispositiva de dicho auto es la siguiente:

"En virtud de las razones expuestas, la Corte Federal y de Casación, en uso de las atribuciones 1ª y 2ª, artículo 95 de la Constitución Nacional concordante con la atribución 1ª, artículo 5º del Código Orgánico respectivo declara que ha lugar a formación de causa contra el General Cipriano Castro, por el delito de homicidio perpetrado en la persona del General Antonio Paredes, y en consecuencia, subsiste la suspensión de sus funciones de Presidente de la República, decretada contra el General Cipriano Castro, por decisión que dictó esta Corte el 17 de febrero último, en la causa criminal iniciada contra él por el ciudadano Procurador General de la Nación. Y por cuanto el presente proceso se contrae a un delito común, se ordena, en conformidad con las disposiciones legales últimamente citadas, pasar este expediente al ciudadano Juez de 1ª Instancia en lo Criminal de la Sección Occidental de este Distrito para el seguimiento del juicio".

Lo que transcribo a usted para su conocimiento y los fines correspondientes.

Dios y Federación.

(fdo.) F. L. ALCANTARA.

(Igual para Gobernador de la Sección Occidental del Distrito Federal, bajo el número 484).

---

Estados Unidos de Venezuela.—Gobierno de la Sección Occidental del Distrito Federal.—Sección Civil y Política.—Número 2.354.—Caracas: 26 de marzo de 1909.—98º y 51º

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Presente.

Se ha recibido hoy en este Despacho su comunicación fechada el 23 de los corrientes y marcada con el número 484, en la cual se sirve transcribirme la parte dispositiva del auto dictado por la Corte

Federal y de Casación, con motivo de la acusación incoada por el ciudadano Manuel Paredes contra el General Cipriano Castro, por el delito de homicidio cometido en la persona del ciudadano General Antonio Paredes.

Dios y Federación.

(fdo.) AQUILES ITURBE.

---

La Victoria: 27 de marzo de 1909.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Avísole recibo de su telegrama de ayer, en el cual se sirve transcribir la parte dispositiva del auto de la Corte Federal y de Casación respecto a la acusación intentada ante aquel Alto Tribunal de la República por el ciudadano Manuel Paredes contra el General Cipriano Castro, como responsable del delito de homicidio en la persona del General Antonio Paredes.

Hoy mismo se hará publicar y circular en Boletín Oficial el referido telegrama de usted, para que llegue a conocimiento de todos los habitantes y autoridades del Estado y surta los efectos correspondientes.

Dios y Federación.

(fdo.) A. CARNEVALI MONREAL.

---

Calabozo: 26 de marzo de 1909.—Las 7 hs. 15 ms. a.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Recibido su telegrama en que me transcribe el auto dictado por la Corte Federal y de Casación con motivo de la acusación incoa-

da por el ciudadano Manuel Paredes contra el General Cipriano Castro, por imputársele la comisión del delito de homicidio en la persona del General Antonio Paredes, y lo haré circular en Boletín Oficial en todo el Estado.

Dios y Federación.

(fdo.) MANUEL SARMIENTO.

---

Cumaná: 27 de marzo de 1909.—Las 5 hs. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Recibido telegrama de usted en que me transcribe el auto dictado por la Corte Federal y de Casación contra el General Cipriano Castro.

Dada la importancia y trascendencia del referido auto, a mi vez lo he transcrito a las autoridades civiles del Estado para su conocimiento y los fines consiguientes.

Dios y Federación.

(fdo.) J. M. BERMUDEZ GRAU.

---

Bolívar: 26 de marzo de 1909.—Las 6 hs. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Tengo a honra acusar a usted recibo de su telegrama de esta misma fecha en el que me transcribe el auto dictado por la Corte Federal y de Casación con motivo de la acusación incoada por el ciudadano Manuel Paredes contra el General Cipriano Castro, por el delito de homicidio.

Dios y Federación.

(fdo.) ANTONIO MARIA DELGADO.

Valencia: 26 de marzo de 1909.—Las 4 hs. 30 ms. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Se ha recibido en este Despacho el telegrama de esta fecha en que usted se sirve transcribir la parte dispositiva del auto dictado por la Corte Federal y de Casación por el cual se declara que ha lugar a formación de causa contra el General Cipriano Castro por el homicidio perpetrado en la persona del General Antonio Paredes; de que ha sido acusado por el ciudadano Manuel Paredes, y subsiste por tanto, la suspensión de las funciones oficiales del General Cipriano Castro, decretada por aquel Alto Tribunal el 17 de febrero último, con motivo de la causa criminal iniciada contra el mismo General Castro por el Procurador General de la Nación, habiendo pasado también al Juzgado de 1ª Instancia en lo Criminal de la Sección Occidental del Distrito Federal, el expediente de este nuevo proceso, que se contrae a un delito común, para el seguimiento del juicio conforme a las leyes.

El referido telegrama ha sido transcrito por este Gobierno a las autoridades de su dependencia a los fines consiguientes.

Dios y Federación.

(fdo.) JOSE A. DAVILA.

---

Coro: 26 de marzo de 1909.—Las 4 hs. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Tengo el honor de avisar a usted recibo de su telegrama de hoy, relacionado con la acusación incoada por el ciudadano Manuel Paredes contra el General Cipriano Castro, por imputársele comisión del delito de homicidio en la persona del General Antonio Paredes.

He dispuesto ya la publicación de su telegrama para conocimiento de la ciudadanía de este Estado de mi mando.

Dios y Federación.

(fdo.) MARIANO GARCIA.

---

Barquisimeto: 27 de marzo de 1909.—Las 11 hs. 45 ms. a.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Tengo a marcada honra avisar a usted recibo de su telegrama circular de ayer, transcribiendo el auto de la Corte Federal y de Casación en virtud del cual se declara que ha lugar a formación de causa contra el General Cipriano Castro por el homicidio perpetrado en la persona del General Antonio Paredes.

La determinación del Supremo Tribunal de la República es prueba fehaciente de la independencia con que obran los Poderes Públicos en el organismo de la vida nacional, y al mismo tiempo una evidencia manifiesta de que la sociedad venezolana está garantizada con hechos de alta trascendencia de moral política, que la honran y enaltecen en el concepto de los países libres y civilizados. El Gobierno ha tomado la debida nota de la importante comunicación y la ha transmitido ya a los pueblos del Estado.

Dios y Federación.

(fdo.) CARLOS LISCANO.

---

Mérida: 27 de marzo de 1909.—Las 12 hs. m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Recibido su importante telegrama de ayer en que se sirve transcribirme la parte dispositiva del auto dictado por la Corte Federal y de Casación relativo a la acusación iniciada por el ciudadano

Manuel Paredes contra el General Cipriano Castro, por imputársele la comisión del delito de homicidio en la persona del General Antonio Paredes.

He ordenado publicar su citado telegrama en la Gaceta Oficial del Estado.

Dios y Federación.

(fdo.) AMADOR UZCATEGUI G.

---

Ocumare: 26 de marzo de 1909.—Las 3 hs. 30 ms. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Por el atento telegrama de usted de la fecha, queda en cuenta este Gobierno del auto emanado de la Corte Federal y de Casación, por el cual decretase que hay lugar a formación de causa contra el General Cipriano Castro, por homicidio perpetrado en la persona del General Antonio Paredes y en consecuencia subsiste la suspensión de sus funciones de Presidente de la República y lo demás del procedimiento.

Dios y Federación.

(fdo.) B. ARRIENS URDANETA.

---

San Cristóbal: 27 de marzo de 1909.—Las 12 hs. m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Recibida circular por la cual queda en cuenta este Gobierno del auto dictado por la Corte Federal y de Casación, acordando el juicio que por homicidio se sigue ante los Tribunales al General Cipriano Castro, en virtud de acusación presentada por el ciudadano Manuel Paredes.

Haré publicar dicha circular para conocimiento de la ciudadanía.

Dios y Federación.

(fdo.) JESUS VELASCO BUSTAMANTE.

San Carlos: 26 de marzo de 1909.—Las 5 hs. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Recibido el importante telegrama de usted en que se digna transcribir la parte dispositiva del auto dictado por la Corte Federal y de Casación en la acusación incoada por el ciudadano Manuel Paredes contra el General Cipriano Castro, por imputársele el delito de homicidio perpetrado en la persona del General Antonio Paredes.

Dicho telegrama lo haré conocer de las Autoridades del Estado y publicar en la Gaceta Oficial a los fines requeridos.

Dios y Federación.

(fdo.) FRANCISCO PARRA PACHECO.

---

Maracaibo: 27 de marzo de 1909.—Las 6 hs. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Tengo a honra avisar a usted el recibo de su telegrama de ayer en que se sirve transcribirme la parte dispositiva del auto dictado por la Corte Federal y de Casación relativo a la acusación incoada por el ciudadano Manuel Paredes contra el General Cipriano Castro, por imputársele el delito de homicidio en la persona del General Antonio Paredes; auto en el cual declara subsistente la suspensión decretada contra el Presidente de la República General Cipriano Castro, en diez y siete de febrero último y pasar los autos al Juez competente para la secuela del juicio.

De todo lo cual queda debidamente impuesto este Despacho.

Dios y Federación.

(fdo.) JOSE IGNACIO LARES.

Guasipati: 26 de marzo de 1909.—Las 6 hs. 15 ms. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Recibido telegrama en que se sirve transcribir el auto de la Alta Corte Federal y de Casación por el cual se declara con lugar la acusación incoada contra el General Cipriano Castro por homicidio perpetrado en la persona del General Antonio Paredes. Hago circular su telegrama en Boletín Oficial. Lo que tengo el honor de decir a usted en contestación a su despacho de esta misma fecha.

Dios y Federación.

(fdo.) LUIS GODOY.

---

Trujillo: 31 de marzo de 1909.—Las 9 hs. a.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Hónrome avisar a usted recibo del telegrama del 26 del mes corriente, por el cual se sirve transcribirme los términos del auto de la Corte Federal y de Casación, en que mantiene la suspensión del General Cipriano Castro, como Presidente de la República, al declarar que ha lugar a formación de juicio por muerte del General Antonio Paredes; a tan importante documento que registra otra de las reparaciones de carácter público que se han venido realizando en el País, daré la mayor publicidad en el Estado de mi mando.

Dios y Federación.

(fdo.) TRINO BAPTISTA.

Telégrafo Nacional.—Macuro: 9 de mayo de 1909.—Las 2 hs. p.m.

PARA MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Por fin se ha recibido en este Despacho su importante telegrama de veinte y seis de marzo, afirmativo de la decisión de la Alta Corte Federal y de Casación declarando haber lugar de formación de causa contra el General Cipriano Castro por homicidio perpetrado en la persona del General Antonio Paredes. Merece aplauso la determinación del Alto Tribunal de la República, prestando apoyo al ciudadano Manuel Paredes para que amparado por la Constitución pudiese el castigo de quien no solo arrebató la vida a su hermano sino que hiciera algo peor aun: el desconocimiento de la Ley escrita. Por tal motivo plácele a esta Gobernación tributarle sus parabienes al respetable Cuerpo deliberativo.

Dios y Federación.

(fdo.) TOVAR GARCÍA.

---

Estados Unidos de Venezuela.—Juzgado del Crimen de la Sección Occidental del Distrito Federal.—Número 20.—Caracas: 29 de marzo de 1909.—98° y 51°

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

En la averiguación que se instruye con motivo de la muerte del General Antonio Paredes y sus demás oficiales, se hace indispensable, por ser testigos importantes y presenciales, que los ciudadanos Coronel Rafael Gandica, que se halla en Ciudad Bolívar, y Capitán Hermenegildo Torrellas, que está en Los Castillos de Guayana, rindan declaraciones en dicho juicio y ante este Despacho, por no creer conducente el Tribunal, dar comisión para este fin.

En tal virtud, suplico a usted se sirva dictar las órdenes que sean necesarias para que los ya nombrados Gandica y Torrellas sean trasladados a esta ciudad, con todas las seguridades del caso, incomunicados y puestos a la orden del Tribunal.

Será conveniente, que esto fuera hecho a la brevedad posible.

Dios y Federación.

(fdo.) LEONIDAS BLANCO.

---

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Relaciones Interiores.  
—Dirección Política.—Número 520.—Caracas: 30 de marzo de  
1909.—98° y 51°

CIUDADANO MINISTRO DE GUERRA Y MARINA.

Presente.

Con fecha de ayer y bajo el número 20, dice a este Despacho el ciudadano Juez del Crimen de la Sección Occidental del Distrito Federal, lo siguiente:

(Aquí la nota anterior).

En conocimiento de lo cual dispone el Presidente de la República que usted se sirva dictar sus órdenes para que el Capitán Torrellas sea relevado del puesto militar que ocupa en Los Castillos de Guayana, reducido a prisión y enviado a esta capital en las condiciones requeridas por el Juez del Crimen. Este Ministerio da hoy asimismo orden telegráfica al Presidente del Estado Bolívar para que el Coronel Gandica sea remitido también en las mismas condiciones a Caracas; y ambos presos deberán venir en el vapor "Miranda" en su viaje de regreso a La Guaira.

Todo lo cual tengo la honra de comunicarlo a usted para el eficaz cumplimiento de lo dispuesto por el Supremo Magistrado.

Dios y Federación.

(fdo.) F. L. ALCANTARA.

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Relaciones Interiores.  
—Dirección Política.—Número 521.—Caracas: 31 de marzo de  
1909.—98º y 51º

CIUDADANO JUEZ DEL CRIMEN DE LA SECCION OCCIDENTAL  
DEL DISTRITO FEDERAL.

Presente.

Se ha recibido en este Despacho su comunicación fecha 29 del  
corriente y número 20, en conformidad con la cual se han librado  
las disposiciones conducentes a la traída de Rafael Gandica y  
Hermenegildo Torrellas a esta capital para los fines judiciales a  
que dicha nota se contrae.

Dios y Federación.

(fdo.) F. L. ALCANTARA.

---

Caracas: 31 de marzo de 1909.

CIUDADANO PRESIDENTE DEL ESTADO BOLIVAR.

Ciudad Bolívar.

En el vapor "Miranda", que pronto llegará a esa, sírvase re-  
mitir a La Guaira, incomunicado y con todas las seguridades del  
caso, al Coronel Rafael Gandica.

Dios y Federación.

(fdo.) F. L. ALCANTARA.

---

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Guerra y Marina.—  
Dirección de Guerra.—Número 708.—Caracas: 31 de marzo de  
1909.—98º y 51º

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Presente.

Recibida en este Despacho, su atenta comunicación fecha de  
ayer, número 520, Dirección Política. Se ofició inmediatamente al

General Comandante de Armas del Estado Bolívar, para hacer efectiva la disposición del Juez del Crimen de la Sección Occidental del Distrito Federal, que usted se sirvió transcribirme en la citada nota, referente a la prisión del Capitán Hermenegildo Torrellas que sirve en las fuerzas de aquel Estado.

En tal virtud, el Comandante de Armas ya expresado, ha contestado a este Ministerio por telégrafo, que el Capitán Torrellas, se encontraba accidentalmente en Ciudad Bolívar, y que fué reducido a prisión, teniéndolo incomunicado hasta la salida del vapor "Miranda" que debe traer dicho preso.

Participación que tengo el honor de hacer a usted para su conocimiento y fines respectivos.

Dios y Federación.

(fdo.) REGULO L. OLIVARES.

---

Ciudad Bolívar: 31 de marzo de 1909.—Las 4 hs. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Recibido. Procederé de acuerdo con las instrucciones que se sirve usted comunicarme referentes a la remisión del Coronel Rafael Gandica.

Dios y Federación.

(fdo.) ANTONIO M. DELGADO.

---

Estados Unidos de Venezuela.—Estado Bolívar.—Presidencia.—Número 264.—Ciudad Bolívar: 6 de abril de 1909.—98º y 51º

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

En cumplimiento de las órdenes que me ha comunicado ese Ministerio en telegrama fecha 31 de marzo último, ha sido entregado el Coronel Rafael Gandica, detenido en la Cárcel Pública de

esta ciudad, al Comandante del vapor de guerra "Miranda" para que lo conduzca al puerto de La Guaira, a la disposición del Gobierno Nacional.

Dios y Federación.

(fdo.) ANTONIO M. DELGADO.

---

Estados Unidos de Venezuela.—Gobierno de la Sección Occidental del Distrito Federal.—Dirección Civil y Política.—Número 2.472.  
—Caracas: 6 de abril de 1909.—98º y 51º

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Presente.

Con fecha de hoy dice a este Despacho el ciudadano Juez del Crimen lo siguiente:

"Para su inteligencia y para que se sirva dictar las órdenes conducentes a todas las autoridades de la República, participo a usted, que en esta fecha, y existiendo en las actuaciones practicadas hasta hoy, con motivo del fusilamiento del General Antonio Paredes y dos de sus oficiales, fundados indicios de la culpabilidad del General Cipriano Castro y el Coronel Jesús García, este Tribunal ha decretado la detención de ambos".

Lo que tengo a honra transcribir a usted para su conocimiento.

Dios y Federación.

(fdo.) AQUILES ITURBE.

---

Estados Unidos de Venezuela.—Juzgado del Crimen de la Sección Occidental del Distrito Federal.—Número 35.—Caracas: 6 de abril de 1909.—98° y 51°

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Presente.

Con fecha de hoy dice a este Despacho el ciudadano Juez del Crimen lo siguiente:

“Para su inteligencia y para que se sirva dictar las órdenes conducentes a todas las autoridades de la República, participo a usted, que en esta fecha, y existiendo en las actuaciones practicadas hasta hoy, con motivo del fusilamiento del General Antonio Paredes y dos de sus oficiales, fundados indicios de la culpabilidad del General Cipriano Castro y el Coronel Jesús García, este Tribunal ha decretado la detención de ambos”.

Lo que tengo a honra transcribir a usted para su conocimiento.

Dios y Federación.

(fdo.) AQUILES ITURBE.

---

Estados Unidos de Venezuela.—Juzgado del Crimen de la Sección Occidental del Distrito Federal.—Número 35.—Caracas: 6 de abril de 1909.—98° y 51°

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Presente.

Para su inteligencia, y para que se sirva dictar las órdenes conducentes a todas las autoridades de la República, participo a usted, que en esta fecha, y existiendo en las actuaciones practicadas hasta hoy, con motivo del fusilamiento del General Antonio Paredes y dos de sus oficiales, fundados indicios de la culpabilidad del General Cipriano Castro y del Coronel Jesús García, este tribunal ha decretado la detención de ambos.

Dios y Federación.

(fdo.) LEONIDAS BLANCO.

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Relaciones Interiores.  
—Dirección Política.—Número 578.—Caracas: 12 de abril de  
1909.—98º y 51º

CIUDADANO GOBERNADOR DE LA SECCION OCCIDENTAL  
DEL DISTRITO FEDERAL.

Presente.

Por la atenta nota de usted fechada 6 del corriente y número 2.472, Dirección Civil y Política, se entera este Despacho de que el ciudadano Juez del Crimen de esta Sección del Distrito ha decretado la detención de los ciudadanos General Cipriano Castro y Coronel Jesús García, por indicios fundados de la culpabilidad de ambos en el fusilamiento del General Antonio Paredes y dos de sus oficiales.

Este Despacho ha comunicado ya a las autoridades civiles de la República el expresado Decreto.

Dios y Federación.

(fdo.) F. L. ALCANTARA.

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Relaciones Interiores.  
—Dirección Política.—Número 580.—Caracas: 12 de abril de  
1909.—98º y 51º

CIUDADANO JUEZ DEL CRIMEN DE LA SECCION OCCIDENTAL  
DEL DISTRITO FEDERAL.

Presente.

Por la atenta nota de usted fecha 6 del corriente y número 35, queda en cuenta este Despacho de que ese Tribunal ha decretado la detención del General Cipriano Castro, y del Coronel Jesús García, por fundados indicios de la culpabilidad de ambos en el fusilamiento del General Antonio Paredes y dos de sus oficiales.

Dios y Federación.

(fdo.) F. L. ALCANTARA.

Caracas: abril 12 de 1909.

Ciudadano.....

El ciudadano Juez del Crimen de esta Sección del Distrito Federal ha decretado la detención de los ciudadanos General Cipriano Castro y Coronel Jesús García, por fundados indicios de la culpabilidad de estos dos ciudadanos en el fusilamiento del General Antonio Paredes y dos de sus oficiales.

Y lo comunico a usted para su conocimiento y el de las autoridades de su jurisdicción, a fin de que el expresado decreto judicial sea debidamente cumplido.

Dios y Federación.

(fdo.) F. L. ALCANTARA.

A los Presidentes de los Estados, Gobernadores de Territorios y Gobernador de la Sección Oriental del Distrito Federal.

Sus Capitales.

---

La Victoria: 12 de abril de 1909.—Las 5 hs. 20 ms. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

En este mismo momento hago transcribir a las primeras autoridades civiles de todos los Distritos del Estado, el telegrama de usted, fecha de hoy, en que se sirve comunicarme que el Juez del Crimen de esa Sección del Distrito Federal, ha decretado la detención de los ciudadanos General Cipriano Castro y Coronel Jesús García, por indicios de culpabilidad en el fusilamiento del General Antonio Paredes, y dos de sus oficiales.

Dios y Federación.

(fdo.) A. CARNEVALI MONREAL.

Cumaná: 12 de abril de 1909.—Las 6 hs. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Recibido telegrama de usted en que me comunica que el Juez del Crimen del Distrito Federal ha dictado auto de detención contra el ciudadano General Cipriano Castro y el Coronel Jesús García. Ya he llevado esto a conocimiento de las autoridades del Estado para los efectos consiguientes.

Dios y Federación.

(fdo.) J. M. BERMUDEZ GRAU.

---

Valencia: 12 de abril de 1909.—Las 5 hs. 30 ms. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Tengo a honra avisar a usted recibo de su telegrama de esta fecha en que se sirve participarme que el ciudadano Juez del Crimen de esa Sección del Distrito Federal ha decretado la detención de los ciudadanos General Cipriano Castro y Coronel Jesús García por fundados indicios en la culpabilidad de esos dos ciudadanos en el fusilamiento del General Antonio Paredes.

Dicho telegrama ha sido transcrito a las autoridades de esta jurisdicción para el cumplimiento de este Decreto judicial.

Dios y Federación.

(fdo.) JOSE A. DAVILA.

---

Mérida: 12 de abril de 1909.—Las 5 hs. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Recibido su importante telegrama por el cual quedo en conocimiento de que el ciudadano Juez del Crimen de esa Sección del

Distrito Federal ha decretado la detención del General Cipriano Castro y Coronel Jesús García por fundados indicios de la culpabilidad de éstos e nel fusilamiento del General Antonio Paredes y dos de sus oficiales. Para los efectos consiguientes he ordenado transcribir su citado telegrama a las autoridades de mi dependencia y lo hago publicar por la Prensa para conocimiento de los pueblos de mi mando.

Dios y Federación.

(fdo.) AMADOR UZCATEGUI G.

---

Ocumare: 12 de abril de 1909.—Las 8 hs. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Tengo el honor de avisarle recibo del telegrama de usted en que se sirve comunicarme el auto del ciudadano Juez del Crimen, referente a la detención del General Cipriano Castro y del Coronel Jesús García, por fundados indicios de la culpabilidad de estos dos ciudadanos en el fusilamiento del General Antonio Paredes y dos de sus oficiales. Lo hago extensivo a las autoridades de mi dependencia a los fines de su estricto cumplimiento.

Dios y Federación.

(fdo.) B. ARRIENS U.

---

Trujillo: 12 de abril de 1909.—Las 6 hs. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

He recibido su importante telegrama de hoy en que se sirve comunicarme que el Juez del Crimen de la Sección Occidental del Distrito Federal, ha decretado la detención de los ciudadanos Gene-

ral Cipriano Castro y Coronel Jesús García por obrar contra ellos fundados indicios de culpabilidad en el fusilamiento del General Antonio Paredes, telegrama que me apresuro a notificar a las autoridades de mi jurisdicción para el debido cumplimiento de aquel Decreto.

Dios y Federación.

(fdo.) TRINO BAPTISTA.

---

Coro: 13 de abril de 1909.—Las 4 hs. 40 ms. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Toma nota el Ejecutivo del Estado del importante telegrama circular de usted de fecha de ayer en el cual se digna participarme que el Juez del Crimen de la Sección Occidental del Distrito Federal, ha ordenado la detención del General Cipriano Castro y Coronel Jesús García por fundados indicios de su culpabilidad en el fusilamiento del General Antonio Paredes y de dos de sus oficiales.

Se han dictado las órdenes respectivas a las autoridades que dependen de este Gobierno para que el expresado Decreto judicial tenga el más exacto cumplimiento llegado el caso en territorio del Estado Falcón.

Dios y Federación.

(fdo.) MARIANO GARCIA.

---

Calabozo: 13 de abril de 1909.—La 1 h. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Quedo en cuenta por su telegrama de ayer que el ciudadano Juez del Crimen de esa Sección del Distrito Federal ha decretado la detención de los ciudadanos General Cipriano Castro y Coronel

Jesús García. Ya lo he participado a las autoridades de mi dependencia como usted me lo ordena, publicándolo además en el Bole-  
tín Oficial.

Dios y Federación.

(fdo.) MANUEL SARMIENTO.

---

Barquisimeto: 13 de abril de 1909.—Las 12 hs. m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

El auto de detención del General Cipriano Castro y del Coronel Jesús García librado por el Juez del Crimen de la Sección Occidental de ese Distrito, por indicios de culpabilidad en el fusilamiento del General Antonio Paredes y dos de sus oficiales, es una visible prueba de la independencia del Poder Judicial en el seno del Gobierno de la Rehabilitación Nacional, y por lo mismo plausible.

Dios y Federación.

(fdo.) CARLOS LISCANO.

---

Maracaibo: 13 de abril de 1909.—Las 6 hs. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Aviso recibo de su telegrama-circular fechado ayer en que participa haber sido decretado por la autoridad competente, auto de detención contra el General Cipriano Castro y el Coronel Jesús García, por fundados indicios de culpabilidad en el fusilamiento del General Antonio Paredes y dos de sus oficiales, lo que ha sido comunicado a las autoridades del Estado para su debido cumplimiento.

Dios y Federación.

(fdo.) JOSE I. LARES.

San Cristóbal: 13 de abril de 1909.—Las 10 hs. a.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Recibido. En cuenta este Despacho del auto dictado por el Juez del Crimen, decretando detención del General Cipriano Castro y Jesús García, como culpables del fusilamiento del General Antonio Paredes.

Haré conocer a las autoridades de mi dependencia su circular para los fines de ley.

Dios y Federación.

(fdo.) JESUS VELASCO BUSTAMANTE.

---

San Carlos: 13 de abril de 1909.—Las 12 hs. m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Recibido el telegrama de usted relativo al auto de detención dictado por el Juez del Crimen de esa capital contra Cipriano Castro y Jesús García, por indicios fundados de la culpabilidad de éstos en el fusilamiento del General Antonio Paredes y dos de sus oficiales; el cual se ha transcrito a las autoridades del Estado para su conocimiento y fines.

Dios y Federación.

(fdo.) FRANCISCO PARRA PACHECO.

Macuro: 13 de abril de 1909.—Las 9 hs. a.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

En conocimiento del Decreto del ciudadano Juez del Crimen del Distrito Federal, relativo a detención del ciudadano General Cipriano Castro y del Coronel Jesús García, por culpabilidad en el fusilamiento del General Antonio Paredes, y dos de sus oficiales. Lo he comunicado a las autoridades de mi jurisdicción para su estricto cumplimiento.

Dios y Federación.

(fdo.) HORACIO DUCHARNE.

---

Bolívar: 14 de abril de 1909.—Las 11 hs. a.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Tengo a honra avisar a usted recibo de su telegrama fecha 12 del presente, en el cual se sirve participarme que el ciudadano Juez de la Sección Occidental del Distrito Federal, ha decretado la detención de los ciudadanos General Cipriano Castro y Coronel Jesús García por fundados indicios de la culpabilidad de los nombrados en el fusilamiento del General Antonio Paredes y dos de sus oficiales.

Ya he dado orden a fin de que el expresado telegrama sea transmitido a todas las autoridades dependientes de este Despacho, a los fines que usted se sirve indicarme.

Dios y Federación.

(fdo.) ANTONIO M. DELGADO.

Carúpano: 20 de abril de 1909.—Las 8 hs. a.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Tengo la complacencia de referirme al telegrama de usted, de 12 de los corrientes en el cual se sirve informarme que el ciudadano Juez del Crimen de esa Sección del Distrito Federal, ha decretado la detención de los ciudadanos General Cipriano Castro y Coronel Jesús García, por fundados indicios de la culpabilidad de estos dos ciudadanos en el fusilamiento del General Antonio Paredes y dos de sus oficiales y constituyendo la referida providencia judicial, justísima sanción reclamada por la vindicta pública y prueba elocuente del respeto que se tributa a la ley, en esta era de verdadera rehabilitación patria.

Me apresuro a congratularme con usted por tan trascendental acto que haré conocer sin demora a las autoridades de mi jurisdicción, a fin de que sea debidamente cumplido.

Dios y Federación.

(fdo.) PEDRO DUCHARNE.

Fechado el 15 en La Asunción.

Los Castillos: 19 de abril de 1909.—Las 5 hs. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Acúsole recibo de su telegrama-circular fechado el 12 del presente y por cuyo contenido quedo en cuenta del Decreto judicial dictado por el Juez del Crimen de esa Sección del Distrito Federal y por el cual se decreta la detención de los ciudadanos General Cipriano Castro y Coronel Jesús García, lo cual haré conocer de todas las autoridades de mi mando para su estricto cumplimiento.

Dios y Federación.

(fdo.) J. M. OSORIO.

Fechado el 15 en Tucupita.

Es copia fiel de la "MEMORIA QUE PRESENTA EL MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES AL CONGRESO NACIONAL EN 1909". Tomo I, páginas 415 al 432 inclusive.—Biblioteca Nacional.—Referencia: S. N.—1 M. 909.—Manuel Certad Paredes.

DECRETO POR EL CUAL SE DISPONE LA TRASLACION A ESTA  
CIUDAD DE LOS RESTOS DEL GENERAL ANTONIO PAREDES

GENERAL J. V. GOMEZ,

Encargado Constitucionalmente de la Presidencia de la República.

CONSIDERANDO:

Que los deudos del General Antonio Paredes se proponen trasladar a Caracas los restos de este ciudadano, quien se distinguió en la carrera de las armas,

DECRETA:

Artículo 1º—La traslación de los restos del General Antonio Paredes a la capital de la República, se hará por cuenta de la Nación; y le serán tributados en esta plaza los honores que a la graduación del finado señala el Código Militar.

Artículo 2º—Por Resoluciones especiales se dictarán las medidas que reglamenten este Decreto.

Artículo 3º—Los Ministros de Relaciones Interiores y de Guerra y Marina quedan encargados de la ejecución del presente Decreto.

Dado, firmado, sellado con el Sello del Ejecutivo Nacional y refrendado por los Ministros de Relaciones Interiores y de Guerra y Marina, en el Palacio Federal, en Caracas, a 25 de marzo de 1909.  
—Año 98º de la Independencia y 51º de la Federación.

(L. S.)

(fdo.) J. V. GOMEZ.

Refrendado.

El Ministro de Relaciones Interiores.

(L. S.)

(fdo.) F. L. ALCANTARA.

Refrendado.

El Ministro de Guerra y Marina.

(L. S.)

(fdo.) REGULO L. OLIVARES.

Bolívar: 29 de marzo de 1909.—Las 5 hs. p.m.

CIUDADANO MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES.

Caracas.

Hónrome en participar a usted y por su digno órgano al Poder Ejecutivo Nacional, que ayer se constituyó una Junta en esta ciudad con el objeto de colaborar con el Gobierno en el sentido de que los honores que han de tributarse a la memoria del infortunado General Antonio Paredes, revistan el mayor esplendor.

La Junta quedó constituida así: Presidente, el suscrito; Vicepresidentes, Víctor Vicente Maldonado y B. Tavera Acosta; Tesorero, General Timoteo Carvajal; Secretario, Doctor P. F. Escalona; Subsecretario, G. Beltrán Dallacosta; Vocales, Doctores Alcalá Sureda, Monserrate Hermoso, Fry Barrios, Agosto Méndez, García Parra, José T. Ochoa, General E. A. Santodomingo, General Delgado Esteves, General Leandro Aristeiguieta. La Junta "Apotheosis de Paredes" se pone a las órdenes del Ejecutivo, y está dispuesta a trasladarse al lugar donde están sepultados los restos del joven héroe a fin de exhumarlos y trasladarlos a esta capital, donde se dará comienzo a las justas manifestaciones iniciadas por el Gobierno que dignamente preside el General Gómez, y que el pueblo de Guayana secundará de manera inusitada.

De usted atento seguro servidor,

(fdo.) JOSE FELIPE ARMAS.

---

Caracas: 31 de marzo de 1909.

CIUDADANO JOSE FELIPE ARMAS.

Ciudad Bolívar.

El Ejecutivo Federal se ha enterado con mucho gusto del contenido de su telegrama de antier. Al saludar a la Junta constituí-

da para tributar honores a los restos del General Paredes, le agradezco el ofrecimiento de colaboración que hace al Gobierno y le deseo el mejor éxito en sus propósitos.

Dios y Federación.

(fdo.) F. L. ALCANTARA.

---

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Relaciones Interiores.  
—Dirección Política.—Caracas: 30 de marzo de 1909. — 98º  
y 51º

RESUELTO:

En cumplimiento del artículo 2º del Decreto Ejecutivo dictado el 25 de marzo corriente, se nombra a los ciudadanos José Felipe Armas, Víctor V. Maldonado, B. Tavera Acosta, General Timoteo Carvajal, Doctor P. F. Escalona, G. Beltrán Dallacosta y Coronel M. Antonio Zárraga Paredes, para componer la Comisión a cuyo cargo correrá la exhumación de los restos del General Antonio Paredes, su conducción a Ciudad Bolívar y su envío a esta capital.

La expresada Comisión deberá levantar un acta en que conste, por los correspondientes testimonios y justificativos, la autenticidad de los restos comprobada en el acta de la exhumación, y remitirla a este Ministerio para fines legales.

Comuníquese y publíquese.

Por el Ejecutivo Federal,

(fdo.) F. L. ALCANTARA.

---

Caracas: 3 de abril de 1909.

CIUDADANOS JOSE FELIPE ARMAS, VICTOR V. MALDONADO,  
B. TAVERA ACOSTA, GENERAL TIMOTEO CARVAJAL, DOC-  
TOR P. F. ESCALONA, G. BELTRAN DALLACOSTA y CORO-  
NEL M. ANTONIO ZARRAGA PAREDES.

Ciudad Bolívar.

Mientras tengo el gusto de comunicarlo a ustedes por oficio, me complazco en anunciarles que por Resolución Ejecutiva han

sido ustedes nombrados para componer la Comisión a cuyo cargo correrá la exhumación de los restos del General Antonio Paredes, su conducción a Ciudad Bolívar y su envío a esta capital.

Dios y Federación.

(fdo.) F. L. ALCANTARA.

---

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Relaciones Interiores. — Dirección Política.—Número 554.—Caracas: 3 de abril de 1909.—98º y 51º

CIUDADANO JOSE FELIPE ARMAS.

Ciudad Bolívar.

Para su conocimiento y a los fines del caso, me es grato remitir a usted un ejemplar de la Gaceta Oficial, número 10.659, fecha de antier, en la cual está inserta la Resolución Ejecutiva del 30 de marzo último, que nombra la Comisión a cuyo cargo correrá la exhumación de los restos del General Antonio Paredes.

Dios y Federación.

(fdo.) F. L. ALCANTARA.

Igual a los ciudadanos Víctor V. Maldonado, B. Tavera Acosta, General Timoteo Carvajal, Doctor P. F. Escalona, G. Beltrán Dallacosta y Coronel M. Antonio Zárraga Paredes.

---

Ciudad Bolívar: 6 de abril de 1909.—Las 12 hs. m.

CIUDADANO GENERAL F. L. ALCANTARA.

Caracas.

Muy grato es para nosotros avisar a usted recibo de su atento telegrama del 3 del presente mes, en el que se sirve participarnos que el Gobierno Nacional nos ha designado para constituir la Junta a cuyo cargo estará la exhumación de los restos del General Antonio Paredes, su traslación a esta capital y su envío a Caracas.

Con gusto aceptamos tan honrosa designación y aguardamos, junto con el oficio que usted se sirve anunciarnos, las instrucciones necesarias a fin de cumplir nuestro cometido de la manera que el Ejecutivo lo desea.

De usted atentos seguros servidores y amigos,

Por la "JUNTA APOTEOSIS DE PAREDES".

(fdo.) JOSE FELIPE ARMAS.

Es copia fiel de la "MEMORIA QUE PRESENTA EL MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES AL CONGRESO NACIONAL EN 1909".—Tomo I. Páginas: 724 a 727 inclusive.—Biblioteca Nacional.—Referencia: S. N. 1 M. 909.

MANUEL CERTAD PAREDES.

Caracas, 23 de marzo de 1954.

## L A U D E

Palabras pronunciadas por el Dr. Manuel Díaz Rodríguez, en el  
Cementerio General del Sur, el 27 de mayo de 1909, al ser

inhumados los restos del  
**General Antonio Paredes.**

No con palabra torpe que apenas improvisa y balbucea el ca-  
riño, sino con granito del Avila, con el más puro granito arrancado  
al ensueño impasible del Avila por el arte de un escultor tauma-  
turgo, debiera eternizarse en la gloria de la luz, bajo el cielo de  
mayo florido, la viril significación de este momento.

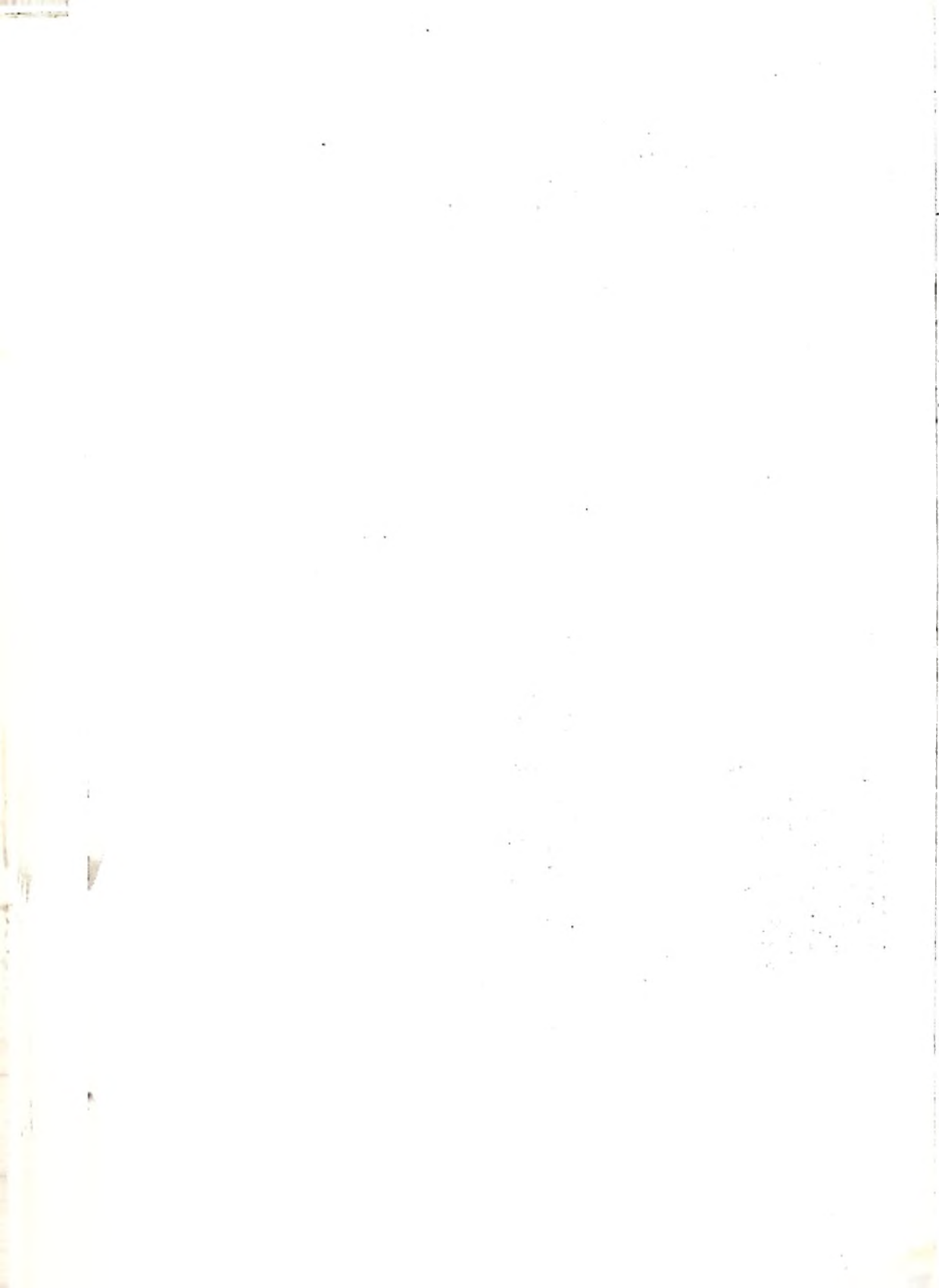
Luego, sobre el diuturno granito, bajo la magia del arte, oh  
héroe, acusando al pasado y sirviendo de sana admonición al fu-  
turo, surgiría en un bronce torturado y violento la expresión de tu  
máscara mortal, como se la representa nuestro amor y como la re-  
clama la justicia.

Base de granito y flor de bronce: El granito y el bronce, porque  
llevan en sí toda la substancia heroica de la tierra, son los únicos  
materiales dignos de sellar tu sepultura. El granito expresaría el  
yacimiento originario y profundo, la potencialidad inextinguible y  
formidable de la raza. El bronce interpretaría con el temple de tu  
espíritu de héroe, el sabor de aquel fruto en sazón, de aquel fruto  
grávido de opulencia otoñal que fue tu vida. Tan solo el bronce  
es digno de copiar la efigie de los héroes, tan tolo el bronce puede  
recordarnos lo que el héroe tiene de común con todo cuanto encie-  
rra brama de sol, con todo cuanto es óptimo en la vida y en la raza;  
porque sólo él sabe asumir aquel tono cálido y luminoso, oscuro  
en la oliva sagrada y clara en la miel del Himeto, que así realiza  
y espiritualiza la belleza de la mujer lo mismo que magnifica y  
pregona la dulzura de los frutos.

Fruto de un otoño de sangre, del otoño de sangre de nuestro  
país, fue aquella tu vida heroica y aventurera. Nacido en medio  
de un estado social de transición alborotado y convulso que recuer-  
da, por su discreta cosecha de grandes virtudes y por su copiosa  
cosecha de grandes corrupciones, el de una corrompida república



*Panteón de la Familia Paredes en el Cementerio General del Sur, Caracas. La tumba del General Antonio Paredes es la que aparece en segundo plano en la fotografía.*



italiana del quattrocento, no tuviste que hacer esfuerzo alguno para tomar a nuestros ojos la prestancia y el relieve de un condottiere juvenil que buscaba la frente de su mesnada.

Infanzón de espada y prez, te viste pronto armado caballero andante de la Patria y de la Justicia. En frente de la perpétua iniquidad, mantuviste siempre en alto el gonfalon de la protesta. Fuiste la encarnación de la protesta, la protesta misma, la protesta en el campamento, la protesta en el exilio, la protesta mientras domabas con la fiereza de tu orgullo los hierros de las prisiones.

Infanzón de espada y prez, no sabías de esos más o menos dudosos campamentos que dice la lengua de los nuevos hombres prácticos. Ignorabas que hubiera más de un solo campamento posible: el de la honra. No enfermo de ambliopía mental se partían tu voluntad hacia un campo y hacia otro campo tu decoro: tu decoro y tu voluntad coincidían en el mismo punto preciso que tu arrogancia de paladín tocaba tierra.

Ya la Juventud seguía tus pasos y empezaba a forjarte una leyenda cuando cesó de oírse el raudal preclaro de tu historia. Aguilucho de raza detenido en el ímpetu del vuelo, nuevo intrépido Juan de las Bandas Negras caído en la flor de la edad, cuando se aprestaban quizás las Victorias a obedecerte con alas rapidísimas, fuiste víctima en tanto grado tal vez que de la acechanza y protervia de los otros, de la propia buena ley de tu bravura.

El crimen, inepto como nunca, no supo cohonestarse con las trazas de la piedad antigua, no supo esconderse detrás del clásico episodio de los héroes arrebatados por las águilas.

Con la rapidez de las catástrofes el anuncio del crimen como en un paroxismo letal suspendió los corazones. Todavía recuerdo aquel trance de angustia suprema, todavía escucho la voz rota en sollozos de un poeta que te lloraba al pie del bronce de Bolívar, todavía me da el vértigo terrible de aquel silencio que la nueva de tu muerte abrió como un abismo en el corazón de la ciudad. Sobre ese hondo silencio no se oía sino el fracaso hecho de inverecundia o de azorado remordimiento de los culpables, que un instante, aunque indignamente, remedó la cándida algazara de los niños en medio al doloroso estupor del hogar visitado de pronto por la muerte con su cortejo de lágrimas y luto.

Los grandes culpables respiraron, porque la tiranía se imaginó haber sofocado por siempre tu protesta. Como te había preparado un calvario, y en el calvario una cruz, la tiranía creyó que en esa cruz dejaba crucificada tu gloria. Pero, he aquí que tu protesta surgió entonces más vibrante y limpia en el azul, desbordando de todos los corazones como un grito unánime; he aquí que la cruz levantada para tu oprobio creció también como un árbol mítico hasta el cielo, rasgó con sus brazos de tinieblas el espacio, y en ella apareció expuesta a la vergüenza de la luz, descoyuntándose en las cispaduras de la crucifixión, no tu gloria sino la propia tiranía.

Imaginando crucificarte, la tiranía se crucificó a sí misma. Se crucificó a sí misma con su carga de delitos, con el delito de la guerra civil que es crimen de ella porque ella lo engendra como necesidad imperiosa y fatal; se crucificó a sí misma con su fatídico racimo de locura, con la vileza de los grandes, con el servilismo de los pequeños, con la miseria de todos.

Tu suplicio, oh héroe, fue la triaca maravillosa, el veneno palpable que enfermó de muerte a la tiranía.

Fue en vano que la tiranía y sus calumnias pretendieran obscurecer tu gloria: tu gloria contestó como a la injuria contesta siempre la gloria, como contesta a los golpes toda cosa de luz: con un vivo encendido de magia. Abejas de inmortalidad habían trabajado y acendrado la tuya, libando la púrpura de tu sangre como una flor. Tu fama, como un águila nueva, rompió a volar con vuelo irresistible hacia los bosques sagrados que la encina eternamente corona y los laureles perfuman. Y tu nombre, siempre más alto, como una estrella indeclinablemente encaminada al cenit, ascendió al momento divino de la Apoteosis.

Ya la Juventud lo llevaba ceñido a su corazón como una disciplina de heroísmo, ya lo había suspendido a su frente como una presea, y se ufanaba de mostrarlo tendido en el cielo de la Historia como un iris ideal capaz por sí solo de redimir con su luz toda la reciente ignominia del pasado.

Transfigurado por el suplicio, no solo venciste ya muerto a la tiranía, sino que apareces vencedor del espacio y del tiempo. Sin voz, impasible, muerto, así acusas, vives y nos mandas con mandamiento categórico. Desde lo alto de este momento, como desde

una blanca cima de pureza, nos inclinamos a ver con vehemencia imperativa hacia la tierra de Canaán. Nos impones el deber de no dejar en feliz presentimiento, sino de cumplir en cabalidad maravillosa el renacer de la República. Nos reafirmas en el deber, que es también nuestro derecho, de realizar nuestra parte en la obra, para que no sea perdido y sin valor el tesoro que a la República le dejaste. Con tu nombre y con tus hechos, bien sabes que legaste a la República, no artificios de gala, no arrullos de tórtola, no languideces ni blanduras de hembra, sino un indomable arresto masculino.

Hay en el corazón de la República un latido nuevo, que sube impetuoso a confundirse con el ritmo de los astros. Indiferente a la tibieza de la luz, indiferente a las perfidias que el grave aroma de las flores de mayo siembra en los ámbitos de la noche, ese nuevo latido subirá siempre en serena surgente de orgullo hasta el oro de los astros, porque así en el pulso de la Patria lo infundió el resorte soberano de tu voluntad, tu incorruptible entereza de león, oh Paredes!

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ.

NOTA: Agradecemos muy cordialmente a nuestro buen amigo, el conocido historiador y literato señor don R. A. Rondón Márquez, el habernos gentilmente facilitado, para su inclusión en la presente edición del libro del General Antonio Paredes, la sentida oración fúnebre leída por su propio autor, el eximio escritor venezolano, doctor Manuel Díaz Rodríguez, a la hora de la inhumación de los restos mortales del Mártir. Esta bellísima página literaria se encuentra en el tomo de las obras completas de Díaz Rodríguez titulada: "Sermones Líricos", de fácil adquisición en las librerías del país.—M. C. P.



# INDICE



# INDICE

	Págs.
ADVERTENCIA SOBRE LA PRESENTE EDICION, por Manuel Certad Paredes. . . . .	III
ANTONIO PAREDES Y SU TIEMPO, por el Dr. Ramón J. Velásquez. Contiene: I, Los días de Cipriano Castro; II, Cuentos de la infancia; III, La primera salida; IV, El cañón de Pavía; V, El guardián del trono; VI, Viejos y nuevos hombres; VII, Estampas de Venezuela; VIII, "Atacaré la fortaleza con mi pica"; IX, 1908; X, Puntos de vista. . . . .	VII
ANTE VERBA, (Prólogo de la primera edición), por Don Jacinto López. Nueva York, 1908. . . . .	CXIII
PROLOGO DEL AUTOR. . . . .	3
NOTICIA PRELIMINAR SOBRE LA SITUACION DEL PAIS PARÁ 1899. . . . .	5
PRIMERA PARTE: CAMPAÑA DEL TACHIRA. - Situación político-militar del Estado Los Andes. - Invasión de Castro. - Tononó. - Las Pilas. - Zumbador. - Sitio de San Cristóbal. - Llegada de Fernández al Táchira. - Cordero. - Examen de la campaña del Táchira. . . . .	21
SEGUNDA PARTE: TOCUYITO. - Marcha de Castro para el centro de la República. - Comunica a una hermana su propósito de someterse. - Acción de Tovar. - Extraña conducta de Baptista. - Fernández vuelve al Centro. - Parapara. - Pa-	

so de Castro por Barquisimeto. - Proposición a Andrade. Nirgua. - Andrade intenta tomar el mando del Ejército. - Tocuyito. - Desocupación de Valencia. - Regreso de Andrade, primero hasta La Victoria, y luego a Caracas. - El General Luciano Mendoza es nombrado Jefe del Ejército que queda en La Victoria. - Salida del General Paredes para Puerto Cabello. - Castro se decide a entrar a Valencia. - Consideraciones. . . . . 35

**TERCERA PARTE: ENTRADA DE CASTRO A CARACAS.** - Situación de Castro en Valencia. - Conducta de sus tropas en los pueblos y ciudades. - Incorporaciones que tuvo en la capital de Carabobo. - Toma del mando de la plaza de Puerto Cabello. - Intrigas de Zoilo Bello Rodríguez en Caracas y La Victoria. - Traición de Luciano Mendoza, Víctor Rodríguez, Diego Bautista Ferrer, etc. - Andrade abandona a Caracas y al país. - Consideraciones. - Entrada de Castro a Caracas. - Días de terror. . . . . 67

**CUARTA PARTE: SITIO DE LA VICTORIA.** - Consecuencias inmediatas de las últimas disposiciones de Andrade como Jefe del país. - Quedo solo en Puerto Cabello. - El Tratado. - Ruíz o Bolívar. - Combate de Puerto Cabello. - Segunda revolución de Hernández. - Alto de Uslar. - Manacal. - Captura de Hernández. - Es enviado al Castillo de San Carlos. - Revolución de Matos. - Sitio de La Victoria. - El bloqueo de las Potencias aliadas. - Hernández al salir de la prisión se pone al servicio de Castro produciendo el fracaso definitivo de la revolución matista. . . . . 103

A P E N D I C E

**DOCUMENTOS RELATIVOS A LA ACTUACION DEL GENERAL ANTONIO PAREDES, COMO JEFE DE LA PLAZA DE PUERTO CABELLO, EN OCTUBRE DE 1899.** . . . . 137

**ACUSACION CONTRA EL GENERAL CIPRIANO CASTRO POR LA MUERTE DEL GENERAL ANTONIO PAREDES.** . 156

	Págs.
DECRETO POR EL CUAL SE DISPONE LA TRASLACION A CARACAS DE LOS RESTOS DEL GENERAL ANTONIO PA- REDES.. . . . .	187
LAUDE. Palabras pronunciadas por el Dr. Manuel Díaz Rodrí- guez, en el Cementerio General del Sur, el 27 de mayo de 1909, al ser inhumados los restos del General Antonio Pa- redes.. . . . .	192
OBRAS DEL GENERAL ANTONIO PAREDES.. . . . .	205



## INDICE DE LAMINAS

### LAMINA 1.

General Antonio Paredes, asesinado por orden de Cipriano Castro, en la madrugada del 15-16 de febrero de 1907, frente al Apostadero de Barrancas, a bordo del vapor "Socorro" de la Armada Nacional, en aguas del río Orinoco.

### LAMINA 2.

Facsímil de las páginas Nos. 3 y 4 escritas de puño y letra del General Paredes y pertenecientes al libro "Memorias Contemporáneas o Bosquejo Histórico" ("COMO LLEGO CIPRIANO CASTRO AL PODER"), que hoy sale nuevamente publicado.

### LAMINA 3.

El autor, a la edad de 22 años, cuando iniciaba su carrera militar a las órdenes del señor General Joaquín Crespo, en la Revolución Legalista de 1892.

### LAMINA 4.

Antonio Paredes, el literato. Retrato hecho en Puerto España, Trinidad, en 1906, poco antes de su trágica muerte.

### LAMINA 5.

General Ignacio Andrade, Presidente de la República, en 1899, cuyas Memorias que verán la luz pública en fecha próxima, ratifican con documentos fehacientes muchos de

los aspectos políticos, militares y sociales tratados en el presente libro.

LAMINA 6.

General Cipriano Castro. (Retrato hecho después de su entrada a Caracas en 1899 por el pintor V. Vicente Gil y publicado en "El Cojo Ilustrado").

LAMINA 7.

Combate de Puerto Cabello: 1899. El General Paredes en la Comandancia del Castillo Libertador, Puerto Cabello. Al extremo izquierdo aparece el señor N. Sanabria Guzmán. (De una vieja fotografía de la época).

LAMINA 8.

Combate de Puerto Cabello: 1899. "Tercera Trinchera y Templo Nuevo". Reproducción del cuadro al óleo del pintor señor N. Sanabria Guzmán. Aparecen en primer término, a la derecha, a caballo, el General Paredes, el Coronel R. Rivero Urbina y el Asistente, señor Víctor V. Maldonado, respectivamente.

LAMINA 9.

Panteón de la Familia Paredes en el Cementerio General del Sur. La tumba del General Antonio Paredes, es la que aparece en segundo plano en la fotografía.

## OBRAS DEL GENERAL ANTONIO PAREDES

CONSEJOS E INSTRUCCIONES SOBRE EL ARTE DE LA GUERRA.—  
París, 1897.—(Agotada).

RECUERDOS DE LA REVOLUCION LEGALISTA DE 1892.—Puerto Ca-  
bello, 1896.—(Inédita).

JUICIO MILITAR SEGUIDO AL GENERAL ANTONIO PAREDES POR  
ANTE EL GRAN CONSEJO MILITAR Y SOBRESIEMIENTO DEL  
MISMO, EN RELACION CON LA VENTA DE UN "HISTORICO CA-  
NON DE PAVIA".—Caracas, 1897.—(Agotada).

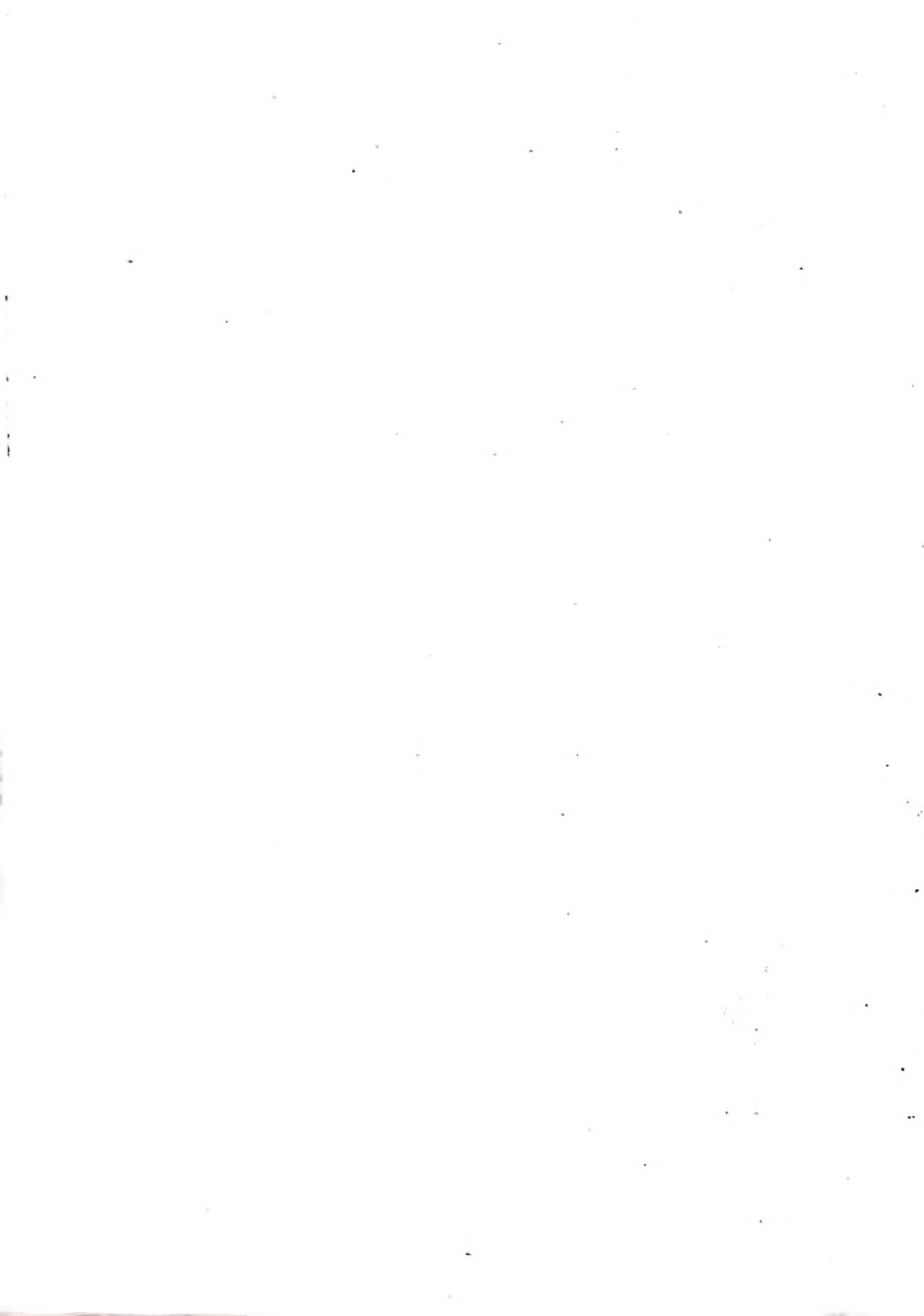
UN PRESTIGIO QUE SE VA. Recopilación de artículos de prensa sobre  
la discutida personalidad política y militar del General José Manuel  
Hernández, "El Mocho".—Caracas, 1899.—(Agotada).

O'BRIEN, CASTRO Y RIVAS.—Un Artículo. Tomado de la "Gaceta de  
Puerto España".—1904.—Folleto.—(Agotada).

CONVERSACIONES CON DOS PROCERES DE LA GUERRA DE LA  
INDEPENDENCIA o El Continuismo de Cipriano Castro.—Folleto.—  
Puerto España, Trinidad, 1905.—(Agotada).

DIARIO DE MI PRISION EN SAN CARLOS.—Berlín, 1907.—(Agotada).

MEMORIAS CONTEMPORANEAS O BOSQUEJO HISTORICO, donde se  
ve cómo llegó Cipriano Castro al Poder en Venezuela y cómo se ha  
sostenido en él.—Berlín, 1909. (Editada por la C. A. Tipografía Ga-  
rrido, Caracas, con el título de: "COMO LLEGO CIPRIANO CASTRO  
AL PODER").



---

Imprimióse esta obra en los  
talleres de la  
C. A. TIPOGRAFIA GARRIDO,  
en el mes de junio de 1954.  
Caracas, Venezuela.

---



---

Obras editadas por  
La TIPOGRAFIA  
GARRIDO

De Laureano  
Vallenilla Lanz:

Cesarismo Democrático  
Disgregación e  
Integración

De Pío Gil:

El Cabito  
Los Felicitadores  
Cuatro Años de mi  
Cartera  
(Agotada)  
Amarillo, Azul y Rojo  
(Agotada)

De Mariano Picón  
Salas  
Los Días de Cipriano  
Castro  
( Premio Nacional de  
Literatura, 1953 )  
(Agotada)

De José Carrillo  
Moreno:

Matías Salazar  
De Vicente Lecuna  
La Revolución de  
Queipa

Del General  
Antonio Paredes  
Como llegó Cipriano  
Castro al Poder

Ley de Arancel de  
Aduanas  
Por José Bonifacio  
Galindez  
Undécima Edición

En Prensa:

De Pío Gil  
La Guerra del 14  
(obra inédita)

Teresa de la Parra  
o  
La Ansiedad de Camino  
por  
Ramón Díaz Sánchez

Comentarios al Código  
de  
Comercio Venezolano  
por el Dr.  
Carlos Morales

---

COMPañIA ANONIMA

"TIPOGRAFIA GARRIDO"

EDICIONES VENEZOLANAS

VEROES A JESUITAS 31

TELEFONOS: 84302 - 94152